ESTEBAN
NAVARRO SORIANO

MEDIANOCHE

Novela 27

MEDIANOCHE

Esteban Navarro Soriano

© Esteban Navarro Soriano. Marzo 2023

https://relinks.me/EstebanNavarro

Corrección: Ester Soteras

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra en cualquiera de sus formatos, sin la autorización escrita del titular del copyright.

Esta es una obra de ficción. Nombres, personajes, organizaciones, lugares, eventos o hechos, son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con la realidad es solo una coincidencia.

A Ester y a Raúl

A Rufus, que nos enseñó que los gatos también tienen alma

Contenido

MEDIANOCHE
1. Un cuento de hadas
2. La Cenicienta
3. Un zapato de cristal
4. Sargento Ortega
5. Hermanos Grimm
6. Caperucita Roja
7. Inspectora Gretel
8. El alcalde
9. Treinta años
10. Desaparecidos
11. Para siempre
12. El esqueleto
13. La casa de chocolate
14. Los alemanes
15. Una sombra
16. Migas de pan
17. Un bizcocho de chocolate
18. La Guardia Civil
19. Mujer y policía
20. El ogro
21. El pozo
22. Ortega
23. Antonio, el barrendero
24. El Diablo
25. NT
26. Demolición
27. La escena del crimen
28. Un disfraz
29. El lobo feroz
30. Barro
31. Disfraces
32. El cementerio
33. El número 45
34. El abuelo
35. Abel
36. La grabación
37. La tienda de disfraces
38. La duda

39. Rosario
40. Colorín colorado…
41. …Este cuento se ha acabado
Otros títulos del autor

Sábado 26 de julio de 1980

Si pasas el tiempo observando,
verás tu vida pasar y tú te quedarás atrás.
El Jorobado de Notre Dame

Andrea tiene dieciséis esplendorosos años. Es una joven hermosa, de tez pálida, de mirada esquiva, de piernas rectas, de hombros estrechos y de pelo largo, liso y rubio. Tiene dos hermanas mayores: Claudia, de veintidós años, e Inmaculada, de veintitrés. Son una familia humilde, sin hombres que ayuden a su sostenimiento, lo que agría el carácter, ya de por sí cascarrabias, de Catalina, la madre. Las cuatro viven en una casa de dos plantas, en la calle Baja, muy cerca del ayuntamiento de Alerre. La madre, viuda, jubilada desde hace tres años, soporta con firmeza los achaques de una rodilla mal operada y de una espalda tan frágil que no puede levantarse o sentarse sin soltar algún pequeño quejido, que siempre se esfuerza en disimular, por pura dignidad. Es una mujer pequeña, de pelo acaracolado, de nariz abultada, de ojos sobresalientes y de sonrisa ausente. Sus dos primeras hijas han heredado tanto el mal genio como el aspecto. Y, mientras Claudia tiene unos ojos tan separados que parecen los de un pez, su hermana, Inmaculada, es tan pequeña que en el colegio se burlan de ella, comparándola con un duende.

La fisionomía poco agraciada, tanto de Catalina, como de las hijas mayores, contrasta con el atractivo de Andrea, lo que le granjea la enemistad de sus hermanas, las cuales aprovechan cualquier motivo para humillarla, sin que su madre intervenga para evitarlo. Así ocurre que mientras Claudia e Inmaculada disfrutan del sol de la piscina de verano, Andrea es la encargada de los trabajos más duros de la casa. Una vez a la semana, Catalina le hace limpiar la buhardilla, para que no la pueblen los ratones, según le dice, y ese mismo día tiene que arrancar los hierbajos del huerto, que hay en la parte trasera de la casa. Casi a diario tiene que planchar la ropa de todas, incluso la de sus hermanas. Y explotan su fortaleza física y su altura —mide un metro setenta y cinco— encargándole la compra en el supermercado de Chimillas, el pueblo próximo más grande, donde tres veces a la semana se desplaza arrastrando el carrito por una pista de tierra, después de cruzar la carretera, la misma donde fue arrollado tres años antes, en 1977, el Seat 131 de su padre, Alonso, por un Chrysler 180, que la guardia civil recuperó días después en un camino cerca de Las Peñas de Riglos, un pueblo que está a media hora en coche de Alerre.

La Benemérita dijo que ese Chrysler había sido robado en Zaragoza, la misma mañana del accidente y, con toda seguridad, se dirigía a Huesca a perpetrar un robo, pero en el cruce de Chimillas con Alerre impactó contra el vehículo del padre de Andrea y truncó la vida de este y los planes que tuvieran los malhechores. Andrea enlaza el recuerdo de esa muerte con el infortunio posterior, que planeó sobre ella. Al ser la menor de las tres, era el ojo derecho de su padre cuando este vivía. La quiso más que a ninguna de sus otras hijas. Ahora, esa minoría de edad se ha convertido en un calvario; tiene todos los deberes de una mujer adulta, pero con la ausencia de los privilegios que la madurez aporta.

El mes de julio de ese año, 1980, como todos los años, se celebran las Fiestas de Santiago. Llega hasta el pueblo una banda de música e instalan casetas de tiro, bocadillos, palomitas, manzanas asadas y algodón de azúcar. El ayuntamiento organiza varias actividades para disfrute de los vecinos, como bailes, fiestas acuáticas en la piscina municipal, una discoteca por la noche, juegos infantiles, cenas populares en medio de la plaza, cine nocturno y sorteos de regalos. Las fiestas comienzan el martes 22, con el chupinazo en el ayuntamiento a las doce del mediodía, y finalizan el domingo 27, a las nueve de la noche, con la traca final.

Catalina no permite que Andrea participe en ninguna de las actividades nocturnas, aunque sí que la deja asistir a las que se celebran por la tarde. Pero solo hasta las diez. Argumenta que es demasiado joven y apetecible para todos esos muchachos que vendrán de los pueblos de alrededor. Dice que por la noche se percibe más fuerte el estallido de los corazones jóvenes y la sangre se calienta a la misma velocidad que el compás de las campanadas que anuncian la noche profunda.

—¡Solo nos faltaría que te quedaras embarazada! —exclama, ante la mirada desairada de su hija.

Andrea protesta, porque se siente joven y necesita compartir esos momentos de alegría junto a sus compañeros de colegio, con sus amigas del pueblo, a la gente que conoce en el día a día, durante las prolongadas clases del instituto.

—No es justo.

—Verás, cuando cumplas años, que la vida, hija mía, no es justa. Ya irás a esas fiestas cuando cumplas los dieciocho, y yo no te lo pueda impedir. Pero hasta ese momento, harás como hicieron tus hermanas, cuando tenían tu edad, y te quedarás en casa. Ellas jamás salieron por la noche hasta que no cumplieron la mayoría de edad —sentencia.

Cada día, de martes a viernes, la chica sale con sus amigas y van a la plaza del ayuntamiento. Con la condición, irrebatible, de que, a las

diez de la noche, cuando oscurece, tiene que estar de vuelta. Y cada día, Andrea ha respetado la condición impuesta por su madre. Y eso que el viernes, cuando ya casi eran las nueve de la noche, conoció a un hombre. Era fornido, como un soldado, y con la mirada penetrante de esas personas que no tienen miedo. Ella se cruzó con él cuando regresaba a casa. Estaba de pie, en la esquina de la plaza, solo, con la mano derecha introducida en el bolsillo de su pantalón vaquero, como quien no sabe qué hacer con esa mano y la oculta allí, para que no le estorbe. Comenzaron a hablar, porque él le preguntó a qué hora se iniciaba el baile. Y Andrea le dijo que esa noche no había baile. Pero sí lo habría al día siguiente, el sábado. Y la chica se tuvo que ir cuando la conversación se había puesto más interesante, porque el reloj de la plaza marcaba las diez menos cinco y tenía que regresar antes de que su madre saliera a buscarla y la castigara sin salir, ni siquiera por la tarde. Porque esa era la sanción por saltarse el horario de recogida, la reclusión.

El sábado 26 de julio es el último día importante de las fiestas y todos los jóvenes participan en el baile que se celebra en la plaza del ayuntamiento. Vienen chicos y chicas de todos los pueblos de alrededor, de Chimillas, de Banastás, de Ayerbe y de Huesca.

—¿Puedo ir al baile? —suplica Andrea, agotando un último cartucho; aunque ya conoce la respuesta.

La madre responde en tono despectivo:

—¡Tú no irás a ningún baile mientras seas menor de edad! ¡Y punto!

Ese sábado por la tarde, Andrea llora en su habitación. Está tan triste por su infortunio, que solo siente pena de sí misma. Sabe que su padre, de vivir, le hubiera permitido asistir a ese baile. Lo mismo que sabe que a sus hermanas su madre les permitía cosas que ahora le veta a ella. Se siente desdichada de que la muerte, siempre injusta, se lo hubiera llevado a él, cuando a la que tenía que haberse llevado era a su madre.

Pasan unos minutos de las nueve de la noche, cuando escucha a sus hermanas en el salón de la casa, buscando ponerse guapas. Ha llegado al punto de que no las soporta. Ni su voz de pito ni sus risas falsas ni su pedantería exacerbada ni su felicidad robada. Desde la planta de abajo le llega el griterío estruendoso, mientras juegan a ver quién de las dos está más guapa.

—Déjame el vestido azul a mí —chilla Claudia.

—Pues yo vestiré el rojo —afirma Inmaculada.

—Chicas, no os peleéis. Las dos estaréis guapísimas —zanja la madre.

Por el hueco de la escalera se cuela la luz de la planta inferior. El corretear de pasos apresurados entre el aseo y el salón. Las carcajadas

inaguantables. El timbre del teléfono de alguna amiga que las llama para meterles prisa, pues están tardando en acudir a la fiesta.

—¡Ya vamos! —grita Claudia, cuando responde.

Desde abajo llega el sonido de la felicidad, materializada en una familia que espera con alegría el momento festivo que han estado esperando durante todo el año. Mientras que arriba, sumergida en su habitación, Andrea no deja de llorar. Piensa en el hombre que conoció el viernes. Recuerda sus ojos resplandecientes y los hombros amplios que llenaban la camisa a cuadros, como si fuese un leñador. Le gustaría verlo otra vez en el baile. Y abrazarlo por el cuello, mientras sus manos fuertes le agarrarían la cintura. Y luego, a medianoche, él le susurraría palabras bonitas que la estremecerían.

Son las nueve y media cuando Andrea, a través de la ventana de su cuarto, observa como salen de la casa su madre y sus dos hermanas, las tres vestidas de fiesta. Caminan cada una al lado de la madre, que va en medio. Taconeando. Moviendo la cabeza en un bullicio festivo que las atrapa, que las une.

La adolescente se sienta en la cama. Y vuelve a llorar, esta vez con mucha más fuerza. Su madre y sus hermanas se pierden por la última esquina que lleva a la plaza del ayuntamiento. En ese instante la calle se llena de silencio y desolación, contrastando con el jolgorio que llega a lo lejos, desde el baile, acompañado de ráfagas de luz, donde decenas de jóvenes esparcen su vitalidad en forma de gritos. Alguna motocicleta circula a gran velocidad. Se escuchan unas risas. El ladrido de un perro. Ruido de cristales, alguna botella se ha fracturado en el asfalto. Luego, el silencio de nuevo.

Andrea se desnuda, quitándose su vestido rosa, que ha llevado puesto todo el tiempo, como si en un alarde de compasión, su madre, en el último momento, hubiera accedido a su cuarto y le hubiera dicho que sí, que podía acudir a la fiesta, aunque solo fuese hasta la medianoche. Pero ahora ya sabe que ellas no regresarán hasta las tantas de la madrugada, cuando se apague el bullicio de la orquesta y los jóvenes se cansen de bailar, de beber y de fumar, y algunas parejas se oculten en el bosque que rodea la alberca, en los rincones del parque, en la clandestinidad de la piscina municipal, en la soledad de los caminos, y se fundan en prolongados besos y abrazos que, en algunos casos, lleguen a algo más.

Se viste con el camisón de color lila, el único que tiene, y se introduce en la cama. En la mesita de noche hay un libro, El campeón eterno, de Michael Moorcock, regalo de su padre, unas semanas antes de morir. Es la segunda vez que lo lee, pues la historia la atrapa y la sustrae de la realidad diaria, de la que quiere huir. Son varias las ocasiones en que se ha imaginado sumergida en un mundo fantástico, alejado de su rutina existencial, donde la injusticia es la norma y la

fortuna lo inusual. Esa magia que Andrea no tiene y le gustaría obtener, aunque solo fuese por un instante. Solo los sueños, cuando son agradables, la transportan a ese universo.

Ofuscada, escucha que alguien llama a la puerta. Vive en una casa moderna y dispone de un sonoro timbre que se puede sentir en todas las estancias, pero quien llama utiliza la aldaba de hierro fundido, que sirve de adorno. Andrea se silencia. Espera que, sea quien sea, se marche, pues no tiene ganas de que la vean en ese estado de amargura en el que se encuentra. Quizá, piensa, es el hombre que conoció ayer en la plaza. O puede que sea alguna de sus amigas, sabedoras de la mala suerte que tuvo con su madre, que venga a su rescate y llame para convencerla de que asista a la fiesta; aunque sea en secreto. Alguna compañera del colegio, de su edad y, a la que sus padres sí la dejan salir, le ha dicho lo injusto que es que su madre no le deje ir. Una incluso ha insistido que pase de su familia y que se escape sin decir nada. Pero Andrea es una adolescente responsable. No fuma, ni bebe, y no quiere contrariar a su madre, por mucho que le pese.

Sumida en sus pensamientos, se asusta cuando la aldaba vuelve a sonar. Esta vez varias veces más, seguidas. Andrea abre la puerta de su habitación y se asoma al pasillo. No sabe por qué, pero tiene la sensación de que hay alguien dentro de la casa. Su figura estilizada, ataviada con el fantasmagórico camisón, se refleja en el enorme espejo que hay antes de la escalera. Sus piernas, hermosamente rectas, reflectan el brillo tenue que llega desde la farola que hay frente a la casa y cuyo foco coincide con la ventana del final del pasillo.

—¡Hola! —grita—. ¿Eres tú, mamá?

La luz de la escalera está apagada. En ese instante el silencio es abrumador, tan solo interrumpido por el sonido lejano de la música que llega desde la plaza; la orquesta está en su momento álgido y los jóvenes bailan disfrutando de la noche. A través de la cristalera del salón asoma el reflejo de la luna llena, que puja por presidir la oscuridad.

Desciende por los peldaños de la escalera, agarrándose al pasamanos en cada paso que da. Sus pies descalzos sienten el frío del mármol, mientras recuerda todas las veces que su padre subió por allí, gritando su nombre:

—¡Andrea, Andrea…! ¡Ya está aquí el lobo!

Su madre odiaba la complicidad que tenían los dos. No era ningún secreto que siempre quiso distanciarlos y la contempló como una enemiga, en vez de como una hija. Su padre jamás le hizo esas carantoñas a ninguna de las otras hijas, a las que incluso miraba desde la distancia, como si fuesen dos objetos inanimados. Estaban allí, porque eran sus hijas, pero no porque las quisiera. Su hija era ella, Andrea. Solo tenía trece años cuando su vida se truncó en aquel cruce.

Como alcalde siempre dijo que ahí, en ese tramo, había que construir una rotonda, como hacían los franceses. Las rotondas obligan a los coches a disminuir la marcha y evitan la mayoría de los accidentes. Pero ese cruce pertenecía a la Red de Carreteras del Estado y rechazaron el levantamiento de una rotonda en ese tramo.

—¿Quién es? —pregunta Andrea, apostada de pie al lado de la protección que le da la mesa del comedor.

Afuera, detrás de la puerta, escucha un sonido extraño, como el que haría un papel rozando con una pared.

Se asusta.

Quizá es alguno de esos hombres malvados que dicen que han visto recorriendo los caminos rurales. Recuerda como le contaron que, en el mes de mayo, una chica de Zaragoza fue asaltada a la salida de la universidad por un hombre cuyo rostro cubrió con un pasamontañas. Y su madre siempre le recuerda que no abra la puerta a desconocidos.

—¿Quién es? —insiste—. Si no me dice quién es, no abriré.

Después de medio minuto de silencio, la chica no puede esperar más y abre la puerta. Para su sorpresa no hay nadie afuera. El mismo silencio e inquietud que divisó antes por la ventana, es el que transita por la calle vacía. Un gato de color blanco, que reconoce de haberlo visto varias veces, pasa por delante, pegado a la fachada, con la cola agachada y escondida debajo de su cuerpo esquelético. Y Andrea siente el mismo miedo que desprende ese gato. En el suelo hay un paquete, envuelto en papel de regalo, estampado con dibujos de calabazas sonrientes. Está perfectamente centrado en el felpudo y casi lo ocupa por completo, ya que tiene un tamaño similar. No hay ni marcas ni nombre. Andrea mira hacia la derecha y hacia la izquierda, espera encontrarse con la espalda de la persona que dejó ese paquete. O quizá la cabeza de unos niños de corta edad, que se están divirtiendo, y otean desde la clandestinidad el rostro de estupefacción que seguramente muestra allí, de pie, sola, desvalida, vestida con un austero camisón, albergando la esperanza remota de que quien ha llamado a la puerta sea un príncipe azul, que la libere de la maldad de su madre. Un guerrero, como el de ese libro que ha leído dos veces. O el de otros tantos cuentos que leyó. O el de esas películas donde el bien siempre triunfa sobre el mal.

El sonido de la orquesta se cuela por la esquina de la calle y llega hasta sus oídos, con el tañido lejano de la fiesta a la que le hubiera gustado asistir. Es consciente de que no ha tardado ni medio minuto en abrir la puerta por lo que, sea quien sea el que dejó el paquete, no ha tenido tiempo de ocultarse. Además, recapacita, hubiera escuchado el ruido de los pasos apresurados de cualquier bromista que corriera por la calle, huyendo de su fechoría.

Se agacha. Recoge el paquete del suelo. No pesa, lo que le indica que su contenido es endeble. Con su mano izquierda aprieta la base, comprueba que es dura. Con la derecha oprime encima y verifica que es blando, como si fuese una manta. Introduce el paquete dentro de la casa y lo deja sobre la mesa del salón. Luego cierra la puerta de nuevo, asegurándose que el cerrojo está corrido. La lógica le lleva a pensar que, sea lo que sea, no es para ella, sino que la destinataria es su madre o alguna de sus hermanas. Nunca ha tocado nada de ellas, aunque sabe que esa norma no es recíproca. Pero el paquete no tiene nombre ni ningún distintivo que indique cuál es su contenido ni a quién va destinado. ¿Quién deja algo así en la puerta de una casa a las diez de la noche? Se pregunta.

Se muerde la uña de uno de los dedos de la mano izquierda, mientras que con la derecha acaricia el papel que recubre el paquete, tanteando a ver si es capaz de averiguar qué contiene. Pasa su mano por encima varias veces, apretando levemente. Quizá, piensa, es una toalla que le ha traído Adoración, la vecina de la calle Iglesia, con la que su madre y ella a veces van juntas a la piscina. O puede que sea algún encargo que hizo en alguna tienda de Huesca y el repartidor no ha podido venir hasta esa noche. Enseguida se da cuenta de lo absurdo de cualquier hipótesis que se plantee, porque, si hubiera sido la vecina de la calle Iglesia, se habría esperado a que ella abriera la puerta. Y, si hubiese sido un repartidor de Huesca, no habría dejado el paquete en el suelo, para que algún desaprensivo o un gamberro se lo llevara. Sea quién sea, no quiere mostrarse y por eso ha huido antes de que ella abriera.

Se percata de que puede despegar la cinta adhesiva, sin necesidad de romper el papel. Luego, una vez que haya visto lo que contiene, puede volver a cerrarlo de nuevo, dejándolo tal y como estaba, sin que nadie tenga por que saber que ella lo abrió. Andrea acaba de entrar recientemente en la adolescencia. Y, como adolescente que es, la curiosidad puede más que ella. Necesita saber qué contiene el paquete, porque en caso contrario será incapaz de irse a dormir tranquila.

Sube hasta su habitación, con el envoltorio cogido con ambas manos, donde está segura de que nadie pueda verla. Solo faltaría que en ese instante entrara en la casa su madre, o alguna de sus hermanas, que regresaran a buscar alguna cosa que se hubieran olvidado. No quiere ni imaginarse cómo se pondrían si la vieran allí, en el salón, cotilleando en algo que fuese de ellas.

Llega hasta su cuarto y deja el bulto encima de la cama. Lo desprecinta con cuidado de no rasgar el papel, procurando no dañarlo. Una vez haya visto lo que contiene, podrá volver a cerrarlo de nuevo.

—Pero… ¿qué es esto? —pregunta en voz baja.

Sobre la cama despliega un precioso vestido de color azul, elaborado en una malla bordada con pequeñas lentejuelas a la altura del escote, en forma de uve. Resaltan una docena de apliques de cristales de Swarovski. La falda tiene una amplia abertura que, una vez puesta, dejará las piernas al descubierto, terminando en una cola de al menos un metro de largo, según puede apreciar Andrea.

Debajo del vestido hay una caja de zapatos de color blanco, sin letras ni dibujos, y atada con una goma elástica. La aparta y la deja al lado del vestido, abriéndola a continuación. Como ya se ha figurado, contiene unos zapatos del mismo color del vestido. En un primer vistazo comprueba que son de su número. Lo que le indica que ella, ahora está segura, es la destinataria de ese paquete. Porque esos zapatos no le entrarían a ninguna de sus hermanas, ya que tienen los pies pequeños, y, por supuesto, tampoco le valdrían a su madre. Para estar segura se los prueba. Comprobando que, efectivamente, son de su número. En el interior de la caja, debajo de un cartón espeso, que levanta con una mano, hay algo protegido con plástico de burbuja transparente. Lo abre, despegando una tira de celo que lo cierra, y extrae su contenido con cuidado, dejándolo en la parte de la cama que queda libre, después de que desplegara el vestido azul. Se trata de una máscara veneciana, de color beige, con la abertura de los ojos y los labios ribeteada en negro. De dos orificios pequeños, que tiene en la zona de las orejas, surge una goma de color marrón, que es la encargada de sujetarla, una vez puesta. En la base hay una cartulina pequeña de color blanco, con cuatro líneas escritas con tinta azul.

«*Vístete*».

«*Cúbrete la cara*».

«*Ve al baile*».

«*Regresa antes de medianoche*».

—Un cuento —masculla—. Es un cuento de hadas.

Siente la tentación de probarse el vestido. ¿Por qué no? Se pregunta. Se desviste el camisón, dejándolo apoyado en el respaldo de la silla de su habitación. Se calza ambos zapatos. Con un movimiento grácil de su silueta, azuza el vestido, que se mueve como fustigado por un viento invisible. Se siente como si fuera una princesa. Corre, taconeando ruidosamente, hacia el aseo de la planta de arriba.

Se mira en el espejo.

Se ve hermosa.

Sonríe.

Regresa a su habitación y, ansiosa, hurga en el interior del paquete, busca alguna indicación que le diga quién es la misteriosa persona que le ha entregado ese obsequio que, sin duda, es para ella. No hay nada más, a excepción de la máscara de porcelana y esa nota manuscrita con cuatro indicaciones detalladas de lo que tiene que

hacer esa noche.

Ya está vestida, y con los zapatos puestos, ahora solo queda cubrirse el rostro con la máscara. La coge con la mano derecha y la acerca hasta su cara. Encaja perfectamente. Incluso los ojos están centrados en los huecos destinados para ello. La abertura de la boca y el recorte de las orejas asustan a Andrea, porque el fabricante ha calculado, hasta el más mínimo detalle, la forma de su rostro. Acopla la cinta trasera, que oculta detrás de su cabello. Siente una extraña sensación de miedo. Ese vestido azul es de un talle impresionante y le estiliza su figura de manera soberbia, como si fuese una modelo de pasarela. Y la máscara oculta sus facciones de tal forma que nadie la podrá reconocer. Pero se repite la misma pregunta que se hizo cuando abrió: ¿quién lo ha dejado ahí, frente a la puerta? Enseguida se da cuenta de que alguien del pueblo, quizá algún vecino, comprende lo injusto que es que ella no vaya al baile, y quiere poner remedio a esa situación. Pero, por mucho que se esfuerza en tratar de adivinar quién ha sido, a su memoria no aflora ningún nombre. No conoce a nadie capaz de semejante proeza. Por un momento, solo por un instante fugaz, ha pensado que solo su padre habría sido capaz de algo así. Pero su padre murió. Está segura de ello porque vio su cuerpo mortecino durante aquella triste jornada del velatorio, cuando estuvo expuesto su cadáver en la habitación de matrimonio. Los vecinos y familiares de Alerre transitaron durante toda la tarde. Abrazaron a la viuda. Y a sus hijas desvalidas. En sus ojos había lágrimas. Nadie se explicaba cómo su padre no se dio cuenta de que, en ese cruce, por el que pasó cientos de veces, circulaba ese Chrysler a toda velocidad, que luego resultó robado, y se empotró contra el lateral del Seat 131 que conducía, hundiendo la puerta del conductor. Su padre solo tenía cincuenta y dos años cuando se encontró con la muerte. Pero era el alcalde de Alerre y todo el pueblo lo quería. Fue uno de los alcaldes más jóvenes de toda la región. Con treinta y cuatro años fue elegido por primera vez y, si no hubiera fallecido, seguramente seguiría en su puesto.

En ese instante, con el recuerdo de su padre, también recuerda una historia que le contó antes de morir, cuando ella aún era una niña para comprender su significado, referente a una vecina de Alerre, apasionada de los cuentos. Fue la misma que hizo construir una casa de color marrón, que bautizaron como la casa de chocolate, en la entrada del pueblo, en la antigua calle Aragón. La mujer, viuda, desapareció veinte años antes, en 1960, junto a su hijo mayor, de quince años, y su padre, de cincuenta y cinco, que vivía con ellos. Nunca se supo qué ocurrió. Ni por qué desaparecieron. Ni a dónde fueron. Pero lo que sí recuerda Andrea es que esa familia desapareció un sábado, el sábado 30 de julio de 1960. Lo recuerda perfectamente

porque su padre le dijo que la familia desapareció el último sábado del mes de julio, durante las fiestas de Santiago. Como ahora, que es el último sábado de julio de 1980, veinte años después. Desapareció toda la familia, menos la hija menor, que entonces contaba nueve años. Una cría que, de la noche a la mañana, se quedó sola, como una niña perdida de un cuento de hadas. La hermana del sereno de Alerre, Verónica, se hizo cargo de ella y se fue a vivir a Zaragoza. La cuidó como si fuese su propia hija. Durante algún tiempo corrieron por el pueblo todo tipo de hipótesis, que buscaban explicar cómo había podido desaparecer una familia entera, sin dejar ningún rastro. Y, como suele ocurrir en estos casos, las conjeturas derivaron en explicaciones fantasmagóricas. Solo la mediación de lo sobrenatural podía dar una explicación a lo ocurrido. Como ahora, cuando está de pie en su habitación, vestida de azul, con unos zapatos de tacón medio y el rostro cubierto por una máscara, cuya sola visión infunde miedo.

Deja el bolso en el armario de su cuarto, a excepción de la llave de la casa, que la coge en la mano. No puede ir al baile con su bolso, porque sería fácilmente reconocible tanto por su madre como por sus hermanas. Desciende por la escalera hasta el salón, con cuidado de no pisar la falda del vestido y de no resbalar con esos zapatos, tan nuevos que desprenden un brillo cegador. Su figura se recorta en la pared, a cada paso que da, como un espíritu de la noche que transita entre dos mundos. Cierra la puerta con dos vueltas y oculta la llave en el macetero de la izquierda, de los dos que hay.

Recorre la calle Baja, ataviada con el vestido y los zapatos azules, el rostro cubierto con la máscara veneciana. Es noche limpia y el cielo luce como si estuviera en alta mar. Al fondo, por encima de la montaña, ha visto pasar una estrella fugaz. Este año las lágrimas de San Lorenzo se han adelantado unos días y ella parece la protagonista de un ilusionante cuento de hadas.

Si sueñas algo más de una vez,
seguro que se hará realidad.
La Bella Durmiente

Los murciélagos nocturnos chocan con las farolas que iluminan la hilera de casas. Es como si acompasaran los pasos largos de Andrea, en el trayecto hacia la fiesta. Cuando llega a la plaza, hay casi un centenar de jóvenes que danzan al compás de la orquesta que toca desde lo alto de un entarimado, construido por los operarios del ayuntamiento para la ocasión. A través de los orificios, de la máscara veneciana, se fija en el rostro de los asistentes, los reconoce a todos. Son vecinos de Alerre, compañeros de colegio y del instituto de Huesca, amigos de la calle, y muchos adultos que también conoce del pueblo. Distingue al nuevo alcalde, el señor Morales, a la farmacéutica, y a muchos vecinos de los pueblos de alrededor, como Chimillas o Banastás. Enseguida se percata de que la mayoría la están mirando, ya que su presencia causa sensación.

¿Quién es esa chica tan alta, vistiendo completamente de azul y con el rostro oculto detrás de una máscara? Se preguntan.

Circula despacio, para no trastabillar con sus zapatos nuevos, y para no pisar la cola del vestido, y se confunde con la multitud de la plaza. En ese instante lo único que anhela es pasar desapercibida a los ojos de los demás. Pero, en el fondo, siente una emoción inexplicable al saberse observada e irreconocible. Es como un sueño, donde el soñador se ve a sí mismo participando de la historia, pero sin exponerse. Como si realmente no estuviera ahí. Como si nadie de su alrededor pudiera tocarla, solo observarla, como un espectro que se desliza por el centro de una muchedumbre dispersa, que se aparta para dejar paso a esa desconocida.

No tardan en acercarse un nutrido grupo de mozalbetes, de edades comprendidas entre los dieciocho y los veinticinco años. Algunos se dan codazos entre ellos, como si la presencia de esa chica fuese lo más ilusionante que vaya a ocurrir esa noche. Todos visten con traje; lo que demuestra la importancia del baile. También hay chicas jóvenes, ataviadas con sus mejores galas, que reparan en la presencia de esa intrusa, que se cubre el rostro con una perturbadora careta, de la que solo se dejan ver los ojos. Unos ojos negros, penetrantes, inteligentes, que devuelven la mirada con ausencia de miedo.

Desafiantes.

—¿Quién es esa? —interpela una chica, que tiene las cejas largas y erizadas y los ojos pintados de color negro, sin dejar de mirar hacia

donde está ella.

—Es muy alta —revela otra—. Tiene el mismo tipo que Andrea —anota.

Y luego miran hacia donde se encuentra la señora Catalina, en compañía de sus dos hijas, y se percatan de que, si esa chica fuese Andrea, su madre ya la habría identificado. En Alerre conocen la relación que mantiene esa familia y saben que doña Catalina jamás dejaría que Andrea, siendo menor de edad, asistiera a un baile. Lo saben porque ninguna de sus otras hijas, Claudia o Inmaculada, jamás asistieron al baile final de las fiestas del pueblo, antes de cumplir los dieciocho. Y con Andrea no iba a hacer una excepción.

—¿Eres de por aquí? —le pregunta un chico de veinte años, echándose hacia atrás un flequillo que le cubre parcialmente el rostro.

Andrea se limita a sonreír por debajo de la máscara veneciana, sin hablar para que no la reconozcan. Su voz grave, de tonalidad varonil, la delataría. Es la primera vez que se siente tratada como una mujer adulta. En sus ojos reconoce el brillo de la obscenidad. La pasión de la adolescencia hirviendo en el interior de un cuerpo joven.

—¿Cómo te llamas? —se interesa otro chico, algo mayor que el anterior, mientras saca un paquete de Fortuna y extiende la mano, entregándole uno a Andrea, que no acepta.

Andrea los rechaza a todos, porque en su pensamiento solo está el hombre que vio ayer por la noche, muy cerca de la calle donde vive, a la salida de la plaza. Era bastante mayor que ella, pero sus rasgos los contempló hermosos, como si su tez desprendiera un brillo artificial. Como un muñeco de plástico protegido bajo un foco de luz. Ojalá lo viera allí, piensa. Sería el único al que se acercaría y al que desvelaría su verdadera identidad. Le diría que es ella, la chica con la que hablaste ayer por la noche, justo antes de las diez. Y entonces le preguntaría su nombre.

Algunos adultos, hombres y mujeres, que están cerca de la tarima donde la orquesta sigue tocando, comienzan a murmurar sobre esa extraña que ha accedido a la plaza, vistiendo de tal forma que nadie puede reconocerla. El halo de su vestido azul sobresale por encima de cualquier grupo de adolescentes.

—Oye, mamá —le dice Claudia a su madre—. ¿No será esa Andrea? Tiene su misma figura.

Catalina interrumpe la conversación con una vecina y posa los ojos sobre la chica del vestido azul. Ciertamente tiene el tipo de su hija. Y es tan alta como ella. Y su pelo se parece tanto, que bien podría ser ella. Pero la conoce lo suficiente como para saber que no es tan osada como para presentarse en la plaza con ese vestido y con esa máscara. Además, se pregunta, ¿de dónde lo habría sacado? Dos veces a la semana, como mínimo, registra su cuarto en busca de tabaco o dinero,

que le pudiera estar sisando. Y si ella hubiera escondido en su habitación ese vestido, o esos zapatos, o esa máscara, los habría visto. No, definitivamente, es imposible que esa chica sea su hija.

—No, Andrea no es tan valiente como para hacer eso —es su respuesta.

Pero las hermanas de Andrea desconfían. La conocen. Saben que es rebelde.

E ingeniosa.

Y la inteligencia al servicio de la rebeldía, la dota de un poder que sobrepasa los límites establecidos. ¿Qué mejor manera de saltarse el toque de queda, impuesto por su madre, que asistiendo al baile disfrazada? Se han preguntado las dos. Y Catalina siente la inquietante curiosidad de comprobar si esa mujer misteriosa es su hija. Está convencida de que lo sabrá en cuanto le vea los ojos y huela su perfume. A una madre no se la puede engañar tan fácilmente.

Camina con torpeza por entre el grupo de jóvenes, que se arremolinan en el centro de la plaza. Algunos la empujan con sus codos, mientras bracean dejándose llevar por la música y el alcohol. Pero Catalina persiste en su comprobación, hasta que se queda a unos escasos cinco metros de donde está la chica de la máscara. Andrea, al percatarse de que su madre se aproxima, coge a uno de los mozos por la muñeca y se aparta hacia la fachada del ayuntamiento, donde más gente hay en ese instante. Es tal el tumulto que si cayera una pelota de tenis desde arriba no tocaría el suelo. Allí, está segura de ello, no podrá llegar su madre, aunque se lo proponga; circular por entre un amasijo de jóvenes, algunos de ellos ebrios, es una tarea imposible para una mujer de su edad.

—¡Abuela! ¡Tenga cuidado no se vaya a caer! —chilla uno de ellos.

Los demás explotan en una carcajada, que fuerza a que Catalina se retire desde el centro de la plaza hacia una de las esquinas, donde la esperan sus hijas.

—¿Dónde has ido, mamá? —le pregunta Claudia, curioseando.

—Nada. Quería ver de cerca a esa chica.

—¿Es Andrea?

—No lo sé. Pero se parece tanto, que tengo mis dudas. —Frunce los ojos.

La fiesta continúa y los jóvenes bailan y beben, mientras la orquesta atolondra la noche de Alerre con canciones populares que muchos de los asistentes corean. Andrea baila con varios chicos, algunos fueron compañeros suyos en el colegio, y algún otro lo conoce del instituto, pero ninguno la reconoce. Y eso que uno de ellos ha estado buscando en sus ojos el recuerdo de quién puede ser esa misteriosa, a la vez que excitante, chica.

En el fragor de la fiesta, la manosean. Son varias manos que le han

tocado el culo y varios chicos se han frotado. Hay una chica de su edad que ha querido arrancarle la máscara, pero Andrea le ha dado tal empujón que esa atrevida se ha caído al suelo. Los demás casi la pisan, hasta que una de sus amigas la ayuda a levantarse.

Un par de hombres, casados, la han estado rondando. Buscan un acercamiento que ella rechaza.

—¿De dónde eres? —le pregunta un hombre de casi cuarenta años, cuyos ojos delatan que ha bebido. Muy cerca de él, a unos escasos dos metros, está su esposa, que lo mira como quien mira a un payaso de circo, buscando hacer reír a un público aburrido.

Andrea no responde, se limita a ocultarse entre un grupo de mozos que la circundan, dando vueltas a su alrededor. Como si ella fuese un sol y ellos unos satélites que necesitaran del brillo que emana del centro de la galaxia.

Faltan unos minutos para medianoche, cuando Andrea ve que su madre sale de la plaza. Entonces comprende que ella ya se retira. Y recuerda la nota que había en el paquete:

«*Regresa antes de medianoche*».

Teme que vaya directamente a casa y corre el riesgo de que se entere que ella no está en su habitación. Llegado el caso, relacionará que esa chica de la máscara es su hija.

Sin decir nada, se suelta del chico con el que está bailando, y lo deja solo, con una aparatosa erección.

—Tengo que irme —grita.

—¡Espera! —exclama ese chico de ojos azules—. ¿Cómo te llamas?

Andrea se aleja taconeando por una calle lateral de la plaza. En su descenso, y sin volver la cabeza, grita:

—¡Cenicienta!

Y luego se ríe.

Corre hacia la calle Baja. La misma calle por donde hacía dos horas había transitado henchida de ilusión, con la esperanza dibujada en su rostro, en forma de máscara. Con el delirio de unos instantes de diversión, sintiéndose una persona distinta, protagonista de un cuento que todavía se está escribiendo, mientras patea el suelo con una musicalidad que surge de los tacones de sus zapatos de princesa.

Avanza por un callejón lateral y camina por la calle Iglesia, buscando adelantar a su madre, para llegar antes que ella. Pero, para su sorpresa, en esa misma calle ve a su madre conversando con la señora Adoración, que está sentada en una silla de madera, frente a la puerta de su casa. Andrea pasa pegada a la fachada de la casa de enfrente, sin que ella se percate; aunque el ruidoso taconeo al corretear hace que Adoración se interese por ella:

—¿Quién es esa joven que va por allí? —pregunta en voz alta.

Catalina se gira y solo puede distinguir la silueta de la chica del

vestido azul y su pelo flameado por la brisa de julio.

—Creo que sé quién es —atina a decir, mientras encoge la mirada de forma perspicaz.

Catalina llega a casa. Abre la puerta, apresurada, y enciende la luz del salón. Huele a perfume, el mismo que usa su hija menor. Lo distingue claramente. Sigue esa fragancia mientras asciende por la escalera. Sabe que Andrea hace poco ha pasado por allí. Sus sospechas se desvanecen cuando la sorprende saliendo del baño, vestida con el camisón de color lila.

—Sabía que eras tú —profiere, imprimiendo fiereza en su voz—. ¿Cómo te has atrevido a desobedecerme? Solo espero que ninguno de esos muchachos te haya embarazado.

Andrea se queda inmóvil en medio del pasillo, sin saber qué responder. Apenas había tenido tiempo de esconder el vestido debajo de su cama, los zapatos y la máscara. Pero si su madre registra la habitación, dará con ellos y sabrá que ella es la misteriosa mujer de azul.

Desesperada, opta por mantener su embuste.

—¿Qué ocurre, mamá?

—¡No te hagas la tonta, que tonta no eres! —exclama—. Has ido a la fiesta, pese a que lo tenías prohibido.

—Yo no he ido a ninguna fiesta, mamá. Estaba durmiendo en mi cama y me he levantado un instante para ir al baño. Y ha sido cuando te he oído subir por la escalera.

Catalina se acerca hasta su cuello y olfatea su perfume.

—Hueles a tabaco. Y alcohol. Y perfume de ese tuyo. ¿Te acicalas para ir a dormir?

Andrea piensa que quizá ya ha llegado el momento de dejar de huir y enseñar los dientes. Solo le faltan dos años para la mayoría de edad y debe empezar a hacerse valer tanto ante su madre, como ante sus hermanas.

—¡Sí! —chilla, para sorpresa de Catalina, que no se esperaba una reacción tan brusca por parte de su hija—. Era yo. ¿Y qué? Tú solo eres una vieja amargada. ¿No te das cuenta de que todo el pueblo se burla de ti? Pareces sacada de un cuento de brujas. He ido al baile porque me apetecía y porque quería pasármelo bien, igual que tú. Igual que mis hermanas.

Y fuerza una risa que se distingue falsa.

—¿De dónde has sacado ese vestido que llevabas puesto? ¿Y los zapatos? ¿Y esa máscara? —interroga la madre, gritando hasta perder la voz.

La discusión es interrumpida por el sonido del timbre de la puerta de abajo, que suena tres veces seguidas. Catalina recompone su tez, que se había demudado con las últimas palabras de su hija, ya que no

se esperaba ese arranque de genio por su parte.

—¡Métete en tu habitación, que no he terminado contigo! —le ordena en tono amenazante.

Andrea se siente molesta, porque esos arrebatos de mala leche no son propios de ella, pero su paciencia ha llegado al límite y ya no aguanta ni a su madre ni a sus hermanas. Pero es consciente de que tiene que ser tolerante, al menos hasta que sea mayor de edad y pueda independizarse. E irse de Alerre.

Andrea escucha que su madre, cuando abre la puerta, habla con alguien. Luego no oye nada más, por lo que supone que Catalina ha salido a la calle para hablar con quién sea que ha llamado.

Se mete en la cama y se recuesta de lado. Sabe que al día siguiente ya se le habrá pasado el enfado a su madre. Pero ella mantendrá el recuerdo de haber disfrutado, desde que tiene memoria, de la noche más feliz de su vida.

Ya casi está conciliando el sueño, cuando se despierta por el atronador sonido de la aldaba de la puerta de abajo, que golpea tres veces seguidas. Distingue que el golpeteo es distinto al que conoce. Entonces cae en la cuenta de que están llamando a la puerta trasera, la que da a la calle Iglesia. Son pocos los vecinos de Alerre que usan esa puerta para acceder a la casa. Por lo que, quien está llamando, tiene que ser alguien de mucha confianza. Se calza las zapatillas y desciende hasta la planta de abajo y abre la puerta trasera, sin preguntar antes.

Domingo 27 de julio de 1980

El verdadero valor
reside en enfrentarse al peligro
aun cuando uno está asustado.
El Mago de Oz

La patrulla que llega a la calle Baja proviene de la comandancia de Huesca. El agente veterano es parcialmente calvo, tirando a grueso, con la tez perfectamente rasurada y con una inapreciable cicatriz en la aleta derecha de la nariz. El otro, bastante más joven, es bajito y musculado, tiene el cabello negro y luce un pequeño bigote, que no le queda bien en sus facciones delicadas.

Les espera un anciano de ochenta años, vistiendo ropa de labriego, con las manos callosas y la frente tan arrugada que parece un pergamino. Cuando el Renault 4 aparca frente a un enorme macetero con tierra y sin plantas, el hombre se pone en pie y se quita la gorra, sosteniéndola con ambas manos.

—¿Es usted el que ha llamado? —consulta el guardia civil veterano, mientras se baja con dificultad del vehículo.

Un destello de ilusión se enciende en los ojos del anciano, como si todo el día hubiera estado esperando que ese agente le hiciera esa pregunta.

—Sí —repone, limpiándose un excedente de saliva que le surge por la comisura de sus labios—. Dentro de la casa, en la planta superior, están las mujeres.

—¿Aquí? —pregunta el guardia civil, mientras señala hacia la puerta abierta.

—Sí. Aquí es —responde—. Conozco a esta familia muy bien, ya que son de Alerre de toda la vida. Ella es viuda y vive con sus tres hijas. La madre, hace un rato ha estado gritando desde la ventana de arriba para que alguien les avisara. Y eso he hecho —dice con satisfacción.

—¿Sabe por qué? —pregunta el agente.

El viejo se encoge de hombros, con comicidad.

El guardia civil mira el reloj y comprueba que son las dos de la tarde. Su rostro muestra enfado, pues es la hora del relevo. Pero en la comandancia le han dicho que la llamada parecía urgente y que no podían esperar a que se personara la patrulla entrante, que, entre una cosa y otra, no llegaría hasta las dos y media. Es costumbre en los relevos que los salientes se vayan un poco antes y los entrantes

demoren su llegada, lo que consigue que al mediodía haya una franja de una media hora en la que no hay nadie disponible. Antes de subirse al vehículo, le dijo al operador de la sala que, en cuanto estuviera el relevo, lo enviara para Alerre. Hoy tengo invitados a comer en casa y no les quiero hacer esperar, le comentó.

—Vamos a entrar —le dice el veterano al guardia civil joven—. Ojos bien abiertos —comenta, haciendo el gesto de abrirse un ojo con los dedos índice y medio de la mano derecha.

Seguidamente empuja la puerta con la mano izquierda, mientras que, con la otra, de forma instintiva, la posa sobre la empuñadura de su arma, que se balancea descontrolada dentro de su funda, alrededor del muslo de su pierna.

—¡Hola! —grita—. ¿Hay alguien en casa? Es la guardia civil quien pregunta —añade a continuación.

Seguidamente se toca la gorra con la mano, en un gesto maniático.

—¡Aquí! —escucha varias voces femeninas al mismo tiempo—. ¡Estamos aquí arriba! ¡Suban, por favor!

Los dos agentes franquean la entrada y se quedan centrados en medio del salón, ante la mirada atenta del anciano, que se da por satisfecho. Por el hueco de la escalera asoman dos cabezas. Son dos chicas jóvenes.

El rictus serio.

La boca desencajada.

Los ojos cansados.

—¡Suban! —grita una.

Detrás de ella se escucha un llanto desconsolado, que retumba en el techo y se esparce por toda la casa. Como un mal presagio.

—Usted no entre —advierte el guardia civil veterano al anciano.

El hombre se queda justo en el centro de la puerta, ladeando la cabeza ligeramente. Desde su posición intenta ver el comedor de la casa. Mientras, los agentes comprueban que en la planta inferior no hay nadie. La puerta de la cocina, la del único aseo, una habitación y la que da al patio trasero, están abiertas de par en par. Las luces apagadas. No hay ollas en el fuego y todo se ve recogido.

—Si necesitan algo estoy aquí —se ofrece el anciano, balanceándose de un lado hacia otro, como un muñeco de feria.

—Sí. Sí —repite el veterano—. Pero no entre en la casa. Y quédese ahí, por si alguien quiere entrar.

—No se preocupe, serví en la Legión —dice orgulloso.

Los agentes inician el ascenso por la escalera que lleva al piso de arriba, uno detrás de otro. Al llegar se topan con tres mujeres que les esperan en el centro del pasillo. De pie, con el mismo aspecto de tres espectros surgidos de lo más profundo de un averno. Sus rostros muestran conmoción. Y sus ojos, espanto.

—¿Qué ocurre? —pregunta el guardia civil veterano.

Su compañero se coloca a su lado, sin dejar de observar a esas tres mujeres que, por el parecido, se distingue que son familia.

Catalina y sus dos hijas, Claudia e Inmaculada, enmudecen. Es la madre la que señala con su mano hacia una habitación que está a su derecha. Los agentes observan que la puerta está abierta.

Se asoman.

—¡Dios! —exclama el veterano—. ¿Qué ha ocurrido?

Sobre la cama yace una chica joven que, por el aspecto, parece que está muerta. El cuerpo tendido boca arriba, como un cadáver expuesto en un velatorio. Está completamente desnuda, y las manos descansan al lado de la cintura. El pelo largo y peinado, alrededor de sus hombros redondos. Las piernas totalmente extendidas y separadas. En el suelo, tocando las patas de la cama, hay un vestido de color azul. Encima, perfectamente centrado, una máscara con motivos venecianos. En la falda, dos zapatos del mismo color que el vestido.

—La hemos encontrado así —responde la madre—. ¡Alguien ha entrado en la casa y la ha asesinado!

Los agentes distinguen unas marcas en la imperceptible prominencia de la nuez, que reconocen de inmediato. No es la primera vez que se encuentran ante una estrangulación. La chica tiene la piel morada y el rastro de unos dedos destaca por debajo de su cabello cuidadosamente colocado.

—¡Llama a la central! —ordena el veterano al agente joven—. Diles que envíen refuerzos. Ustedes —se dirige a las mujeres—, bajen al salón y no se muevan de allí hasta que la guardia civil se lo diga. ¿Hay alguien más en la casa?

La mujer niega con la cabeza.

—¡Está bien! Hagan lo que les digo y esperen a que lleguen más agentes. ¿Han avisado al médico?

—No —balbucea la madre—. El de Alerre murió hace un par de años, cuando se despeñó por un barranco en el Pico del Águila —fuerza una mueca horrible en su rostro—. Y, desde que murió, ya no tenemos médico —se lamenta.

—No se preocupe —le dice saliendo del cuarto—. ¡Oye! —le grita a su compañero por el hueco de la escalera—. Pide un médico, también. Y que venga el forense y el juez. Bueno, avisa a la central, que ellos ya saben lo que tienen que hacer y a quien tienen que enviar.

El guardia civil joven baja por las escaleras, acompañando a las tres mujeres.

—Quédense aquí —les indica, mientras señala hacia la cocina.

Luego se dirige al anciano, que sigue de pie, en medio de la puerta. En su brazo derecho se distingue un tatuaje medio borrado de la

Legión.

—Salga a la calle y procure que no entre nadie. Voy a avisar a mis compañeros, no tardarán en llegar.

—¿Qué ha ocurrido? —se interesa.

—Un crimen —resopla el agente.

Desde la emisora del coche intenta llamar a la comandancia. Pero las comunicaciones son muy deficientes en la zona rural y el operador de la base no le entiende bien. Entonces decide usar el teléfono fijo de la casa. Descuelga el auricular, que hay sobre una mesa, al lado del recibidor, y marca el número del cuartel, girando la rueda despacio. Si algún número no completa el giro hasta el final, entonces tiene que comenzar de nuevo. Desde la puerta acristalada, de la cocina, lo están observando las tres mujeres, con expresión de espanto, con la mirada perdida, con la piel amoratada del calor que asfixia a Alerre. Con miedo.

Con mucho miedo.

Cuando responden, al tercer tono, trata de resumir en un breve comunicado lo que se han encontrado en la casa. Pero no acierta con la forma de explicarlo.

—¡Hay un cadáver! Está en la planta de arriba, en una de las habitaciones. Es una estrangulación por presión en la tráquea. Que venga una ambulancia. Y un médico. Y el forense y el juez. Avisa al sargento de judicial, aquí ha ocurrido algo horrible.

Cuando cuelga, sube con su compañero, que se ha puesto unos guantes de plástico que lleva en el bolsillo del pantalón. Comprueba las constantes vitales de la adolescente y, en unos segundos, afirma que ha muerto. Aunque, la primera vez que vieron el cuerpo, ya lo supo. Son muchos años de experiencia, como para saber de un solo vistazo si alguien está muerto o no.

—¡Qué no entre nadie! —chilla, cuando oye murmullos que provienen de la planta inferior.

El anciano ha alertado a varios vecinos. Y estos a su vez han llamado a otros. Ya son varias personas que esperan impacientes en la calle, al lado del coche de la guardia civil, aguardando a que vengan noticias del interior de la casa. Desde muchos portales y ventanas hay personas que observan a los agentes, boquiabiertos.

—¡Échalos fuera y cierra la puerta con cerrojo, para que no entre nadie! —ordena el veterano al joven—. Y pregúntale a las mujeres por lo que ha ocurrido aquí. Mira a ver si sacas algo en claro.

El guardia civil joven baja las escaleras de nuevo, cumpliendo las órdenes. El veterano, que se queda en la planta de arriba, revisa las habitaciones. Comprueba que no haya nada extraño, que avance qué es lo que ha pasado para que esa adolescente esté muerta.

—¿Qué ha ocurrido ahí arriba? —pregunta el guardia civil joven a

las tres mujeres, nada más abrir la puerta de la cocina, cuyos rostros muestran pesadumbre.

La madre está calentando una cafetera, mientras que las dos hijas se han sentado alrededor de la mesa y fuman un cigarrillo cada una. Las tres muestran ojos de cansancio. Y se distingue que han estado llorando recientemente. Hay tanto humo en la cocina, que el ambiente se ha espesado.

—Ayer fue el baile final de las fiestas del pueblo. —La madre hace aspavientos para espantar el humo de los cigarrillos de sus hijas, que va hacia la campana extractora y pasa por delante de su cara—. Fui con mis hijas mayores —las señala con la barbilla— y la pequeña, Andrea, se quedó en casa. —La madre obvia lo de que sabe que fue a la fiesta, disfrazada—. Yo he sido la primera en verla, a la una y media del mediodía, cuando he ido a buscarla a su habitación, al ver que tardaba en levantarse. Andrea nunca se levanta tan tarde y me extrañó que todavía no lo hubiera hecho. He llamado a su puerta y, al no responder, la he abierto accionando la manilla y es cuando la he visto. ¡Dios mío! —grita—. ¡Han asesinado a mi niña!

—Quédense aquí —les ordena—. Enseguida llegará el sargento y hablará con ustedes.

Cuando el guardia civil joven sube de nuevo a la planta de arriba, su compañero le dice:

—¡Ven, sígueme!

Los dos agentes salen a la terraza de la primera planta, donde nadie los pueda oír. Desde allí ven que abajo, en la calle, hay numerosos curiosos que se están congregando. Llegan murmullos. Hablan de una fiesta. Y de un baile. Escuchan como comentan que había una chica vestida de azul, con unos zapatos del mismo color, y una máscara.

—Esto es muy raro —le dice el veterano—. A esa chica la han estrangulado, según parece, por las marcas que tiene en la garganta. Lo raro es que nadie de la familia, ni su madre ni sus hermanas, no hayan visto ni oído nada. No las pierdas de vista, hasta que llegue el capitán y el sargento.

—Están en la cocina. Fumando y haciendo café.

—Que se queden allí hasta que lleguen los jefes. Esto pinta muy mal.

Un Citroën GS de color verde oliva, un Simca 1200 de color gris y una furgoneta de color blanco, aparcan detrás del Renault 4 de la primera patrulla. En el primer coche viaja el capitán Ramírez, vistiendo de uniforme, y llegado directamente desde la comandancia de Zaragoza; a su lado el sargento Ortega, de paisano. En el segundo coche van tres agentes de judicial, también de paisano. Y en la furgoneta van dos agentes de policía científica. Solo la guardia civil es

capaz de movilizar a tanto personal un domingo del mes de julio. Se escucha el sonido de un helicóptero, sobrevolando la zona en frecuentes pasadas entre el pueblo y los alrededores. Vuela por encima de la carretera, la alberca, el río y los caminos que llevan hasta la vía del tren.

El corrillo, que se ha montado en la puerta de la casa, ha crecido tanto que la totalidad de la calle está llena de gente. Alerre es un pueblo tranquilo, donde nunca pasa nada. O casi nunca.

Un hombre de unos sesenta años, con el estómago caído y los brazos esqueléticos, grita en voz alta:

—¡Hoy es 27 de julio! Veintisiete de julio —repite varias veces, hasta que una mujer entrada en kilos le dice que se calle.

—¡Calla, imbécil!

—¿Dónde está? —interroga el capitán Ramírez, cuyo rostro lleno de verrugas, a pesar de su juventud, le hace ofrecer un aspecto descuidado.

—En la planta de arriba —indica el guardia civil veterano, mostrando en el semblante la dureza de la escena que acaba de ver—. Abajo está la madre con sus otras dos hijas. La mujer es viuda y la chica de la habitación es la menor. La primera en verla ha sido la madre, Catalina —mira el nombre en una libreta que sostiene en la mano—, cuando al abrir la puerta de su cuarto la ha visto tendida y con marcas en la garganta. Se ha acercado a ella, balanceándola, pensando que dormía, pero enseguida se ha dado cuenta de que estaba muerta. Dice que las manos las tenía sobre los pechos desnudos, pero que se le han caído cuando la ha movido. Luego ha gritado y sus otras hijas han acudido enseguida. Temiéndose lo peor, han avisado por la ventana y uno de los vecinos, el viejo ese pesado que está abajo, es el que nos ha llamado.

El sargento Ortega, de la guardia civil, de sesenta años, grueso, con la nariz ribeteada de arañas vasculares, con la mandíbula oculta bajo el espesor de la papada, se ha puesto unos guantes finos de plástico, que guarda en el bolsillo de su pantalón de tergal. La expresión de su rostro es de conmoción. Como si la escena de esa adolescente desnuda fuese lo peor que hubiera visto nunca en su larga carrera como investigador.

—¿Qué es eso? —interroga el capitán, cuyo rostro se ha enrojecido.

Tanto el guardia civil veterano, como el sargento de judicial, dirigen su mirada hacia la entrepierna de la adolescente. En medio de ambos muslos hay lo que parece un zapato de cristal. El sargento lo coge con su mano enguantada, se lo pone delante de los ojos y, seguidamente, declara:

—Un cuento de hadas.

4. Sargento Ortega

La flor que florece en la adversidad
es la más rara y hermosa de todas.
Mulán

—¿Había visto algo así alguna vez, Ortega? —le pregunta el capitán, que apenas tiene cuarenta años, al sargento de judicial.

Los dos agentes, que llegaron primero a la escena del crimen, están de pie, al lado de la barandilla de la escalera. El calor de finales de julio potencia el olor a muerte que se respira en toda la casa. Los de judicial y los de científica saben que tienen que trabajar rápido, pues las moscas han comenzado a aproximarse al cuerpo de la adolescente.

—¿Sabe en lo primero que he pensado cuando me han llamado? —interroga, terminándose de ajustar los guantes en su gruesa mano y sin dejar de mirar el zapato de cristal, que entrega a uno de los policías de científica.

El capitán balancea la cabeza, negando.

—¿A qué se refiere?

—Hace veinte años desapareció una familia que vivía en una casa de madera. Los dueños la habían pintado de color marrón y los vecinos la conocían como la casa de chocolate. ¿Conoce la historia, Ramírez?

—Yo, por aquel entonces, estaba cumpliendo el servicio militar —se excusa el capitán.

El sargento saca un cigarrillo del paquete de tabaco, que sobresale del bolsillo de su camisa, y se lo incrusta en los labios, como si se lo clavara. A continuación, rebusca en el bolsillo del pantalón una caja de cerillas de madera y enciende el cigarrillo con una. La sopla, para asegurarse de que está apagada, y la deja de nuevo dentro de la caja, cuando todavía humea. El capitán lo observa con curiosidad, ya que no conoce a nadie que encienda los cigarrillos con cerillas. Y mucho menos de madera.

—El aviso de la desaparición lo dio una niña que vivía en la casa de madera, que entonces solo tenía nueve años, el sábado 30 de julio de 1960, el último sábado de ese mes. Y hoy es domingo 27 de julio, el último domingo de este mes, pero a esta —la señala con la barbilla — la asesinaron ayer por la noche. Prácticamente se puede decir que murió el sábado. Es decir, entre aquella desaparición y este asesinato han pasado veinte años justos. Veinte años —repite despacio, como si no estuviera seguro de la cifra.

El capitán lo contempla con aspecto de fastidio, como si no le gustara que el sargento de judicial especulara sin motivo. Además, no

entiende la coincidencia que trata de buscar entre ambos hechos, separados veinte años en el tiempo.

—¿Y dónde está la relación? —interroga Ramírez, mientras se echa un paso hacia atrás, para esquivar la primera bocanada del cigarrillo de Ortega, que se desplaza por el ambiente buscando una de las ventanas abiertas, para salir.

—El mismo día, el último sábado del mes de julio —insiste el sargento—. En el mismo pueblo. En dos casas separadas apenas unos metros de distancia. Y tanto las desapariciones, como esta muerte, están estrechamente relacionadas con los cuentos de hadas. Esta chica —la señala con la mano donde sostiene el cigarrillo— parece La Cenicienta. Solo tiene que ver el vestido del suelo y el zapato de cristal que hay entre sus piernas. Una madre y tres hijas. Dos de ellas feas, según me ha comentado el jefe de la patrulla. Y esta, que es una monada —espeta, para incomodidad del capitán, que no le gusta que el sargento utilice esas expresiones para referirse a un cadáver—. Demasiada casualidad para que no estén relacionados ambos hechos.

El capitán observa a los agentes de policía científica, que han comenzado a tomar fotos y a recoger vestigios y huellas de la habitación. Desde la ventana abierta se oye un murmullo constante de los vecinos que están en la calle. Solo espera que el juez levante pronto el cadáver de la chica, para que se pueda recuperar cierta normalidad.

—¿Participó en esa investigación?

—Así es. Y le puedo asegurar que, en treinta y cinco años de servicio, dedicados a la guardia civil, es el único caso que no he sido capaz de resolver —profiere con voz derrotada.

Sin dejar de hablar, el sargento vuelve a coger el zapato de cristal de las manos del policía de científica. Lo contempla con minuciosidad y enseguida se da cuenta de que es una pieza única. Está pulcramente tallado, del tamaño del pie de una adolescente, sin marcas ni rastro de fabricación, a excepción de dos letras en la base del tacón: NT. Pero tan diminutas que cuesta verlas a simple vista. Quienquiera que lo dejó ahí, se ocupó de limpiarlo concienzudamente y eliminar cualquier huella que hubiera podido quedar impresa en el cristal reluciente. Aunque, seguramente, medita, el asesino lo dejó entre los muslos de la chica después de asesinarla.

—¿NT? —pregunta el capitán.

—Puede ser una marca de fábrica —sugiere el sargento.

—La madre y las hermanas aseguran que ese zapato no es de la casa —comenta el capitán, después de hablar con el guardia civil joven de la primera patrulla que llegó. El agente está en la cocina, con ellas, y les trasmite las preguntas que los de judicial requieren—. También, dicen que el vestido, los zapatos y la máscara no son de la

chica. Aunque aseguran que estuvo en la fiesta con ellos puestos y, en su momento, no la reconocieron. La madre cree que se los regaló alguien, posiblemente el asesino.

—Capitán —habla a su espalda un guardia civil uniformado, que acaba de subir la escalera—. Abajo está el alcalde. Me ha dicho que quiere hablar con usted.

—Es lo malo de los pueblos pequeños —musita el sargento, lo suficientemente bajo como para que solo lo escuche el capitán—, que siempre hay un alcalde metomentodo. No le haga mucho caso, porque querrá dirigir la investigación. —Sonríe.

—¿No será el mismo alcalde que hubo en 1960? —pregunta, con un gesto amargo de sus labios.

El sargento sonríe mientras apaga el cigarrillo, deshaciéndolo en su mano y envolviéndolo con un pañuelo de papel. No quiere contaminar el escenario del crimen.

—No. El que había entonces se llamaba Alonso y murió en un accidente de tráfico en el cruce que hay entre Alerre y Chimillas. Lo recuerdo porque no hace mucho que murió, unos tres años, y tuve que desplazarme hasta aquí para investigar su muerte.

—¿Investigó un accidente de tráfico? —curiosea el capitán—. Eso no es tarea de policía judicial.

—Sí, porque en un principio parecía otra cosa. El alcalde conducía un Seat 131 y se empotró contra él un Chrysler 180, que resultó robado.

El capitán baja por la escalera, hasta que llega al salón, donde le espera ese hombre. Está de pie al lado de la chimenea. Aparenta cincuenta años, con un aspecto cadavérico, que asusta a quienes no lo conocen. Tiene la nariz afilada, las sienes hundidas, las orejas estiradas, la piel del rostro endurecida y el color de su tez es tan oscuro que parece africano. El capitán reprocha con la mirada que el agente lo haya dejado acceder al interior de la casa, sin consultarle antes.

—Disculpe mi intromisión —se disculpa el alcalde—. No querían dejarme pasar, pero he insistido —dice para excusar al guardia que lo ha dejado entrar.

—Está bien —acepta el capitán.

—Morales —se presenta.

El capitán Ramírez alarga la mano, para estrecharla con la de ese hombre. El alcalde reparte la mirada entre la puerta acristalada de la cocina, donde están las mujeres, y la escalera que lleva a la planta de arriba, donde está el sargento con los policías de científica.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Conozco bien a esta familia. —El alcalde exhala una bocanada de aire mientras habla—. Son vecinos de Alerre, desde siempre. La

mujer, viuda, tiene tres hijas. Andrea, una niña de dieciséis años que, por lo que tengo entendido, no se llevaba bien ni con la madre ni con las hermanas. Y las mayores son Claudia e Inmaculada. Ayer fue el último día de las fiestas de Alerre y celebramos el baile final, en la plaza del ayuntamiento. Las cuatro estuvieron allí, aunque Andrea acudió disfrazada con un vestido azul y una máscara que le tapaba el rostro.

—Lo han estado comentando —interrumpe el capitán—. Lo que desconozco es por qué fue a la fiesta disfrazada.

—De eso es de lo que quería hablarle, capitán —dice después de observar las tres estrellas de seis puntas que hay sobre el bolsillo de la camisa del uniforme—. Algunos vecinos me han dicho que la madre nunca dejaría que su hija, menor de edad, asistiera al baile. Esta familia es muy conservadora y, desde que falleció el padre, Catalina ha puesto todo su empeño en proteger a sus hijas, especialmente a la menor. Ayer por la noche, según parece, fueron las tres a la plaza del ayuntamiento, pero Andrea se quedó en su cuarto. Muchos, yo incluido, vimos a una chica alta y delgada, con un aspecto físico muy parecido al de la adolescente, que se estuvo paseando por el baile disfrazada con una máscara veneciana de color blanco. A nadie se nos escapó, y ya lo estuvimos hablando entre nosotros, que esa chica era ella. A última hora, poco antes de medianoche, la madre regresó a casa y algunos vecinos vieron como detrás salió disparada Andrea. Seguramente querría llegar antes que su madre, para que no la sorprendiera y supiera que la chica misteriosa era ella. Una mujer de la calle de al lado, la señora Adoración; aunque por aquí la conocemos como Dorita, estuvo conversando con la madre y vio cómo pasó corriendo alguien por detrás. Por la silueta, y la forma de caminar, dice que está casi segura de que era Andrea. No hay que olvidar que Dorita ha visto crecer a esa niña. Por eso estoy aquí, y quería hablar con usted, porque poco después de medianoche, sobre las doce y media, Catalina pasó de nuevo por delante, dirección a la plaza, en compañía de su hija mayor, Claudia.

—Entiendo. —El capitán arruga la frente con fuerza—. Catalina fue la última en ver a su hija con vida.

—Y la primera en encontrarla este mediodía —añade el alcalde.

—¿Cómo sabe eso?

El alcalde dibuja una sonrisa en los labios.

—Esto es un pueblo pequeño y todos nos conocemos. Me lo ha dicho el vecino que les ha llamado.

El capitán mira detrás de él y observa al anciano de los brazos tatuados, mientras habla con varias personas a los que seguro les está contando todo lo que sabe de lo que ha ocurrido dentro de la casa.

—Muchas gracias por su colaboración, señor Morales. Si se entera

de alguna cosa, que crea que es importante para la investigación, no dude en contactar con nosotros.

—Así lo haré —agradece el alcalde.

Justo van a despedirse, cuando escucha el escandaloso sonido de los zapatos del sargento Ortega, mientras desciende por la escalera. Al llegar a la altura de los dos hombres, mira de frente al alcalde, buscando en su rostro algún recuerdo del pasado, como si tuviera que conocerlo. Pero su semblante le es totalmente desconocido.

—¿Es usted el alcalde? —le pregunta con descaro.

Morales mira al capitán de la guardia civil, buscando que le diga quién es ese hombre de paisano que habla con él.

—Le presento al sargento Ortega, de judicial —habla el capitán—. Es quien llevará la investigación de la muerte de Andrea.

—Querrá decir del asesinato —corrige el alcalde, ladeando la cabeza ligeramente.

—¿Es usted del pueblo? —le pregunta a continuación el sargento, sin dejar de explorar su rostro esquelético.

—Sí. Nací aquí, si es lo que quiere saber.

—¿Sabe lo que pasó hace veinte años?

El alcalde asiente con la cabeza.

—Sé lo que me han contado que pasó, pero desconozco cuánto de verdad o mentira hay en esa historia. ¿Supongo que se refiere a la desaparición de la familia que vivía en la que bautizaron como casa de chocolate?

—La misma —asiente el sargento.

—Precisamente estábamos hablando de eso antes de que usted llegara —interviene el capitán—. Yo vengo poco por aquí, ya que pertenezco a la comandancia de Zaragoza, pero, según comentan, hay alguna relación entre aquella desaparición y este asesinato. ¿También estuvo aquí en 1960?

El alcalde sonríe, mostrando unos dientes excesivamente grandes para su boca.

—No. En aquellos años estaba viviendo en Calatayud. Pero una noticia así traspasa fronteras y me enteré de lo que ocurrió. Imagino que su interés estriba en la coincidencia de las fechas. ¿Me equivoco? —pregunta directamente al sargento, obviando al capitán, que es el oficial de mayor rango.

—No se equivoca —acepta Ortega, ante la mirada atenta del capitán.

—¡Capitán! —le llama el agente joven, de la patrulla que llegó primero a la casa—. La mujer quiere hablar con usted.

Los tres giran la vista hacia la cocina, donde está la madre, bebiendo café, y las dos hijas, fumando.

—¿Qué ocurre?

—Pregunta cuándo nos iremos de aquí. La mujer está impaciente por saber algo más sobre lo que ha ocurrido. Me ha comentado algo de que en las fiestas del pueblo se vio a gente rara, y que alguno de esos extraños no fuera el asesino de su hija. Según sospecha, es posible que ayer, cuando Andrea estuvo bailando, disfrazada, conociera a alguien poco recomendable y se lo trajera a casa, cuando ella regresó a la plaza del ayuntamiento.

—Dile que no tardaremos mucho en irnos. En cuanto venga el juez y ordene el levantamiento del cadáver, nos marcharemos todos.

La expresión del sargento se demuda de tal forma, que hasta el capitán y el alcalde se dan cuenta de que ha ocurrido algo.

—¿Esa mujer se llama Catalina? —pregunta el sargento, mirando hacia la cocina.

—Sí —responde el agente joven de la primera patrulla.

—¿La conoce? —le pregunta el capitán al sargento.

—Su marido era el alcalde de Alerre en 1960, cuando desapareció la familia —rezonga el sargento—. La vi varias veces en aquella época, mientras investigué lo sucedido.

—Así es —avala Morales—. El bueno de Alonso murió hace tres años, cuando un coche robado se empotró contra su Seat 131, en el cruce que hay a las afueras de Alerre.

—¡Alonso! —exclama el sargento, pasándose la mano varias veces por la frente empapada en sudor—. Claro, como no he caído antes. Alonso era el padre de la chica de arriba. Esa es la relación que nos faltaba para acabar de cuadrar las piezas.

—¿De qué relación habla? —pregunta el capitán, mirando de reojo al alcalde. No le gusta que el sargento hable de asuntos estrictamente policiales delante de civiles, ni que comenten constantemente un hecho que ocurrió hace veinte años y del que todavía no le han explicado qué concordancia tiene con este crimen.

—Cuando desapareció la familia el alcalde era Alonso, el padre de la adolescente que han asesinado. Murió hace tres años, en 1977. ¿No lo ven? —les pregunta con los ojos brillantes—. Veinte años después de que desapareciera la familia, muere la hija del alcalde que había entonces, envuelta, de nuevo, en un misterioso cuento de hadas.

El capitán Ramírez y el alcalde Morales se miran de reojo, sin comentar nada.

¡Ay! ¡Algo se me ha metido en el ojo!
¡Y también se me ha clavado en el corazón!
La reina de las nieves

—Vengan, síganme —les dice el sargento, cuando contempla la expresión de incredulidad tanto del capitán, como del alcalde—. Seguramente, en todos los años que llevo de oficio, la habré cagado cientos de veces. Pero nunca he estado tan seguro de la relación que hay entre el único caso que no fui capaz de resolver y esta extraña muerte. Son demasiadas coincidencias como para no tenerlas en cuenta.

—Vamos, Ortega —tranquiliza el capitán—. ¿De verdad cree que hay relación entre ambos hechos? Uno fue la desaparición de una familia y este es el asesinato de una adolescente. No veo la correspondencia.

—Yo no he dicho que lo sea —se defiende el sargento—. Lo que digo es que los dos casos tienen ciertas analogías, porque hay muchas piezas coincidentes. Tampoco sabemos el número de asesinos que han intervenido. A esta chica —señala con la cabeza hacia la planta de arriba—, la pueden haber matado entre varios. Eso es algo que todavía está por ver.

Cuando Ortega intenta salir por la puerta principal, hay un guardia civil de uniforme con una barriga tan enorme que el cinturón apenas puede sostenerla. Está discutiendo con una periodista, a la que mantiene a raya en la calle, para que no acceda a la casa. La chica no tendrá ni veinticinco años y lleva colgada del cuello una cámara de fotografiar. En su mano derecha sostiene una libreta y un lápiz.

—Más tarde le darán desde la comandancia toda la información que necesite —le dice el guardia civil a la periodista.

—¡Capitán! ¡Capitán! —grita la chica, cuando los ve asomar por el marco de la puerta—. ¿Puede atenderme un momento?

—Dígale que mañana emitiremos una nota de prensa —le dice el capitán al agente que custodia la puerta, sin ni siquiera mirar a la periodista.

—Solo un par de preguntas, capitán —insiste la periodista, cuyo pelo largo y liso se balancea desde un hombro hacia el otro, como si estuviera bailando—. ¿Cómo ha muerto? ¿Hay algún sospechoso? ¿La han agredido sexualmente? ¿Han robado algo en la casa?

—Ya lo ha oído —responde el guardia civil, mientras el capitán y el sargento se introducen de nuevo en la casa.

—¡Por aquí! —les dice el sargento, una vez han regresado al salón

—. Hace veinte años hubiera mandado a tomar por culo a estos periodistas metomentodo, pero ahora, con tanta democracia y pollas en vinagre, nos los tenemos que comer con patatas. No entienden que no podemos hacer declaraciones públicas de investigaciones en curso.

—A esa la tengo vista —comenta el alcalde—. Trabaja para un diario independiente, de esos que quieren hacerse notar, y mete las narices en todas las noticias escandalosas. Nos guste o no, es lo que a la gente le atrae.

—Para eso ya está El Caso —anota el sargento—. Que, por cierto, le encantan estas noticias. Ya veréis como no tardarán mucho en publicar un artículo hablando del crimen de La Cenicienta. Y, si no, al tiempo.

El alcalde y el capitán sonríen por las palabras del sargento, pero no se sienten cómodos con su actitud ni hacia la periodista ni hacia el crimen de la chica que hay en la habitación de la planta superior.

—A ver si tenemos suerte y no hay nadie en la parte de atrás de la casa —dice el sargento, mientras empuja la pesada puerta que da al patio, cuyos goznes chirrían por la falta de aceite.

Sale, pisoteando unos matojos secos. Y le hace una indicación al capitán y al alcalde para que lo sigan.

—Tengan cuidado, no trastabillen con esa barra de hierro de ahí —señala hacia el suelo, donde hay un travesaño que, por lo visto, bloquea la puerta desde dentro.

—¿Dónde vamos? —le pregunta el capitán, que no quiere alejarse de la casa hasta que no hayan retirado el cuerpo de la chica. Y no lo retirarán hasta que no lo ordene el juez, que todavía no ha llegado.

—Quiero enseñarles algo —les dice Ortega, cuando comienzan a caminar por la calle Iglesia, donde en ese instante no hay ningún vecino que los observe.

Los tres caminan en silencio durante unos treinta metros, pasando por al lado de dos recipientes de plástico llenos de pienso para gatos. Cada cuatro metros, aproximadamente, hay una lata abierta por la parte superior y llena de agua. En una casa de aspecto abandonado, donde las enredaderas han ocultado la fachada, hay un muro de un metro y medio por el que dormitan media docena de gatos. Están tan acostumbrados a la presencia de personas, que ni se inmutan cuando los tres hombres pasan cerca.

—Ya casi estamos —rebufa el sargento, con la espalda de la camisa completamente mojada de sudor.

Llegan al final de la calle, desde donde se observa la carretera que une Huesca con Jaca. A unos diez metros de donde están ellos, en el cruce, hay un Land Rover de la guardia civil, con las luces de emergencia encendidas. Custodia que nadie no autorizado acceda al pueblo, mientras los investigadores están trabajando. Un agente está

al lado de la puerta del todoterreno, de pie, fumando y, al ver al capitán y al sargento, se pone la gorra con celeridad, que había dejado en el asiento del vehículo. Después se cuadra marcialmente. El capitán balancea la mano para que se tranquilice.

—Avíseme por la emisora en cuanto llegue el juez —grita.

—¡A sus órdenes!

—Ahí lo tienen. —El sargento señala hacia el letrero de la calle.

El capitán levanta la vista y lo lee en voz alta.

—Hermanos Grimm. ¿Es una broma?

—Es el nombre de la calle, desde la entrada, donde está la carretera, hasta el inicio de la calle Baja, donde han encontrado el cuerpo de la chica —interviene el alcalde, con media sonrisa ladeada.

—¿Y por qué ese nombre? —interroga el capitán.

—Se lo cambiaron hace casi veinte años, por la vecina que vivía allí —responde el alcalde, adelantándose al sargento, que iba a responder lo mismo, mientras señala hacia un terreno vacío que hay en la esquina opuesta de donde están ellos, al lado de un almacén de estiércol—. En ese terreno estaba lo que se conocía como la casa de chocolate, por el color marrón de la fachada, y todos sus habitantes, a excepción de una niña de nueve años, desaparecieron sin dejar rastro. Y nunca más se supo —fuerza una sonrisa.

—¿Qué ha sido de esa niña? —pregunta el capitán.

El sargento permanece en silencio.

—Ahora debe tener unos veintinueve años, si no me fallan los cálculos, —responde el alcalde—. Estuvo viviendo con la hermana de Diego, el que fuera sereno del pueblo cuando desapareció su familia. El hombre la acogió como hija suya y se la llevó a Zaragoza. Porque permanecer en Alerre era imposible, después de lo que pasó. Pero ahora creo que vive sola, desde que entró en la policía.

—¿Es policía? —interroga el capitán con expresión de sorpresa—. ¿Policía local?

—No, es policía nacional —responde el sargento—. Es una de las primeras mujeres del cuerpo. Lo último que sé de ella es que se está preparando para inspectora. Tengo un conocido que regenta una academia de opositores en Zaragoza y me ha dicho que la chica está estudiando con él.

—Capitán —lo nombra el alcalde, mostrando una amplia sonrisa —. ¿Sabe cómo se llama?

—¿Quién?

—La niña. La única que quedó de la desaparición de 1960.

El sargento lo mira con expresión de enfado, cuando percibe que el alcalde pretende burlarse del nombre de la chica.

—No —niega el capitán.

—Gretel —responde el sargento—. La niña se llama Gretel.

—¿Me toman el pelo? —se ofende el capitán. Seguidamente se pasa un pañuelo de color blanco, que extrae del bolsillo, por la frente. El calor del mediodía comienza a ser insufrible—. Le conozco poco —le dice al sargento—, pero ya veo que es usted un cachondo. ¿Por qué la llaman Gretel?

El sargento lo mira con expresión seria.

—Porque es su nombre.

—¿Qué cojones de nombre es ese?

—Su madre era una apasionada de los cuentos —responde Ortega —. Figúrese, sus únicos dos hijos se llamaban Hansel y Gretel.

—Entre la casa de chocolate, Gretel y Hansel, y La Cenicienta que tenemos ahí atrás, al final voy a tener que creer en los cuentos de hadas —protesta el capitán.

—Ya le digo que aquella desaparición y este asesinato están relacionados —insiste el sargento—. No sé cómo, pero encontraré más nexos. De momento, ya sé que el padre de La Cenicienta fue el alcalde que había en Alerre en 1960, cuando desapareció la familia de la casa de chocolate.

—Si me permiten —interviene Morales—, hay una cosa que quizá es mejor que sepan, sobre todo de cara a buscar coincidencias entre un hecho y otro.

El capitán y el sargento lo miran, cuando interrumpe lo que estaba diciendo, esperando a que siga hablando.

—¿Y bien? —anima Ortega.

—Alonso era el alcalde de Alerre cuando desapareció la familia. Como ha comentado antes el sargento —lo mira mientras habla—, Alonso era el marido de Catalina, la madre de Andrea. Murió hace tres años, en 1977, cuando tenía cincuenta y dos años, en un accidente que ocurrió ahí —señala hacia el cruce con su mano—. Bien, igual les voy a decir una estupidez, pero Esmirna, la madre de Gretel, odiaba a ese hombre.

—¿Lo odiaba en qué sentido? —se interesa el sargento.

El alcalde se espera a que pase el helicóptero de la guardia civil por encima de ellos, para seguir hablando. El ruido de ese aparato es infernal.

—Todo lo que les estoy contando está extraído de comentarios que se escuchan en el pueblo —se excusa Morales—. No vayan a pensar ustedes que son certezas. Aunque, como es sabido, cuando el río suena es porque agua lleva. Parece ser que Esmirna desconfiaba de los alemanes de la casa abandonada que había antes de la vía del tren.

—¿De qué alemanes habla? —le pregunta el capitán al sargento.

—Un matrimonio que se instaló en una casa abandonada a las afueras de Alerre, en el año 1959. Se habían ido unos días antes de que desapareciera la familia. Ya lo estuve investigando a conciencia,

porque Verónica, la esposa del sereno, insistió en que esos alemanes tenían que ver con la desaparición. Solicité un exhorto internacional para localizarlos, ya que habían regresado a Alemania. Aquí los teníamos identificados, porque la patrulla, recién llegados, pasó un día por la casa y les cogió la filiación de sus pasaportes. Con los datos que teníamos, las autoridades alemanas nos dijeron que vivían en Lubeca, una ciudad del norte de Alemania. Les tomaron declaración, con las preguntas que enviamos. Y todo, en apariencia, era correcto. Pensad que llegaron a Alerre buscando una tranquilidad que quizá en su país no tenían. La mujer del sereno se obsesionó y me estuvo calentando la cabeza con que la desaparición había sido por culpa de los alemanes. Pero ya os digo que los investigamos a fondo y no encontré ninguna relación más allá de que al mayor de los hijos, Hansel, que cuando desapareció tenía quince años, le gustaba ir a la casa donde vivían. Fueron varios vecinos los que me dijeron que el chico iba bastante y jugaba en el terreno de la casa con varias escopetas de perdigones que tenían los alemanes. Nosotros la registramos a conciencia y no encontramos nada. Si tenían algo que pudiera comprometerlos, se lo habrían llevado en la misma furgoneta Volkswagen con la que llegaron.

—Correcto —acepta Morales—. Pero me han dicho que Esmirna estuvo hablando en varias ocasiones con Alonso, el alcalde, para que echara a los alemanes.

—No acabo de ver la relación —comenta el capitán, poniéndose la gorra para soportar el sol que cae en vertical.

—Ya les digo que son habladurías, que se comentan por el pueblo —dice Morales—. Pero es por reforzar su hipótesis con las coincidencias. —Mira al sargento mientras habla—. Llegan los alemanes. Esmirna quiere que se vayan del pueblo. Alonso no le hace caso o le dice que no puede hacer nada. Desaparece la familia. Verónica, la mujer del sereno, responsabiliza a los alemanes. Y hace tres años fallece Alonso en un dudoso accidente de tráfico. Y ahora tenemos ahí, en su casa, a su hija menor, asesinada.

—¿Dudoso? —se interesa el capitán—. ¿Por qué dudoso?

—Alonso murió por el impacto de un Chrysler 180 robado, que se dio a la fuga —responde el sargento—. Un par de días después lo recuperamos abandonado en un sendero cerca de Las Peñas de Riglos, a media hora hacia el norte. El coche lo robaron en Zaragoza esa misma madrugada y estamos convencidos de que los autores se dirigían hacia Huesca, para cometer un robo en algún comercio.

—¿Un accidente? —consulta el capitán.

—Así se determinó. Fue un lamentable accidente —asiente el sargento—. Aunque al principio se investigó como un homicidio por imprudencia.

—¿Se supo quién conducía ese coche, el Chrysler?

El sargento niega con la cabeza.

—En el coche no había huellas, ni ningún rastro de quién o quiénes fueron sus ocupantes. Pero ya le digo que se cerró el caso como un desafortunado accidente.

—Antes me ha dicho que, en todos estos años de experiencia, dedicados a la investigación, y refiriéndose a la desaparición de la familia, ese es el único caso que no fue capaz de resolver —habla el capitán, quitándose la gorra y abanicándose con ella—. Pero, según refiere ahora, no fue el único. Porque el atropello del alcalde de Alerre tampoco lo resolvió.

El rostro del sargento no puede ser más expresivo.

—¡No me toque los cojones, Ramírez! Me refería a los hechos dolosos, no a los accidentes.

Los coléricos ojos azules del capitán se clavan en los de Ortega.

—Regresemos a la casa. Hace mucho que nos hemos ausentado y el juez estará a punto de llegar. Desconozco cómo trabajan aquí, pero es mejor que nos centremos en el crimen y nos dejemos de cuentos —dice en voz alta, pero el sargento sabe que se lo está diciendo a él.

El helicóptero vuelve a pasar por encima de ellos, dirección hacia las vías del tren.

Sábado 28 de julio de 1990
Diez años después

¡Feo, feo, eres muy feo!
El patito feo

Kora ha estado conduciendo el Seat Málaga durante casi dos horas. Desde que salió de Tarazona, su hija, Araceli, no ha parado de protestar. No quiere ir a casa de la abuela, porque se aburre. Federica ya tiene 81 años y es una mujer anticuada. De un metro cincuenta y cinco, con el pelo blanco recogido en un moño, viste de luto desde que falleciera su marido, doce años antes, en 1978. Guillermo tenía entonces 69 años y practicaba el senderismo de forma asidua. Y mucho más desde que se jubiló, cuando colgó definitivamente la bata. Pero la muerte se lo llevó un fin de semana cuando hacía una ruta de montaña por el Pico del Águila y se cayó por un barranco por el que había pasado cientos de veces. Desde entonces, Federica no ve la televisión, ni escucha la radio. Se pasa los días sentada en una mecedora de madera de haya, con asiento y respaldo de ratán. Se balancea calmosa, frente a la cristalera que da a la calle Hermanos Grimm. Desde ahí divisa el tramo de la carretera que viene de Huesca. Observa los coches, cuando disminuyen la marcha al pasar por delante del cruce. Los tractores y las cosechadoras que recorren los campos que rodean Alerre. Le gusta el verano, porque el pueblo se llena de niños. Hay más actividad que el resto del año. La piscina se satura con las madres que llevan a sus hijos a disfrutar del sol y del agua.

Federica ha estado toda la tarde del sábado sentada en la mecedora, a excepción de un momento en el que se ha levantado para ir a la cocina a calentar un poco de agua, para prepararse una manzanilla. Sabe que su hija llegará de un momento a otro. Espera ver torcer el Seat Málaga de color gris oscuro por el cruce de la carretera. Entonces, Kora, cuando distinga a su madre, frente a la ventana, lanzará dos ráfagas de los faros del coche. Y su nieta, Araceli, arrugará la boca en señal de disconformidad.

Todo era distinto años antes, cuando la niña no había cumplido los catorce y era eso, una niña. Entonces, Kora todavía estaba casada con su padre, Rómulo. Y los tres eran felices. Visitaban a la abuela cada dos o tres semanas, según se lo pudieran combinar con sus respectivos trabajos. Araceli disfrutaba de Alerre, del campo, de la piscina en verano, y de la calle, donde jugaba con sus amigas, a las que reconocía año tras año, cuando iba allí a pasar unos días. La abuela Federica le

había comprado un patinete, cuando cumplió los cinco años; una bicicleta, cuando cumplió los ocho; una bicicleta más grande, cuando llegó a los diez. La habitación de la niña, cuando se quedaba a dormir en casa de la abuela, estaba en la planta superior. Es la habitación más grande de la casa y Federica la decoró como si fuese una nave espacial, porque Araceli es una apasionada de todo lo relacionado con el cosmos. El techo es un mapa estelar de color azul oscuro, donde brillan estrellas y planetas de varios colores. Tiene una estantería de madera, donde no falta ninguna figura de La guerra de las galaxias. Y en la mesita de noche hay un Darth Vader en miniatura, de veinte centímetros de alto.

—No quiero quedarme con la abuela —protesta, cuando su madre accede con el coche a la calle Hermanos Grimm.

—Solo será hoy y mañana —tranquiliza—. Mañana por la tarde, después de comer, te recogeré y regresaremos a Tarazona.

Kora hace unos meses que sale con un hombre que conoció en Zaragoza. Para ella es complicado conciliar una relación cuando tiene una hija tan problemática como Araceli, que afronta una adolescencia que se prevé difícil. Catorce años, para una niña rebelde, con sus padres separados, y con una madre joven, de treinta y nueve años, que siente la necesidad de recuperar un tiempo que cree le pertenece, es intrincado de armonizar.

El sábado 28 de julio de 1990 ha quedado con ese hombre en Zaragoza. Han reservado una habitación en el Gran Hotel y mesa en un restaurante del centro. Un fin de semana de enamorados, donde no cabe una adolescente de catorce años. Por eso Kora conduce durante casi dos horas para llevar a Araceli a casa de su abuela. Aunque no le guste. Aunque proteste. Aunque no quiera estar con ella.

—Hasta mañana, mamá. Hasta mañana, Araceli —se despide Kora, saludando desde el coche a su madre y a su hija, que se queda con cara de pocos amigos, observándola desde la puerta de casa de la abuela.

En la calle hay mucha gente que circula de un lado hacia otro. Hay coches aparcados en los márgenes. Chicos en bicicleta que sonríen mientras pedalean. Hay un grupo de niñas que juega a la comba, saltando. Dos niños de corta edad se lanzan una pelota de playa, una y otra vez. Es el último sábado de ese mes, y por la noche se celebra el baile en la plaza del ayuntamiento. Habrá una orquesta y una barra larga donde servirán bebidas gratis. Ha venido gente de muchos sitios, de los pueblos de alrededor, de Zaragoza. Todos están felices, porque hoy es un día de fiesta. Todos menos una chica de rostro ensombrecido, que observa el jolgorio de la calle Hermanos Grimm desde la ventana del salón de casa de su abuela. Esa abuela que no soporta. Que ha envejecido. Que dedica su existencia a balancearse

frente a un ventanal que la asoma al mundo.

—¡Araceli! —gritan dos chicas de su misma edad, desde la calle—. ¡Ven con nosotras a la plaza!

—¡Anda! —anima la abuela—. Ve con tus amigas a jugar.

Pero Araceli no quiere ir. No quiere porque esas chicas se burlan de ella. Lo sabe porque lo llevan haciendo los últimos dos años. Y el año anterior ya se dijo a sí misma que sería la última vez que esas chicas se reirían de ella. Se mofan porque es fea, según le dicen. Es extremadamente delgada, y más pequeña de lo que corresponde a su edad. Y tiene la cara llena de granos. Y la nariz excesivamente grande para su rostro. Y le avergüenza sonreír, porque las paletas de sus dientes son enormes.

—No vengas tarde —le dice la abuela, cuando Araceli sale por la puerta.

La joven decide salir a dar una vuelta, para que su abuela crea que ha quedado con unas amigas, que no lo son. Camina por la calle continua a la de los Hermanos Grimm, la calle Baja, y luego circula por la parte trasera, la calle Iglesia, evitando cruzarse con alguien. Rebasa la plaza del ayuntamiento y pasa por en medio de una zona de casas, hasta que llega al cementerio. Más allá, por ese mismo camino, solo hay campo. Es noche estrellada y el cielo está limpio de nubes, como si fuese una fotografía tomada desde un telescopio espacial. Siente como si se hubiera embarcado en una nave y, después de viajar miles de años, hubiera llegado a un planeta desierto, inexplorado, donde todavía no hay niñas malvadas que se ríen de su aspecto físico.

Rodea la tapia del cementerio, que no tiene más de veinte metros de largo, por la parte de atrás, y se sienta en el suelo, sobre un cojín mullido de hierbas húmedas. A lo lejos llega el haz de luz de la orquesta, que está tocando en la plaza. Y el sonido distante del ruido de la gente. Esa misma gente que Araceli odia.

—¿No vas a la fiesta? —le pregunta alguien, desde la esquina de la tapia.

El reflejo tornasolado, de la poca luz de la única bombilla que hay frente a la verja, arranca un brillo tenue del rostro de ese hombre.

—No me gustan las fiestas —responde con expresión adusta.

—La gente que participa en las fiestas es gente infeliz, que necesita rodearse de los demás para sentirse bien. No saben, o no quieren saber, que la verdadera felicidad es la que reside dentro de nosotros. De cada uno de nosotros —añade el desconocido.

La voz de ese hombre es pausada y profunda, y Araceli lo puede oír pese al ruido que llega desde la plaza de Alerre. Ni siquiera la distorsiona la leve brisa veraniega que recorre los zarzales que rodean el cementerio. Tiene un tono melancólico, pero cargado de ilusión. Presiente que podría estar ahí, en esa soledad impostada, escuchando

eternamente a ese hombre que la traslada al mundo imaginario donde le gustaría estar.

—¿Eres del pueblo? —le pregunta Araceli, sin que en su rostro asome ninguna mueca de aceptación o disconformidad—. No te he visto nunca.

—Soy de aquí y de allá —responde, mientras se acerca a la joven, que sigue sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la tapia.

—Esto te hace ciudadano del mundo —sonríe.

—¡Vaya! ¿Has visto Casablanca? —consulta el desconocido, con la sorpresa dibujada en sus ojos.

—Varias veces. Creo que no me he perdido ninguna de las ocasiones en que la han echado en la tele.

—Todavía hay esperanza en el mundo —musita—, cuando una chica de catorce años es capaz de ver Casablanca y captar su mensaje. ¿Quieres ir a la fiesta?

Araceli se pone en pie de un solo brinco, como activada por un resorte invisible y, sin apoyar las manos en la tierra, solo deslizando la espalda en la tapia sobre la que se sostiene. No le sorprende que ese desconocido sepa que tiene catorce años, porque supone que es la edad que aparenta.

—No quiero ir, ya te lo he dicho —responde enfadada.

Al ponerse en pie, ve mejor su rostro. Es un hombre maduro, quizá mayor que su madre. Sus rasgos son atractivos, aunque oculta su barbilla con un pañuelo de colores satinados con el que se cubre la boca. Viste completamente de negro, como si estuviera de luto. Pero lo que más le llama la atención son sus ojos; arrojan un brillo cegador, como si tuviesen luz propia. Al mirarlo fijamente, se percata de que es el reflejo de la luna llena que cubre todo el cielo.

—No quieres ir porque no quieres que te vean —asegura—. Pero… ¿qué me dirías si pudieras ir sin ser vista?

—No te entiendo —comenta Araceli, mientras comienza a andar hacia el camino que hay delante del cementerio, distanciándose de ese hombre, del que empieza a desconfiar. Al fondo, detrás de ella, se recorta la oscura silueta de un manzano.

—Puedes ir disfrazada.

La joven se detiene al lado de uno de los olivos que inician el camino de regreso al pueblo.

—¿Disfrazada de qué?

—Dame un segundo —le pide el desconocido, mientras se ausenta hacia la otra esquina de la tapia.

Araceli se asoma detrás de él y ve que hay una mochila en el suelo, que seguramente dejó antes de llegar hasta donde estaba ella. En ese instante piensa que quizá es uno de esos foráneos que acuden al pueblo, aprovechando que son las fiestas. Ese hombre habla un

castellano perfecto, aunque con un ligero acento que no es capaz de concretar. Quizá ya estaba durmiendo allí, al lado de la tapia, cuando ella llegó.

—¿Qué es eso? —le pregunta, cuando se acerca y en su mano sostiene lo que parece un vestido de color rojo.

—Un vestido con capucha, para que nadie te pueda reconocer.

—¡Paso! —se lamenta—. No me he disfrazado en mi vida, y no lo voy a hacer ahora.

—Con este vestido podrás caminar por entre las chicas de la fiesta, sin que ninguna de ellas sepa que eres tú. La capucha te cubrirá la cabeza por completo y es lo suficientemente ancha como para que no se te vea la cara.

—¡Menuda tontería! Cualquiera que se acerque verá que soy yo.

—No, si te pones esta máscara. —Extrae de la mochila una máscara de color marfil, con huecos en los ojos, la nariz y la boca—. La que te mire solo verá una cara, pero sin rostro reconocible. Y no volverá a mirarte, porque tendrá miedo. Pruébatela y verás como no miento. —Se han alejado unos metros de la farola que alumbra la entrada del cementerio y ahí, en ese lugar, solo hay penumbra—. Ven, regresemos a la luz y verás lo bien que te queda. —De la mochila saca ahora un espejo enorme. Araceli se fija que, debajo del espejo, hay piedras. Pero no le dice nada, porque supone que se trata de un deportista que incrementa el peso del macuto de forma deliberada, para hacer más esfuerzo cuando lo transporte—. Pruébate el vestido, cúbrete la cabeza con la capucha y el rostro con esta máscara.

La chica se retira unos cuantos metros hasta la primera esquina de la tapia, donde ese hombre no pueda verla, y se pone, sobre su ropa, el vestido que le ha entregado. Se cubre la cabeza con la capucha, como le ha dicho. Y finalmente se tapa la cara con la máscara, cuyos agujeros de los ojos encajan perfectamente en los suyos. Una vez se ha disfrazado, sale de la sombra y se planta delante de él.

—¡Perfecta! —exclama el hombre.

E inmediatamente levanta el espejo, que sostiene en su mano, delante de los ojos de la chica, para que pueda observarse.

—Tenías razón —acepta, mientras se estudia en el reflejo. Su aspecto es terrorífico, como el de un espectro surgido de un cuento de fantasmas. Pero Araceli sabe que nadie del pueblo la reconocerá cuando camine entre ellos, vestida de esa forma—. ¿Qué hora es? —consulta, al reparar que ya debe ser casi medianoche.

—Son las once y media —responde el desconocido—. Solo queda media hora para la hora bruja.

—Tengo que irme —profiere la joven, iniciando el camino hacia casa de su abuela—. Tenga su vestido —dice, mientras se lo comienza a quitar por la cabeza.

—No —rechaza ese hombre—. Es un regalo. Y la máscara también. Ve a casa de tu abuela y quítatelo una vez estés dentro. Nadie debe verte caminar por la calle.

—¿Por qué?

—Porque sabrán que eres tú. Y esas, que dicen ser tus amigas, se reirán de ti. Se burlarán de que tengas que estar en casa antes de medianoche. Te acusarán de miedica y de ser una chica sin iniciativa propia. ¡Te avergonzarán! —grita.

Y Araceli se dirige a casa de su abuela, disfrazada de Caperucita.

7. Inspectora Gretel

Domingo 29 de julio de 1990

El pasado puede doler.
Pero, tal como yo lo veo,
puedes huir o aprender de él.
El Rey León

La mujer, de treinta y nueve años, con el pelo corto y con la cara perfectamente maquillada, desciende del Renault 5 amarillo que acaba de aparcar al inicio de la calle, detrás de un Zeta de la Policía Nacional, cuyas luces azules iluminan de forma intermitente la hilera de casas. Se detiene en el centro, para mirar la fachada del ayuntamiento, que está tal y como la recordaba, como si no hubieran pasado los años. Observa las ventanas cerradas; el portón de madera, sobre el que destaca el color verde esmeralda; y el cuadrado de luz amarilla que proyecta el sol de julio, recortado en el umbral. Seguidamente enfoca la vista hacia la calle que desemboca en la rotonda. Sus ojos centellean cuando lee el letrero: Hermanos Grimm.

En la acera de enfrente hay un grupo de vecinos, que estiran el cuello con intención de ver qué están haciendo tantos policías en la calle. Hay un hombre muy bajito, con el pecho abombado y el pelo lacio y canoso, que le cubre ambas orejas. A la inspectora le llama la atención su aspecto, porque parece un gnomo. Gretel aligera el paso, tratando de evitar a los curiosos. Sonríe forzadamente, mientras asiente con la barbilla, saludando a los policías que se cruza desde que aparcó el Renault 5 hasta que se planta frente a la puerta. Se fija en un anciano, bajo de estatura, con el espinazo doblado y los brazos caídos alrededor del cuerpo. Lleva una boina calada hasta las orejas, por cuyo lateral sobresalen mechones de pelo canoso, y sus cejas son tan gruesas que parecen dos estropajos de cocina. Hasta esa mañana, la madrugada de ese caluroso domingo de finales del mes de julio de 1990, lo más salvaje que aconteció en Alerre fue cuando diez años antes apareció asesinada en su casa una chica de dieciséis años. Y lo que había ocurrido ahí les traía un recuerdo tan vivo, que la práctica totalidad de los vecinos muestran el horror dibujado en sus rostros.

—¿Inspectora Gretel? —le pregunta un hombre que lleva el pelo corto, como si fuese un marine del ejército estadounidense. Sus hombros son redondos y amplios, se percibe que visita el gimnasio con regularidad. En el único bolsillo de su camisa de franela, con cuadros negros y rojos, sobresale la placa de policía. Se distingue que se siente orgulloso de portarla en un lugar visible.

La mujer le devuelve una sonrisa, que deja al descubierto unos dientes deslumbrantemente blancos.

—¿Supongo que eres Abel?

—Sí —responde el hombre, como si se hubiese sentido halagado.

La inspectora no lo conoce personalmente. Pero coincidió con un inspector amigo de ella, en un curso sobre crimen organizado que impartió el FBI en Madrid, y destinado a policías españoles, y le dijo que el tal Abel era el subinspector más aventajado de su promoción. Su fama le precede.

—¿Cuánto tiempo hace que has llegado? —le pregunta.

El subinspector mira su reloj Omega de muñeca, sin levantar el brazo, ladeando ligeramente la cabeza.

—Una hora y media, aproximadamente, llevo desde las doce y media. He venido en cuanto me lo ha ordenado el comisario de Huesca.

La inspectora otea la calle y ve que hay varios Citroën BX con el distintivo de la policía nacional. Los vehículos son tan nuevos, que incluso resplandecen bajo el sol de julio. También hay una furgoneta de color blanco, por lo que sabe que policía científica ya ha llegado.

—¿Policía nacional? —inquiere la inspectora.

—Sí. Por lo visto, el gobernador ha ordenado que este crimen lo investiguemos nosotros. No me preguntes por qué, pero creo que no se fía de la Guardia Civil.

—¿Qué pasa con la Guardia Civil?

—¿Sabes que hace diez años ocurrió un crimen similar ahí al lado, en la calle Baja? —dice mientras señala hacia la izquierda. Gretel bascula la cabeza, asintiendo—. Pues la Benemérita no fue capaz de dar con el autor. El gobernador civil no quiere que vuelva a ocurrir lo mismo y por eso nos ha encargado la investigación a nosotros, la policía nacional. Los mejores —añade, sonriendo.

—¿Dónde está el cuerpo de la muchacha?

—Es ahí, en la planta de arriba de esa casa. —Señala con la mano —. Ya te avanzo que no es agradable de ver.

—No hay crímenes agradables —objeta la inspectora.

Sortean a un policía enorme, de casi dos metros de estatura, que custodia el acceso. Lo primero que ve la inspectora es la cocina, cuya puerta está entreabierta. En el interior hay un agente de científica, tomando fotografías. Apunta su cámara a un bizcocho de chocolate, según parece, que está sobre un plato de cerámica. A su lado hay un cuchillo de sierra.

Suben la escalera descubierta. Esquivan a un policía de científica, que está tomando huellas en la barandilla. Arriba, en la planta superior, hay un pasillo largo que desemboca en un balcón, cuya puerta está abierta de par en par. A la derecha hay una barandilla de

madera brillante, que va de lado a lado. Y a la izquierda hay tres habitaciones, todas con la puerta abierta. En todas ellas hay policías con bata blanca que recogen muestras. En medio del pasillo, cerca del balcón, hay un policía uniformado, fumando un cigarro. Gretel se fija que por debajo de una de sus patillas surge un hilo de sudor, que se seca en el cuello de la camisa.

—No fume aquí —amonesta—. Puede contaminar la escena del crimen.

El policía sale al balcón, sin apagar el cigarro, y sin rechistar.

La inspectora siente una conmoción cuando recuerda esa parte de la casa. Hace poco más de treinta años que ella había estado jugando en ese pasillo, con la madre de la chica que han asesinado: Kora. Las dos son de la misma edad. Y eran amigas, antes de que Gretel tuviera que abandonar el pueblo, cuando desapareció su familia. Fueron incontables las veces que accedió por esa puerta, cuando Federica, mucho más joven, la abría. Gretel entraba en compañía de Kora y las dos subían por la escalera, corriendo y riendo. Luego utilizaban el cuarto de Kora y el pasillo, hasta el balcón, como si fuese una pista de juego. Se disfrazaban con vestidos que cogían del armario y correteaban por toda la planta de un lado hacia otro.

—¿Estás bien? —se interesa el subinspector—. Parece que hayas visto un fantasma.

—El fantasma del recuerdo —resopla la inspectora—. ¿Quién ha llamado?

—Ha sido la abuela —responde Abel. En su mano sostiene una pequeña libreta de anillas que no para de balancear, como si se estuviera abanicando con ella—. Está abajo, en la calle. No te he dicho nada porque prefiero que primero la veas, antes de hablar con ella.

—Está bien —asiente la inspectora—. Si ha llamado hace poco, hay que dejar pasar un tiempo hasta que la mujer asimile lo que ha ocurrido.

—Por aquí —le indica el subinspector, balanceando el brazo como si fuese un policía regulando el tráfico.

La inspectora accede al cuarto, cuya puerta está abierta. Peina toda la estancia con sus ojos verdes. La habitación es muy grande, de unos veinte metros cuadrados. Recuerda el tamaño, así como la ventana. Pero le llama la atención la decoración. El techo parece un mapa estelar, donde centellean unas pequeñas luces, como las que se usan para decorar los árboles de Navidad.

—Por el decorado, se intuye que a la chica le gustaban las películas de galaxias y naves espaciales —comenta el subinspector.

Gretel observa el muñeco de Darth Vader, que hay en la mesita de noche, como un mal presagio que anuncia el lado oscuro. Un funcionario de policía científica está tomando las huellas dactilares de

los dedos de la mano derecha del cuerpo, mientras otro apunta la cámara de fotos hacia el centro de la habitación y hacia la ventana, que da al patio trasero. La chica está tumbada encima de la cama, con las manos entrelazadas a la altura de su pecho. Está completamente desnuda y tiene el estómago abierto. En su interior asoman lo que parecen piedras, aunque la sangre seca impide distinguirlas bien. A su lado derecho, en el suelo, hay un vestido de color rojo, con capucha, y sobre la capucha descansa una máscara veneciana. Al lado del vestido hay dos bailarinas de color azul. La piel es de ante, con la punta redonda, el tacón bajo y una correa ajustable, que está abierta en ambos zapatos. El mismo policía, que le ha tomado las huellas al cadáver, es el que gira uno de los zapatos, mientras le indica a su compañero que dispare la cámara de fotos. De la suela se desprende un trozo pequeño de barro, que cae sobre el vestido.

—¡Dios! —exclama la inspectora—. La podíais haber tapado.

—Después de las fotos —interrumpe el policía de científica. En el bolsillo de la bata lleva escrito su nombre: Andrade—. Lo primero es lo primero.

Gretel sale de nuevo al pasillo, seguida del subinspector.

—¿Quién duerme ahí? —pregunta la inspectora, señalando hacia la habitación que hay al otro lado del baño.

—Las habitaciones de la parte de arriba son enormes —responde el subinspector—. Seguramente juntaron dos en una. Aquí —señala donde está el cuerpo— duerme ella. A su lado hay un aseo grande. Y esta otra —señala hacia la habitación que tienen enfrente—, es donde duerme la abuela.

—¿Y no ha escuchado nada? —duda la inspectora.

—Es lo primero que le he preguntado, nada más llegar, y me ha dicho que no. Piensa que es una mujer muy mayor y dice que su nieta se estuvo duchando, seguramente confundió el sonido del agua con el que pudo haber en su habitación mientras… Bueno, mientras la asesinó, le rajó el estómago y le metió las diez piedras dentro.

—¿Diez piedras?

—Sí. Eso me ha dicho policía científica.

—¿Había alguien más en la casa?

—Solo la abuela, la que ha llamado. Y el asesino. —El subinspector sonríe con ironía—. Estamos intentando localizar a los padres, pero no hay manera. Están separados.

—¿Vivía con la abuela?

—No. La abuela vive sola y la chica vive en Tarazona, con su madre. De tanto en tanto la trae aquí y la deja un par de días. Araceli tenía catorce años, llegó ayer por la tarde y su madre, según ha dicho la abuela, tenía previsto recogerla hoy, después de comer.

—Salgo un momento afuera —dice el policía de uniforme, que

custodia la planta de arriba, con la mandíbula apretada, como reprimiendo un vómito.

—¿Ha dicho algo más la abuela? —interroga Gretel, sin apartar la vista del cuerpo.

El subinspector desliza los dedos por la libreta y pasa un par de páginas, deprisa, sin entretenerse en leer los apuntes intermedios que tiene anotados. A pesar de tener cuarenta y dos años, lee sin necesidad de usar gafas.

—Poco. O nada —responde con un ligero acento argentino, que arranca una sonrisa a la inspectora—. La abuela… —mira su libreta otra vez— Federica, abrió la puerta de su nieta a las once de la mañana. Nos ha dicho que cuando duerme en su casa se levanta tarde. Ayer salió con sus amigas, pero regresó antes de medianoche. Dice que ella ya estaba acostada, pero escuchó como Araceli hablaba con alguien en la puerta. Luego subió las escaleras y se metió en el baño. Nos ha dicho que allí pasa mucho tiempo. Tanto que la abuela a veces tiene que usar el lavabo de la planta de abajo. La chiquilla se duchó mucho rato, ya que escuchó el sonido del agua durante media hora, al menos.

—Es posible que el asesino abriera el grifo de la ducha para ocultar el ruido de la habitación —sugiere la inspectora.

—Más que posible, probable.

—¿Sabemos con quién llegó a la casa?

El subinspector resopla.

—Danos un respiro, no llevamos aquí mucho más tiempo que tú.

Gretel camina hacia el balcón. Contempla varias colillas que hay al lado de la ventana, por la parte de afuera.

—El compañero fuma como un carretero —dice, refiriéndose al policía que había cuando han llegado, y que ahora está en la planta de abajo, colaborando en la puerta para que no entre ningún curioso.

—Mira, allí está la abuela —le dice el subinspector, mientras señala hacia la calle.

Gretel observa con gesto inexpresivo hacia donde le indica su compañero. Desde el balcón se puede ver a una mujer de unos ochenta años, en medio de la acera, junto al tronco ancho de un olmo, que mira hacia el interior de la casa con los ojos perdidos, como si lo que está ocurriendo en su calle fuese algo insólito. A su lado hay varias personas que la arropan. Hay una chica joven, que sostiene una botella de agua. Y una mujer, de unos sesenta años, que ha sacado una silla de mimbre de su casa y la ha dejado a su lado, para que la anciana pueda sentarse.

—Que la vea un médico —ordena.

—Está avisado uno de Huesca, llegará en una ambulancia de un momento a otro —indica el subinspector.

Los dos regresan a la escena del crimen, donde policía científica sigue cogiendo muestras y tomando fotografías. Han tapado el cuerpo con una sábana, que seguramente han cogido de algún armario del ropero de la abuela.

—Lo de las piedras me parece una salvajada. Innecesaria —añade la inspectora—. Si ya estaba muerta, no había necesidad de llenarle el estómago de piedras.

—¿Por qué crees que lo ha hecho?

—¡Es un puto cuento! —exclama Gretel—. Pero con el final cambiado. Una abuela, una muchacha vestida de rojo, con una capucha, y las piedras en el estómago, es la forma en la que se acaba el cuento, cuando matan al lobo. Como ocurrió con La Cenicienta, que acabó matándola a ella, mientras las hermanas y la madre sobrevivieron. No hay príncipes salvadores, como en los cuentos. La estrangulan y le rajan el estómago, sin que aparezca el príncipe para rescatarla. Lo mismo que no apareció cuando mataron a La Cenicienta.

—En Caperucita Roja no hay ningún príncipe, sino un lobo —corrige el subinspector.

—Creo que el asesino está reinterpretando los cuentos de hadas. Y tanto en Caperucita Roja, como en La Cenicienta, el tío escenifica los respectivos cuentos ambientándolos al revés.

—Tiene pinta de que es así —aprueba el subinspector.

—¿Sabemos si venía aquí en días concretos o cuando le convenía a la madre? —pregunta la inspectora, evitando seguir con la conversación sobre los cuentos de hadas.

—Aún no lo sabemos. Se lo preguntaremos a la madre, cuando la localicemos.

—¿Quién coño puede haber hecho algo así? —se pregunta la inspectora, en un murmullo apenas audible, mientras observa la sábana con la que han cubierto el cuerpo.

El subinspector encoge los hombros con comicidad.

—Ni idea.

Los dos se quedan en silencio, junto al cuerpo, mientras el policía de científica continúa tomando fotografías en toda la escena del crimen.

8. El alcalde

Si al hablar no has de agradar,
te será mejor callar.
Bambi

—¿Estás destinado en Huesca? —le pregunta la inspectora, saliendo al balcón de nuevo. El olor de la habitación es insoportable.

—Desde hace poco más de dos meses, desde mediados de mayo.

—¿Pediste en la Orden General de Traslados o en una comisión de servicio?

—Pedí en la Orden, no sabía que había comisiones de servicio para venir a Huesca. Aquí no hay playa.

—La Operación Verano también incluye a los lugares con aumento de población estival —contradice la inspectora—. Piensa que durante estos meses hay más afluencia de foráneos, sobre todo por las fiestas. No todo el trabajo veraniego se concentra en las zonas que tienen playa.

—Ya lo veo, ya —acepta el subinspector.

—¿Por qué Huesca?

—Estaba destinado en Tudela, de policía. Estuve allí un par de años, pero, cuando ascendí a oficial me destinaron a la capital. Dos años más, hasta que he ascendido a subinspector y he tenido que pedir de nuevo. Mi baremo me llegaba para quedarme en Madrid, pero estaba cansado de tanta ciudad grande; siempre he vivido en pueblos pequeños y necesitaba un cambio. Así que decidí pedir Zaragoza, pero no tenía suficiente puntuación y no me llegaba. El plan b era trasladarme lo más cerca posible de la capital maña. En este caso, Huesca. Y aquí estoy.

—Zaragoza no es precisamente pequeña, que digamos —contraviene la inspectora—. Es la quinta ciudad más grande de España, después de Madrid, Barcelona, Valencia y Sevilla.

—Ya me entiendes. No es pequeña, pero es familiar como los lugares pequeños. En Madrid no se conoce nadie. Figúrate, en el rellano donde tenía el piso de alquiler había cuatro puertas y no llegué a conocer a los que vivían en las otras tres. Me gustaría ir a Zaragoza, pero todavía necesito unos cinco años para acumular más puntuación. Así que pedí Huesca como trampolín, porque es lo más cerca que estoy de Zaragoza. Mi siguiente destino será allí, sin duda.

—¿No piensas ascender más?

—Creo que no. De subinspector he llegado a mi tope. Estoy cansado de tanto viaje y traslado. Y de estudiar —agrega—. En nuestro oficio se recompensan poco o nada los ascensos.

—Bueno, ya sabes lo que dicen. ¿No? Nunca digas de esta agua no beberé. Yo entré en la policía con intención de no ascender y aquí estoy, de inspectora.

—Sí, pero tú eres mujer.

El rostro de Gretel se altera.

—¿A qué te refieres?

—No te enfades conmigo. Pero dado que eres una de las primeras mujeres en acceder al cuerpo, es normal que te tuvieran en más consideración que a tus compañeros.

—¿Quieres decir que me han regalado el ascenso?

—Ves, ya sabía que no tenía que tocar ese tema contigo —se disculpa el subinspector—. Quizá no me expreso bien, pero lo que quiero decir…

—Sé qué es lo que quieres decir —interrumpe la inspectora—, que las plazas para mujeres policía son menos y por eso tuve más oportunidades de ascender.

—Sí, eso quería decir. Gracias por comprender mi postura.

—¿Tienes vínculos allí? —le pregunta Gretel, con expresión relajada. Abel comprende que no se ha enfadado.

—¿En Zaragoza?

La inspectora mueve la cabeza, asintiendo.

—No. Bueno, mi padre vivió una temporada en Zaragoza, de joven, cuando llegó de Almería y antes de emigrar a Argentina. Siempre me habló muy bien de esta región. Y me empapé tanto de todo lo que él vivió aquí, que me dije que en cuanto tuviera oportunidad fijaría mi residencia en esta zona.

Por sus palabras, Gretel comprende que su padre murió.

—¿Y tu madre, vive?

—No. No vive ninguno de los dos.

—¿Tu madre también era española?

—No, ella era de Argentina. Se conocieron allí y allí nací yo, hace cuarenta y dos años.

—Tenemos casi la misma edad.

—¿Cuántos tienes tú? —pregunta Abel.

—Treinta y nueve. —Sonríe.

—Pareces mayor.

—¿En serio? Siempre me han dicho que estoy muy bien para mi edad. —La inspectora le sigue la broma a su compañero.

—Intento ser desagradable, pero no puedo —explica el subinspector.

—¿Qué hacía tu padre en Argentina?

—Trabajó en una cervecera, ya que fue lo que hizo cuando trabajó en España.

—Entonces te gustará la cerveza —sonríe Gretel.

—Y en verano más. ¿Y tú?

—¿Yo? ¿Qué? —La inspectora se pone a la defensiva.

—¿Por qué estás en Zaragoza?

—Es mi ciudad. Cuando entré en la policía me destinaron unos años en Barcelona, hasta que ascendí y pude pedir para mi tierra. Es donde más a gusto estoy y de donde no me pienso mover.

—Abel —los interrumpe un policía joven, cuando llama al subinspector desde el inicio del pasillo de la planta superior.

—Sí —pregunta, saliendo del balcón.

—Un señor quiere hablar contigo.

Tanto el subinspector como la inspectora se acercan hasta la barandilla y se asoman al salón. Abajo, centrado en el marco de la puerta de entrada, hay un hombre de unos sesenta años, vistiendo elegante, con traje y chaqueta de color azul marino, y con abundante pelo negro peinado hacia atrás. Su aspecto es de delgadez extrema, como si fuese una calavera. Y es tan moreno, que parece negro. En su mano sostiene un pañuelo de color blanco, como si fuese un cantante de ópera. Gretel, por la edad, comprende que lleva el pelo teñido, al igual que el bigote que le inunda la cara. El hombre se dirige hacia el subinspector, obviando la presencia de la inspectora, que está a su lado.

—¡Soy el alcalde! —grita desde abajo. Su voz demuestra que está nervioso—. He venido nada más enterarme de lo ocurrido. ¿Me pueden poner al día, por favor?

El cuerpo fornido de un policía de uniforme se interpone entre ese hombre y la escalera que lleva a la planta superior, para que no siga avanzando.

—Es mejor que no pase, señor —le dice levantando la mano.

El hombre se cubre la boca con el pañuelo, como si quisiera contener las ganas de llorar.

—¿Y la guardia civil? —inquiere.

—Esta investigación la llevamos nosotros —asegura el subinspector, desde la planta de arriba.

—¿Bromea? La policía nacional solo investiga en poblaciones de más de veinte mil habitantes. Y esto es un pueblo pequeño.

—Hable con el gobernador, que es quien da las órdenes —replica Abel—. ¿Qué desea de nosotros?

—Me llamo Morales —responde con voz altiva, como si el solo hecho de escuchar su nombre tuviera que impresionar a los policías—. Soy el alcalde desde hace trece años, desde 1977. ¿Y ustedes son? —pregunta, mirando a la chica que está al lado de Abel.

La inspectora y el subinspector descienden por la escalera de caracol hasta el salón. Se les está haciendo muy incómodo hablar a gritos desde arriba.

—Cierre la puerta, por favor —le ordena la inspectora al policía que custodia la entrada.

No quiere que las miradas de los vecinos, que hay delante de la casa, se posen sobre ella, ya que se siente analizada. En las poblaciones pequeñas no están acostumbrados a la presencia de la policía nacional, y mucho menos a ver mujeres policía. La presencia de Gretel está levantando demasiada expectación y la inspectora no quiere llamar la atención.

—Somos policías nacionales de la comisaría de Huesca. —La inspectora extrae la placa del bolsillo trasero de su pantalón vaquero y la sitúa a la altura de los ojos de ese hombre.

El alcalde la observa con desconfianza, como si la vestimenta y la actitud de esa mujer no se correspondiera con la de una policía. Sus ojos, no puede evitarlo, se clavan en la verruga que sobresale bajo la aleta derecha de su nariz.

—Le ruego que me disculpe —dice con sinceridad—. Por aquí todavía no estamos acostumbrados a ver mujeres policías.

No hacía muchos años que se incorporaron a la policía nacional las primeras mujeres, por lo que Morales todavía no había asumido que una mujer pudiera tener autoridad.

—Pues vaya acostumbrándose —profiere la inspectora, de malos modos.

—Y mucho menos tan temperamentales y atractivas —añade el alcalde, para incomodidad de Gretel.

—Y jefas —agrega el subinspector, de forma gratuita.

—¿Perdón?

—Sí, señor Morales. Ella es la inspectora Gretel, mi jefa. Y la máxima autoridad policial aquí, en estos momentos.

Gretel agradece la hidalguía de su compañero hacia ella, pero rechaza con la mirada sentirse protegida por él. Ese es uno de los retos de las mujeres que acceden a la policía, la de hacerse valer por encima de sus compañeros.

—Inspectora —rezonga el alcalde.

El hombre sonríe, como si le hubiera divertido escuchar que esa mujer es una jefa de policía, pero no hace ningún comentario más. Seguidamente estudia su rostro, tratando de descubrir alguna huella del pasado

—¿Conocía a la menor? —pregunta la inspectora, sacándolo de su abstracción.

—Sí, claro. Y a la abuela y a la madre. Buena gente, como todos los vecinos de Alerre. Es imposible que nadie quisiera ningún mal para ellos. Es inaudito que, en un pueblo como este, tranquilo, y con ausencia de extranjeros, puedan pasar estas cosas otra vez.

A Gretel no le gusta la observación del alcalde, referente a los

extranjeros, pero no comenta nada al respecto.

—¿Otra vez?

—Sí, ya sabe. Yo ya era alcalde en 1980, cuando asesinaron a La Cenicienta.

—Entiendo. ¿Sabe dónde podemos localizar a la madre?

—Kora vive en Tarazona. ¿No tienen su teléfono?

Gretel mira al subinspector, ya que supone que él se ha encargado de esa gestión.

—Sí, nos lo ha facilitado la abuela. Llevamos toda la mañana llamándola, pero no debe estar en casa porque no lo coge. Según la abuela, ayer por la noche salió con un amigo. Por eso dejó a su hija aquí. Imagino que… —mira el reloj de muñeca— todavía debe estar durmiendo. Le he dejado un mensaje en el buzón de voz, sin decirle lo que ha ocurrido, solo que me llame en cuanto pueda. Un Zeta nuestro se ha acercado hasta su domicilio, en Tarazona, pero no hay nadie. Les he dicho que vayan pasando a lo largo del día, hasta que regrese la mujer.

—¿Sabe cómo era la relación de Araceli con su madre? —interroga la inspectora al alcalde, que busca con la vista un lugar donde sentarse. El calor que hay en ese momento en el interior de la casa es insufrible.

—Creo que buena. Y con la abuela, estupenda —añade.

—Siéntese aquí —le indica la inspectora, mientras señala hacia una silla de madera que hay al lado de la mesa del salón—. ¿Y con la pareja de su madre?

—No lo conozco. —El alcalde se pasa el pañuelo por la barbilla—. Pero ya le digo que tanto Kora, como Federica, son unas mujeres maravillosas. ¿Cómo ha muerto la niña?

—No podemos hablar —se excusa la inspectora—. La investigación está bajo secreto judicial.

—Entiendo —acepta el alcalde, apretando con fuerza el pañuelo en su mano derecha.

—Aprovechando que usted conoce a los vecinos de Alerre, ¿sería posible conseguir un listado de amigas? Ya sabe, todas las chicas con las que más relación tuviera cuando venía al pueblo. Damos por hecho que ayer tuvo que quedar con alguna y quizá nos puedan ayudar a reducir la lista de sospechosos.

—¿Tienen ya algún sospechoso? —pregunta de sopetón el alcalde.

—No, de momento.

—Es que como ha dicho reducir, he pensado que ya tenía una lista.

—He dicho reducir, porque de momento todo el pueblo es sospechoso. —Argumenta la inspectora.

—¿Todos? —Morales fuerza una mueca.

—Todos —afirma la inspectora, con expresión dura.

—Entiendo —acepta el alcalde—. Aunque, como supongo sabrán, ayer fue el último día de las fiestas del pueblo y en estas fechas vienen muchas personas de fuera, que no son de aquí. Conocemos a la mayoría, pero no a todos —se excusa—. No sé si podré averiguar si Araceli estuvo en compañía de alguna chica o de algún chico, que no fuese del pueblo. Lo podría saber si tienen familia aquí, como cuando se quedan a dormir en casa de los abuelos, por ejemplo. Pero, en el caso de todos esos que vienen de fuera, y se van cuando acaba la fiesta, será más complicado controlarlos.

—De eso ya nos encargaremos nosotros, una vez tengamos ese listado —dice la inspectora, mirando de reojo a su compañero, que permanece en silencio—. Los niños son los mejores testigos que existen, porque no mienten. Con ese listado podremos hablar con ellas y concretar quién fue la última en verla con vida y si iba acompañada de alguien que pudiera ser sospechoso.

—¿Puedo beber un poco de agua? —pregunta mirando hacia la cocina.

El subinspector empuja la puerta y llena un vaso, que coge de un escurridor, con agua del grifo.

—Tenga —le dice entregándoselo.

El alcalde lo coge con ambas manos, como si tuviese miedo a que se le cayera, y le propina tres sorbos cortos y uno largo, con el que apura toda el agua.

—Este año hace un calor de mil demonios —anota, dibujando en sus labios lo más parecido a una sonrisa.

Nada más terminar de hablar, peina con la mirada los ojos de la inspectora.

—A usted la conozco —exclama elevando la voz—. ¡Hay que joderse! Usted es Gretel, la niña de la casa de chocolate.

Supera en estatura el espesor de una uña mía…
suficiente para inspirar temor a los presentes.
Los viajes de Gulliver

Abel asiste agitado a la conversación del alcalde con la inspectora. Supone que los dos se conocen de antes.

—Sí —balbucea la inspectora, como si le costara responder a su pregunta—. Soy esa Gretel que usted menciona.

Morales le devuelve el vaso vacío al subinspector, que lo coge y lo deja en la pila de la cocina.

—¡Vaya! Hace mucho tiempo que no sé de ti. Y, mírate, te has convertido en toda una jefa de policía. ¿Cuánto hace de aquello? ¿Treinta años? —pregunta, aunque él ya sabe la respuesta.

En ese instante Gretel recuerda a ese hombre. Pese al tiempo que ha pasado, sus ojos lo delatan. Ella solo tenía nueve años la última vez que lo vio, pero lo recuerda perfectamente. Morales había nacido en Alerre y sus padres eran los propietarios de una granja porcina que había pasada la vía del tren. De las últimas noticias que tuvo de él, fue a través de Diego, el sereno, que le dijo que era el alcalde desde 1977, cuando falleció el anterior, Alonso, en un accidente de tráfico.

—Sí. Treinta años justos —asiente con incomodidad.

Abel reparte la mirada entre los dos, como si estuviera presenciando un disputado partido de tenis.

—Conocía mucho a tus padres. Igual que a tu abuelo y a tu hermano. Mi padre fue el que le dio el primer trabajo al tuyo, en nuestra granja. Era un buen hombre, de los que ya no quedan. Menuda putada que se lo llevara el cáncer —dice con expresión melancólica.

Gretel muestra incomodidad, no le está gustando la conversación con ese hombre. Y más cuando escarba en el pasado, el mismo que ella se esfuerza por ocultar.

—¿Podrá conseguir un listado de amigas de la chica? —insiste Gretel, cambiando de tema—. Queremos hablar con todas.

—¡Joder, Gretel! —exclama ilusionado—. Tienes que acordarte de la abuela de Araceli. Tus padres eran muy buenos amigos con Federica. Incluso recuerdo que, en alguna ocasión, cuando tú apenas levantabas medio metro del suelo, habíais cenado todos en su casa, cuando vivía su marido. —Seguidamente se gira sobre la silla y señala con la barbilla, a través de la ventana, hacia un solar vacío que hay al inicio de la calle, a unos cincuenta metros de donde se encuentran ellos—. La casa de chocolate —murmura—. Tu madre siempre quiso

vivir en una casa de ese color y convenció a tu padre para que la pintara. Era una casa preciosa, de madera. Ya no queda ninguna casa en todo Alerre como esa —expresa con nostalgia—. Incluso, cuando aún vivía el dictador, se aceptó finalmente la propuesta que hizo y se cambió el nombre de la calle por el que sugirió ella. ¡Esta calle se llama Hermanos Grimm por tu madre! —exclama eufórico.

Gretel da dos pasos hacia la ventana, colocándose en el centro. Enfrente hay varios curiosos, que cuchichean en voz baja, sin dejar de mirar hacia donde están ellos. Seguidamente se gira y se encara con Morales, que se ha puesto en pie.

—Sí, han pasado treinta años —profiere con rabia—. Y durante todo ese tiempo no he vuelto a venir. Y, si ahora estoy aquí, es porque el comisario de Zaragoza quiere que yo sea la que investigue este crimen. Y en ello estamos.

El alcalde cabecea, como esos perritos que viajan en la bandeja trasera de los coches. El subinspector se distancia unos cuantos metros, como si quisiera ausentarse de la conversación que mantienen ellos dos. Parece que a la inspectora le ha disgustado que ese hombre la haya reconocido.

—Hablaré con los vecinos y conseguiré ese listado —acepta Morales finalmente.

—Eso quería oír —repone la inspectora—. Si necesitamos algo más de usted, ya le llamaremos —trata de despedirlo para que abandone la casa.

—¿Gretel, sabes lo que pasó aquí hace diez años? —La inspectora lo mira sin decir nada—. Claro que lo sabes —se responde el alcalde a sí mismo.

—El hecho de no haber pasado por Alerre, no significa que no esté al corriente de lo que ha ocurrido en el pueblo desde que me marché.

—El sargento de la guardia civil, que lo investigó, Ortega, no consiguió averiguar nada. Espero que tú tengas más suerte. ¿Sabes quién era el abuelo de la niña que han asesinado?

Gretel encoge los hombros con despreocupación, como si ese detalle no fuese importante para la investigación.

—No. No lo recuerdo, vaya.

—¡Joder! Mira que tu hermano y tú habíais pasado veces por esta casa.

Gretel recuerda entonces a la anciana. Y se acuerda de quién era su marido.

—El doctor Guillermo —murmura.

—Ves como al final te has acordado. El abuelo de Araceli era el doctor Guillermo, el que estuvo en Alerre el día que desapareció tu familia. Él era el primero que diagnosticó a tu madre su… Bueno, ya sabes. Al final tendrá razón Ortega.

Gretel lo contempla como si estuviera desvariando, ya que le cuesta entender de qué habla.

—Lo siento, Morales. No sé de qué Ortega me habla. Y tampoco sé por qué insiste en lo de que Guillermo era el abuelo de la chica.

—¡Joder, Gretel! Cuando asesinaron a La Cenicienta yo estuve aquí y coincidí con el guardia civil que lo investigó. Entonces, tampoco se supo quién o quiénes fueron los asesinos. Pero con Ortega, el sargento de judicial, convenimos que había muchas peculiaridades que habría que tener en cuenta. —Morales habla como si fuese el que dirige la investigación, algo que exaspera a la inspectora—. El padre de Andrea era Alonso, el alcalde que había en Alerre en 1960, y murió en un extraño accidente en la carretera en el año 1977, tres años antes de que asesinaran a su hija. ¿Me sigues? —Gretel cabecea, sin saber muy bien hasta dónde quiere llegar—. Ahora asesinan a Araceli, cuyo abuelo era el médico de Alerre en 1960, y que murió un año después de que lo hiciera el padre de Andrea, también en un insólito accidente en la montaña, cuando él era un senderista experimentado.

Gretel se silencia un instante, digiriendo las últimas palabras de Morales. El subinspector los observa a ambos, también en silencio, calibrando hasta qué punto la conversación con el alcalde puede beneficiar a la investigación o solo se tratan de elucubraciones sin fundamento. Por la expresión de los ojos de la inspectora, parece que sus palabras no han caído en saco roto.

—Acabo de llegar, Morales —habla Gretel, mostrando comprensión en su voz—. Sé lo que pasó, porque entonces, aunque estuviera en Zaragoza, me enteraba de lo que ocurría aquí. Pero, como le digo, acabo de llegar y todavía, como se suele decir, ni siquiera me he instalado. Deme tiempo, y sabremos qué está pasando.

—Si necesitas cualquier cosa, lo que sea, ya sabes dónde estoy.

Morales sale a la calle y cruza hasta la fachada de enfrente, perdiéndose por en medio del grupo de vecinos que asisten expectantes a lo que acontece en las inmediaciones de la casa.

—No te voy a preguntar de qué conoces a ese hombre —comienza a decir el subinspector—, pero…

—Si no vas a preguntar, no preguntes —corta Gretel.

El subinspector hace el gesto de cerrarse la boca como si fuese una cremallera.

—Está bien —acata.

—Centrémonos en el caso que nos ocupa —dice la inspectora—. Subamos. El juez y el forense estarán a punto de llegar y todavía no sé qué es lo que ha pasado.

—¿Supongo que no harás caso de las tontadas que te ha dicho el alcalde? —interroga Abel.

—Supones bien. Estos alcaldes, chapados a la antigua, siguen

pensando que son la máxima autoridad, tanto civil como militar, y meten las narices donde no los llaman. Es cierto que hay que agradecer su colaboración, porque tienen más acceso a los vecinos que nosotros. Mi mentor, los años que estuve en Barcelona, me enseñó que la gente de los pueblos, y más cuando son pequeños, desconfía de la policía. Si no obramos bien, nos perderemos detalles que serán importantes para la investigación. Así que hay que tener los oídos y los ojos abiertos, y no descartar nada, por descabellado que parezca.

Las últimas palabras de la inspectora arrancan una sonrisa al subinspector.

—Haces bien —alaba, justo cuando llegan a la planta superior.

—De momento nos centraremos en el asesinato que tenemos aquí. Luego iremos hilándolo con el que hubo hace diez años. —Arruga la boca, en un gesto que el subinspector considera sensual.

—Araceli —habla el subinspector—. Catorce años. La casa es de la abuela, que vivía sola desde que murió su marido —pasa una página de la libreta que sostiene en la mano—. Su única hija, Kora, reside en Tarazona, donde trabaja. Separada, deja a la niña de forma esporádica en casa de la abuela. Uno o dos días, como mucho. La dejó ayer por la tarde y tenía previsto recogerla hoy, después de comer.

Gretel se sitúa alrededor del cuerpo, por la parte que da a la ventana, desde donde se divisa un patio trasero. En ese momento son las tres de la tarde.

—Tenemos que averiguar la procedencia tanto del vestido, como de la máscara —habla la inspectora, arrugando los labios en señal de repugnancia—. Tengo que leerme a fondo el atestado de la guardia civil de hace diez años, con el caso de La Cenicienta, pero recuerdo que también había un vestido, aunque en aquel caso era de color azul, unos zapatos y una máscara. Muchas coincidencias.

—Comprobaremos si es el mismo tipo de máscara —asiente el subinspector—. ¿Crees que están relacionados?

—¿El qué?

—Los crímenes.

Gretel mira al subinspector con una sombra de cinismo en los ojos.

—No lo creo, estoy segura —afirma con suficiencia—. Entre los dos crímenes han pasado diez años justos, en el mismo día, el mismo modus operandi, el vestido y la máscara. ¿La han violado?

—Lo tendrá que determinar el forense —responde el subinspector —. Pero, en principio, parece que no.

—¿Y eso de ahí? —inquiere Gretel, mientras señala con la mano abierta hacia la estantería que hay al lado de la ventana.

Tanto el subinspector, como el policía de científica, tuercen la cabeza hacia donde indica la inspectora.

—¿El qué?

Gretel da un paso corto hasta llegar a la estantería, procurando no rozar la cama donde yace el cuerpo, ni pisar el vestido del suelo. Extiende la mano, protegida con un guante de látex, y coge con dos dedos lo que parece una miga de pan, de cuatro más que hay colocadas en hilera.

—Migas de pan. ¿Qué coño hacen aquí estas migas de pan?

El subinspector y el policía de científica miran a Gretel con desconcierto.

—Una abuelita —dice el policía de científica, esbozando una sonrisa—, una muchacha vestida de rojo y con capucha, una máscara veneciana, calle Hermanos Grimm, migas de pan, un bizcocho de chocolate y usted —mira a los ojos de la inspectora—, que se llama Gretel. Tiene razón, estamos en un jodido cuento de hadas.

Nunca digas adiós,
porque decir adiós significa irse lejos,
e irse lejos significa olvidar.
Peter Pan

Gretel se apoya sobre el capó del Seat 124 de policía científica, mientras apresa en los dedos de su mano derecha un cigarrillo rubio que le ha pedido a uno de los agentes uniformados. Son las cuatro menos cuarto de la tarde y en la calle ya no hay nadie. Los integrantes de uno de los Zetas entrantes, que han relevado a los de la mañana, se han encargado de echar a los curiosos que había alrededor de la casa.

El subinspector, que acaba de hablar con el secretario judicial, que ha ordenado el levantamiento del cadáver, en ausencia del juez, se acerca hasta ella.

—No sabía que fumaras —le dice.

—Y no fumo —comenta, exhalando una bocanada de humo que asciende hacia arriba en línea recta. En ese instante el aire está completamente inerte—. Uno de tanto en tanto, cuando estoy nerviosa.

—El barrigón —dice refiriéndose al policía de científica—, tiene razón, esto parece un macabro cuento de hadas.

El acento de Abel se torna más fuerte y ahora se distingue perfectamente que es oriundo de Argentina.

—¿Qué hace un argentino en la policía nacional española? —interroga Gretel, mientras arroja el cigarrillo sobre la acera y lo aplasta con el tacón de uno de sus zapatos.

—¿Qué hace una de las primeras inspectoras femeninas investigando un crimen, cerca de la casa donde desapareció su madre, su hermano y su abuelo, diez años después de que en este mismo pueblo se cometiera otro crimen en circunstancias similares al actual?

—No han tardado en contártelo. ¿Eh? —comenta Gretel, observándolo como si buscara en la expresión de sus ojos hasta dónde sabe él de lo que sucedió cuando ella era una niña.

—Entre el alcalde y el barrigón me han puesto al corriente de lo que te ocurrió. Si no quieres hablar de ello, no hablaremos. Y punto.

—Hoy justo hace treinta años —musita—. Y jamás pensé que tendría que regresar aquí.

—¿Hoy?

—Ayer. Fue el sábado 30 de julio del año 1960. Pero, al igual que en esta ocasión, la policía no se enteró hasta el día siguiente, el domingo.

—No tenías que haber aceptado el caso.

—Eso he pensado a las ocho y media, cuando me ha llamado el comisario de Zaragoza y me ha ordenado que viniera hacia aquí. Pero ha sido una crónica de una llamada anunciada, porque en los últimos años tuve el presentimiento de que algún día tendría que regresar.

—Podías haberte negado.

—¿Negarme? Si le digo que me niego a venir a Alerre a investigar este crimen, me hubiera abierto un expediente sancionador por desobediencia. Y no creo que él sepa lo que me ocurrió hace treinta años. De la misma forma que no lo sabías tú hasta que esos bocazas —señala con la barbilla hacia la casa— te lo han contado.

La conversación es interrumpida por el estruendo impertinente de una moto de pequeña cilindrada, que se aleja por la calle lateral.

—Bueno, no hace mucho que estoy destinado aquí. Dos meses, como te he dicho antes —se excusa el subinspector—, pero, si he de ser sincero, algo había escuchado. A todos los policías, recién llegados a Huesca, es lo primero que nos cuentan. Tu historia y la de tu familia da para un libro, una película o incluso una serie.

—Vivíamos allí —le dice torciendo la cabeza—. En el hueco de ese solar vacío. Mi padre compró la casa cuando mi madre estaba embarazada de mí, a mediados de 1950. Todavía recuerdo el día que la pintó de chocolate, en el año 1956, cuando yo ya había cumplido los cinco años. Los dos, mi hermano y yo, estuvimos observando a mi padre mientras se subía a la escalera metálica y resbalaba la brocha, ante la atenta mirada de mi madre. No lo sabíamos, porque no nos dijo nada, pero el cáncer ya se había instalado en sus pulmones. Y no nos dijo nada porque no quería que le quitaran de fumar. Centró el bote de pintura en el apoyo de la escalera y mojó la brocha mientras los cigarrillos se consumían en sus labios. Hansel, que entonces tenía once años, no paraba de reír.

—¿Hansel? —interrumpe el subinspector, con los ojos tan abiertos que casi se le salen de las órbitas.

—Creía que ya lo sabías.

—Sí, me lo comentaron. Y hoy no han parado de hablar de eso, precisamente —dice señalando hacia la casa. Gretel sabe que se refiere a los policías de servicio—. Pero pensé que era un mote. No he conocido a ninguna pareja de hermanos que se llamen Hansel y Gretel.

—Mi madre era una…, apasionada de los cuentos de hadas. —Gretel iba a decir una enferma, pero prefiere utilizar una expresión más suave—. Todo su mundo giraba alrededor de los cuentos. Nos bautizó a mi hermano y a mí como Hansel y Gretel; se emperró en que quería vivir en una casa de color chocolate, no paró hasta que convenció a mi padre para que la pintara; y se obcecó en cambiar el

nombre de la calle por la de Hermanos Grimm.

—Mira la parte buena, hubiera sido peor que os hubiera puesto Quasimodo y Esmeralda.

Gretel lo observa sin saber muy bien a qué se refiere. El subinspector arruga los ojos, remarcándose varias arrugas que lo envejecen.

—¿Por?

—Ya sabes, los protagonistas de El jorobado de Notre Dame.

—Oye, ¿tú no serías el más gracioso de tu promoción? —inquiere la inspectora, separándose un par de metros del coche donde se había apoyado. Es tanto el calor que hace, que la chapa del capó se ha calentado en exceso.

—¿Por qué ese color?

—¿A qué te refieres?

—Me has dicho que tu padre pintó la casa de color chocolate.

—Porque es el color de las casas de los cuentos de hadas.

El subinspector reprime una sonrisa, para no ofender a la inspectora. Pero ella se da cuenta.

—No te enfades, Gretel, no te lo preguntaba porque tu madre decidiera pintar la casa de ese color, sino por el hecho de que le llames chocolate, cuando es marrón.

—Marrón chocolate —comenta la inspectora—. Hasta ese año, 1960, éramos una familia feliz. Habíamos conseguido superar la ausencia de mi padre y el rostro de mi madre comenzaba a recuperar la felicidad marchitada durante los dos últimos años, desde que perdió a su marido. El abuelo vivía con nosotros, desde dos años antes. Hacía tiempo que enviudó y se trasladó a Alerre para sustituir a mi padre. Una mujer sola, con dos hijos, de siete y trece años, necesita ayuda para seguir adelante. Hipólito habilitó una habitación pequeña, que había en la segunda planta, al lado de un aseo que no usábamos, porque tanto mi hermano como yo utilizábamos el de la planta de abajo, más grande. Yo me había pasado toda la tarde jugando con unas amigas en el parque de la arboleda. Debajo del vestido llevaba un bañador y nos estuvimos mojando en el estanque, para aguantar el calor de ese verano. Mi madre era muy exigente con los horarios, y cada día teníamos que coincidir para la comida, que era a la una en punto, y para la cena, que era a las nueve. El resto del día podíamos hacer lo que quisiéramos, pero en esas horas teníamos que juntarnos todos alrededor de la mesa. Lo más encantador de esos años, y en estos pueblos, era que los niños podían jugar en la calle sin preocuparse de que les pasara nada malo. Nos pasábamos el verano entero fuera de casa, donde solo regresábamos para comer, cenar y dormir.

—Es lo que te he dicho antes de los pueblos pequeños —

interrumpe el subinspector—, que tienen un encanto que en las ciudades ni siquiera pueden soñar.

—Ese sábado, media hora antes de la cena, me despedí de un grupo de niñas de mi edad, con las que había estado jugando, y llegué a casa. Habíamos planeado, con mi abuelo, mi madre y mi hermano que, después de cenar, iríamos a la plaza para escuchar la orquesta. Había un baile programado y el ayuntamiento colocó alguna caseta con chucherías para los niños. Sobre las diez de la noche actuarían unos payasos muy conocidos, que venían, según dijeron, desde México. Cuando eran fiestas, mi madre nos dejaba estar hasta medianoche. Pero nunca más tarde.

—¿Por qué? Como has dicho, es un pueblo tranquilo que nunca pasa nada.

—Yo era demasiado pequeña para comprender lo que pasaba por la cabeza de mi madre. Te recuerdo que solo tenía nueve años y todo este tiempo he tirado de las evocaciones distorsionadas de mi infancia. Pero, sabiendo lo que sé, seguramente era una obsesión relacionada con los cuentos de hadas. La medianoche es el momento límite de la hora bruja, cuando se rompe la magia del día y entra la oscuridad. Siempre que salíamos, el fin de semana, en verano, en fiestas, nos recordaba varias veces que teníamos que regresar antes de medianoche. Incluso a mi hermano, que ya había cumplido los quince años. En esa época no había la delincuencia que hay ahora y los niños podían quedarse jugando, cuando había alguna fiesta, hasta las tantas. Pero nosotros siempre teníamos que estar en casa antes de las doce. Como te digo, accedí por esta calle —señala hacia el suelo con la cabeza—. Pasé por al lado de esta misma casa, la de Federica y Guillermo, y abrí la puerta de nuestra vivienda con mi llave. ¿Alguna vez has tenido un presentimiento de que ha ocurrido algo malo? Como cuando te anuncian la muerte de un familiar y tú, de alguna forma incomprensible, ya lo sabías antes de que te lo comunicaran.

Abel bascula la cabeza, asintiendo.

—Sé lo que quieres decir.

—Pues eso me pasó cuando abrí la puerta. Recuerdo la oscuridad de una casa vacía, donde todos se han ido. El silencio. Luces apagadas y ventanas cerradas. En el ambiente había una inquietante soledad. Mamá, grité. Pero nadie respondió. Mi madre se pasaba horas metida en la cocina, porque le encantaba preparar bizcochos de todo tipo, pero especialmente de chocolate. Me extrañó que no estuviera allí, preparando la cena de esa noche, que sería especial. Recorrí la casa varias veces, mirando en todas las habitaciones. Era como un automatismo que se activó en mi cerebro y me decía que quizá ellos estaban allí, donde siempre, pero yo no sabía verlos. Entraba en la cocina, luego al baño de la planta de abajo. Subía las escaleras,

accedía a la habitación del abuelo, a la de mi hermano, a la mía. Bajaba de nuevo y repetía la operación una y otra vez. Había tanta soledad, que me negaba a creer que ellos no estuvieran. Desde que recordaba, en mi frágil mente infantil, nunca había visto la casa así: desprovista de vida. En esos años no teníamos ni teléfono ni televisión. Solo una radio de mi abuelo, que estaba en la librería del salón. Entré por enésima vez en la cocina y, viendo que ya eran las nueve, me preparé un bocadillo de atún y me lo comí, deprisa, sentada en el tresillo del comedor, al lado de la ventana. ¿Dónde estaban todos? Me pregunté. Si alguna vez mis padres, o mi abuelo, se habían ido a algún sitio, me lo decían. Y si no les daba tiempo, me dejaban una nota sobre el mármol de la cocina. No era la primera vez que mi madre me dejaba escrito, al lado de los fogones de gas, que estaba en casa de una vecina o que había ido al médico a por unas recetas. Entonces tuve un presentimiento. Salí corriendo dirección a la plaza, pensando que se habían adelantado y fueron a la fiesta antes de lo previsto. Quizá me demoré en exceso, jugando con mis amigas, y ellos salieron antes de hora. Claro, me dije, eso es lo que había pasado. Y ellos estarían en la plaza, escuchando la orquesta. En el trayecto me topé con una vecina de la misma calle, a la que conocía, y le pregunté por mi familia. ¿Ha visto a mis padres? La vecina negó con la cabeza, y me dijo que no los había visto desde la mañana, cuando coincidió con mi madre en la calle y se saludaron. Llegué a la plaza y estuve dando una vuelta por en medio de la gente. A esas horas, las diez de la noche, la fiesta estaba en su momento álgido y no cabía ni un alfiler. Desesperada, regresé a casa.

—¿Y no preguntaste a nadie de la plaza si había visto a tu familia? —se interesa el subinspector.

Gretel lo mira con expresión de fastidio.

—Yo solo tenía nueve años, Abel. Era una niña que, por primera vez, se enfrentaba a un imprevisto en su vida. Con esa edad, en esos años, y en el ambiente flemático de un pueblo pequeño, no supe distinguir cuánto tiempo tendría que pasar para comenzar a preocuparme de verdad. Hasta ese momento, en el que recorrí mi casa varias veces, y estuve en la fiesta de la plaza, creía, de forma constante, que mi familia aparecería en cualquier momento. De hecho, cuando regresé, después de estar en la fiesta, abrí la puerta convencida de que ellos estarían en la casa y serían los que me preguntarían dónde me había metido yo. Por eso no quise alejarme mucho, porque anhelaba que regresaran de un momento a otro. Alrededor de las once de la noche, mi inquietud derivó en desesperación. No había ninguna señal de que ninguno de los miembros de mi familia regresara. Y desde la plaza llegaba el sonido de la música, las risas y las voces de los vecinos que estaban allí,

disfrutando. ¿Alguna vez te has sentido tan solo que temiste que fueras a enloquecer? —le pregunta al subinspector que, mientras Gretel habla, se limita a cabecear, asintiendo.

—Sentí algo parecido cuando murió mi padre —responde—. Aunque no es lo mismo que lo que me estás contando.

—Salí a la calle de nuevo y crucé a las casas de enfrente. Allí —se gira y señala hacia una casa de ladrillo rojo que está cercada por un seto frondoso—, vivía un matrimonio que tenía dos hijos de edades similares a los de mi hermano y yo. Pero en la casa no había nadie. Luego llamé a otra. Y a otra. No había nadie en ningún sitio, porque todo el mundo estaba en la plaza, bailando. Hubo un momento que me senté en el suelo, en medio de la calle, y grité tan fuerte que hasta me dolió la garganta. Desesperada, sin saber qué hacer ni a quién acudir, corrí hacia la casa del sereno…

—¿Sereno? —interrumpe Abel.

—Era una especie de policía local, que vivía en una casa propiedad del ayuntamiento, enfrente de la piscina municipal. Siempre vestía con un mono de color azul y se encargaba de la vigilancia y de entregar las citaciones judiciales. Recuerdo que su función era avisar a la guardia civil, en una época en que no todas las casas tenían teléfono. Él no estaba, pero sí que estaba su hermana, con la que vivía, una mujer de cincuenta años que, para mi fortuna, había estado en la fiesta de la plaza, pero regresó unos minutos antes de que yo llamara a su puerta, porque se acostaba pronto y se agotó en el baile. ¿Qué te ocurre, Gretel? Me preguntó, al ver mi rostro desencajado. Le conté que no sabía dónde estaba mi familia y que nunca se habían ausentado durante tanto tiempo. La mujer, atenta, llamó por teléfono al ayuntamiento, pero nadie descolgó. Entre una cosa y otra, ya era casi medianoche y mi desesperación era tal que creí que iba a enloquecer. Verónica tiró de agenda y comenzó a llamar por teléfono a todo el mundo.

—¿Y no llamó a la guardia civil? —interrumpe el subinspector.

—No. Y no lo hizo porque, según ella, tampoco había pasado tanto tiempo como para que la desaparición de mi familia fuese preocupante. Al que sí quería localizar era a su hermano, porque él sabría qué hacer en estos casos. A medianoche, el sereno apareció. Era un solterón al que no se le conocían novias y regresó de la fiesta con alguna copa de más. ¿Qué ocurre? Me preguntó, al verme en su casa. Verónica le contó que había acudido solicitando ayuda, porque no veía a mi familia desde el mediodía, cuando comí con ellos. El sereno recompuso el semblante y me dijo que él tampoco los había visto desde la mañana. Estarán en la fiesta, espetó colérico. Estoy convencido de que, antes de que te des cuenta, regresarán a tu casa. En cuanto vea a tu hermano, le tiraré de esas orejas de soplillo que

tiene y se las haré más grandes, me dijo mirándome a los ojos.

—Qué faltón —interrumpe el subinspector.

—Lo cierto es que sí. Mi hermano tenía complejo de orejas grandes, de soplillo, por lo que muchos compañeros del colegio se burlaban de él. Sobre todo, cuando era más pequeño. Pero con quince años ya no se metían tanto y me sorprendió que el sereno hiciera alusión. Supongo que la culpa fueron las copas de más, que llevaría encima, sumado al enfado por la contrariedad de no saber dónde estaba mi familia. El caso es que, de tanto en tanto, el sereno salía a la calle y se dirigía a mi casa, abriendo la puerta con mi llave, que se la dejé para que pudiera controlar el momento en el que regresara mi familia. A las tres de la mañana acabó la fiesta, la orquesta se apagó, y la gente se marchó a sus casas. Verónica dormía en su habitación y yo me había quedado dormida en el sofá del salón. Y fue cuando Diego decidió llamar a la guardia civil de Huesca.

—¡Es lo primero que tenía que haber hecho ese mataperros! —exclama Abel.

—En esos años la única comunicación entre Alerre y el resto del mundo era por una vieja carretera que serpenteaba entre Huesca y Ayerbe, por la que circulaba un autocar que hacía el trayecto dos veces al día: a las ocho de la mañana y a las ocho de la tarde. Y el sereno ya me avanzó que la guardia civil no llegaría hasta el día siguiente. Según él, solo hubieran venido esa noche si se hubiera cometido un crimen. Pero una desaparición, en apariencia no violenta, no era causa suficiente como para movilizar a la patrulla. Yo me quedé dormida hasta las diez de la mañana, cuando me desperté y me dijeron que había llegado la guardia civil. Diego les contó a los agentes lo que había ocurrido, que mi familia no daba señales de vida desde el mediodía del día anterior, y que nunca, hasta ese día, se habían ido así, sin decir nada.

¿Y qué tiene esa tela de especial?
El traje nuevo del emperador

—La patrulla dejó el coche aparcado frente a la casa del sereno, cuando pasaban unos minutos de las diez de la mañana del domingo 31 de julio de 1960. Y desde allí fuimos todos caminando hasta mi casa. ¿Cuándo fue la última vez que viste a tu familia, niña? Me preguntó uno de los agentes. Yo respondí lo mismo que había respondido una decena de veces desde que desaparecieron, que el sábado al mediodía comimos todos juntos y luego me fui a jugar con mis amigas, hasta poco antes de las nueve de la noche. Mi abuelo tenía un Fiat 1800, pero los agentes comprobaron que estaba aparcado en el callejón lateral, donde siempre lo dejaba. Las llaves del coche aparecieron en el bolsillo de la chaqueta, que dejó colgada en un perchero de madera, que teníamos detrás de la puerta de entrada. Estuvieron un rato en el salón de la planta de abajo, en compañía del sereno, su mujer, y yo, que no daba crédito a lo que estaba viviendo. Los guardias civiles destacaron que todo estaba recogido. Y, en la cocina, la vajilla estaba limpia y los vasos dentro del armario. Subimos hasta la planta de arriba, donde estaban las habitaciones. La cama de mi hermano estaba hecha y su ropa en el armario, como si no hubiera salido a la calle y siguiera dentro de la casa. Y la habitación de mi madre y la del abuelo estaban también recogidas y con las respectivas camas hechas.

—¿Qué pasó finalmente? —interroga Abel, impaciente.

—Pues que nunca aparecieron.

—¿Nunca? ¿No has sabido adónde fue tu familia?

—Nunca —responde de forma tajante la inspectora—. Sé que se investigó, pero jamás se supo adónde fueron ni por qué se marcharon sin decir nada. Evidentemente, después de estos años, ya se han dado por muertos. Pero yo he tenido que blindar mis recuerdos para no enloquecer. ¿Sabes por lo que he tenido que pasar todo este tiempo?

—Me hago una idea —responde el subinspector.

—Cualquier idea que puedas hacerte no se acerca, ni por casualidad, a lo que ha supuesto para mí que mi madre, mi hermano y mi abuelo se marcharan sin despedirse.

—¿Y tú?

—¿Yo? ¿Qué?

—¿Qué hiciste después de aquello?

—Como te he dicho, yo tenía entonces nueve años. Para mí, la desaparición de mi familia era como uno de esos cuentos que mi

madre nos contaba constantemente. Algún día aparecerá el hada madrina o el mago bueno y todo se solucionará. ¿Conoces algún cuento que acabe mal?

Abel arruga el ceño, al sentirse interrogado.

—Este —señala hacia la casa.

Gretel mira hacia donde le indica el subinspector.

—El cuento al revés. El cuento al revés —repite murmurando.

—Este y el de La Cenicienta, no acabaron muy bien que digamos.

—Mi hada madrina fue la hermana de Diego, Verónica. Me acogieron en su casa como si fuese la hija que nunca tuvieron. En esos años, los trámites y el papeleo se solucionaban antes si tenías los contactos necesarios. Diego conocía a mucha gente y tan solo necesitó unas pocas llamadas para adoptarme como si fuese su hija, hasta que cumpliera la mayoría de edad. Verónica tenía un piso vacío en Zaragoza, que en tiempos estuvo alquilado. Aprovechando que estaba desocupado, decidió que nos mudásemos allí. Los dos habían convenido que una niña de nueve años, a la que le había desaparecido toda su familia, no podía permanecer en el pueblo. La gente se comporta de una manera diferente cuando ocurren estas cosas y ellos sabían que seguir aquí me perjudicaría más que otra cosa. Y así fue como al inicio del curso escolar, en 1960, me trasladé a Zaragoza. Lo demás, ya lo sabes. Estudié, me presenté a la policía, ascendí y aquí estoy, investigando un crimen en el pueblo donde nací.

—Te tengo que creer, porque me lo estás contando tú —le dice el subinspector—. Pero me parece increíble que desapareciera toda tu familia sin dejar ningún rastro.

—Los medios en esos años no eran tan buenos como los que tenemos ahora. No existían las pruebas de ADN y la policía científica aún estaba en pañales y no disponían de los avances recientes. Se especuló con que hubiera sido una huida voluntaria. Salieron los típicos chascarrillos de la mala relación que tenía mi padre con algún vecino, cuando vivía. Se inventaron deudas de mi abuelo con el juego. Y hasta se ingeniaron amantes de mi madre porque, por lo visto, según dijeron, se entendía con el médico y con el alcalde.

—Qué mala baba tiene la gente.

—Mucha. Mi madre era frágil, por eso se escudó en los cuentos de hadas. No estaba bien de la cabeza, algo que era evidente. Pero también la recuerdo como una mujer hermosa. Mi memoria me ha estado engañando durante todos estos años y ha troquelado los recuerdos para adaptarlos a una realidad más creíble. Disculpa —le dice Gretel a Abel, tocándole el brazo, que lo tiene húmedo de sudor —, te estoy dando la tabarra.

—No te preocupes —le dice, apoyando su mano sobre la suya—. Me puedes dar la brasa con lo que quieras. Somos compañeros y

tenemos prácticamente la misma edad —sonríe—, por lo que quizá yo te comprenda más de lo que tú crees.

—Alguien ha recreado un cuento. Lo mismo que hizo en 1980, cuando asesinó a La Cenicienta. Entonces, yo todavía no había ascendido, pero leí la noticia en la prensa. Cuando Diego me contó cómo fue la muerte de esa chica, no podía salir de mi sorpresa, porque parecía un espeluznante cuento llevado al paroxismo.

El subinspector arruga la frente con tanta fuerza, que se le marcan cuatro líneas amplias debajo de su pelo corto.

—No te preocupes, daremos con él —asegura con suficiencia.

La furgoneta de la morgue accede a la calle, por la esquina que viene de la carretera. Es el último trámite después de un crimen, cuando los funcionarios recogen el cuerpo. Esa escena es tan terrible, que la policía procura que no haya ningún familiar en las inmediaciones, para no presenciarlo. Es de color negro y se bajan dos hombres ataviados con un uniforme de color blanco, con una pegatina en el pecho con el nombre de la empresa.

—¿Aquí? —pregunta uno de ellos, el que parece el jefe.

Un policía de uniforme le indica que el cadáver está en la planta superior.

—Arriba está mi compañero —añade.

—Vámonos —le dice el subinspector a Gretel—. Hoy ya hemos hecho suficiente.

Pero la inspectora no se mueve de al lado del coche de científica, donde se ha parapetado protegiéndose del inmisericorde sol de julio.

—Compañero —le dice al único policía uniformado que queda en la calle, un chico de no más de veinte años, con el pelo corto y la mirada de ilusión de los recién ingresados en la policía—. ¿No tendrás otro pitillo?

El policía se acerca hacia donde está la inspectora y el subinspector, y extrae un cigarro rubio de un paquete que acaba de abrir en ese instante.

—¡Tenga, inspectora!

Seguidamente se lo enciende con un mechero de gasolina, alargando su mano. Gretel propina una prolongada calada y expulsa el humo con furia, como si estuviera enfadada. El policía regresa a la puerta de la casa, a esperar que se retiren los de la morgue.

—A ver si vas a volver a fumar —lamenta Abel, con el rostro serio.

—Tú métete en tus cosas —espeta la inspectora.

Al subinspector le incomodan esos repentinos cambios de humor de su nueva jefa. Teme que la relación con ella no va a ser todo lo afectuosa que creyó en un inicio.

Por la puerta de la casa salen los dos funcionarios de la morgue. El más alto va delante, agarrando la bolsa donde han metido el cuerpo.

El otro, detrás, con cara de monotonía.

—¿Algo más? —le pregunta a Gretel el mismo policía que le ha entregado los dos cigarrillos que se ha fumado.

—Eso es todo —responde el subinspector—. Cerrad la puerta con llave y pegad la cinta de prohibido pasar de la policía, hasta que el juzgado ordene que la quitemos. La abuela se quedará unos días en casa de una vecina, según nos ha comentado.

—¿Quiere que nos quedemos?

—No, no creo que sea necesario. ¿No, Gretel?

—No. No. Una vez que han retirado el cuerpo y científica ha tomado muestras y fotografías, no hace falta que se custodie la escena del crimen. Le diremos a la guardia civil que patrullen por aquí durante unos días, más que nada para tranquilidad de los vecinos.

La furgoneta de la morgue se aleja por la calle, despacio, con el motor a ralentí, para no hacer ruido. Son varias las ventanas abiertas donde los vecinos se asoman. Hay cuchicheos. Pero sobre todo hay miedo. Todos saben que se avecinan días donde las adolescentes no podrán regresar a sus casas después de medianoche. Como ya ocurriera diez años atrás, en 1980. Luego, pasado el tiempo, se olvidarán de lo que aconteció. Y el ambiente se volverá a relajar, hasta que suceda de nuevo. Y regresen los fantasmas del pasado.

Por la misma esquina, donde se ha perdido la furgoneta, llega a toda velocidad un Seat Málaga de color gris oscuro. Corre tanto que incluso ha rozado el chaflán, saltando el plástico de uno de los intermitentes delanteros. El coche se detiene patinando las ruedas, a pocos metros de donde están ellos. Se abre la puerta con violencia y salta una mujer de la edad de Gretel, con el pelo recogido en un moño apresurado y con las facciones hermosas, pese a que se distingue que no hace mucho ha estado llorando. Los ojos rojos y la nariz tan hinchada, que parece que se la hayan golpeado.

—¡¿Dónde está mi hija?! —grita.

—Kora —bisbisea la inspectora.

12. El esqueleto

Érase una vez un niño
que tenía muchísimos juguetes.
El soldadito de plomo

—¡Araceli! ¡Araceli! —La mujer golpea con furia la puerta de casa de su madre, ante la impotencia de los agentes.

La inspectora recompone el rictus de su cara y les indica a los uniformados que se vayan.

—¿Está segura, inspectora?

—Sí. Regresad a comisaría y, si fuese necesario que vinierais por aquí, ya os avisaría. Todo está bien —le dice a Abel, tocándole el hombro—. Déjanos solas.

—Estaré cerca —se ofrece el subinspector.

—¡No! ¡Déjanos solas! —repite—. Que te acompañe el Zeta hasta Huesca y yo regresaré con mi coche —señala con la barbilla el Renault 5 que hay aparcado a unos metros de donde están ellos—. Mañana a primera hora te quiero en comisaría, tenemos que ponernos manos a la obra.

Abel lamenta que el buen rollo, que había al principio con la inspectora, se ha comenzado a desvanecer. Se sube al Zeta sin rebatir.

—¿Kora? —le pregunta la inspectora a la mujer, cuando el Zeta se marcha.

Ella se ha sentado en el escalón de la puerta de casa de su madre, arrugando la cinta de policía con su espalda, y desencajándola de uno de los lados. Levanta los ojos llorosos y mira a Gretel, cuyo rostro muestra conmoción.

—Me ha llamado mi madre —dice—. No me lo podía creer. No. Mi hija, no.

La inspectora observa a una mujer vencida. Imagina que ha estado llorando la hora y media de trayecto que hay entre Tarazona y Alerre. Se sienta a su lado y posa la mano sobre su hombro izquierdo. En ese instante no hay nadie en la calle. El sol se ha colado por todas las esquinas y atormenta un tocón de madera que hay enfrente de donde se han sentado las dos mujeres, al otro lado de la casa de Federica. Gretel se conmueve al percibir como, por ese mismo lugar, no hacía mucho pasó el asesino. Por un momento imagina que ojalá dispusiera de una máquina del tiempo para sentarse allí, pero veinticuatro horas antes, y evitar el crimen.

—Kora —le dice la inspectora, sin dejar de acariciar su hombro—. Es mejor que nos vayamos a donde está tu madre. Aquí hace demasiado calor y no podemos hacer nada.

—Quiero subir a su habitación.

—Es mejor que no. Hazme caso, vamos a donde está tu madre. Necesitas descansar.

Kora gira los ojos y se cruzan con los de la inspectora. La observa con detenimiento, como si quisiera memorizar cada uno de los pliegues de su rostro. Su mirada se clava en la verruga de su cara.

—¿Gretel? —le pregunta con voz afónica—. ¡Dios, Gretel! ¡Eres tú! Me dijeron que te habías hecho policía, pero nunca pensé que tendrías que investigar la muerte de mi niña. Porque… ¿estás aquí por eso?

—Lo siento, cariño —le dice Gretel—. De verdad que lo siento. Me hubiera gustado regresar por otro motivo, y no por este. Ven —la coge del sobaco—, vamos con tu madre.

La inspectora tiene la experiencia necesaria como para saber que en las investigaciones criminales son importantes los primeros momentos, cuando la memoria permanece fresca y todavía no se ha contaminado con noticias externas, que distorsionan la realidad y la confunden. Cualquier cosa que pueda averiguar ahora, será esencial para acercarse al asesino.

Las dos mujeres caminan despacio por la calle Hermanos Grimm, hasta que llegan al cruce con el barrio de las Afueras. Desde la misma esquina se ven las tres únicas casas que hay en toda la calle. En la última, la que da al parque, hay dos mujeres sentadas en el porche. Gretel reconoce a Federica, la madre de Kora, sentada a la derecha. La otra es Olivia, la mujer que estuvo con ella cuando la inspectora llegó a la casa. Las dos, al ver llegar a Gretel, acompañando a Kora, se ponen de pie de inmediato.

—¡Hija! —grita la abuela. Su rostro muestra estremecimiento.

Y se funden en un desconsolado abrazo, ante la atenta mirada de Gretel y Olivia.

La inspectora las observa con un nudo en la garganta. Recuerda, cuando desaparecieron sus padres, la soledad del silencio. Como ahora, cuando esas mujeres han perdido a una hija y a una nieta, y allí, en esa calle, frente a esa casa, solo hay añoranza. E impotencia.

Olivia saca una bandeja con varias tazas de café y una jarra de leche. Gretel no ha comido nada desde las ocho de la mañana, cuando desayunó una tostada con mantequilla y un café solo, que se preparó en su piso de Zaragoza. Madre e hija siguen abrazadas, llorando.

Por la calle pasa un Renault 25 de color rojo, conducido por un hombre de unos sesenta años. Aparca delante y se baja del coche.

—Kora, yo —comienza a hablar—. No sé qué decir.

Y se echa a llorar.

Varios vecinos más de Alerre transitan por delante de la casa. Y algunos se adentran en el porche, donde Federica y Kora siguen abrazadas.

—¿Es usted Gretel? —le pregunta el hombre del Renault 25 a la inspectora.

Ella busca en su rostro algún vestigio del pasado, que le indique quién es ese hombre. Es grueso, pero se percibe que no siempre fue así. Su pelo canoso, parcialmente calvo, y sus ojos grandes y almendrados, junto a su tez morena y ajada, le traen a Gretel el recuerdo del barrendero que había en Alerre en los años sesenta.

—Antonio —musita—. ¿Es usted Antonio, el de Chimillas?

—Veo que te acuerdas de mí, y eso que eras una niña. Le pregunté a Diego y a Verónica por ti, muchas veces. Ya me dijeron que estabas bien. Sabía, a través de ellos, que te habías hecho policía. Y, mírate, te has convertido en una policía guapísima.

Gretel se retira hacia la calle, alejándose de Federica y Kora. El tono con el que la trata Antonio es quizá demasiado desenfadado para la circunstancia donde se encuentran en ese instante.

—Sí. Diego me dijo que preguntó por mí muchas veces. Y se lo agradezco.

El hombre la coge por el codo y la arrastra hacia la calle, distanciándola de la casa algunos metros más. Al fondo, hay varios vecinos que consuelan a la abuela y a la madre de Araceli, mientras la mujer de la casa, Olivia, no para de sacar bandejas de café y pastas. Se percibe que es una mujer servicial y hospitalaria.

—Escucha, Gretel —le dice, sin soltarla del codo—. No sé si es buen momento ahora para hablar, pero tengo que comentarte una cosa que… Bueno, es algo que tengo que decirte.

—¿De qué se trata?

—¿Diego te dijo algo del esqueleto?

Gretel se aparta medio metro a su izquierda, hacia una tapia de un solar que hay detrás de donde están hablando, para protegerse del sol y estar segura de que nadie de la casa pueda escucharlos.

—¿Qué esqueleto? —pregunta, mientras niega con la cabeza.

—Ya veo que no te dijo nada —profiere con pesadumbre—. Cuando se lo dije, ya vi que no hizo mucho caso. Seguramente ni siquiera me tomó en serio. Quizá ahora no es el momento de hablar. Si lo prefieres, podemos vernos mañana u otro día.

—No. No —rechaza la inspectora—. Ahora está bien.

Gretel piensa que tal vez ese hombre le dé una pista del paradero de su familia, cuando ha mencionado lo del esqueleto. Es posible que hubiera aparecido algún rastro de ellos.

—Ese día yo había estado trabajando el doble, porque, con las fiestas, las calles del pueblo se ensuciaban mucho más. Por la mañana estuve barriendo la plaza, las inmediaciones, y las calles laterales, limpiando la mierda de la fiesta del viernes por la noche. Y por la tarde tenía que repetir, para dejarlo todo niquelado para el sábado. En

esos años no había las modernidades de ahora y las calles se limpiaban con escoba de barrendero, recogedor y carro. —Gretel asiente—. Después de lo que ocurrió, la guardia civil estuvo haciendo preguntas. En especial, un sargento llamado Ortega. ¿Lo conoces?

—Lo conocí, pero hace treinta años que no lo he visto.

—Fue el que investigó la desaparición de tu familia. Y hace diez años también se encargó de la muerte de La Cenicienta.

—¿Vive?

—¡Claro que vive! No creo que tenga más de setenta años.

—¿Qué pasó aquella tarde? —apremia la inspectora, ya que pronostica que la conversación con ese hombre no le aportará nada provechoso.

—Por la tarde estuve escobando la calle Hermanos Grimm, que entonces se llamaba calle Aragón. No era una calle muy sucia, porque la mayor suciedad se concentraba en las calles aledañas a la plaza. No sé el momento exacto, pero ya te digo que serían sobre las seis, cuando vi una sombra pegada a la fachada de la casa de chocolate.

—¿Una sombra? ¿Qué clase de sombra? —pregunta la inspectora, arrugando tanto la frente que su rostro se deforma.

Antonio sonríe, mientras se pasa la mano repetidamente por la barbilla rasurada.

—Vale, vale. A Diego le pasó lo mismo. Y seguramente el problema es que no sé contarlo bien. O no lo explico de manera que sea creíble. Por la expresión de tus ojos, ya percibo que no me vas a creer. Realmente no era una sombra, sino que esa descripción es la que he desarrollado yo con el paso del tiempo, para comprender qué es lo que realmente vi. Había alguien o algo en la calle, cerca de la puerta de la casa de chocolate. Y no era una sombra, sino que era un esqueleto.

—¿Una calavera? —pregunta Gretel, conteniendo una sonrisa.

—Una calavera es una cabeza de huesos. Y lo que yo vi fue un cuerpo entero, una osamenta.

Un sudor frío recorre la espalda de Gretel, a causa de la expresión de los ojos de Antonio y la gravedad del tono de su voz. El hombre muestra convicción en lo que está contando.

—Un esqueleto. ¿Está seguro?

—Un esqueleto, desplazándose pegado a la pared de la casa de tus padres. Sí, estoy seguro de lo que digo.

—¿A las seis de la tarde?

—Sí. A las seis, más o menos, porque es la hora en la que barría tu calle y la de atrás, la calle Iglesia.

Gretel estudia la expresión de Antonio, pero procurando que él no se sienta analizado. Comprende que ese hombre había estado trabajando toda la mañana, según narra, y el esqueleto, al que hace referencia, lo vio sobre las seis de la tarde. No sería de extrañar que,

con el estómago lleno, el calor de julio, el vino de la comida, y alguna copa que se habría tomado después, cualquier cosa que viera le pareciese tenebrosamente sospechosa.

—Un espíritu —susurra la inspectora, para que no la escuchen desde la casa, donde los vecinos están consolando a Federica y a Kora —. ¿Se refiere a un espíritu?

—Llámalo como quieras, pero yo solo te digo lo que vi. Y no se lo he dicho a nadie más que a Diego, en cuanto tuve oportunidad. Pero él no me creyó. Intenté comentárselo al sargento de la guardia civil, el que investigó la desaparición de tus padres, pero por la expresión de su rostro ya vi que no me hizo caso. Lo mismo que tú no me crees ahora, por la expresión de tu mirada. Quizá, cuando todas las pistas se agoten, habrá que empezar a creer en que hay algo asombroso en todo esto. Y no solo me refiero a la desaparición de tu familia, sino al asesinato de La Cenicienta. Y ahora, el de Caperucita. Convendrás conmigo que son unas muertes muy singulares.

—Lo son, no tengo ninguna duda. Pero, como investigadores, la policía tiene el deber y la obligación de atrapar al asesino o los asesinos. Y el crimen de 1980, y este de ahora, no tienen tintes sobrenaturales. Tampoco hay una relación entre estos crímenes y lo ocurrido en 1960.

—¿Cómo ha muerto? —consulta Antonio.

Gretel no puede decirlo, porque la investigación está bajo secreto judicial, hasta que no se concluyan las diligencias. Y en la de Caperucita ni siquiera se han iniciado.

—Ha muerto —sostiene, sin añadir nada más.

—Entiendo —acepta Antonio—. Estoy jubilado desde hace unos años, pero sigo viviendo en la misma casa de Chimillas, la que fue vivienda de mis padres. No dudes en contactar para cualquier cosa que necesites.

—Gracias, Antonio. Bueno —interrumpe Gretel, mirando el reloj de pulsera—. Tengo que irme ya, porque me tengo que poner las pilas. Esta mañana estaba en Zaragoza y he llegado a Alerre al mediodía y todavía tengo que situarme. Me ha encantado hablar contigo, después de tanto tiempo.

—Y a mí, pequeña Gretel. Y a mí —repite.

La inspectora pasa por la casa y se despide de la abuela y la madre de la niña. Varios vecinos que están a su lado la observan con desconfianza, como si ella fuese la culpable de la desgracia que ha caído sobre el pueblo.

—Olivia —llama a la mujer con voz débil—. ¿Puedo hablar con usted un instante?

—Sí, claro —Acepta, dejando una bandeja, que sostiene en la mano, sobre una mesa rectangular que hay al lado de unos vecinos

que conversan en voz baja.

Gretel se retira varios metros hacia la calle, para alejarse de los demás.

—¿Dime? —se ofrece Olivia.

—Veo que es usted muy amiga de Federica —la señala con la mirada.

—Así es —expele sonriendo.

—¿La vio ayer?

—Sí. A Federica la veo a diario. Piensa que es una mujer mayor y necesita que estén pendiente de ella. Ayer vi a Federica y a Dorita.

—¿Dorita? ¿La mujer de la calle Iglesia?

—Veo que te acuerdas. Sí, esa misma. Es la única habitante de esa calle, porque las demás casas están vacías, y algunas derruidas. Yo soy la que, tres veces a la semana, le hago la compra y así aprovecho por si necesita algo.

—¿Y vio a Araceli?

—No —responde elevando los ojos, como si estuviera haciendo memoria—. No la vi porque ella, según comenta su abuela, regresó tarde.

—Eso es todo, Olivia. Muchas gracias por su amabilidad.

La mujer se da la vuelta para seguir agasajando a los vecinos que consuelan tanto a Federica, como a Kora, y en ese momento Gretel recuerda algo más.

—Una cosa más, si no le importa.

—Sí, claro. Dime —le dice dándose la vuelta en el segundo escalón de la casa, antes de acceder a la entrada, donde están todos.

—¿Sabe si Federica se ha aficionado a preparar bizcochos de chocolate?

—¿Bizcochos? No, que va. Creo que ella nunca ha preparado un pastel en su vida —sonríe.

—¿A qué hora estuvo ayer en su casa?

—Pues… —medita—. Serían las nueve de la noche, justo cuando me fui al baile de la plaza con unas amigas del pueblo y la saludé cuando la vi asomada a la ventana.

—¿Fue la última vez que la vio ayer?

—Sí. De la plaza me fui a mi casa.

—¿Entró en la casa?

—Sí. Solo un momento, para preguntarle si iba todo bien.

—¿Se fijó si en la cocina había un bizcocho de chocolate sobre el mármol?

—No lo había —responde de inmediato.

—¿Está segura?

—Sí, porque dada la salud delicada de Federica, siempre que la visito lo último que hago, antes de irme, es revisar los fogones y el

horno. Ya sabes, por si se descuida y los deja encendidos.

—Entiendo. Gracias —se despide Gretel.

Mientras se aleja, siente en la nuca la mirada de los vecinos que están en la casa.

Domingo 31 de julio de 1960
Treinta años antes

Lo hermoso del desierto
es que en cualquier parte esconde un pozo.
El Principito

Casi todo el vecindario de Alerre se congrega frente a la conocida como casa de chocolate. En la calle, delante del seto que la protege, hay aparcado un Seat 1400 de color verde, desde donde se baja, con mucha dificultad, un guardia civil de paisano, que llega desde la comandancia de Huesca. En la puerta le espera Diego, el sereno; Verónica, su esposa; Alonso, el alcalde; Guillermo, el médico; y la niña que vive en esa casa. La mujer del sereno no le suelta la mano en ningún momento. El rostro de Gretel no puede ser más desolador. Sus ojos parece que estén idos y, pese a tener nueve años, sobresalen las ojeras de haber estado toda la noche en vela y de no haber parado de llorar. Es una niña delgada, bastante alta para su edad, con el pelo recogido en dos coletas y con una falda corta plisada de color azul claro. Enfrente, detrás de varios vecinos, que se han juntado en la calle, está Antonio, el barrendero, pasando una escoba de palma por la acera, mientras mira de reojo a las personas que hay frente a la casa de chocolate.

—Sargento Ortega —se presenta el guardia civil, sin dejar de ojear a su alrededor, sorprendido por la cantidad de gente que hay en medio de la calle y el murmullo que surge de la muchedumbre.

El alcalde, Alonso, un hombre de treinta y cinco años, con el pelo cano, peinado hacia atrás, y un bigote fino de color negro, vistiendo elegante, con una americana de color azul marino, echa un paso hacia adelante y le resume la situación al agente, cuyo rostro rasurado brilla de sudor.

—Desde ayer que no sabemos nada de la familia que habita esta casa —la señala con la barbilla—. A excepción de la hija menor, que es la única que sigue aquí y la que avisó de la desaparición tan extraña.

—¿Y no te han dicho si iban a algún sitio? —inquiere el guardia civil a la niña, mientras echa la vista detrás de ella, incómodo por la presencia de tantos curiosos.

—No —niega Gretel, basculando la cabeza de un lado hacia otro, mientras las dos coletas siguen el ritmo de su cabeceo—. Ayer comimos todos juntos, como cada día, y luego me fui a jugar con mis

amigas al parque. Nos bañamos en el estanque y, cuando regresé, ya no estaban. Teníamos previsto asistir al baile de las fiestas del pueblo y, si hubieran cambiado de planes, por lo que fuese, me lo habrían dicho. Ellos nunca se irían sin decírmelo. Nunca —repite.

—A ver, niña —insiste el guardia civil—. Piensa un poco, que a veces nos dicen las cosas y nosotros, yo el primero, asentimos sin escuchar. ¿No te dijeron si tenían previsto ir a algún sitio? Mira que lo mismo están en casa de unos parientes, pasando el fin de semana, y nosotros estamos aquí pensando que se los ha comido el lobo.

Verónica contempla al guardia civil con el rictus serio, piensa que ese comentario ha estado fuera de lugar, sobre todo teniendo en cuenta que la hija de la familia está delante. Aunque, quizá, se da cuenta enseguida, ese hombre no sabe quiénes son.

—Me acordaría —insiste Gretel— Y no, no me dijeron nada. Y nunca se habían ausentado durante tanto tiempo.

El guardia civil levanta la vista y observa la veleta con forma de bruja que hay en el tejado. Sonríe levemente, al recordar a la mujer de esa casa. Fueron varios agentes que, en su patrulla diaria por las pedanías de Huesca, comentaron lo curioso de que estuviera decorada como si fuese un cuento de hadas. No ocurre lo mismo con los vecinos del pueblo, ya que se han acostumbrado a las excentricidades de Esmirna. Todo Alerre conoce a la familia de Gretel y saben que su madre es una apasionada de los cuentos. Incluso un año antes, en 1959, presentó una propuesta en el ayuntamiento para cambiar el nombre de la calle donde vivían, como calle de los Hermanos Grimm. El alcalde la miró con expresión afable y le dijo que el gobernador jamás aceptaría que cambiaran el nombre de la calle por la de unos cuentistas que no tenían relevancia en la población.

—¿A qué hora saliste de casa? —sigue preguntando el guardia civil, cuya camisa de color morado se ha empapado en sudor. En ambas axilas hay unas manchas tan enormes que se juntan con la cintura.

—Salí de casa justo después de comer, sobre las tres de la tarde. Me fui a jugar con mis amigas al estanque del parque, hasta que regresé por la noche.

—¿Dónde estaba tu familia, cuando saliste?

Gretel medita la respuesta. Piensa muy bien dónde estaba cada uno de los miembros de su familia, cuando ella salió a la calle.

—Mi madre estaba en la cocina, lavando los platos. Mi abuelo creo que se echó en su cama, en la planta de arriba, a hacer la siesta. De lo que estoy segura es que estaba en la planta superior. Y mi hermano… No recuerdo dónde estaba mi hermano, pero seguramente habría salido, como yo, a jugar con sus amigos. No estoy segura —se disculpa.

Verónica le pasa la mano a Gretel por el pelo, limpiando su frente de sudor. Es una mujer menuda, casi de la misma altura que la niña, ataviada con un vestido floreado, cuya falda cubre hasta media pierna. Cuando habla, su voz es suave como si cuchicheara.

—Esmirna no estaba bien —interviene el médico, un hombre de unos cincuenta años, con el pelo cortado a media melena, vistiendo una camisa de color gris y unos pantalones de tergal del mismo color.

—¿Y usted es? —interroga el guardia civil.

—Soy el facultativo del pueblo. Tengo una consulta en la casa consistorial, donde atiendo a los vecinos que no pueden desplazarse hasta Huesca. Hace tiempo que conozco a Esmirna y… —se detiene mientras habla, ya que el alcalde le hace una señal con la cabeza, indicándole que la hija está delante.

—¿Han entrado en la casa, supongo? —interroga el guardia civil.

—Sí —asiente el sereno—. Entré ayer por la noche, en cuanto nos avisó la niña. Después, cada dos horas, me acerqué a ver si habían regresado. La última vez que estuve cerré la puerta al salir, con llave, y esta mañana, antes de avisar a la guardia civil, he vuelto a recorrer la casa, por si hubiera cambiado algo a lo largo de la noche. Pero sigue todo igual.

—Está bien —asiente el guardia civil, con expresión de fastidio—. Son las dos de la tarde, por lo que todavía no han pasado ni veinticuatro horas desde que han desaparecido. Vamos a hacer una cosa: si esta noche, sobre las nueve, todavía no han dado señales de vida, entonces vuelvan a llamar a la comandancia y abriremos una investigación —dice mirando al sereno—. Usted es una autoridad policial aquí, por lo que será el encargado de avisar si esta noche no han regresado.

—¿Desde cuándo hay que esperar veinticuatro horas para buscar a alguien que ha desaparecido? —interroga el alcalde, de malos modos. Su pelo canoso se ha encrespado a causa del sudor.

El guardia civil arruga la expresión de su cara, como si no le gustara la intervención de ese hombre. Seguidamente reparte su mirada entre todos, deteniéndose cuando llega a la niña.

—¿No será un juego? —murmura—. ¿Eh, niña? ¿No estaréis jugando con nosotros? Si es así, te he de decir que la ley os podrá castigar.

—¿Un juego? —interviene el sereno, elevando la voz—. ¿Qué clase de juego es ese?

—Bueno, bueno… —tranquiliza el guardia civil, introduciendo su mano gruesa en el cinturón, planchando la camisa. Al hacerlo deja a la vista la culata de la pistola, que lleva pegada a los riñones—. Por lo que tengo entendido, esa mujer, Esmirna, es una entusiasta de los cuentos, incluso quiso que esta calle se llamara como la de los

Hermanos Grimm. Eso, sumado a que no está bien de… Bueno, que quizá la desaparición de toda esta familia no sea ni más ni menos que un juego. Como el del escondite, pero con adultos. —Seguidamente observa al alcalde, al sereno, a su esposa, al médico y a la niña—. Ayer terminaron las fiestas y… ¿quién me dice a mí que esto no es una actividad más de las que organizan ustedes? Como traca final, sería imponente el que todo el pueblo participara en encontrar a una familia entera que se ha perdido. ¿No les parece?

Todos clavan los ojos en la figura gruesa del guardia civil, como si no dieran crédito a lo que acaba de sugerir. Pero el médico sospecha que quizá ese sargento no anda desencaminado. ¿Y si la desaparición de esa familia no es más que una broma de Esmirna? Se pregunta. Él la ha tratado y sabe de su delirio. Es una mujer obsesionada con los cuentos de hadas. Vive en un mundo que no es real y su trastorno delirante se agudiza con el tiempo, hasta niveles que le obligan a sugerir que la patología de Esmirna debe ser tratada por un especialista de Zaragoza o Pamplona, las ciudades próximas que disponen de un experto en la materia. Pero ella no quiere tratarse, porque ningún enfermo mental reconoce que lo es. Guillermo sabe que su trastorno deriva de una personalidad paranoide y, decirle que necesita ayuda, no ha hecho más que distanciarlo de esa mujer, cuyo único cobijo son los cuentos de hadas. Donde no existe la mentira, ni los celos, ni la falsedad, que solo se da en el mundo cotidiano, el que se vive a diario. El real. Y luego está su padre, Hipólito, que con cincuenta y cinco años ya está jubilado. Y todo el pueblo sabe que tiene una personalidad infantil y que le gustan los cuentos para niños.

—¡Por favor! —interviene el alcalde—. Nadie jugaría con esto. ¿Verdad? —pregunta dirigiéndose a Gretel, que asiste conmocionada a la conversación de esos hombres.

La chica explota en un llanto desconsolado.

—¡¿Dónde está mi familia?! —grita—. ¡Quiero que vuelvan! ¡Quiero que estén en casa, como siempre!

El sargento se pone nervioso. En quince años de profesión, jamás se le ha presentado un caso como este. Ha investigado desapariciones, pero de una sola persona, nunca de una familia al completo. Como esta donde han desaparecido todos, a excepción de esa niña, que está allí, de pie, inquieta, llorando, asustada.

—Pasaré un comunicado a todas las patrullas que tengamos por la zona, con la descripción de los miembros de la familia, por si alguien los ve —acepta finalmente—. Al ser un hecho reciente, supongo que no estarán muy lejos. Eso suponiendo que se hayan ido juntos. Porque si, como me temo, lo han hecho por separado, será difícil localizarlos.

—¿Lejos? —pregunta el sereno, con aspecto enervado—. Habla usted como si la desaparición fuese voluntaria. ¿Qué familia se

marcha dejando a una hija sola y sin decirle adónde han ido?

—A mí no me apriete —protesta el sargento—. Estoy aquí porque me han llamado y mi interés es el de ayudar. No avance acontecimientos, porque todavía no sabemos si los han secuestrado. ¿Es familia adinerada? —interroga.

El alcalde sonríe por debajo del bigote fino que le perfila el labio.

—En Alerre no hay grandes fortunas, si es eso lo que pregunta. Solo tiene que mirar las casas que hay alrededor, para darse cuenta de que no son palacios. Esta es una familia de trabajadores, que se esfuerzan a diario para traer un plato a la mesa. No creo que exista nadie en el mundo capaz de secuestrarlos por un dinero que nunca conseguirían.

—Entonces solo queda la venganza —sugiere el sargento—. ¿Tenéis enemigos? —le pregunta a Gretel, que retoma el llanto con más fuerza.

—¡Ya está bien! —clama Verónica, con los ojos inyectados en sangre—. Esto es culpa tuya —le dice al alcalde, que se desplaza un par de metros hacia su izquierda, para cobijarse bajo la escasa sombra que aporta el tronco reseco de un orón.

—Ahora no —interviene el sereno, mientras le toca con dulzura el antebrazo—. Ahora no es el momento de sacar estas cosas.

—¿Qué cosas? —se interesa el sargento de la Benemérita.

—Lo mejor es que nos centremos y no saquemos esto de madre —media el alcalde—. Hasta ahora, lo único que sabemos es que han desaparecido tres personas: una madre, un adolescente y un hombre. No es el momento de buscar culpables de algo que no ha ocurrido, ni de avanzar hechos que todavía no sabemos si son ciertos o no.

—Está bien. Está bien —tranquiliza el sargento, balanceando la mano a la altura de su cintura—. Si no están aquí, ¿dónde pueden estar? —Los presentes se encogen de hombros, ya que nadie puede dar una respuesta correcta—. ¿Tienen una segunda vivienda? ¿Otra casa? ¿Un apartamento en la playa? ¡Niña, contesta!

Gretel niega con la cabeza.

—Esta es nuestra única casa.

—¿Algún familiar cerca? Al que podamos llamar por teléfono, para saber si están allí.

—No —responde Gretel—. Y si alguna vez vamos a algún sitio, como a Zaragoza, a comprar, lo hacemos juntos.

—Esto es muy extraño —sostiene el sargento—. En mi vida había visto nada igual.

—Los alemanes —asegura Verónica—. Han sido ellos.

14. Los alemanes

¿A qué se debe que haya sangre en esta llave?
Barba Azul

—Ha sido culpa de los alemanes —eleva la voz la mujer del sereno, mientras mira hacia atrás, buscando el apoyo de alguno de los vecinos que se han congregado a su espalda. No quiere quedarse sola en esa acusación.

—¿De qué alemanes habla? —se interesa el guardia civil, rebuscando en el bolsillo de su camisa un cigarrillo.

—De los alemanes que viven en la casa abandonada que hay antes de la vía del tren —responde Verónica, mientras señala hacia su derecha—. ¿Sabe a qué casa me refiero?

El agente saca un cigarrillo húmedo y arrugado del bolsillo de la camisa y lo clava de inmediato en sus labios resecos. Lo enciende con una cerilla que rasca en el lateral de una caja pequeña, que extrae del bolsillo de su pantalón.

—¿Se refiere al matrimonio ese que parecen dos sacos de huesos? —pregunta, aludiendo a su delgadez.

—No sabía que fueran matrimonio —replica Verónica—. Pero sí, me refiero a esos dos extranjeros que se han instalado en la casa que hay antes de la vía. Son los únicos que no son de aquí, de Alerre, y no sabemos si son capaces de asesinar a una familia. Es sabido que el aumento de extranjeros en las poblaciones dispara la delincuencia.

Justo Verónica pronuncia la palabra asesinar, que se oye un fuerte murmullo entre los vecinos que están en la calle.

—¿Quién habla de asesinato? —inquiere el sargento de la guardia civil—. ¿Por qué cree que los han asesinado? Hasta ahora, solo tenemos constancia de la desaparición de tres miembros de la misma familia. Además, si los hubieran asesinado, ¿dónde estarían los cuerpos? —reflexiona en voz alta.

Verónica deposita un beso, que casi es un suspiro, en la frente de Gretel. Como si quisiera pedirle disculpas por lo que acaba de decir. La niña sacude la cabeza, como si fuese una muñeca de trapo. Está aturdida y apenada por la desaparición de su familia, y esos vecinos pierden el tiempo hablando, sin aportar ninguna respuesta.

—Discúlpenos, sargento —habla el sereno—. Estamos muy nerviosos con todo esto y mi mujer no sabe lo que dice. Llevamos desde ayer a medianoche preguntándonos dónde han podido ir Esmirna, su hijo y su padre, y nos estamos dejando llevar por la desesperación.

Verónica lo mira con incertidumbre, como si no estuviera

conforme con las palabras de su marido. Es precisamente, en esos momentos, cuando más apoyo requiere de él. Por su comentario, parece como si no se debiera tener en cuenta su acusación hacia los alemanes.

—No sé si los han asesinado o los han secuestrado, pero lo que sí sé es que los alemanes son los que tienen la culpa —insiste Verónica —. Hasta que esos no aparecieron por el pueblo, nunca habíamos tenido ningún problema. Usted tiene experiencia, sargento —le dice dirigiéndose a él—. Dígame, y con sinceridad, ¿cuántas desapariciones como esta ha visto hasta la fecha?

—La verdad es que es de las más extrañas que he visto nunca — avala la hipótesis de Verónica—. Generalmente desaparecen adolescentes, cuando discuten con su familia. U hombres que quieren desaparecer, por deudas. O mujeres que se fugan con sus amantes. Pero jamás he tenido que lidiar con una triple desaparición.

—Lo que yo le diga, sargento —insiste de forma enfermiza la mujer del sereno—. Han sido los alemanes.

—¿Qué tienen que ver esos dos con la desaparición de esta familia? —cuestiona el sargento—. ¿Hay algo que deba saber?

—Esos no han venido aquí buscando prosperidad —comienza a decir Verónica—. Han venido huyendo. Y el que huye es por algo. — Seguidamente se dirige al alcalde, que sigue protegido bajo la sombra del árbol—. ¡Cuéntale al sargento cuando Esmirna te pidió que echaras a los alemanes del pueblo! Si le hubieras hecho caso entonces, esto no habría pasado.

—¿Por qué quería que los alemanes se fueran? —le pregunta el guardia civil al alcalde.

Los demás clavan su mirada en Alonso, esperando su respuesta.

—Todos estamos muy nerviosos —balbucea el alcalde—. Es mejor que nos vayamos a nuestras casas y, antes de que nos demos cuenta, regresará la familia.

—Ya lo cuento yo —clama Verónica, ante la pasividad de Alonso —. Esmirna me contó que estuvo hablando con el alcalde —lo señala con el dedo índice de su mano derecha—, para pedirle que echara de la comarca a los alemanes, que se habían instalado en la casa abandonada que hay antes de llegar a la vía del tren. Eran una pareja de unos cuarenta años, de aspecto asustadizo, que llegaron el año pasado y ocuparon la antigua casa donde en tiempos se refugió el vigilante del paso a nivel con barrera, antes de que lo automatizaran. —El sargento asiente, ya que esa parte de la historia la conoce—. Algunos zagales del pueblo confraternizaron con esos extranjeros, entre ellos Hansel, al que le gustaba acercarse hasta la casa. Esmirna le insistió a su hijo para que no fuese, porque desconfiaba de los alemanes. Los había visto paseando por los caminos que rodean

Alerre, a bordo de sus bicicletas, y no le gustaban —insiste—. Por eso no quería que su hijo se juntara con ellos. ¿No lo ven? Esmirna presentía que la presencia de esa gente no traería nada bueno al pueblo. Y ahora que ellos se han ido, también ha desaparecido la familia de Gretel. —La mira con dulzura.

—No es el momento —insiste el sereno, cogiendo a su mujer del brazo y arrastrándola hacia el centro de la calle, alejándola de la casa.

—Escuche, señora —se dirige a ella el sargento, armado de paciencia—. Imagino por lo que están pasando, pero me gustaría que me dijese de una vez por todas por qué la mujer de la casa quería echar a los alemanes del pueblo.

—¡Vaya allí! —grita Verónica—. Tienen armas, con las que dejan disparar a los chicos. Y bebida. Y drogas.

—Aquí no hay ninguna señal de violencia —insiste el guardia civil —. Lo que significa que la familia no salió de la casa a la fuerza —concreta—. Créame, señora, he investigado muchos delitos, y sé distinguir cuando ha habido violencia. No hay desorden, ni rastro de sangre, ni pruebas de forcejeo. Nadie se lleva a una mujer, a un hombre de cincuenta y cinco años y a un adolescente, sin dejar vestigios de lo ocurrido. Si no están es porque se han ido ellos. Y lo que tenemos que saber es adónde han ido, con quién, por qué no han dejado ninguna nota y por qué no se han llevado a la niña.

—¿Y los alemanes? —insiste la mujer del sereno.

—¡Y dale con los alemanes! A esos alemanes ya los hemos investigado, no vaya a pensar usted que no sabemos hacer nuestro trabajo. Las armas a las que se refiere son dos escopetas de balines, y una de ellas no funciona. No negaré que quizá los críos hayan disparado con ellas, para divertirse, pero no supone ningún peligro. De lo otro, de la bebida o las drogas, no tenemos constancia. Son dos desarrapados que huyen de lo que huyen, de la postguerra. ¿O acaso no sabe usted lo que pasó en Alemania hace pocos años? Una patrulla anduvo por ahí hace unos días y los identificó. También registró la casa, previa autorización de los moradores, que no se opusieron. Y si me pregunta por qué no los hemos echado, le diré que esa casa es propiedad de la Red Nacional de Ferrocarriles y, mientras no interpongan una denuncia por usurpación, no los podemos echar. En cualquier caso, y si le sirve para su tranquilidad, sepa que ahora no están. Lo hemos comprobado. Ande, llévese a la niña de aquí, y deje que la guardia civil trabaje.

—¡No están porque saben lo que ha pasado! —grita Verónica, ante la expresión de preocupación de su marido.

—¡Márchense, por favor! Regresen a sus casas y dejen que la guardia civil haga su trabajo. Verán cómo, antes de que se den cuenta, la familia volverá.

El sereno, Verónica y Gretel se alejan de la casa de chocolate, dirección a la zona de la piscina municipal, donde residen. Dejan allí al sargento, al alcalde y al médico.

—¿Quién de ustedes vio ayer a algún miembro de la familia? —pregunta el guardia civil, gritando.

—Ayer por la mañana vi a Esmirna, cuando venía de comprar el pan —dice un hombre de unos cincuenta años, que viste con una bata de andar por casa.

—¿Y usted es? —interroga el sargento.

—Me llamo Joaquín. Vivo en aquella casa de allí —la señala con la mano derecha.

—Ellos nunca se irían sin su niña —habla una mujer que sale de su espalda.

—No te metas —reprocha su marido, mientras le hace un gesto con la mano para que se vaya dentro.

—¿Quién de ustedes fue el último en ver a alguien de esta casa? —repite gritando el guardia civil, al grupo de personas que se arremolinan frente a él.

—Yo vi al chico —habla una mujer de unos cincuenta años, vistiendo completamente de negro, que surge de la parte de atrás. Los demás se hacen a un lado para que ella pueda llegar hasta donde está él—. No serían ni las cuatro de la tarde, cuando lo vi salir de la casa, corriendo.

—¿Corriendo? —inquiere el guardia civil, mostrando interés en el testimonio de esa mujer.

—Abrió la puerta de un empujón y salió despavorido.

—¿Iba con alguien?

—Estaba solo. Lo vi de refilón, cuando me dirigía a la fuente de la plaza, con una garrafa de agua en la mano.

—¿Alguien vio a algún miembro de la familia después de las cuatro de la tarde de ayer? —pregunta el guardia civil, gritando para que todos lo oigan.

—Perdone, sargento —asoma la cabeza un hombre de unos treinta años, por la parte de atrás del grupo de vecinos que se apelotonan frente a la puerta de la casa de chocolate.

El guardia civil observa, por su vestimenta, que es el barrendero. Lo conoce, ya que no es la primera vez que lo ve. Vive en Chimillas y trabaja en Alerre. Lleva ahí, detrás de la multitud, desde que el sargento aparcó el coche en la calle.

—¡Dígame! —lo anima a hablar, ya que sabe que es una persona tímida.

—Yo he visto a alguien en las inmediaciones de la casa, alrededor de las seis de la tarde —profiere, con la voz tan baja que cuesta entenderlo.

15. Una sombra

De repente escuchó de nuevo el sonido
de los huesos crujiendo.
El lobo gris

—¡Acérquese hasta aquí! —le indica el sargento, moviendo su mano derecha.

Un grupo de vecinos hacen un pasillo para que el barrendero pueda acercarse hasta donde está él. El hombre se aproxima, con la cabeza agachada, como si tuviera miedo. Su rostro muestra preocupación, cuando llega hasta donde está el sargento.

—No sé muy bien qué es lo que vi —balbucea—. Pero pasó por la calle, pegado a la fachada.

—¿Alguien cubriéndose del aplastante sol que tenemos estos días? —interroga el sargento.

—No sabría decirle.

—Hable, buen hombre. ¿A quién vio?

—Vi a alguien que se deslizaba por la pared hacia la casa.

El alcalde mira de reojo al sargento y espera a que este se dé cuenta de que lo está observando para llevarse, con disimulo, una mano a la cabeza y apoya el dedo índice en su sien. Ortega, al verlo, comprende que ese barrendero no está bien de la chaveta.

—Sí, pero… ¿de quién se trataba? ¿No pudo verle el rostro?

—No lo vi bien. Ya le digo que era como una sombra.

—¡Está bien! —clama el guardia civil, palmoteando sus manos con sonoridad—. Aquí ya no hay nada que ver. ¡Márchense a sus casas!

El sargento enciende un cigarrillo, mientras la gente, poco a poco, comienza a abandonar la calle. Se alejan en corrillos de dos o tres personas, mientras conversan sobre lo sucedido.

—¿Quién de ustedes me puede hablar de la familia? —pregunta, cuando la práctica totalidad de los vecinos se han ido.

—El abuelo se llama Hipólito. Cincuenta y cinco años. Vive con ellos desde hace un par de años, aproximadamente. La mujer se quedó viuda y él se mudó aquí, ya que también es viudo.

—¿Abuelo? —inquiere el sargento.

—Bueno, es un decir —se excusa el alcalde—. Decimos que es un abuelo porque es el abuelo de los niños. Pero tiene razón, con esa edad todavía no lo es. Esmirna tiene treinta y cinco años —sigue explicando—. Se dedica al cuidado del hogar y a sus dos hijos: Gretel, de nueve años, y Hansel, de quince.

El guardia civil no puede reprimir un gesto de sorpresa.

—¿Bromea?

—No. No bromeo. Esmirna es tan fanática de los cuentos de hadas que les puso esos nombres a sus hijos y vive en una casa…

—Ya lo he visto —interrumpe el guardia civil—. Una casa de color chocolate. Cuando me dijeron que sus hijos se llamaban Hansel y Gretel, creí que era un mote, nunca que fuese el nombre de verdad. Ya había visto esta casa, alguna vez que pasé por aquí con la patrulla, y me sorprendió la veleta en forma de bruja, el color y el hecho de que fuese de madera. En una población rural, rodeada de campo, no es un material aconsejable.

—Ya le dije —interviene el médico, aprovechando que tanto Gretel, como el sereno y su esposa se han ido—, que la mujer es una desequilibrada. No paró hasta que convenció a su marido para que pintara la casa de ese color —sonríe—. Hipólito vive con ellos desde hace un par de años, cuando enviudó Esmirna. El hombre se trasladó desde Zaragoza y le arreglaron una habitación en la planta de arriba, cerca de la del niño. También es un poco especial.

—¿Especial en qué sentido?

—Bueno, como sabrá soy el médico y tengo que tratar a todos los habitantes de aquí. Principalmente si son niños o personas mayores. Hipólito es, pese a tener cincuenta y cinco años, bastante infantil.

El alcalde hace un gesto de desaprobación. No le gusta que el médico hable así de uno de los desaparecidos. Quizá el sargento se lleve una impresión distorsionada de la familia de la casa de chocolate.

—Explíquese —conmina el sargento, al creer que cualquier cosa que le puedan contar será interesante para investigar la desaparición de la familia.

—Este invierno, sobre el mes de febrero, el hombre cogió una gripe de caballo y no podía siquiera salir de casa, por lo que lo visité en su domicilio. Recuerdo que dormía en la planta de arriba, al lado de un baño pequeño, y tenía una fiebre muy alta. Cuando entré era por la tarde y él estaba sentado en la cama, leyendo un tebeo.

—¿Y? —anima el sargento a que siga explicándose, al ver que se ha silenciado.

—Era un ejemplar de la revista Pulgarcito.

—La conozco, yo mismo he leído alguna de sus historietas —interrumpe el agente.

—Pero la historieta que estaba leyendo el padre de Esmirna se titulaba Mortadelo y Filemón, agencia de información. Son unos personajes nuevos que parodian a unos investigadores y uno de ellos tiene la capacidad de disfrazarse de lo que quiera. Le cuento esto porque Hipólito se reía tanto que me interesé en qué era tan divertido. Y entonces, el hombre, que estaba casi a cuarenta de fiebre, me señaló una viñeta donde se veía a uno de los personajes disfrazado de

pingüino, camuflado con otros pingüinos, para que no lo reconocieran.

El sargento cabecea con nerviosismo, quiere evitar algo muy característico en las poblaciones pequeñas, cuando se inicia una investigación, y es que los vecinos aprovechan para entorpecer con chascarrillos que no son importantes para lo que se investiga.

—¿Qué hay de especial en eso que me está contando? —requiere de malos modos.

—Solo quería destacar que la familia desaparecida no es una familia normal —responde el alcalde—. La madre está como una cabra. —Seguidamente mira al alcalde—. Alguien tenía que decirlo —se justifica—. El abuelo es como un niño, con la misma mentalidad. Y el hijo mayor, Hansel, con solo quince años ya es una pieza de cuidado. No va desencaminada la mujer del sereno cuando culpa a los alemanes, porque al zagal le gusta el peligro y se pasaba los días en casa de esos extranjeros. De ahí la preocupación de Esmirna.

—Está bien —acepta las explicaciones del médico—. Cualquier cosa que me digan será importante para esclarecer lo sucedido. ¿Quién tiene llave de la casa?

—Yo tengo una copia —responde el alcalde—. ¿Quiere entrar?

—Echaré un vistazo, por si se nos ha escapado algo.

—Yo me tengo que ir a Huesca —comenta el médico—. Hace rato que tenía que estar en el ambulatorio.

—Yo me quedo —dice el alcalde—. Los asuntos del pueblo son asuntos míos.

El sargento de la guardia civil, acompañado por el alcalde, abre la puerta de la casa con la copia de la llave. Es la única casa de madera que hay en Alerre y su construcción, según recuerda el alcalde, no estuvo carente de controversia. Esmirna y Tomás tuvieron que litigar con la administración municipal para edificar una casa sobre una cimentación anterior, entre dos casas de piedra, que en cierta forma hacían de sustento. Para su construcción se utilizó como madera principal la de abeto, procedente de explotaciones forestales de países nórdicos. También se usó castaño, roble y pino. La fachada está construida en modo entramado pesado, con listones pequeños clavados en cantos rectos.

—Me esperaba otra cosa —comenta el sargento, cuando los dos están centrados en medio del salón.

—¿Mejor? —interroga el alcalde.

—No, al contrario. Me esperaba algo peor. No tan lujoso, ni tan bien acabado.

—La casa la construyeron sin planos, sobre la marcha —anota el alcalde—. Fue una cabezonería de Esmirna y, uno por otro, nadie se lo impidió. Los cimientos son los de la casa de piedra que había anteriormente, que no estaba mal, pero… Bueno, esa mujer, como ya

le he dicho, era muy especial.

El sargento lo mira de reojo.

—¿Por qué habla como si ya no estuviera?

—Porque no está —responde con una mueca horrible, que le desfigura la cara.

—Usted ya me entiende, alcalde. Me refiero a que habla como si esa mujer hubiera muerto.

—Es una forma de hablar, sargento. No sea usted tan inquisidor.

—¿Cuántos metros tiene? Habitables, quiero decir.

—Si no recuerdo mal, unos 110 metros cuadrados entre ambas plantas.

El sargento peina con su vista la planta baja. Hay una cocina, dos dormitorios, un baño y un salón comedor. Todo está en orden a excepción de la cocina, donde hay media barra de pan sobre el mármol y un cuchillo a su lado. Recuerda que la niña le dijo que se preparó un bocadillo la noche del sábado, viendo la tardanza de su familia.

—Subamos —le indica al alcalde.

Los dos ascienden por una escalera de caracol, cuyo hueco es muy estrecho. El sargento tiene que hacer filigranas para subir, ya que su cuerpo roza entre la barandilla y la pared. La planta superior dispone de dos dormitorios y un baño.

—Abajo duermen la madre y la niña —comenta el alcalde—. Y aquí lo hacen el abuelo y el zagal.

—Es extraño —dice el sargento—. En apariencia, no está la puerta forzada y no hay señales de violencia. Es como si todos los habitantes de la casa hubieran salido a dar un paseo, por el caluroso verano de finales de julio y, de un momento a otro, regresaran. Tengo la sensación de que, si nos sentamos abajo, en el salón, en cualquier momento aparecerán por la puerta.

Lunes 30 de julio de 1990
Treinta años después

Siempre deja que tu conciencia sea tu guía.
Pinocho

Sobre la mesa del despacho, que habilitaron para Gretel en la comisaría de Huesca, están las fotos en blanco y negro de policía científica, donde se puede apreciar el cuerpo de Araceli. La inspectora se queda ensimismada, peinando la mirada por encima de las imágenes. Los reportajes policiales son útiles para las investigaciones y para el forense o el juez, pero en ningún caso pueden mostrarse a los familiares de los fallecidos. Mientras observa las fotografías, a su mente aflora el recuerdo de uno de los cuentos que su madre le contaba a menudo, cuando ella tenía ocho años, un año antes de que desaparecieran todos. Esmirna se sentaba en la cama, a su lado, en la planta inferior de la casa de chocolate, y apoyaba su mano izquierda en el lateral de la almohada, mientras que con la derecha acariciaba su pelo largo y liso. Cerca del bosque vivía un leñador con su segunda mujer y dos hijos del primer matrimonio: un niño llamado Hansel y una niña, Gretel. Eran tan pobres que apenas tenían qué comer. La madrastra convenció al padre para que abandonara a los niños en el bosque, ya que no podían alimentarlos. Hansel se enteró, porque la escuchó por la noche, fingiendo que dormía, y entonces salió de la casa y buscó piedras con las que se llenó los bolsillos. Cuando el padre los condujo por el bosque, Hansel fue soltando las piedras y, gracias al rastro, pudieron regresar a la casa. La madrastra, sorprendida, le dijo al padre que la próxima vez se llevara a los niños más lejos, para que no pudieran volver. Hansel quiso, al igual que la vez anterior, proveerse de piedras nuevamente. Pero en esa segunda ocasión no pudo, porque la madrastra cerró la puerta con llave. Cuando el padre los acompañó por el bosque, Hansel marcó el camino tirando migas de pan. Esta vez no pudieron regresar, porque los pájaros se las habían comido. Estuvieron dos días perdidos en el bosque, hasta que llegaron a una casita hecha de pan, jengibre, chocolate, caramelos, pastel y azúcar. Los niños tenían tanta hambre que comenzaron a comer, sin saber que esa casita era la trampa de una bruja que encerró al niño en un establo y a la niña la cogió como criada. Todos los días, la bruja hacía que Hansel le enseñara el dedo a través de unos barrotes, para comprobar cuánto se había engordado. Pero el niño, en vez de enseñarle el dedo, la engañaba mostrando un hueso que había cogido

del suelo. Un día, la bruja, harta de esperar, decidió comerse a Hansel y mandó a Gretel que comprobara si el horno estaba listo para cocinar. La niña, al percatarse de lo que la bruja quería hacer, la empujó y la metió a ella en el horno, cerrando la puerta. Después de la muerte de la malvada bruja, los niños cogieron de la casa las perlas y piedras preciosas y huyeron para reencontrarse con su padre. Cuando llegaron a su casa, supieron que la madrastra había muerto y, desde ese día, la familia ya no sufrió más hambre, gracias a las joyas que le robaron a la bruja.

Sobre el recuerdo de Gretel planea el olor a madera que aturdía toda la casa. Había visto a su madre, después de que falleciera su padre, barnizar los tablones resecos tanto del interior como del exterior, para potenciar el aroma a bosque. Esmirna vivía los cuentos como si esa fuera la única realidad existente.

—Ya tengo el reportaje de policía científica —le dice el subinspector, abstrayéndola de sus pensamientos.

Gretel se había quedado con los ojos cerrados, como si estuviera durmiendo. Y los abre, al escuchar la voz de Abel, mostrando confusión en la mirada.

—¡Qué rápido!

—¿Te he despertado? —interroga, esbozando una sonrisa.

—Algo así —acepta la inspectora—. Estaba pensando.

—El jefe no duerme, piensa.

—¿Qué?

—Nada, una broma de un familiar. Tenía frases ingeniosas para cualquier circunstancia y decía que los jefes no duermen, meditan.

—Creo que te lo pregunté el domingo —le dice la inspectora—, pero no recuerdo tu respuesta: ¿Tú eras el más gracioso de tu promoción?

El subinspector se incomoda, porque no quiere llevarse mal con su nueva jefa. Comprende que tendrá que apaciguar sus toques de humor que, según ha podido comprobar, no le gustan a Gretel.

—Perdona. Solo pretendía relajar el ambiente.

—El ambiente, como dices, se relaja en una cervecería, tomando unas jarras. Aquí el ambiente es de trabajo. Y en eso estamos. Parece que hayas olvidado que el sábado por la noche asesinaron a una muchacha de catorce años y le llenaron el estómago de piedras.

—*Sorry* —acepta Abel, balanceando la cabeza.

Seguidamente deja sobre la mesa, donde está Gretel, una carpeta de color blanco, con el logotipo del Cuerpo Nacional de Policía en la parte frontal.

—¿Han analizado las migas de pan? —inquiere la inspectora, para sorpresa del subinspector.

El domingo por la tarde, cuando se despidieron, quedaron que el

subinspector se encargaría de recoger el informe de policía científica. Ambos sabían que se darían prisa en confeccionarlo, porque el miércoles sería uno de agosto y la gran mayoría de policías iniciaban sus vacaciones.

—¿Lo preguntas en serio?

—¿Tengo cara de estar bromeando? —El rostro de Gretel le indica que no.

—Pues científica me ha dicho que no han podido sacar huellas. —El subinspector trata de ser gracioso otra vez.

—¿Cuánto tiempo llevaban las migas ahí? —pregunta la inspectora, ajena al comentario del subinspector.

Abel tose levemente para aclararse la garganta.

—Me han dicho que es posible, no pueden asegurarlo, que alguien las hubiera puesto allí cuando murió la chica. Porque, al ser migas de pan, si llevaran mucho tiempo se habrían secado. Y, por lo visto, estas aún estaban blandas.

Gretel muestra una sonrisa de complacencia, como si su teoría hubiera quedado demostrada.

—Ergo, las puso el asesino.

—Vale, vale —acepta el subinspector—. No quería darte la razón, pero no me queda más remedio que claudicar. Toma —alarga la mano, entregándole el sobre con el informe de policía científica. Abel prefiere no discutir sobre las migas de pan, a las que no les da ninguna importancia.

Gretel le arrebata el informe de su mano y lo abre delante de él, sin ningún tipo de cuidado. El informe consta de cinco folios. Los pasa de forma apresurada, hasta que llega a la tercera página, donde menciona las migas de pan. El gabinete de científica determina que fueron dejadas en la estantería la noche del sábado, coincidiendo en tiempo y lugar con la muerte de Araceli. Hay unas líneas que profundizan en el análisis de la textura, la composición y la dureza, lo que los lleva a concretar la antigüedad desde que salieron del horno, ya que las migas no eran de pan congelado, sino que pertenecían a una barra de pan artesano.

—¿Cuántas panaderías hay en Alerre? —pregunta la inspectora, sin soltar los folios que sigue apresando en la mano.

El subinspector la mira con expresión forzada, como si no supiera si tenía que sonreír o endurecer el rictus.

—Creo que ninguna, pero no estoy seguro. Pero en Chimillas sí que hay una. Lo sé porque un compañero del turno de seguridad ciudadana celebró hace un par de semanas su cumpleaños y trajo un pastel que, según comentó, lo compró en una pastelería de allí.

—Chimillas está al lado de Alerre —cuchichea Gretel—. ¿Una, seguro?

—Sí. La tienes que conocer, porque me han dicho que es muy antigua, por lo que ya estaría cuando tú vivías en Alerre. Está enfrente de la iglesia.

La inspectora recuerda que esa pastelería la había visitado varias veces cuando era una niña, en compañía de su padre, cuando vivía. Y, más tarde, con su hermano, cuando ella tenía siete años y Hansel trece. Seguramente los dueños serían los hijos de los propietarios que había cuando ella estuvo en Alerre.

—Pide un listado de clientes —ordena Gretel—. Y comprueba cuántos de esos clientes son de Alerre y Chimillas. Y cuántos de fuera. Seguramente no necesitarás orden judicial, porque a estos establecimientos pequeños les gusta colaborar con la policía.

—Es más que probable que ni siquiera exista ese listado —contradice el subinspector—. Piensa que, en estos negocios pequeños, de poblaciones pequeñas, no llevan las cuentas como en una gran empresa y cobran en efectivo, y sin emitir factura. Ese listado lo harían, en caso de hacerlo, de memoria. Y no estará completo, porque se dejarán a muchos clientes sin incluir. Y ya no hablemos de los que no sean fijos, como personas de otras poblaciones, incluso de Huesca, que compren allí de uvas a peras.

—Me es igual —insiste la inspectora—. Pide el listado y, cuando lo tengas, ya veremos lo que hacemos con él.

—Escucha, Gretel —interrumpe el subinspector—. No seré yo quien cuestione tus métodos de investigación, pero te estás centrando en unas migas de pan que quizá eran de la chica o de la abuela. ¿Cómo sabes que no fue Araceli o Federica las que las dejaron allí el sábado a lo largo del día?

—¿Cómo deja Araceli las migas en la estantería? —inquiere, abanicándose con los folios que sostiene en su mano derecha.

—¡Joder, no sé! La cría regresa a casa cuando la abuela duerme. Es tarde y se mete en la cocina y se prepara un bocadillo. —En la memoria de Gretel salta el recuerdo del bocadillo de atún que se preparó ella la noche que desapareció su familia—. Cuando sube a la habitación, lleva el bocadillo en la mano o está a punto de acabarlo. Unas migas caen en la escalera y la abuela las ve a la mañana siguiente, las recoge, y las deja en la estantería.

—¿Has visto la casa? —le pregunta Gretel.

—Sí, la vi ayer contigo. ¿No te acuerdas?

—Pero… ¿la viste bien?

—¿Qué tengo que ver, Gretel?

—Esa casa está limpia como una patena y no hay nada fuera de lugar. Esa mujer, Federica, limpiaba, aunque no hubiera suciedad. Es imposible que, en el caso de encontrar migas de pan en el suelo, las hubiera recogido para dejarlas en la estantería. Y voy más allá, es del

todo inviable que esa mujer, con más de ochenta años, vea las migas en el suelo. No, Abel, las dejó ahí el asesino. Y en ese caso tenemos un hilo del que tirar.

—Vamos a ver, Gretel. Y de verdad, que no quiero ser el subinspector plasta que le pone pegas a todo, pero sigo pensando que las migas no tienen ninguna importancia y que no debemos perder el tiempo con eso. Ni siquiera deberíamos estar hablando de ellas. Estamos perdiendo un tiempo precioso en unas putas migas de pan —eleva la voz con la última frase.

La inspectora no tiene respuesta. O no tiene una respuesta que le pueda dar a su colega. Pero está convencida de que las migas son del asesino, y se mantiene en sus trece.

—Haz lo que te digo y luego ya discutiremos si son una pista o no.

—Vale —acepta el subinspector, tratando de pasar página y cambiar de tercio—. Se la cargaron estrangulándola. Murió por asfixia. Estamos hablando de un varón, fuerte físicamente, y con experiencia.

Gretel busca el folio del reportaje de científica donde hace referencia al modo en que murió la víctima, pero no indica nada, ya que ese informe le corresponde al forense, y todavía no lo ha recibido.

—¿Por qué dices que murió por asfixia?

—Por las marcas del cuello.

—¿Y por qué no murió envenenada?

Abel se encoge de hombros.

—Está bien, quizá me he precipitado.

—Has dicho que el asesino tiene experiencia. ¿Experiencia en qué? —consulta Gretel.

—En estrangular —responde el subinspector—. Porque Araceli no debió tardar mucho en morir. Fue una muerte rápida. Y, aunque la hubiera envenenado antes, como indicas, las marcas en el cuello son evidentes.

—No estoy de acuerdo, respecto a la experiencia —contraviene la inspectora—. Para estrangular a alguien indefenso no hace falta ser un sicario experimentado.

—¿Por qué lo dices?

—Solo pretendo ampliar el abanico de sospechosos. Si hiciera caso a tus conjeturas —se queja la inspectora—, buscaríamos a hombres jóvenes, fuertes y con antecedentes penales. Y, hasta que no hagamos una criba como Dios manda, cualquiera es susceptible de haber asesinado a la chica. Cualquiera —repite más despacio—. Otra cosa que tenemos que hacer es hablar con la abuela.

—Esa mujer no sabe ni dónde tiene la mano derecha —contradice el subinspector—. He hablado con el alcalde y me ha dicho que la mujer chochea. Es posible que incluso tenga algo de Alzheimer. Su

declaración no es fiable. Si nos dice que no recogió migas de pan del suelo, seguramente es que sí las recogió y las dejó en la estantería.

Gretel deja el puñado de folios de científica sobre la mesa. Y coge un bolígrafo con la mano derecha, como si se dispusiera a anotar algo.

—¿Has hablado con el alcalde?

—Sí —balbucea el subinspector.

—¿Cuándo has hablado con él?

—Lo he llamado esta mañana, mientras esperaba los resultados de policía científica. Le he llamado al ayuntamiento de Alerre y, casualmente, estaba allí y me han pasado con él.

Gretel arruga los labios, no puede evitar que se le note que está enfadada.

—No recuerdo que hubiéramos comentado lo de llamar al alcalde. Y tampoco recuerdo que me lo hubieras preguntado —censura.

Abel, que ha estado de pie todo el rato, aparta la única silla que hay frente a la mesa donde está la inspectora y se sienta delante de ella. Con su mano derecha centra en la esquina un cenicero vacío de cristal, que hay al lado de un lapicero. Seguidamente se incorpora hacia delante, para acortar distancia con Gretel.

—Si crees que no voy a ser útil, lo mejor es que solicites al comisario un cambio de compañero. Llevo en la policía desde los veintinueve años. A los treinta y dos ascendí a oficial. A los treinta y cinco a subinspector. Y en estos siete años de experiencia, como mando intermedio, he trabajado en muchas y variadas investigaciones de policía judicial. Puedes mirar mi expediente, si quieres más detalles. Estoy convencido que entre los dos podemos sumar, en vez de, como parece, restar. Si, como creo que sugieres, cada paso que tengo que dar te tengo que consultar, no avanzaremos mucho. Bueno, no solo no avanzaremos, sino que nos entorpeceremos. Estaremos todo el tiempo haciéndonos la zancadilla. He llamado al alcalde, porque es el que más sabe de los vecinos de Alerre. Y me ha parecido importante conocer a la abuela, porque la parte gruesa de la investigación se basará en su declaración. Tiene 81 años y chochea, como te he dicho antes. Lo que significa que, cualquier cosa que nos diga, habrá que ponerla en entredicho. Y, en una investigación como esta, no podemos fiarnos de datos confusos. Es un clásico de los interrogatorios, discriminar qué declaraciones aportan algo y cuáles no aportan nada. Ella fue la última en ver a la chica con vida y la primera en verla muerta. Cualquier detalle que aporte, referente a lo que ocurrió, desde que salió de casa hasta que la descubrió asesinada en su cuarto, no debe ser tenido en cuenta.

El subinspector coge aire, nada más termina de hablar. Ha hablado rápido para no sentirse interrumpido por Gretel, algo que no ha hecho en ningún momento. La inspectora lo mira con una media sonrisa

ladeada, lo que indica que ha aceptado su exposición de buen grado.

—¿Y el bizcocho de chocolate? —pregunta para su sorpresa, ya que no se esperaba esa cuestión.

¡Que me aspen si aquí no huele a niño!
Me lo comeré para cenar, estoy hambriento.
Jack y las habichuelas mágicas

—¿Qué ocurre con el bizcocho de chocolate? —replica Abel.

Gretel pasa un par de páginas del informe de policía científica.

—¿Lo han analizado?

—Sí, ahí lo tienes. Es un bizcocho casero y, por lo tanto, lo hizo la vieja.

—Aquí no dice eso.

—Ahí lo que dice son los ingredientes del bizcocho. Harina, huevos, cacao, azúcar, levadura, leche, mantequilla y sal. Al final hay un par de líneas para descartar que contuviera veneno, que explicara la muerte de Caperucita.

—¿Por qué dices que lo hizo la abuela?

—Porque lo hizo ella —responde el subinspector.

—¿Científica dice que lo hizo la abuela?

—No. Lo digo yo, porque es un bizcocho casero. Y los bizcochos caseros los hacen las abuelas.

—¿Ha analizado científica el bol donde se mezcló la masa? ¿La báscula dónde se pesaron los ingredientes? ¿La espátula con la que se extendió la masa? ¿El batidor de varillas? ¿El molde donde se coció? ¿El separador de claras? ¿El tamizador de harina?

Abel delinea una amplia sonrisa en sus labios grandes, iluminándole su tez.

—Vale. ¿Estás de coña? ¿Verdad? No te conozco, pero creo que me quieres tomar el pelo.

—¿Tengo pinta de estar bromeando?

—Esos objetos de los que hablas no estaban en la cocina.

Gretel sonríe con malicia.

—Ahí quería llegar. Si no estaban, es porque el bizcocho no se cocinó en la casa, lo que significa que lo trajo alguien de fuera. Y quien lo llevó lo hizo en la franja horaria en la que asesinaron a Araceli. Por lo tanto, el bizcocho podría ser del asesino.

—Insisto sobre lo de antes. Te estás centrando en minucias, en vez de en lo importante. Ese bizcocho lo pudo traer Araceli, cuando regresó a casa, por la noche. ¿Quién te dice que no se lo hubiera regalado alguien? Quizá alguna amable vecina, que conoce a la vieja, se acercó a medianoche y le entregó ese bizcocho para que lo desayunara al día siguiente. ¿Por qué insistes tanto en que lo dejó en la cocina el asesino?

—¿Y quién te dice a ti que no fue él? —Gretel vuelve a sonreír—. En ese caso ya tendríamos unas migas de pan y un bizcocho de chocolate que dejó el asesino cerca de la escena del crimen.

—¡¿Y qué más da?! Si no se pueden sacar huellas ni de una cosa ni de otra. Sigo pensando que un asesino, por muy asesino que sea, no dejaría esas dos pistas para que las encontrara la policía. ¡No ves que no tiene ningún sentido!

Cuando el subinspector acaba de hablar, la inspectora se pone en pie y se dirige a la única ventana de la oficina, que da a una avenida ancha. Enfrente se ven varios bares, ya que montar un bar delante de una comisaría es un negocio seguro.

—Lo que no tiene ningún sentido es que este crimen no tenga sentido, ya que un asesinato así, tan peculiar, tiene que estar, forzosamente, dotado de sentido. Conocí a Federica, porque ya vivía en el pueblo cuando yo era pequeña. Conocí a su marido, Guillermo, el médico. Conocí a Kora, porque éramos amigas en la infancia. —Gretel se sienta de nuevo en la mesa del despacho y rebusca entre las fotografías una que había tomado científica desde la puerta de la cocina, donde se ve el bizcocho de chocolate. La coge y la levanta por encima de sus ojos—. Es en las cosas pequeñas donde se avanza, porque las grandes se ven a simple vista —argumenta la inspectora—. Esos pequeños detalles son los que nos acercarán al asesino. Esos pequeños detalles —repite.

—Vale, vale. Acepto que tanto las migas de pan de la estantería, como el bizcocho de chocolate de los cojones, los dejó el asesino. ¿Por qué?

—¿Por qué? ¿Qué?

—¿Por qué un tío que asesina a una menor de catorce años, y luego le llena el estómago de piedras, deja unas migas de pan y un bizcocho en la escena del crimen?

—¡Porque es un puto cuento de hadas! —grita la inspectora con furia—. Porque es lo que el asesino quiere, que sepamos que está recreando los cuentos a su manera.

—Vale, vale —acepta el subinspector—. Lo entiendo. Lo que pasa es que me niego a creer que alguien se dedique a hacer estas cosas y de la manera que las hace.

—Deberías hacer gestiones con el vestido rojo.

—Ahí me he adelantado —dice Abel, arrugando los labios con coquetería—. De momento sé que lo han sacado de una tienda de ropa. Es decir, que no es de una tienda de disfraces.

—¿Cómo sabes eso? —cuestiona la inspectora.

—El vestido está fabricado con terciopelo de algodón y los vestidos de las tiendas de disfraces se hacen con telas baratas. El que llevaba Araceli es el que se utiliza para las chaquetas americanas, corpiños o

capas, por ejemplo. Demasiado caro para un disfraz. ¿Sabes dónde puede estar el vestido de La Cenicienta?

Gretel encoge los hombros.

—No. Pero supongo que estará en el juzgado. No sé, pero ahora que lo consultas creo que tienes razón y en algún lugar tendrá que estar. No deja de ser una prueba de un crimen. ¿Para qué quieres saberlo?

—Por si se trata de la misma tela —responde el subinspector.

—Buen tanto —acepta Gretel—. Pero de momento no quiero relacionar, como ya te he dicho, este crimen con el anterior. Sería un error estratégico mezclar investigaciones. Primero una cosa y luego la otra.

El subinspector arruga la frente con fuerza, y acompasa ese movimiento con un apretón de su mandíbula triangular. A Gretel no se le escapa que está enfadado.

—Estamos perdiendo el tiempo.

—Puede —acata la inspectora—. Pero mientras yo sea la jefa de esta investigación, se harán las cosas a mi manera.

—Las piedras…

—Eso, las piedras. ¿Qué has conseguido saber?

—Son diez piedras de canto rodado blanco, que se destinan principalmente para jardines. En el informe de científica no hay nada más. Ni, por supuesto, huellas. Seguir el rastro de las que había en el estómago de la menor es más difícil, porque el asesino no las tuvo que comprar necesariamente, ya que las puede haber sacado de cualquiera de los millones de jardines donde suelen estar.

—¿Y la máscara? —Abel dibuja una inapreciable sonrisa en los labios—. ¿Se puede saber qué te hace tanta gracia? —interroga Gretel, molesta.

—Tengo la sensación de que me estás poniendo a prueba. —Carraspea para aclararse la garganta—. No hace ni veinticuatro horas que encontramos el cuerpo —dice mirando el reloj de pulsera—. Y me estás acosando con preguntas sobre aspectos de la investigación que ni siquiera has ordenado.

—No te confundas, Abel. Te estoy preguntando sobre el informe de policía científica. El bizcocho, las migas de pan, el vestido, las piedras y la máscara. De momento, solo estamos tú y yo en la investigación. A no ser que el comisario se digne en destinar más personal. Pero todavía no he hablado con él y desconozco la prioridad que le quiere dar a esto. Quiero que te encargues de esas, como dices tú, minucias, porque, como te he dicho antes, es en las pequeñas cosas donde atraparemos al asesino.

—No he mirado nada de la máscara —responde—. No he tenido tiempo. Las cosas urgentes las hago enseguida, pero para los milagros

tardo un poco más.

—Claro que no has tenido tiempo, Abel. Como has dicho, hace un momento, no llevamos ni veinticuatro horas en esto. Pero quería saber hasta dónde has investigado. Y, si lo quiero saber, es para no redundar y duplicar esfuerzos. ¿Qué te parece si te encargas de eso? De las pistas que el asesino ha dejado en la casa. Y yo me encargo de las personas. Quiero hablar con los vecinos del pueblo, que son los que quizá aporten algo. Y, sobre todo, con mi antecesor, el sargento Ortega. Aunque no averiguara quién es el asesino, en el crimen del año 1980, todo lo que avanzó lo podemos retomar ahora nosotros. ¿Qué te parece?

Abel se incomoda con el giro que da la inspectora al planteamiento de la investigación y que ahora le pregunte sobre cómo quiere llevarla. Se siente como un niño malcriado al que le ofrecen una chuchería para apaciguar su enfado.

—De acuerdo. Estos días indagaré en todo lo que comentas.

Y sale del despacho, sin cerrar la puerta.

18. La Guardia Civil

¿Adónde vas tan temprano, Caperucita?
Caperucita Roja

—¿Cómo lleváis la investigación? —interroga el comisario, nada más acceder al despacho de la inspectora Gretel.

Son las once y media de la mañana, del lunes 30 de julio de 1990, y por poco no se ha cruzado con el subinspector, que ha salido por esa misma puerta, cinco minutos antes.

—Necesito más gente —protesta la inspectora, con el rostro ensombrecido.

Sobre su mesa hay varias pilas de papeles, en apariencia ordenados, pero en el primer folio tiene pegada una nota manuscrita, lo que le indica al comisario que Gretel ha estado repasando varios atestados. También están los cinco folios del reportaje de policía científica, abierto por la tercera página, la de las migas de pan.

—¿Es que no tienes suficiente con Abel? —inquiere—. Lleva con nosotros un par de meses y he podido constatar que es un buen policía. Quiero que tú y él os dediquéis plenamente al crimen de Alerre.

Muñoz es comisario desde hace doce años y, desde que ascendiera, solo ha estado en Jaca y en Huesca. Es un hombre grueso, de facciones rudas. Su tez siempre parece que esté sin afeitar, aún recién afeitado. En la comisaría lo conocen por su falta de elegancia, ya que siempre viste informal. Pantalones de tergal de color oscuro; camisa lisa, mojada de sudor; y sandalias sobre las que sobresalen las uñas descuidadas.

—Sí. Sí, claro. Es de mucha valía y ya nos hemos puesto a trabajar. Pero… ¿Desde cuándo la investigación de un asesinato la llevan únicamente una inspectora y un subinspector?

—No disponemos de mucha gente, somos una comisaría pequeña y estamos hasta arriba de trabajo. Es por eso por lo que solicité ayuda al comisario de Zaragoza y te envió aquí. Además, este crimen es heredado de la guardia civil, porque ni siquiera está en nuestra demarcación. Pero no estáis solos, sino que puedes recurrir a otros policías de la brigada o de la comisaría, en caso de que necesites algún refuerzo puntual. En este sentido tienes libertad para solicitar apoyo, siempre que creas que es necesario.

—Entiendo —acepta la inspectora—. Porque ya sabe que no solo investigamos un crimen, sino dos.

—Ya. Ya. De momento resolved este y luego ya veremos qué pasa con el de hace diez años. ¿Has relacionado ambas muertes?

—No, de momento. Pero todo apunta a que es el mismo autor.

—Por la forma de hablar, entiendo que ya tienes alguna pista —afirma el comisario—. Tu antecesor —dice refiriéndose al guardia civil que llevó la investigación de 1980—, no fue capaz de encontrar ni un miserable vestigio que nos acercara a ningún sospechoso.

Gretel se pone en pie y se sienta en la mesa, recogiendo la pierna derecha sobre la rodilla izquierda, en un gesto que el comisario percibe como de informalidad.

—Ayer por la noche leí todo lo que se escribió del crimen de la calle Baja, y no hay nada que valga una mierda —expele soez—. Mientras leía el atestado he tenido la sensación de que el guardia civil de policía judicial y su equipo no se lo tomaron en serio. Es como si les corriera prisa cerrar la investigación cuanto antes.

—Sé a qué te refieres, la investigación de 1980 fue descuidada. Por eso el gobernador ha ordenado que este crimen lo llevemos nosotros, porque desconfía de la guardia civil.

—Estoy recién aterrizada y todavía no me he puesto las pilas con esta investigación.

—Tranquila, apenas hace veinticuatro horas que has llegado. Yo también le he estado dando vueltas a que este crimen y el de hace diez años, y creo, al igual que tú, que seguramente sea el mismo autor. Pero no te lo había comentado hasta escuchar los avances que hicieras tú. Si los dos crímenes estuvieran conectados, estaríamos hablando de un asesino en serie. ¿Pero qué asesino espera diez años para cometer otro crimen? —pregunta en voz alta—. En el caso de los asesinos en serie, hay que respetar una habitualidad entre crimen y crimen, además de unas pautas concretas. Pero este, que sepamos, si es el mismo, se ha tirado diez años sin actuar. ¿Te has instalado? —le pregunta a continuación, cambiando de tema.

—Estoy en ello, ayer pasé la primera noche en el apartamento. Pero, con franqueza, preferiría ir y venir de Zaragoza en vez de vivir aquí.

—Zaragoza está muy lejos.

—Una hora en coche, como mucho.

—Está muy lejos para que te puedas dedicar plenamente a investigar este crimen —insiste el comisario—. No puedes centrarte en lo importante, si pierdes cada día un par de horas entre ir y venir.

—¿Teme que si voy y vengo de Zaragoza no me centre en la investigación?

—No será mucho tiempo, el que tardes en dar con el asesino. En realidad, según las instrucciones del comisario de Zaragoza, se podría decir que estás aquí en comisión de servicio, por una investigación puntual. En cuanto se resuelva, podrás regresar a tu plantilla.

—¿Y si no se resuelve? —pregunta la inspectora con poca

delicadeza.

—Mal empezamos, si piensas que no se resolverá.

—¿Le puedo hacer una pregunta en serio? —inquiere Gretel, poniéndose en pie y rodeando la mesa por la parte donde está la máquina de escribir.

—Claro —el comisario bascula la cabeza, asintiendo. Su pelo canoso y lacio se ha humedecido del calor y sus mofletes brillan tanto que parece que se haya puesto crema hidratante.

—¿De quién fue la idea de enviarme aquí, a investigar estas muertes?

—De tu jefe de Zaragoza, ya lo sabes.

—¿Desde cuándo investigamos en poblaciones de menos de veinte mil habitantes, si es terreno de la guardia civil?

—Como ya te he dicho, el gobernador rechaza que este crimen lo investigue la guardia civil. Considera que fracasaron con el de la Cenicienta y no quiere que se repitan los errores de hace diez años. Nos lo ordenó a nosotros, pero aquí no disponemos de personal, como habrás podido comprobar. Por eso le pedí ayuda al comisario de Zaragoza y él te ha enviado a ti. ¿Tienes algún problema con eso? —pregunta con rudeza.

—No. Solo que no me siento cómoda llevando una investigación en el pueblo donde nací.

El comisario coge una silla, que hay pegada a la pared, y la arrastra hasta la mesa donde está Gretel. Seguidamente se sienta frente a ella, se pasa la mano izquierda por la barbilla varias veces, peinando una inexistente perilla.

—¡Siéntate! —le ordena.

La inspectora accede.

—Conozco tu historia —se sincera con Gretel—. Pero estoy convencido de que el comisario de Zaragoza no la conoce, por lo que no busques segundas intenciones. Estás aquí porque eres una inspectora muy válida y porque este crimen es especial. La Guardia Civil de la zona es rural y no están acostumbrados a estas investigaciones tan intrincadas. Si se hicieran cargo ellos, enviarían a agentes de fuera. Y los lugareños se cerrarían en banda y no hablarían ni por casualidad. El hecho de que la investigación la llevemos nosotros, y que la inspectora encargada del caso sea de aquí, facilita que los vecinos de Alerre se sientan más cómodos y confiados.

Gretel lo mira con inquietud.

—O sea, estoy aquí porque nací en Alerre.

—Yo no he dicho eso. Y no creo que nadie lo diga. Estás aquí porque el gobernador ha pedido que lo investigue la Policía Nacional y el comisario de Zaragoza te ha enviado a ti. ¿Estamos?

—Estamos —acepta la inspectora, de mala gana.

—Regresemos al caso que nos ocupa. ¿Qué tienen en común el crimen de 1980 y este último?

—Los cuentos de hadas —responde la inspectora, después de meditar su respuesta unos segundos.

—Los putos cuentos de hadas —asiente el comisario—. Hace diez años el asesino se recreó con el cuento de La Cenicienta. El tío tuvo los santos cojones de entretenerse en la escena hasta el más mínimo detalle. Ya sabes, vestido, máscara, zapato de cristal, baile y fiesta. Se paseó por el pueblo sin que nadie sospechara de él. Entró en la casa y salió. Y se desvaneció como un jodido espectro.

—¿Alguien del pueblo?

—Por supuesto, un vecino de Alerre no levantaría sospechas. Conoce a todos los habitantes. Sabe de sus horarios. Y, en el caso de que alguien lo viera, no llamaría la atención. El hijo de puta asesinó a esa chica de la misma forma que lo hizo con Caperucita. El crimen ocurrió el sábado 26 de julio, pero seguramente se prolongó hasta la madrugada del domingo. Un vecino alertó a la guardia civil, cuando vio la puerta abierta, y la investigación la llevó un sargento de policía judicial, Ortega. El crimen sobrepasaba lo habitual en un crimen rural y ese sargento se desbordó hasta el punto de que no fue capaz ni siquiera de extraer una pista fiable que nos dijera quién o quiénes eran los asesinos y por qué se cargaron a esa adolescente.

—¿Qué hay del alcalde? —pregunta Gretel.

—¿Morales? ¿Qué pasa con él?

—Es el alcalde de Alerre en la actualidad. Pero también lo era en 1980. Y esa relación tan extraña entre el alcalde que había en 1960, Alonso, que falleció en un accidente de tráfico, y el médico que había ese mismo año, cuando desapareció mi familia, Guillermo, que también falleció en un accidente en la montaña, hace tres años. El primero era el padre de La Cenicienta y el segundo el abuelo de Caperucita.

El comisario la observa levantando los ojos, como si estuviera leyendo un papel imaginario que tuviera delante.

—No te compliques la vida —le dice, sin que sus palabras suenen amenazantes—. Ya conozco esa concordancia. Y también estoy al tanto de la relación de aquel alcalde y el médico con tu madre. Pero te diré, por experiencia, que las investigaciones en las poblaciones pequeñas hay que enfocarlas de una manera totalmente distinta a como se enfocan en las grandes ciudades. Para investigar este crimen debes olvidarte de todo lo que has aprendido hasta ahora en la policía. En una gran ciudad, esas coincidencias serían suficientes para comenzar a detener sospechosos, pero en una población pequeña es normal que se den. Ahí, en Alerre, todo el mundo se conoce y todo el mundo interactúa. De momento, salvo que surja alguna prueba más, la

relación entre el alcalde y el médico de 1960, con las muertes de 1980 y 1990, es circunstancial y no debe llevarte a atar cabos inexistentes. Y, respecto a Morales, no vayas por ahí. Es un buen alcalde y como tal se preocupa por los vecinos de su localidad. El hecho de que meta las narices cada vez que hay algún crimen, no debería causar ninguna sospecha. Al contrario, deberías sospechar si se mantuviera ausente.

—De todas formas, comisario Muñoz, soy libre de sospechar de quien quiera. ¿No?

—Claro, claro. No te lo digo por eso, sino porque no pierdas el tiempo investigando a gente que nada tiene que ver.

—Otra cosa más —le dice la inspectora—. Me gustaría hablar con el sargento de la guardia civil, Ortega. ¿Sabe dónde puedo localizarlo?

—Sí, claro, lo conozco bien. Pero está jubilado desde hace unos cinco años. ¿Por qué quieres saberlo?

—Me gustaría intercambiar impresiones. Aunque no saque nada en claro, bien que tuvo que investigar y tomar declaración a los posibles testigos. Quizá, si pudiera hablar con él, me enteraría de algo que de otra forma no podría saber. En esos años no se escribía tanto como ahora y los policías, especialmente la guardia civil, eran reacios a redactar atestados de sus investigaciones.

—Concertaré una cita con él —acepta el comisario.

Año 1979
Once años antes

Cuentan que, en un tiempo muy lejano,
el rey decidió pasear por sus dominios.
El enano saltarín

Gretel cumplió los veintiocho años en 1979. Desde siempre quiso entrar en la Policía Nacional y ese año fue cuando se presentó por primera vez a las pruebas de acceso, aprovechando que ya se permitía acceder a las mujeres al cuerpo. Solo tenía una oportunidad más, porque, una vez hubiera cumplido los treinta, ya no podría. Pero no fue necesario agotar esa ocasión, porque aprobó a la primera.

La Escuela Nacional de Policía de Ávila estaba en construcción, y no tenía previsto su inauguración hasta el año 1981, por lo que su etapa de alumna la pasó en la calle Rafael Calvo de Madrid, en el edificio del Ministerio del Interior. Al ser una de las primeras mujeres en acceder a la Policía Nacional, recibió un trato exquisito tanto por parte de los mandos como del resto de compañeros.

Durante el período académico conoció a un inspector jefe que impartía la asignatura de Derecho Penal. Era un hombre de cincuenta años, casado y con dos hijos, cuya mujer trabajaba de funcionaria en el mismo edificio del ministerio. Lucas enseguida simpatizó con Gretel, por la que sintió una atracción especial. Y Gretel, por su parte, le correspondió, ya que el inspector jefe representaba una seguridad que nunca había tenido. Todavía no había salido con ningún chico. Y una vez rebasada esa edad, una persona se acostumbra tanto a la soledad que cada vez le cuesta más intimar con alguien.

La primera vez, que los dos quedaron a tomar un café, fue una tarde de viernes, en que Gretel no tenía previsto viajar a Zaragoza el fin de semana, y se quedó en Madrid. Fueron varios fines de semana los que permaneció en la capital, porque en su apartamento de Madrid podía estudiar más tranquila y concentrarse en los exámenes. Lucas la citó en un discreto bar del Pasaje de Enrique Ruano, porque, en esos años, intimar con una alumna de policía le podía acarrear serios problemas. Era la primera vez que una mujer podía acceder al cuerpo y la sociedad, los políticos y los mandos, veían con malos ojos que un profesor de la academia confraternizara con una alumna de policía. España es país de chascarrillos y no faltarían los que asegurasen que la alumna que más puntuación sacara en los exámenes finales sería la que más se hubiera relacionado con los profesores. Y máxime teniendo

en cuenta que la totalidad de instructores eran hombres.

Después del café, donde los dos estuvieron conversando de forma relajada, mientras compartían cigarrillos de un paquete de tabaco que Lucas dejó sobre la mesa, estuvieron dando un paseo hasta el Parque de El Retiro. La conversación derivó en otros derroteros y comenzaron a hablar de asuntos personales. Lucas le contó que llevaba casado veinticinco años y la fogosidad se desvanece, porque tiene fecha de caducidad. Es demasiado tiempo como para mantener la llama de la pasión viva, le dijo. Gretel sintió pena por él, porque le parecía un buen hombre y tenía la sensación de que no había tenido suerte con su matrimonio. Pero también conocía a su esposa, Genoveva, a la que veía casi a diario en el edificio, ya que ella era funcionaria en el despacho de habilitación, donde se tramitan las nóminas de los policías.

Esa noche él la invitó a cenar. A Gretel le pareció bien, porque había estado muy a gusto con Lucas, durante la tarde, y sentía que todavía tenían muchas cosas de las que hablar. Sugirió, puesto que iban a cenar juntos, que lo mejor sería que lo hicieran en un restaurante fuera de Madrid. No te imaginas lo pequeña que puede llegar a ser una ciudad cuando un hombre y una mujer cenan juntos, le dijo. Gretel supo entonces que esa cena en realidad era una cita.

Viajaron hasta Segovia en el Seat 124 de Lucas. El inspector jefe condujo durante casi hora y media y los dos apenas intercambiaron ninguna palabra, porque sabían lo que iba a ocurrir esa noche. Cenaron en un restaurante que había enfrente del acueducto. Los demás comensales eran gente acomodada, según pudo percibir Gretel por sus vestimentas. Había matrimonios, la mayoría, y también hombres de negocios trajeados. Varias miradas se posaron sobre ellos. Un hombre de cincuenta años y una chica de veintiocho, llaman la atención cuando se sientan a solas en una mesa de un concurrido restaurante y el hombre solicita una botella de champán.

Alrededor de las doce y media terminaron de cenar y Lucas pidió dos copas de licor. La conversación, durante la cena, fue de lo más agradable. Gretel se sinceró con él y le contó algo que nunca le había contado a nadie: lo que ocurrió cuando ella tenía nueve años. Esa parte de la conversación hizo que el inspector jefe prestara mucha atención, porque la historia de Gretel parecía sacada de una novela de misterio. Ciertamente, él recordaba haber escuchado lo que sucedió en Alerre en 1960, porque en aquel tiempo tenía treinta años y hacía poco que accedió como inspector al entonces Cuerpo Superior de Policía. Lo ocurrido había sido ampliamente comentado entre el grupo de investigadores, por lo peculiar. Era del todo increíble que desapareciera toda una familia sin dejar rastro y que nunca más se supiera de ellos. Al enterarse de que Gretel fue aquella niña de nueve

años, que sobrevivió a esa desaparición, mostró un interés que incomodó a la chica. El último tramo que fue desde el segundo plato hasta la copa de licor, lo centraron en hablar de lo que sucedió. Había recuerdos, en el entonces frágil cerebro de la niña, que seguían ocultos a través de los años. Lucas le explicó que era normal que hubiera olvidado pasajes de su infancia, lo mismo que también era habitual que con los años muchos de esos recuerdos se modificaran para adaptarlos a la realidad.

Los dos convinieron en una certeza, que la familia de Gretel había muerto. Porque, y así lo aseguró Lucas, es imposible que tres personas de una misma familia desaparezcan y no se sepa nada de ellas, a no ser que hayan fallecido. La desaparición voluntaria quedó totalmente descartada, porque hubieran dejado alguna nota. El secuestro tampoco se sostenía, porque siempre que hay un secuestro hay una petición de recompensa, algo que tampoco se dio. Entonces… ¿Qué ocurrió? ¿Por qué se fueron sin la niña?

Gretel le confesó que, desde los nueve años, se había esforzado en olvidarlo todo, porque esos recuerdos no hacían otra cosa que angustiarla. Sentía impotencia de no saber dónde estaba su familia, ni qué fue de ellos, ni adónde fueron la tarde del sábado del año 1960. Finalmente, Lucas la animó a que se olvidara de todo y lamentó haber motivado esa conversación.

Fueron caminando por una calle peatonal hasta que llegaron a un modesto hotel que había al otro lado del acueducto. Por la familiaridad con la que Lucas se dirigió al recepcionista, Gretel supo que no era la primera vez que lo visitaba. Reservaron una habitación, que el inspector jefe pagó al contado, y subieron hasta la segunda planta por las escaleras. El recepcionista, un chico de poco más de treinta años, con abundante cabello negro recogido en una coleta, los miró con desinterés. Quizá ya estaba acostumbrado a las parejas con amplia diferencia de edad, y sin equipaje, que se alojaban en el hotel.

Lucas se desnudó con celeridad, como si tuviese prisa. Se desabrochó la camisa y se quitó los pantalones, colgándolo todo con cuidado en las respectivas perchas del armario. Gretel lo observó con expresión inocente, porque le hacía gracia la pulcritud de ese hombre hacia sus prendas de vestir, las cuales trataba con delicadeza. Tenía un físico que no concordaba con el de alguien que sobrepasa los cincuenta. Era estilizado y, aun sin presumir de unos abdominales silueteados, su barriga no sobresalía por encima de unos calzoncillos de color azul oscuro. El vello de su pecho no era exagerado, como si se depilara con regularidad. Y, lo que más sorprendió a Gretel, es que se desvistió con estilo, como lo hacen las personas que no se avergüenzan de su físico. En ese instante ella sintió una excitación que la sorprendió. Desde que recordara, no se había excitado tanto con

alguien. Se fue quitando las prendas de ropa, dejándolas sobre un sillón que había al lado de una ventana cuya cortina estaba corrida. Lucas la contemplaba con una mirada limpia. Allí, en ese instante, no había una alumna de policía. Ni un inspector jefe. Ni una chica joven. Ni un hombre maduro. Allí había dos personas que se estaban preparando para hacer el amor.

Gretel se tumbó, apoyando su cabeza de pelo corto sobre la almohada. Sus ojos emitieron un destello que le iluminó la cara, cuando la luz del techo cayó directamente sobre su sonrisa. Él se deslizó como un gran felino, acechando una presa desvalida. Se acurrucó en su sexo y desplazó sus manos, fuertes y delicadas al mismo tiempo, sobre los muslos de Gretel, que en aquel instante dejaron de temblar. El cosquilleo inicial enseguida se transformó en placer. Sentía que se deshacía, como si todo su cuerpo se estuviera transformando en una gelatina espesa y se diluyera sobre la cama. Lucas se incorporó y aplanó su pecho sobre el de ella. Sus pezones se habían endurecido y una sombra de sudor empapaba el cuello, que él comenzó a besar con sensibilidad. Sintió la acometida como un punzón que desgarrara su carne. Pero el dolor inicial, apenas un hormigueo, dejó paso a un estremecimiento que electrizó todo su cuerpo, desde la cabeza a los pies, como la descarga eléctrica de un rayo. Se abrazó con fuerza a la nuca de Lucas, mientras que sus manos acariciaron con furia sus hombros atléticos. Y cuanto más se movía él, más apretaba ella sus dedos, como si estuviera leyendo en su espalda hasta dónde iba a llegar esa relación. Gretel buscó su boca, porque quería aprisionar sus labios en el momento que los dos se corrieran. Quería sentir como de su interior surgía el aliento del orgasmo que estaba a punto de llegar. Y los dos explotaron en un gemido ahogado por ese último beso, que los sorprendió en el instante del éxtasis.

Allí, recostada de lado, en la cama de ese hotel, escuchando la estentórea respiración que surgía del pecho de Lucas, comprendió que era la única y última vez que él la poseería. Por su recuerdo pasó la expresión de su esposa, Genoveva, cuando Gretel accedía a la oficina de habilitación y le hacía firmar la nómina. Vio los ojos brillantes de una mujer feliz. Una madre. Una esposa. Una trabajadora contenta de compartir espacio con su marido. Y ella, Gretel, no era más que una intrusa que había irrumpido en la vida de una familia.

—Un duro por tus pensamientos —le dijo Lucas, ladeando la cabeza, cuya frente se había perlado del sudor frío de una habitación climatizada, cuando todavía no se había repuesto del esfuerzo de hacer el amor a una joven a la que casi le doblaba la edad.

—Pienso que esto no está bien —fue la respuesta de Gretel, mientras dirigía una sonrisa bobalicona.

Llegaron días duros, en los que profesor y alumna esquivaban sus

miradas en las angustiosas y prolongadas clases. Pero los dos sabían, también, que entre ellos no podía haber nada más que aquella noche de sexo en Segovia. No podían tomar un café, ni cenar juntos, porque una cosa llevaría a otra. El peso de la contención recayó sobre la fortaleza de Gretel, porque Lucas lo hubiera dejado todo por ella. Pero Gretel no quería destrozar una familia, para prolongar una relación que, y no tenía ninguna duda, no acabaría bien.

En 1980, siendo ya policía de carrera, y a través de Diego, se enteró de que habían asesinado a una chica de dieciséis años en una casa de la calle Baja de Alerre. Ella conocía a esa familia, a la madre y al padre. Pero no conocía ni a la chica que asesinaron ni a sus hermanas, porque, cuando Gretel se fue, ellas o no habían nacido o eran unos bebés. De la madre sabía que se llamaba Catalina, pero no recordaba nada más. Del padre, Alonso, sí que recordaba más cosas, porque era el alcalde que había en Alerre en el año 1960.

Poco después se animó a presentarse a la Escala Ejecutiva, por promoción externa, entrando de inspectora. La única condición que exigían, por ley, es que tendría que pasar diez años en ese cargo, hasta que pudiera ascender a inspectora jefa.

Lunes 30 de julio de 1990

Si eres tan valiente,
ven conmigo a nuestra caverna
y pasa la noche con nosotros.
El sastrecillo valiente

La inspectora observa con inquina la espalda del comisario, cuya camisa está completamente mojada, mientras circula por el pasillo hacia el ascensor. Su enorme silueta traspasa la puerta, cerrándose a continuación detrás de él.

—¿Ya se ha ido el ogro? —pregunta el subinspector Abel, asomando su cabeza por el marco de la puerta.

—Como te oiga, te veo ordenando el tráfico en un cruce, soplando un silbato. ¿No te habías ido?

—En eso estaba, cuando lo he visto entrar y me he quedado en el despacho contiguo para ver de qué quería hablarte.

—¿Nos has espiado?

—No —rechaza el subinspector—. He escuchado la conversación para ahorrarte que tuvieras que repetírmela.

—¿No has pensado que quizá lo que teníamos que hablar no era de tu incumbencia?

—Lo que he pensado es que la conversación entre el jefe de la comisaría y la jefa del grupo de investigación tiene que competer al mejor subinspector de Huesca —profiere sonriendo con frescura.

—¿Y si es personal? —inquiere la inspectora.

—En una investigación como esta no hay nada personal, todo ha de ser público para el resto de los policías. —El rostro de Gretel muestra incomprensión—. ¿Sabes lo que dicen los programadores informáticos?

—¿Tengo que saberlo?

—Dicen que el código fuente es como el estiércol. Si se acapara, apesta. Pero si se comparte, florece. Cuanta más información os guardéis, menos avanzaremos en la resolución de este galimatías.

—Está bien —acepta la inspectora—. Háblame de ti.

El subinspector se pone a la defensiva.

—¿Qué quieres saber?

—¿Por qué un argentino está en la policía nacional española? Ayer te lo pregunté, pero no me respondiste.

—Mi padre era español, de Almería. Emigró a Rosario, donde conoció a mi madre y donde nací y me crie. Pero, como tengo la doble

nacionalidad, decidí, cuando tuve edad, presentarme a las pruebas de acceso de la policía nacional. Y aquí estoy.

—¿Y tus padres?

—Ya fallecieron los dos. ¿Y tú?

—¿Yo? ¿Qué?

—Ya me has dicho que eres de Alerre y que te criaste en ese pueblo hasta que desapareció tu familia. Pero… ¿qué pasó después de aquello?

—Me crie allí, pero hacía treinta años que no pisaba el pueblo, desde el mes de julio de 1960, cuando desapareció toda mi familia. Diego, el sereno, tenía un piso en Zaragoza, que heredó de sus padres, donde me trasladé con su hermana, Verónica. Ella es como una madre para mí. Me crio, me mantuvo y me facilitó que pudiera estudiar. Desde siempre me había gustado la policía y, en cuanto pude, accedí con la firme determinación de ser algo más que una policía de la escala básica.

—¿Y no mantenías contacto con el sereno?

Gretel se sienta en una silla con ruedas que hay cerca de la mesa, frente a un archivador metálico. No le está gustando la conversación con el subinspector, y no hace nada para evitar que se le note.

—Diego siempre me quiso mantener al margen de lo que ocurriera en Alerre. Y jamás, que recuerde, me habló de nada relacionado ni con el pueblo ni con la desaparición de mis padres. Ese episodio de mi vida quedó oculto en la parte de la memoria donde se sepulta todo lo que nunca debió ocurrir.

—¿Tampoco te contó que en 1980 asesinaron a una adolescente en la calle Baja?

—Tampoco —responde la inspectora, negando con la cabeza.

—¿Pero supiste de ese crimen?

Gretel se incomoda.

—Lo supe por la prensa.

—Acabas de darme la típica respuesta del político corrupto, que se entera por la prensa de lo que hace su partido.

—¿Y tú, conocías ese crimen? —La inspectora decide pasar al ataque.

—¡Claro!

—¿En 1980 ya estabas en España?

—Llegué dos meses después, en septiembre de ese año, para presentarme a las pruebas de la policía nacional. Como te he dicho antes, accedí en 1981.

—¿Y cómo es que conocías el crimen de un pequeño pueblo perdido de Aragón? ¿En Argentina también habláis de esas cosas?

—Mi padre trabajó en Chimillas en los años sesenta y mantuvo amistad con un vecino, ahora ya fallecido. Y como ese pueblo y Alerre

están tocándose, conocía la historia de tu familia y todo lo que pasó después. Cuando vivíamos en Rosario, y él vivía —dice con nostalgia —, fueron varias las ocasiones en que hizo referencia a lo ocurrido, por eso sé lo que pasó. El sábado por la mañana, cuando me llamó el comisario Muñoz y me dijo que viajara a Alerre, a colaborar con el crimen de una adolescente, sobre el que había sospechas de que estaba relacionado con otro crimen, cometido diez años antes, no di crédito a que fuese verdad.

—¿Qué opinas de las muertes?

—¿De la última o de las dos?

—De las dos.

El subinspector toquetea un cenicero triangular de hojalata que hay encima de la mesa, vacío de colillas, mientras lo centra en una de las esquinas.

—Creo que es un solo autor en los dos casos y que es la misma persona. Tiene una fantasía con los cuentos de hadas, los cuales reproduce troquelados en los crímenes.

—¿Troquelados?

—Sí, porque no los respeta, sino que los cambia para adaptarlos a lo que él cree que debe ser el cuento.

—Interesante.

A Gretel le sorprende esa visión diferente de las muertes.

—El autor recreó la antítesis de un cuento, asesinando a La Cenicienta. No hay príncipe azul, ni palacio, ni calabaza a medianoche, pero sí un zapato de cristal que el asesino deja deliberadamente en la escena del crimen. Otra vez se repite la oposición al cuento de hadas, que se supone representa. Y este último, el de Caperucita Roja, es más de lo mismo. La niña, inocente, muere como el lobo, con el estómago lleno de piedras.

Cuando el subinspector termina de hablar, Gretel suspira fuertemente, como si tuviera la nariz taponada.

—Joder, Abel, me has dejado de piedra. ¿Has estudiado psicología?

El subinspector sonríe.

—Si hubiera estudiado una carrera, ahora sería inspector, como tú. Por cierto, ¿qué carrera es la tuya?

—Graduado social.

Abel suelta una carcajada. Enseguida se da cuenta de que su risa ha disgustado a Gretel.

—Disculpa, es que no me esperaba que me dijeras esa carrera.

—Ya. Supongo que piensas que es una carrera que nada tiene que ver con nuestra profesión, pero es que para mí la carrera fue una excusa para ascender. Para nada me interesaban los estudios que pudiera obtener. Porque, desde que cumplí los veinte años, ya tenía

claro que quería ser policía.

Gretel se pone en pie y pasa por detrás de él, le toca el hombro con su mano, en lo que parece una caricia. Por lo visto da por concluida la conversación.

—Yo me voy al apartamento que me ha agenciado la dirección de la policía en el Coso. Tengo que hacer algunas compras y llenar la nevera

—¡Qué suerte, un apartamento para ti sola! —exclama el subinspector—. Yo me tengo que conformar con una habitación en la residencia que hay en la planta de arriba de la comisaria.

—Pues seguramente dormirás más que yo, porque el Coso es la calle más ruidosa de toda la ciudad, sin duda. Entre el ruido que hacen los coches, las motos y la gente, ayer no pegué ojo. Y encima, los muebles del apartamento son una porquería. La Dirección no mira esas cosas cuando los alquila. Podían alquilarlo sin muebles y dejar que seamos nosotras las que los amueblemos a nuestro gusto.

—Espero que hayamos resuelto este crimen antes del 9 de agosto —comenta el subinspector.

—¿Por?

—Comienzan las Fiestas de San Lorenzo y los vecinos del Coso son los que menos duermen —sonríe.

—Lo que me faltaba —protesta la inspectora, mientras sale del despacho.

Invierno de 1960

Yo quiero sentir el calor de un hogar,
como el de esta familia…
El muñeco de nieve

Sabe que es invierno, porque hace frío. Los caminos se han llenado de escarcha que, mezclada con la tierra, se transforma en un lodo espeso y grasiento. Los arbustos, perpetuamente húmedos, sueltan gotas de agua que cristalizan el sendero, como resplandecientes diamantes.

Gretel camina detrás de su hermano, cuyas zancadas enérgicas arrancan trozos de barro que se estrellan contra su cara.

—¡Hansel, espera! —grita con todas sus fuerzas.

Pero esos seis años de diferencia de edad, consiguen que Hansel se avergüence de la presencia de su hermana. Su madre, desde que falleciera su padre, le había insistido en que él tenía que cuidar de Gretel.

—Es tu hermana —repetía—. Y debes hacerte cargo de ella.

Un mozalbete, de catorce años, no quiere que le vean en compañía de una mocosa de ocho, cuando los dos caminan solos por el largo y estrecho sendero que conduce a la antigua casa del guarda del paso a nivel. A Hansel le encanta ir allí, sobre todo en invierno, cuando el aburrimiento se ciñe sobre una población de poco más de doscientos habitantes. Donde el tedio aprisiona a cualquier niño que quiera divertirse. Lejos quedó el verano, con la piscina municipal abierta desde las nueve de la mañana hasta las nueve de la noche. Con las calles repletas de foráneos que venían a recrearse. Con las fiestas. Con los bailes. Con los días tan largos que parece que no haya noche. La niña se levanta con la luz del sol y se acuesta cuando todavía el reflejo del día resplandece en su ventana.

—¡Te tenías que haber quedado en casa! —le reprocha su hermano, mientras aligera el paso para que ella no pueda seguirle.

Las zancadas de Hansel son cada vez más largas, mientras que las de Gretel han perdido fuerza. El calzado se llena de lodo y le cuesta avanzar, arrastrando el exceso de peso. Se siente despreciada por su hermano, pero persiste en caminar detrás de él.

Al fondo, como una colina que surge detrás de un río, se erige la casa del guarda de las vías del tren. Gretel nunca la vio en funcionamiento, ni siquiera conocía al antiguo vigilante, un hombre de poblada barba blanca, cuya cabeza se cubría con una gorra de lana,

y del que habló su abuelo, Hipólito. Los niños lo bautizaron como Papá Noel, por su parecido. Ese hombre se jubiló y se fue a vivir a Zaragoza, de donde era, y nunca más lo volvieron a ver. Hipólito estuvo comentando que le dijeron que había muerto. Entonces, el paso a nivel se automatizó y cerraron la casa, tapiando la puerta de madera con varios tablones que la cruzaron. La hierba creció. La valla se deslució y todo su alrededor se transformó en un pasto desordenado de maleza salvaje.

Hansel llega hasta la entrada. Aparta con el pie uno de los tablones, que los moradores habían partido a mazazos, y se cuela por el hueco que hay entre la pared y el trozo de puerta que sobrevive, después de que lo destrozaran.

—¡No me sigas! —chilla a su hermana, que se queda de pie, inmóvil, al lado de la valla, a punto de llorar.

Sus ojos se humedecen. Se siente sola, desprotegida por su hermano mayor. Es una niña y convive en una familia donde la madre habla constantemente de los cuentos de hadas. Donde el abuelo se ríe con los tebeos que inundan las estanterías de su habitación. Y donde su hermano no quiere que ella esté allí, afuera.

Un resplandor azulado ilumina su cara, es el tren que une Huesca y Zaragoza. Los vagones pasan a toda velocidad, traqueteando. Hay un par de destellos, hasta que se desvanece a lo lejos y el silencio del campo regresa.

No recuerda cuánto tiempo ha pasado desde que él entró en la casa. Puede que un instante. O varios minutos. La memoria nunca es fiel a la realidad. Lo que sí recuerda es que, por el mismo hueco de la puerta, por donde su hermano se ha deslizado, agachado, asoma el pelo blanco de una mujer tan delgada, que parece un esqueleto. Su cuello está cosido con venas gruesas y sus manos son grandes y oscuras. Es como si fuese un árbol de ramas estrechas y largas. Como si sus raíces hubieran salido de la tierra y, transformadas en pies, le dieran sustento. Esa mujer se acerca hasta la niña y encoge los ojos, como si le disgustara que ella estuviera allí, en la intemperie, pasando frío. A punto de llorar. Con el miedo remarcado en cada uno de los pliegues de una expresión tan limpia como la de alguien que todavía no ha sufrido los embistes de la vida. Los cuentos se crearon para proteger las mentes frágiles de los niños vulnerables. Para explicarles la muerte, el miedo y la maldad, desde una perspectiva fantástica. En los cuentos, Dios es reemplazado por un mago o por un hada madrina. Y el demonio es la bruja o el lobo. Pero siempre el bien vence al mal.

—¡Ven! —le dice esa mujer, mientras alarga la mano para que Gretel se agarre.

Puede que su aspecto sea terrorífico, pero su mirada y su voz son dulces como las de un hada madrina. La niña se deja arrastrar por esa

mujer que camina como si le costase mantenerse erguida. Como si los huesos de su cuerpo se hubieran roto y en la reparación no hubieran sido capaces de recomponerlos. Como si no encajaran bien. Escucha el sonido de sus pasos, mientras sube los tres peldaños de los escalones de madera deslucida, que hace décadas que nadie pintó. Es como si fuese la casa de un cuento de hadas, donde la estructura ha envejecido con el paso del tiempo, pero sus moradores se mantienen vivos en su interior. Siente que, en cuanto abandonen la casa, morirán. Como si no hubiera vida fuera de sus tabiques.

La mujer agacha la cabeza, con dificultad, y traspasa la puerta por donde un momento antes pasó su hermano. Una astilla de madera se engancha en su chaqueta y le hace un siete. Pero ni siquiera protesta, como si estuviera acostumbrada a rozarse con esa puerta. Gretel la secunda, pero casi no tiene que agacharse. Una niña de ocho años es capaz de pasar por cualquier hueco, por estrecho que sea.

En el interior hay oscuridad, solo rota por una pequeña luz que proviene de la chimenea. Un hombre, alto y espigado, con la cara cortada en arrugas gruesas, está de pie, frente a su hermano, Hansel, mientras sostiene un cigarrillo que se consume en sus dedos.

—¿Es tu hermana? —pregunta con un fuerte acento alemán.

Hansel tuerce los ojos y la observa. Gretel ya no tiene miedo, porque su hermano está allí, y sabe que, si él ha entrado, es que ese lugar no es peligroso. Hansel nunca la llevaría a un sitio donde ella no pudiera estar.

—Sí —asiente—. Es Gretel, mi hermana pequeña. Le he dicho que no me siga, pero no me ha hecho caso.

El hombre sonríe con afabilidad y Gretel ve que carece de todos los dientes. La mujer que la acompañó, cuando entró en la casa, se pone a su lado y acaricia su brazo con la mano. Comprende que los dos se quieren.

—Es una niña, Hansel —habla la mujer—. Y las niñas quieren estar con sus hermanos. No tengo nada que ofrecerte —le dice a Gretel—, ni siquiera tenemos luz, pero puedo prepararte un bocadillo.

Y, de una bolsa de tela, que hay colgada al lado de la chimenea, extrae una barra de pan. La niña asiente, cabeceando, es la hora de la merienda y tiene hambre.

La mujer coge un cuchillo de un cajón y corta la barra de pan por la mitad. Luego la abre y la deja sobre un hule floreado, que cubre una mesa redonda. De un armario, que solo tiene una puerta, la otra está rota, agarra un paquete que está envuelto con papel de carnicero. Del interior escoge dos tiras de jamón cocido y las introduce dentro del pan. Luego acerca hasta la mesa una botella de vidrio, conteniendo agua, y un vaso. Gretel mordisquea el bocadillo, ya que tiene hambre. Le da pequeñas dentelladas, arrancando el pan y el jamón a partes

iguales. Ve como ese hombre y su hermano abren la puerta trasera de la casa y salen. Su hermano se sienta en una silla que hay junto a una mesa, al lado de un pozo cubierto. El hombre saca un paquete de tabaco, del bolsillo de su chaqueta, y le entrega un cigarrillo a Hansel, que lo enciende con un mechero de gasolina. Su hermano exhala una prolongada bocanada de humo y la expulsa al cielo gris de esa invernal tarde.

—¡Se lo diré a mamá! —grita Gretel, casi atragantándose con el bocadillo que está masticando en ese instante.

La niña recuerda que su madre lo pilló una vez fumando en la calle, junto a otros niños de su edad. Ese día, Esmirna venía de comprar de Chimillas y ella iba caminando a su lado. Su hermano había cumplido los trece, recientemente, y, cuando lo sorprendió fumando en la calle Iglesia, le dio una colleja tan fuerte que hasta los compañeros de su hermano se rieron.

—¡No quiero que fumes! —le dijo entre gritos—. Porque fumar es malo y los niños no deben fumar.

Esmirna sentía que la muerte de su marido la había dejado indefensa frente a sus hijos. Especialmente el mayor, Hansel, cuya edad era tan complicada que es el que más notaba la ausencia de un padre. Y todo eso, que ella le prohibía, como fumar o disparar con escopetas de perdigones, es lo que él encontraba en la casa de los alemanes.

Gretel se sentía responsable, en la inocencia de su niñez, de que su hermano mayor estuviera allí, en esa casa, fumando al lado de un pozo, junto a un hombre que tenía la misma edad que tendría su padre, si todavía viviera. Y quería delatarlo a su madre, para que ella supiera lo que hacía cuando no lo veía.

—Si se lo dices a mamá, te mato —amenaza Hansel.

—¡Eh! —interviene el alemán—. No me gusta eso que has dicho. Debes respetar a tu hermana y no tienes que amenazarla. Ella hace lo que tiene que hacer, porque los niños no mienten. Si fumas, debes asumirlo. Y, si te pillan, acéptalo.

Gretel sale corriendo, dejando el bocadillo a medio comer encima de la mesa. Y se abraza con fuerza a la cintura de su hermano.

—¡Cuidado! —advierte la mujer, cuando ella se apoya en el pozo —. Esa tapa de madera es muy frágil y, si te caes dentro, te podrías matar.

—Quiero verlo.

—No, niña —insiste la mujer—. Un pozo es muy peligroso.

—Deja que lo vea —interviene el alemán—. Estaré pendiente para que no se caiga.

Y seguidamente coge la tapa de madera con ambas manos y la desliza hacia un lado, hasta que cae al suelo. Gretel es tan pequeña,

que no llega a ver el agujero. Pero el alemán la aúpa para que llegue arriba.

—¡Atención! —exclama la mujer.

—Hansel, trae una linterna del salón —le pide el alemán al hermano de Gretel.

El chico sale corriendo hacia la casa y regresa enseguida con una linterna cuadrada y metálica en su mano. Apunta hacia el pozo y acciona la palanca. La luz se enciende, pero el pozo es tan profundo que no se ve el interior.

Gretel permanece de pie, agarrada al borde de la piedra, mientras el alemán le coge la cintura con ambas manos, con fuerza.

—¡No se ve nada! —grita.

Hansel mueve la linterna, buscando que el haz de luz llegue al fondo del pozo, sin conseguirlo.

—Es demasiado profundo —protesta—. Pero, espera…

Se gira y busca una piedra, lo suficientemente grande como para arrojarla al interior. Encuentra una del tamaño de un puño y se acerca hasta la abertura.

—No habléis —dice, antes de soltarla.

Los cuatro se quedan en silencio, hasta que escuchan el ruido de la piedra impactando con el agua que hay en el fondo del pozo.

—Treinta metros —anota el alemán.

Gretel lo mira sin comprender qué ha querido decir.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque la piedra cae a razón de 10 metros por segundo y ha tardado 3 segundos en caer, eso nos da el resultado de 30 metros. Es la profundidad del pozo.

—No le hagas caso —interviene la mujer—. Sabe que mide 30 metros porque es el tamaño de la cuerda que usamos para sacar agua.

Y lanza un cubo metálico al interior del pozo, cogido con una cuerda recia. Después tira de la cuerda, deprisa, y, cuando saca el cubo, Gretel ve que está medio lleno de agua.

—No sabemos si esta agua es buena —dice—. Pero nos sirve para limpiar y para asearnos.

22. Ortega

Martes 31 de julio de 1990

Me han dicho que usted, señor Ogro,
tiene el poder de transformarse
en el animal que desee.
El Gato con Botas

El molestoso sonido de un timbre atormenta el silencio. La inspectora Gretel abre los ojos, necesita unos segundos para ubicarse, no está en la habitación de su piso de Zaragoza. Ni en la habitación del apartamento que alquiló en Madrid, durante el tiempo que estuvo en la academia de policía. Ni en la habitación donde durmió durante tantos años en el piso de Verónica.

«¿Dónde estoy?», se pregunta.

Hasta donde recuerda, había recibido una llamada el domingo por la mañana para que viajara desde Zaragoza a Alerre, el pueblo de su infancia. La llamó el comisario de Zaragoza. Reconoció su voz al instante, ya que había hablado en diferentes ocasiones con él, y lo había escuchado muchas veces en la tele, cuando con el rostro estremecido daba alguna noticia relacionada con atentados terroristas en la capital maña. Además, él fue el que le entregó el diploma de su ascenso. Gretel pertenece al primer grupo de mujeres inspectoras del Cuerpo Nacional de Policía y fue todo un acontecimiento social. Tanto, que los principales mandos de la policía fueron los encargados de entregar las titulaciones en un acto que se celebró en el Ministerio del Interior. Allí estaba el ministro; el director; el subdirector; el secretario de estado para la seguridad; el director de la academia; el secretario de relaciones internacionales de la policía; el director de la guardia civil; varios cargos del ejército; el inspector jefe Lucas, como su tutor; y una docena de comisarios de las principales ciudades de España. Las mujeres, una a una, recogieron los despachos de la mano del representante que tenían delante. A ella, a Gretel, le tocó el comisario principal de Zaragoza. Recuerda su tez con ausencia de sudor, y eso que era el mes de junio. Su barbilla rasurada. Su mirada inteligente. Es de aquellas personas que pueden expresarse únicamente con los ojos. Enhorabuena, le dijo cuando alargó la mano y le entregó el diploma. La ya inspectora se ruborizó levemente. Todavía no había asumido su nuevo estatus, el de un mando del Cuerpo Nacional de Policía. Al fin, después de todos esos años, había alcanzado lo que desde niña solo fue un sueño. ¿No es eso un cuento de hadas?

—¿Inspectora Gretel? —preguntó una voz femenina, que la inspectora no reconoció.

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—Soy la secretaria del señor Miranda, el comisario principal. ¿Puede usted hablar?

Gretel sabía que solo alguien relacionado con la comisaría conocería el número de teléfono de su piso de Zaragoza.

—Sí, claro —aceptó de inmediato.

—Espere un momento, por favor. Le paso enseguida con él.

«El comisario principal». Meditó Gretel. «¿Para qué la llamará por teléfono el máximo jefe de la policía de Zaragoza?» Se preguntó. Lamentó no tener a mano un vaso de agua, porque en ese instante sintió la boca pastosa. Solo esperaba que la conversación no se demorara en exceso, ya que le costaría mantener el tono de voz durante mucho tiempo.

—Inspectora Gretel —la nombró en cuanto se puso al aparato. La voz de Miranda sonó grave—. La llamo personalmente para ordenarle que se dirija de inmediato, a la mayor brevedad posible, al pueblo de Alerre.

—¿Es una broma?

—No. No es ninguna broma. Precisamente por eso la llamo yo, para que entienda la gravedad del asunto. Debe usted ir a Alerre ahora mismo. Allí la esperan.

—Hace treinta años que no voy a Alerre —comentó la inspectora, con la duda de que realmente no le estuviera tomando el pelo algún compañero de su promoción o de la comisaría de Zaragoza.

Gretel recordó que ese día, justamente, se cumplían treinta años desde que desapareció toda su familia. Y desde entonces no había regresado, nunca, al pueblo donde nació.

—Se ha cometido un crimen —siguió hablando Miranda—. Hay dos patrullas allí, en la calle Hermanos Grimm. Y acaba de llegar un subinspector de Huesca. Se llama Abel y, en cuanto usted llegue, la pondrá al tanto de lo sucedido.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Gretel, con cierta ilusión.

En ese momento pensó que la única noticia para que la llamara directamente el jefe Miranda, era que hubiera aparecido su familia. Sí, claro. De eso se trataba, habían encontrado finalmente los cuerpos de su madre, su hermano y su abuelo. Y por eso quería que ella estuviera presente. Después de treinta años, al final se sabría qué ocurrió, porque en los restos se vería cómo murieron y en qué circunstancias.

—Han asesinado a una adolescente de catorce años —respondió el comisario principal, sin cambiar en ningún momento el tono de su voz —. Como ocurrió en 1980, el asesino ha recreado un cuento de hadas. En esta ocasión se trata de Caperucita.

—Caperucita —musitó Gretel.

—Está tendida en su casa y al lado hay un vestido rojo, con capucha. Pero lo peor es que el asesino le ha abierto el estómago y se lo ha llenado de piedras.

—¡Dios! —exclamó Gretel.

—¡Vaya allí! ¡Diríjase a Alerre y encabece la investigación! Desde aquí le daremos todo el apoyo que necesite.

—¿Por qué yo?

—Porque el gobernador quiere que lo investigue la policía nacional y en la comisaria de Huesca no disponen de personal suficiente. Me ha llamado el comisario y me ha pedido un refuerzo para el subinspector con el que usted trabajará.

—Sí, pero… ¿por qué me ha escogido a mí?

—Como sabrá, inspectora, las órdenes se cumplen, no se discuten —zanjó la conversación el comisario principal—. Cualquiera que hubiera elegido para desplazarse a Alerre me podría haber hecho esa misma consulta. Yo no tengo que darle explicaciones de mis decisiones.

Después, Gretel solo escuchó la voz de la secretaria, dándole instrucciones rápidas sobre un apartamento que pondrían a su disposición en Huesca. Y el trámite de una orden de viaje y una comisión de servicio.

La inspectora mantiene en su memoria la primera conversación que tuvo con el subinspector Abel, a quien le asignaron para que colaborara con ella en la resolución del que bautizaron como el crimen de Caperucita.

Con torpeza, alarga el brazo y busca el interruptor de la lámpara. Se acostó el lunes 30 de julio por la noche, sobre la una de la madrugada, después de que estuviera media hora cambiando el canal del televisor de la habitación. Hasta que cenó un bocadillo, que compró en un bar de la Plaza Cervantes, estuvo repasando el atestado y las diligencias que tramitó la guardia civil diez años antes, en 1980, cuando investigaron el crimen de La Cenicienta. El sargento Ortega se dedicó a tomar declaración a todos los que vieron por última vez a la adolescente, Andrea; a sus hermanas, Claudia e Inmaculada; y a la madre, Catalina. Es un atestado confuso, y muy mal redactado, sin llegar a ninguna conclusión, sin apuntar a ningún sospechoso, sin determinar ningún móvil creíble que explique por qué un buen día alguien decidió asesinar a una adolescente, recreando un aterrador cuento de hadas. No recuerda nada más, por lo que se debió quedar dormida. Y esta noche ha soñado con Alerre, con su hermano, con la casa de los alemanes y con el pozo, donde su hermano fumaba cigarrillos a escondidas. No quiere sentir lástima de sí misma, porque sabe que sueña constantemente con su niñez. Continuamente recrea

conversaciones con su madre, con su padre, con su hermano y con su abuelo. Recorre la casa de chocolate de punta a punta. Va a la piscina. Y camina por los senderos que envuelven el pueblo.

La luz de la lámpara resplandece bajo la pantalla de color beige. El reloj despertador le ha traicionado y no ha disparado la alarma, que programó a las ocho. Asustada, comprueba que ya son las nueve y media. Entonces se percata de que lo que está sonando es el teléfono sobre la mesa del salón, en la habitación de al lado. Salta de la cama con celeridad y camina, descalza, tropezando con la puerta y fracturándose el dedo meñique del pie derecho.

—¡Hostia puta! —grita colérica—. ¡Jodidas puertas!

El teléfono deja de sonar y Gretel cojea hasta el baño. Sabe que en unos minutos se le amoratará el dedo.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

El tono del teléfono se reactiva y la inspectora está a punto de no cogerlo. Se ha dormido y, si descuelga, su interlocutor sabrá, por su voz, que se acaba de despertar. Si no lo coge, podrá decir que estaba fuera del apartamento. Se lava la cara en el lavabo y contempla el dedo meñique, cuyo color ha comenzado a oscurecerse. Sabe que está roto, porque no es la primera vez que se lo rompe. Sobre el bidé hay un botiquín de color blanco, que pende de la pared. Abre la puerta y coge un rollo de esparadrapo. Corta un trozo con unas tijeras que hay en el mismo botiquín y ata el dedo pequeño con el de al lado, inmovilizándolo. Se sorprende de que el botiquín esté completo, ya que lo normal en esos apartamentos para policías es que no haya nada, porque el que estuvo antes que ella se lo llevó. Es conocida la capacidad de los policías, que van de un lado hacia otro, de arrasar con todo lo que pueden. Le contaron el caso de un comisario que se llevó hasta las pilas del mando a distancia del televisor.

El teléfono vuelve a sonar. Sea quien sea, el que llama, está desesperado por contactar con ella. Calcula que su voz ya se habrá aclarado, desde que se despertó. Carraspea para estar segura y descuelga el auricular.

—Sí.

—¿Gretel?

—Sí. ¿Quién es?

—No te he visto por comisaria —habla el comisario Muñoz, con tono cordial.

La inspectora reconoce su voz. Mira el reloj de muñeca y comprueba que ya son las nueve cuarenta. Es imperdonable que a esa hora no esté trabajando en el asesinato de Caperucita, cuando el subinspector, está segura de ello, debe llevar desde las siete en pie. Ella es una mujer y, por lo tanto, tiene que demostrar su valía. Mientras que un hombre policía no ha de demostrar nada, porque se le

supone.

—Me he entretenido en llenar la nevera —miente—. Ya que tengo que estar varios días, he aprovechado esta primera hora para abastecerme. En cuanto lo coloque todo, voy para allá. ¿Está usted en comisaría?

—No, espera —la interrumpe el comisario Muñoz—. El motivo de mi llamada es porque he hablado con Ortega, el sargento de la guardia civil. ¿Te acuerdas que me dijiste que querías hablar con él?

—Sí. Sí.

—Dice que colaborará contigo con mucho gusto. ¿Tienes papel y boli?

Gretel mira a su alrededor, pero no ve nada de lo que le ha pedido el comisario.

—Deme un segundo. —Sin dejar de cojear, entra en la habitación y localiza su bolso con la mirada. Aparta la pistola y coge una agenda pequeña, en cuyo lateral lleva incrustado un bolígrafo—. ¡Dígame! —le dice al comisario, en cuanto regresa al teléfono.

—Vive en Almudévar, en la calle del Molino.

—¿Qué número?

—Es una calle corta, donde solo hay una casa. O sea, que no tiene pérdida. Me ha dicho que estará toda la mañana allí. Pasa, habla con él y a ver qué te puede contar.

Gretel cuelga como respuesta. Se sienta en una de las dos sillas que hay en el comedor, al lado del teléfono.

—Ortega —musita, pensativa.

Recuerda a ese hombre de cuando desapareció su familia. Entonces era un barrigón de unos cuarenta años y llegó a la casa de chocolate la mañana siguiente del fin de las fiestas de Alerre. Para ella no es más que una pieza del pasado con la que tiene que reencontrarse. Como un mal recuerdo que nos atormenta. Va a ocurrir lo que lleva treinta años queriendo evitar que ocurra, que el pasado vuelva. Lo harán el alcalde, el médico, la calle Hermanos Grimm, la plaza, la fiesta y el sargento Ortega. Pero no volverán las personas que se fueron para siempre: su madre, su hermano y su abuelo.

En los bajos del mismo bloque, donde tiene el apartamento que le ha negociado la policía, hay un garaje donde caben cinco coches. Su Renault 5 está aparcado, desde la tarde del domingo, en la plaza que coincide con el número del modelo de su coche, el 5.

En veinticinco minutos está aparcando en la misma puerta de la única casa que hay en la calle Molino, de Almudévar, tal y como le ha dicho el comisario. Es una casa de una sola planta. Exteriormente no se ve muy grande, puede que ni siquiera tenga sesenta metros cuadrados. Se distingue que, por la parte trasera, hay una salida. Gretel piensa que seguramente allí habrá un huerto o un jardín.

Aunque, de lo que recuerda del sargento de la guardia civil, está segura de que lo que habrá será un patio, una mesa, una silla, y una nevera con cervezas.

Llama a la puerta. Son las diez y media de la mañana del martes 31 de julio de 1990 y en la calle no hay nadie. Está tan vacía como lo estuvo su calle cuando desapareció su familia. Como lo estuvo la calle de La Cenicienta, cuando la asesinaron. Como lo estuvo la de Caperucita cuando le rajaron el estómago y se lo llenaron de piedras. Las calles silenciosas son las que atraen a la muerte, para que transite por ellas con ausencia de miradas indiscretas que la coarten.

La.

Puerta.

Se.

Abre.

Lo primero que piensa Gretel, al ver el cuerpo con forma de peonza de ese hombre, es el recuerdo que le viene a la cabeza de los mesoneros de la Edad Media, cuando sirven jarras de vino y patas de cabrito en tabernas de paredes ennegrecidas. Un asomo de sonrisa burlesca le surge de sus labios apretados, cuando se pregunta si ese hombre fue capaz de investigar algo en el pasado.

—¿Es usted la inspectora de Zaragoza? —pregunta el guardia civil, a modo de saludo.

—¿El señor Ortega, supongo?

¿Y qué puedo hacerle, si tengo pesadillas?
Los tres pelos de oro del diablo

—Ha venido usted pronto. No hace ni una hora que he estado hablando con su comisario, Muñoz. Buen tipo —comenta, por lo que Gretel sabe que ellos dos ya se conocen—. Pero… Pase, por favor. No se quede ahí, parada.

La expresión de Gretel es de fastidio. Quizá ese guardia civil es demasiado mayor, y excesivamente carca, como para sacar algo en claro hablando con él.

—He venido en cuanto me ha llamado el comisario.

Ortega peina con la vista la silueta de Gretel, desde sus ojos verdes hasta sus pies, calzados con unos zapatos negros de cordones.

—Está usted en la mejor edad para una policía —asegura, sin separar la vista de sus zapatos—. Ya no es joven, pero sí lo bastante madura como para investigar con eficacia. ¿Cuántos años tiene?

—Treinta y nueve.

—Todavía es una treintañera. Tiene suerte, porque sigue siendo una palabra amable. Dentro de un año será una cuarentona, una definición que ya no es tan afectuosa. Y cuando llegue, si llega, y sea una septuagenaria, entonces le pasará como a mí, que se dará cuenta de que ha envejecido y nada de lo que diga será tenido en cuenta. A los viejos no nos hace caso nadie.

La inspectora circula detrás de Ortega, mientras caminan por un largo y estrecho pasillo, que desemboca en un huerto de aspecto descuidado, que está en la parte trasera de la casa. Es tal y como se lo imaginó, cuando aparcó el coche en la calle: un terreno, lleno de hierbajos; un rectángulo de cemento de unos seis metros cuadrados; una robusta mesa redonda, con mosaico de piedra natural; una silla de plástico de color blanco, como la de las terrazas de los bares; y un toldo tan diminuto que apenas cubre la mesa, sobre la que hay una taza de café vacía.

—¿Una herida de bala? —le pregunta Ortega, señalando con su barbilla hacia la pierna—. Aunque creo que eso sería demasiado romántico —sonríe cuando ya han llegado a la mesa del patio.

La inspectora sabe que se refiere a su cojera. No puede disimularla, aunque lo intente.

—Una herida de la puerta del cuarto de baño —fuerza una sonrisa —. Me he fracturado el dedo meñique. Ha sido esta mañana, pero ahora me duele más que cuando me he dado el golpe.

—Esos apartamentos de la policía son lo más parecido a un

cuchitril —comenta el guardia civil—. Hace unos años visité uno que había en Pamplona, en una investigación de terrorismo, y era una ratonera. Seguro que los pisos de los comisarios son diferentes —critica—. Perdone el desorden —le dice, acercando a la mesa una silla que hay al lado de una estantería de hierro, llena de garrafas de vidrio vacías—. Por aquí viene poca gente y eso hace que no sea cuidadoso con la decoración. ¿Le apetece tomar algo? ¿Una cerveza, un café, una copa de vino? No tengo otra cosa. Pero, si desea algo distinto, me puedo acercar a la tienda y comprarlo.

—No se preocupe, acabo de desayunar —miente, pero Gretel no quiere entretenerse en conversar con ese hombre—. ¿Usted fue el que llevó el peso de la investigación del mes de julio del año 1980 en Alerre? ¿Lo recuerda?

—¡Claro que lo recuerdo! Ese crimen lo recordaré mientras viva. —El sargento se sienta en la silla de plástico y le hace una indicación a la inspectora para que se siente en la otra, que tiene enfrente—. No se puede usted imaginar lo que supuso para mí esa mácula en mi expediente, después de treinta y cinco años de servicio. Fui incapaz de dar con el asesino y ni siquiera encontré un rastro fiable que me acercara hasta él.

—¿Hasta dónde llegó?

—Nunca había investigado un crimen así. Y nunca me había sentido tan impotente. ¿Sabe lo del cuento de hadas?

—¿La Cenicienta?

—Sí, La Cenicienta. El asesino recreó un espantoso cuento de hadas. Estranguló a una adolescente de dieciséis años en su cama. Al lado dejó un vestido azul, unos zapatos del mismo color, una inquietante máscara, como la de los carnavales de Venecia, y la figura de un zapato tallado de cristal. Ni una huella. Ni una pista. Ni un testigo. La cría estuvo esa noche, disfrazada, en las fiestas de Alerre. Por lo visto su madre no quería que ella fuera, pero se saltó el toque de queda disfrazándose y mezclándose con la multitud que había en la plaza. La madre y sus dos hermanas sospecharon que era ella, pero no fue hasta el día siguiente, cuando apareció el vestido al lado de la cama, que tuvieron la certeza de que la chica misteriosa era Andrea, que es como se llamaba. Bueno, supongo que ya conoce la historia. ¿No?

—Sí, es lo primero que he hecho: leerme el atestado que tramitó la guardia civil. Aunque, antes de venir aquí, ya había oído hablar de ese crimen.

—Me han dicho que han asesinado a una chica en circunstancias parecidas —comenta Ortega—. Prácticamente el mismo modus operandi, pero en vez de una Cenicienta, una Caperucita.

Gretel asiente con la cabeza.

—Sí. Es el mismo crimen, pero espaciado en diez años de diferencia. ¿Llegó a saber por qué el asesino actúa el último sábado del mes de julio de los años que terminan en cero?

—Esa es una de las primeras preguntas que me hice. Porque además tenía una referencia ocurrida veinte años antes, en 1960, cuando desaparecieron tres personas de una misma familia, precisamente ese mismo día, el último sábado del mes de julio. En aquella ocasión yo también fui el encargado de investigar esa desaparición, porque el grupo de judicial de la guardia civil es quien tenía la potestad de investigar este tipo de delitos en la población rural de la provincia. En esos años debería haber sido mucho más sencillo investigar una desaparición, porque las vías de escape de Alerre estaban acotadas. Estuve consultando los coches robados, por si la familia hubiera huido por carretera. En esos años casi no se robaban coches, no como ahora que se roban a diario, pero, al ser las fiestas de Alerre, había gamberros que no tenían ganas de hacer autostop o de coger el tren o el autobús, y aquella noche robaron cuatro coches: un Citroën 2 CV, un Renault Dauphine, un Citroën DS y un Volkswagen Escarabajo. Los cuatro aparecieron días después en Zaragoza, aparcados en la calle y sin síntomas de haber sido robados. Es un proceder habitual cuando los ladrones los utilizan para desplazarse. Los fuerzan, viajan en ellos, y los dejan bien aparcados, para que la policía tarde tiempo en detectarlos.

—¿Por qué relaciona la desaparición de 1960 con el crimen de 1980? —se interesa Gretel, estirando la pierna derecha por el lateral de la mesa de piedra, ya que siente las palpitaciones del dedo fracturado.

—Bueno, no lo he relacionado. Solo he dicho que hay puntos coincidentes, como que ambos hechos ocurrieron el mismo día. Además, las viviendas, tanto la de la antigua calle Aragón, que luego pasó a llamarse Hermanos Grimm al año siguiente, y la de la calle Baja, están a una distancia parecida del ayuntamiento. Lo cierto, y me dará la razón, es que tanto la desaparición, como los crímenes de las adolescentes, parece un juego de esos que salen en las películas. ¿Sabe a qué me refiero?

—¿Un juego de rol?

—Sí, exacto. Yo, como comprenderá, tengo ya una edad como para entender esas cosas. Pero, durante los meses que duró la investigación, estuve hablando con mucha gente, algunos agentes jóvenes de la unidad central de Madrid.

—¿La UCO? —interrumpe la inspectora.

—Sí. Bueno, ahora la llaman así, pero en 1980 no existía esa unidad como tal, aunque ya había agentes especializados que colaboraban con las unidades provinciales, como la mía, cuando los

necesitábamos. El crimen de la adolescente de la calle Baja tenía todos los ingredientes como para ser un juego de rol. El criminal asume un papel e interpreta a un personaje imaginario, en este caso, dentro de una historia que él recrea.

En la mente de Gretel está el crimen de Caperucita y piensa que Ortega quizá tenga razón.

—Interesante —le dice—. ¿Y esa hipótesis encajaría también en la desaparición de 1960?

Ortega la mira con cierta desconfianza. Sus ojos se clavan en la verruga que sobresale por debajo de la aleta derecha de la nariz de la inspectora. Piensa que debe sentirse orgullosa de ella, porque quemar esa verruga sería sencillo para un dermatólogo. Gretel, por su parte, está tan acostumbrada a que la gente con la que conversa se fije en ella, que ni siquiera le presta atención.

—Nunca relacionamos las desapariciones de 1960 con el crimen de 1980. A no ser que usted lo haya hecho ahora. Vimos que había elementos concordantes, pero no los suficientes como para asegurar que se trataba del mismo caso. En 1960 desaparecieron tres personas, y ahora hay un asesino que ha acabado con la vida de dos crías.

—Siempre que habla del número de autores —interpreta la inspectora—, habla de uno. ¿Entiendo que usted está seguro de que solo un hombre pudo asesinar a La Cenicienta?

—No lo estoy. Porque en estas investigaciones sin resolver, uno nunca está seguro de nada. Pero todo indicaba que solo fue un autor. Y sabemos que fue un hombre, por la fuerza necesaria para estrangularla. Un hombre planificó el escenario, entregándole el vestido azul a la chica y engañándola para que fuese a la fiesta con ese vestido, los zapatos y la máscara. Luego la asfixió y desapareció como si nunca hubiera existido.

Ortega enmudece de repente y se queda mirando a los ojos de la inspectora. Y seguidamente observa otra vez la verruga que tiene al lado de la aleta de la nariz.

—¡Por Dios! —exclama—. ¡Hay que joderse! ¿Usted es Gretel? ¡Claro! Tenía nueve años cuando desapareció su familia y ahora me ha dicho que tiene treinta y nueve. Han pasado treinta años de aquello.

La inspectora comprende que el comisario no le dijo que ella era la niña de la desaparición de 1960.

—Sí, soy Gretel —acepta—. Pensaba que lo sabía.

—Sabía que eras policía —empieza a tutearla con familiaridad—. Y que estabas destinada en Zaragoza. Conocía a Diego, el sereno, y también conozco a su hermana, Verónica. Alguna vez, cuando vinieron por Alerre, me hablaron de ti y de tus progresos. Pero… ¿Cómo es que estás aquí?

—Me han enviado a investigar esta última muerte. Pero no se

distraiga, por favor. Necesito saber qué averiguó del crimen de La Cenicienta. Toda la información que me aporte, de los avances que usted hizo, será muy importante para mí, porque así no empezaré de cero.

—Mira, Gretel, una de las primeras cosas que hice, cuando me encargué del crimen de La Cenicienta, fue buscar hechos similares, relacionados con los cuentos de hadas, ocurridos antes del mes de julio del año 1960, más de veinte años atrás, cuando desapareció tu familia. Y no encontré ninguna coincidencia. Lo que significa que el primer caso relacionado con los cuentos fue el de tu madre, tu hermano y tu abuelo. Nunca, ni en la provincia, ni en el Estado entero, había ocurrido algo así.

—Da por hecho que a mi familia los asesinaron.

—No, no. Solo me estoy refiriendo a los cuentos de hadas —replica enérgico—. A nadie se le escapa la relación que tenía tu madre con esas historias. Preguntando a los compañeros de la unidad central, sacamos, vía Interpol, que había constancia de una desaparición muy similar, ocurrida en una población de Estados Unidos, en el año 1958, un par de años antes que la de tu familia. En este caso creo que fue en diciembre, cerca de las fiestas navideñas. Desapareció una familia al completo: el padre, la madre y sus tres hijas. El padre y la madre, no lo recuerdo bien, creo que tenían unos cincuenta años. Y las hijas iban desde los catorce, la mayor, a los once, la más pequeña.

—Casi como mi hermano y yo —interrumpe la inspectora.

—Sí. Eso es lo primero que pensé cuando lo supe. En este caso, el que se salvó fue el hijo mayor, que tenía veintiocho años, y estaba prestando servicio en el ejército. Pero… ¿ves la coincidencia? Una familia desaparece sin dejar rastro y solo se salva un hijo. Y, porque no viajaba con la familia, sino también habría desaparecido. Como tú, que te salvaste porque no estabas en la casa.

—Supongo que habrá más casos parecidos —corrige Gretel, restando importancia a la desaparición de su familia, y buscando alejar esa hipótesis de los dos últimos crímenes—. En el período de formación en la policía he estudiado desapariciones de familias enteras.

—Sí, pero siempre hay un motivo, como te he dicho antes. Dinero, venganza, deudas, envidias… Y, aunque no se hayan resuelto, los investigadores han tenido un hilo o varios de donde tirar. Pero aquí, tanto con tu familia, como con La Cenicienta, todo estaba correcto. Imagino que a ti te pasa lo mismo ahora, aunque acabas de aterrizar. Pero, por lo que sé, este último caso es calcado al de 1980.

Gretel presiente que Ortega quiere decirle algo, pero no termina de animarse a hacerlo.

—Siempre hay un motivo para todo —proclama.

—En 1960 los ingredientes estaban ahí y solo tenía que unirlos. Una mujer obsesionada con los cuentos. Una casa de chocolate. Unos hijos llamados Hansel y Gretel. Si nos ponemos a buscar, seguro que hay muchas más coincidencias que se nos pasaron por alto en su momento. Pero con estas, las primeras, ya es suficiente como para señalar el 30 de julio de 1960 como el punto de partida de los crímenes que se repiten cada década. ¿Dónde está tu madre, tu abuelo y tu hermano? —interroga, clavando los ojos en la frente de Gretel—. Y, a diferencia del caso estadounidense que te he contado antes, aquí se repitió lo mismo en 1980 y ahora en 1990 —insiste—. ¿Eh, dónde está tu familia?

La inspectora se encoge de hombros.

—Ellos murieron —responde—. Y no hay nada, absolutamente nada, que relacione aquella triple desaparición con los dos crímenes. Me molesta que insista tanto, cuando me tengo que centrar en esa última muerte, la de Cenicienta.

—Así lo creemos, que murieron. —Ortega insiste en la desaparición de la casa de chocolate—. Para que se pueda declarar fallecida a una persona desaparecida deben haber transcurrido, según la ley, diez años desde que se comunique la desaparición. Aunque en casos de naufragios o accidentes aéreos, en los que no han podido recuperar los cuerpos, el plazo es de ocho días. Tu familia está muerta según la legislación, porque no se encontraron los cuerpos. ¡Jamás! —grita de repente, asustando a Gretel—. Lo que significa que ya empezamos en su día con mal pie. —Ortega le hace un ademán con la mano para que la inspectora se acerque más, como si tuviera que confesar una confidencia— ¿De verdad no te apetece tomar nada?

—No tardaré en irme —se excusa—. Tengo mucho trabajo.

Un grupo de moscas revoltosas se arremolinan sobre la mesa, al lado de la taza vacía de café, cuyo azúcar se ha secado en el poso. Gretel arruga la frente en señal de repugnancia, pero el guardia civil no puede verla porque se entretiene espantando las moscas con la mano.

—¿Has hablado con Antonio? —le pregunta de improviso.

¡Tonto de árbol!
De puro viejo,
la hierba le crece en el cuerpo.
El alforfón

—¿Antonio el barrendero? —pregunta a su vez la inspectora.

—Sí, ese mismo.

Gretel sabe a quién se refiere, porque precisamente estuvo hablando con ese hombre el domingo por la tarde.

—¿El tío que dice que vio un esqueleto cuando desapareció mi familia?

El sargento Ortega encoge la nariz.

—Ya veo que has hablado con él. Y eso que me aseguró que no se lo contaría a nadie más, para que no creyeran que está loco. Pero ya sabes cómo funcionan estas cosas, y más en los pueblos. Se cuenta un secreto, solicitando que no se cuente. Y este se lo cuenta a otro. Y este a otro. Y al final deja de ser un secreto, porque todo el mundo lo sabe. Por aquí los conocemos como secretos a voces. Sí, el esqueleto que vio la tarde que desapareció tu familia, arrastrándose por la pared. No te comentaría nada, si no fuera porque Antonio no fue el único que lo vio. Y cuando algo lo ve más de una persona, entonces comienza a tener visos de veracidad.

La inspectora cambia el rictus de su cara.

—¿A qué se refiere?

—En 1980, cuando asesinaron a La Cenicienta, un testigo vio algo parecido.

—Puede ser una alucinación. Tanto en el caso de Antonio, como en la de ese otro testigo del que me habla.

—¿Dos personas distintas aseguran haber visto lo mismo en dos espacios de tiempo distanciados veinte años?

—No tengo ninguna duda, Ortega —asegura la inspectora—. Es una sugestión muy característica en poblaciones pequeñas donde todo el mundo se conoce e interactúa. Antonio lo debió contar en 1960, de la misma manera que me lo contó a mí el domingo, y alguien que lo escuchó se ha dejado llevar por el pánico y ha reproducido la misma visión.

Ortega se pone de pie con dificultad y se gira, abriendo la puerta de un armario que hay a su espalda. Del interior saca una botella sin etiqueta y un vaso usado, del tamaño de una taza de café, dejándolo sobre la mesa. Seguidamente descorcha el tapón y llena el vaso hasta la mitad. Por el olor, Gretel sabe que es anís. Y lo bebe de un solo

trago.

—¿Y si te dijera que ese testigo soy yo? Yo fui el que vio ese esqueleto en 1980. No te lo quería contar. No hasta que no te mirase a los ojos y viera que me crees y que no piensas que soy un pobre loco que ha perdido el juicio con la edad. Te puedo asegurar que no estoy senil, ni alcoholizado, ni tengo afán de protagonismo, solo quiero que sepas que lo que te voy a contar es lo que vi y que no me he contagiado con la historia de Antonio, ni con otras similares que me hayan podido describir. —La inspectora lo anima con los ojos a que siga hablando—. Como investigadores sabemos que, para descubrir a un asesino, tenemos que desvelar el motivo que lo llevó a matar. Siempre hay un motivo —insiste mientras respira con fuerza, como si le faltara el aire—. El motivo criminal es el único criterio imparcial que nos lleva hasta el asesino. Si damos con el motivo por el que alguien asesinó a La Cenicienta y, ahora, a Caperucita, sabremos quién es el autor. Pero, y eso es lo que me trajo de cabeza entonces, ¿qué motivo tendría alguien para asesinar a una adolescente?

—¿Y cuál es el motivo de las dos muertes? —pregunta la inspectora, echándose un poco a su izquierda para evitar el fuerte olor del anís que viene tanto del vaso como de la botella abierta.

Gretel no quiere insistir en lo de la visión del esqueleto, como le dijo Antonio el barrendero, porque adentrarse en esa hipótesis supondría una desviación peligrosa de la investigación. El peor error de un detective es dejarse llevar por las explicaciones sobrenaturales.

—Yo no he ido a West Point, como tú —dice refiriéndose a la academia de policía—. Pero me instruí durante treinta y cinco años, pateando la calle. La universidad de la vida, la mejor y más completa universidad que existe. —Justo acaba de hablar y se bebe el vaso de anís de un solo trago—. En el asesinato del cuento de hadas, que investigué en 1980 —Gretel sonríe—, no encontré ningún motivo que justificara la muerte de esa chica. A no ser la recreación de un cuento de hadas que, en vez de acabar bien, acaba mal.

Los ojos de la inspectora se agudizan, mientras el guardia civil llena otro medio vaso de anís. Gretel teme que se emborrache y que su dicción pierda fluidez.

—¿Tiene café? —pregunta de sopetón.

La inspectora busca romper el ritmo que parece haber cogido el sargento con la bebida. Presiente que le quiere decir algo relacionado con esa aparición, pero que no se atreve a hacerlo hasta que haya bebido lo suficiente como para insuflarse el valor necesario.

—Sí, lo tengo hecho de esta mañana. Pero puedo poner a calentar un cazo y estará listo en un minuto.

—Se lo agradezco.

Ortega se dirige a la cocina, que está al lado de la puerta de

entrada de la casa, y la inspectora lo sigue. En el trayecto le llega el tufo del anís, mezclado con sudor. Por lo menos, medita, ha conseguido, aunque sea por un rato, alejarlo de la botella. La expresión del guardia civil en ese momento es de ilusión. Por lo visto está contento de que toda una inspectora de la policía nacional acepte su hospitalidad y le preste atención.

—Las cuestiones sentimentales suelen estar relacionadas con la familia y con los lazos de unión entre familiares —habla Ortega, mientras vierte el café de la cafetera italiana en un cazo que pone a calentar en el fuego—. En el asesinato de La Cenicienta coincidieron muchos motivos relacionados con la familia, como la pena de una madre y unas hermanas.

Ortega prepara dos tazas de café, que ha cogido de un escurreplatos.

—¿Azúcar?

—Una cucharilla.

—¿Crees en Dios?

Gretel se espera a que el guardia civil vacíe el café del cazo en su taza. Remueve el azúcar, deprisa, como si tuviera ganas de bebérselo e irse cuanto antes. Siente que la conversación no solo no le aportará nada, sino que le hará perder un tiempo precioso que podía haber dedicado a seguir con la investigación del último crimen.

—No —niega tajante.

—Los cuentos de hadas son adaptaciones modernas de historias antiguas, que en la actualidad no se cuentan tal y como ocurrieron. Por ejemplo, en Hansel y Gretel, la historia tiene su origen en la dureza de la vida de la Edad Media. Fueron años de hambrunas, enfermedades, guerras y muerte. El infanticidio era una práctica muy extendida y los padres de los dos hermanos abandonan a sus hijos en el bosque, porque no pueden alimentarlos. En la versión moderna, la francesa, quien captura a los niños es una bruja malvada. La eligieron a ella porque la bruja es un arquetipo que se repite en los cuentos, en contraposición al hada madrina. Pero en la versión medieval, quien captura a los niños es el mismísimo Diablo. ¿No te das cuenta, inspectora? Ni una pista, ni un rastro, ni una prueba, ni un error por parte del autor… Durante diez años hay alguien que, en el mismo día, ejecuta a unas crías relacionadas con los cuentos de hadas.

Gretel sorbe el café, ya frío, de un solo trago. En el poso se queda el azúcar no disuelto.

—¿Qué me quiere contar, sargento? Lleva un rato dándole vueltas a algo. Dígame lo que sea y yo decidiré si es importante para la investigación o no.

—Está bien. —El guardia civil se sienta en la única silla que hay en la espaciosa cocina—. En noviembre del año 1980 había llegado al

límite con la investigación del crimen de La Cenicienta. En cuatro meses no fui capaz de avanzar nada. Si has leído el atestado, habrás visto que no sacamos ni una huella, ni un testigo fiable, ni un sospechoso, ni un motivo, ni un rastro que nos permitiera acercarnos, aunque solo fuese por aportar algo con qué saciar a los políticos. El gobernador civil presionaba al teniente coronel, que a su vez apretaba las tuercas al comandante y este me llamaba semanalmente y me preguntaba cómo iba la investigación de La Cenicienta. Una noche de final de año, antes de que se diera carpetazo a la investigación…

—¿Carpetazo a un asesinato? —interrumpe la inspectora.

—Ya sabes a qué me refiero. No se puede estar investigando un crimen, por muy atroz que sea, durante meses, y sin resultados. Hay otros delitos que también requieren nuestra atención. El crimen de La Cenicienta se fue arrinconando porque había otros delitos que requerían de los pocos recursos humanos de los que dispone la guardia civil. Para el mes de noviembre nos limitábamos a esperar el resultado de alguna prueba de laboratorio o de alguna tienda donde podrían haber sacado el vestido de la chica. O de algún vidriero, al que le encargaron el zapato de cristal. El resto de la jornada lo invertíamos en avanzar en otras denuncias.

—Entiendo —se disculpa Gretel.

—Como te iba diciendo, una noche próxima a final de año, no recuerdo si sobre la primera semana de diciembre, dejé aparcado el coche en la plaza de Alerre y me fui caminando hacia la vía del tren. Me habían comentado que esa vía la desarmarían en no demasiado tiempo, ya que querían dejar un camino rural para senderistas. Y con la desaparición de la vía, finalmente derribarían la casa de los alemanes. Tú eras muy niña, pero recordarás que Verónica insistió en que esos alemanes tuvieron algo que ver en la desaparición de tu familia. —Gretel asiente—. Ya los investigué entonces, pero pasé por la casa en un intento de encontrar algo que se me hubiera pasado en 1960. Seguramente te parecerá una estupidez, pero cuando nos atascamos es bueno regresar sobre nuestros pasos y mirar todo de nuevo. Pensé que quizá me había dejado algo, algún detalle, por pequeño que fuese, en la desaparición de tu familia. Me pilló la noche, porque esos días anochece pronto. La casa de los alemanes la derribaron al año siguiente, en 1981, coincidiendo con el desmantelamiento de la vía, y habían desalojado a unos mendigos que se instalaron allí en los últimos meses. Antes, en la década de los setenta, pasaron muchas personas por allí. Desde un grupo de adolescentes que aprovecharon que esa casa estaba en un lugar apartado para ir a fumar porros y organizar botellones, hasta alguna pareja que aprovechó para aparcar el coche en la parte trasera y, bueno, lo que hacen las parejas. Accedí con una linterna de la guardia

civil, con una luz potente, y recorrí las habitaciones de la planta de abajo. Las de arriba no me atreví, porque las escaleras estaban destrozadas y desde el salón se veía alguna viga de madera del techo que sobresalía. Pensé que, si subía, corría el riesgo de que se cayera el techo y me quedara sepultado debajo de los escombros. Entonces, cuando estaba en lo que sería el salón de la casa, fue cuando escuché un crujido. Como el que haría una persona cuando pisa una rama seca. Inmediatamente apunté la luz de la linterna hacia la dirección del sonido. Seguramente no me creerás, como te he avanzado antes, pero te aseguro que allí había un esqueleto. El haz de luz de mi linterna rebotó contra una figura humanoide, pero con los ojos sobresaliendo desde el interior de la cabeza. Instintivamente me eché la mano a la espalda, buscando mi pistola. Pero soy un guardia civil de pueblo, poco acostumbrado a ser un pistolero, y el arma la había dejado en la guantera del coche, ya que cuando conduzco la dejo allí porque se me clava en la cintura.

Cuando termina de hablar, Gretel se queda en silencio, con la mirada perdida en el suelo. No sabe qué decir.

—Es una historia muy parecida a la que me contó Antonio, el barrendero.

—Sí. Lo sé —acepta el sargento—. Pero lo que yo te he contado es la verdad.

—¿Y qué ocurrió después?

—Se desvaneció.

—¿Desapareció?

—Algo así. Cuando me quise dar cuenta, ya no estaba. Si alguna vez has estado en una situación parecida, verás como no tienes tiempo de que tu cerebro procese lo que ha visto. Salí de la casa, apuntando la linterna en todas direcciones, con la adrenalina circulando a toda velocidad.

—¿Y qué conclusión saca de eso, Ortega?

—¿De qué?

—De la presencia de ese espectro.

—Entiendo que te burles —le reprocha a la inspectora—. Pero ya te he dicho que te contaría lo que vi, aunque pienses que estoy loco.

—Nunca me burlaría de algo así —contraviene Gretel—. Su historia es muy parecida a la de Antonio, por lo que tengo que darle visos de veracidad. Aunque no tiene por qué ser un espíritu, puede ser alguien disfrazado. Lamento no corroborar su hipótesis, pero soy una policía empírica y me niego a creer en cosas que no son de nuestro mundo. Un espíritu jamás hubiera asesinado a unas adolescentes —sentencia.

¡Largo de aquí ahora mismo, niña!
Ricitos de Oro y los tres osos

—Solo quería que vieras que quizá el motivo de las muertes no es humano. Hay muchas cosas que desconocemos. ¿No me digas que no has oído hablar de las realidades paralelas? Quizá lo que nosotros conocemos como cuentos de hadas, son la realidad. Y somos nosotros los que vivimos en un cuento. Y de vez en cuando, cada cierto tiempo, alguien se escapa de un lado y viene al nuestro a recordarnos en qué parte del cuento estamos.

Gretel deja caer sus ojos cansados sobre la copa vacía de anís, que brilla sobre la mesa.

—Yo no creo en brujas. Y, sinceramente, me sorprende que un investigador experimentado como usted, crea en esas cosas. Eso es dejarse llevar al huerto por el asesino, que es lo que quiere hacernos creer. No hay misterio en una muerte, más allá del que nosotros queramos darle. Cenicienta o Caperucita, son cuentos. Los asesinos en serie siguen pautas que se marcan dentro de su enajenación. Y este, es una obviedad, se deja arrastrar por los cuentos clásicos. Supongo que a nadie se le ha escapado que los dos cuentos son de los mismos autores, los Hermanos Grimm.

El sargento bascula la cabeza, aceptando la explicación de la inspectora.

—Lo tuve presente con La Cenicienta. Y también que tu madre insistió para que la calle Aragón de Alerre se llamara Hermanos Grimm. Quizá su muerte decantó la balanza a su favor, porque, finalmente, en el año 1961, un año después de que desapareciera, el gobernador aceptó el cambio de nomenclatura, después de leer la petición del ayuntamiento, y cambió el nombre de la calle.

—Por sus palabras, parece como que sugiera que la desaparición de mi familia fue deliberada para forzar el cambio de nombre de la calle.

—Siento que hayas entendido eso, porque no es lo que he querido decir. Es un hecho que, en homenaje a tu familia, se cambió el nombre de la calle. Pero eso no tiene nada que ver con que ellos hubieran tenido algo que ver —redunda—. O, dicho de otra forma, que la desaparición fuese por ese motivo. Yo estuve en la reunión del ayuntamiento donde se aprobó la moción. Hacía unos meses que desaparecieron y, aunque no se habían declarado muertos oficialmente, nadie apostaba porque siguieran vivos. La única heredera de la casa de chocolate, legalmente, eras tú. Pero no la

heredarías hasta que cumplieras dieciocho años. El albacea de la herencia era Diego, el sereno, porque el proceso de adopción, aunque irregular, así lo determinó. Fue él, precisamente, el que decidió, en 1968, cuando cumpliste los 17 años, que se derribara la casa de tus padres. ¿Lo sabías?

—Sí. Lo estuvimos hablando. Me dijo que, puesto que yo nunca iba a regresar a Alerre, lo mejor era que se derribara esa casa.

—Yo estuve en el derribo, junto con dos de mis hombres de judicial, porque queríamos examinarlo todo bien antes de que la destruyeran. Desde que desapareció tu familia, y tú te fuiste a Zaragoza, fuimos varias veces a revisar que no nos hubiéramos dejado nada sin mirar. La casa de tus padres la llegué a visitar más de una docena de veces. Desde 1960, hasta 1968, inspeccioné palmo a palmo todas las habitaciones y los muebles. Recuerdo que nos arrastrábamos por el suelo, martilleando la madera con la mano, por si hubiera algún trozo hueco de parqué. Y lo mismo en las paredes, donde golpeábamos con los nudillos. Pero la excavadora arrasó con todo y dejó el terreno tan vacío como el de la casa de los alemanes. El año anterior enviamos el Fiat 1800 de tu abuelo al desguace. Porque, desde que desapareció, que lo retiró la grúa y lo dejó en el Depósito Municipal de Huesca. El coche se llenó de polvo, hasta que solicitamos la orden para destruirlo.

—¿Qué ha ocurrido con el pozo?

—¿Qué pozo? —pregunta Ortega, sin saber a qué se refiere la inspectora—. En tu casa no había ningún pozo, que sepamos.

—Me refiero a la casa de los alemanes. Solo la visité una vez, en compañía de mi hermano, pero recuerdo que en la parte trasera había un pozo; aunque estaba tapado.

—El pozo —murmura el sargento, como si se acabara de acordar de algo—. Sí, era un pozo de agua de unos treinta metros de profundidad. Lo perforaron en la época que construyeron la caseta del vigilante, para abastecer de agua a la casa. Pero enseguida lo taparon porque era un pozo ilegal. Por lo visto, el agua no estaba debajo, sino que la robaba de una veta de agua que abastecía el pueblo. Era algo muy normal, y lo sigue siendo, en la perforación de pozos. Desde hace un par de años, la Guardia Civil dispone del Servicio de Protección de la Naturaleza, el Seprona, que son los que vigilan y controlan el aprovechamiento del agua superficial y subterránea, realizando inspecciones regulares para localizar las extracciones ilícitas de agua. Ese pozo no se hubiera permitido, pero en la época que lo hicieron había muchas ilegalidades que las autoridades no veían, o no querían ver.

—¿Sigue ahí? —interroga Gretel.

—No, que va. Cuando derribaron la casa, una excavadora allanó todo el terreno. ¿No has vuelto a pasar por allí?

—El domingo, antes de ir a Huesca, desde Alerre, pasé con mi coche por delante. No hay nada.

—Nada de nada. Ya te digo, hace nueve años derribaron la casa y todo lo que contenía. Se había convertido en un peligro, ya que en cualquier momento se podía derrumbar sobre alguien y provocar un desastre. El pozo lo cegaron, rellenándolo con cemento. Trajeron una cuba de Huesca y en una mañana lo taponó por completo.

—Muchas gracias, Ortega, por la información, valiosa, que me ha aportado. Su conversación me ha sido muy útil, no tengo ninguna duda —se despide la inspectora.

El guardia civil la acompaña hasta la salida. En el pasillo se golpea con un hombro en la pared, aunque intenta disimularlo.

—Hay una cosa que se me olvida, y quería contarte. —Ortega se detiene justo antes de salir a la calle.

Gretel se para delante de él. Evita una mueca de dolor del dedo del pie.

—¿De qué se trata?

—En el atestado no se detalló, y no me preguntes el porqué, que en la base del tacón del zapato de cristal había una marca, posiblemente de fábrica.

Gretel lo mira con expectación.

—¿Qué clase de marca?

—Eran dos letras, que nunca supimos qué significaban. Estaban esculpidas en el mismo vidrio, como la marca que se hace en el oro, pero en el cristal. Y eran tan pequeñas que no se veían a simple vista, a no ser que uno se acercara mucho. Recuerdo que, al pasar el dedo por encima, se notaba.

—Eso significa que las marcas se hicieron en el momento de la fabricación —anota la inspectora.

Ortega se encoge de hombros.

—Ya te digo que no lo sé. Porque, a pesar de que consultamos a la mayoría de los fabricantes de vidrio de la provincia, ninguno reconoció haber fabricado ese zapato.

—¿Y ninguno les dijo dónde se pudo fabricar?

—No.

—En el atestado no habla de esas marcas —se queja Gretel—. Me lo he leído entero, de cabo a rabo, y no recuerdo nada de esas letras.

—El atestado de La Cenicienta era muy complejo —comenta el sargento—. Había muchos detalles, datos, declaraciones y gestiones. Piensa que estamos hablando de 1980 y no disponíamos ni de los recursos ni de los medios de que disponéis hoy día. Nos centramos no solo en las pistas fiables, sino en las que nos llevaran a algún sitio. Esas dos letras en el zapato de vidrio no significaban nada. O no lo significaban para nosotros. Si hubiéramos dado con el fabricante,

seguramente no habríamos llegado al vendedor. Y mucho menos al receptor último. Y en caso de hacerlo, que fuésemos capaces de localizar el horno donde se coció ese cristal, seguirle el rastro hubiera sido tan intrincado, que nos habríamos tirado meses sin ningún resultado. Tú le das importancia a las letras, porque te acabas de enterar. Pero si hubieras estado, como yo, en julio de 1980, no habrías perdido el tiempo en eso.

Gretel no se molesta en rebatir las aseveraciones del sargento.

—¿Qué letras eran?

—NT —responde Ortega—. Así, en mayúsculas y sin punto, por lo que descartamos que se tratase de unas siglas.

—NT —repite Gretel, sin encontrarle significado—. ¿Qué significa?

—En su día pensamos que quizá sería Nuevo Testamento, algo como una referencia religiosa. Pero teniendo en cuenta en el lugar donde estaban, seguramente sería una marca de fábrica. O puede que no significara nada. Es posible que el zapato se hubiera fabricado fuera de España, por lo que NT serían unas siglas extranjeras.

—Lo que me sorprende es que no lo hubieran comprobado —protesta la inspectora—. En un crimen donde no hay ninguna pista, cualquier pista debe ser tenida en cuenta. Y creo que dos letras es suficiente como para derivar una investigación y centrar recursos en ese sentido.

—Estuvimos haciendo gestiones para averiguar el origen, pero fueron totalmente infructuosas y nunca supimos qué coño significaban esas letras —se excusa el sargento—. Como te he dicho, miramos fabricantes de vidrio, vendedores de regalos, listas de boda y cualquier comercio que tuviera que ver con los zapatos, con el cristal o con los regalos. No pienses que nos estuvimos tocando los huevos.

—Yo no he dicho eso —se defiende Gretel.

—Pero lo has pensado, porque has dudado de que no lo hubiéramos comprobado.

—No lo reflejaron en el atestado.

—No. Y no fue por lo que tú piensas, sino porque creímos que era un detalle sin importancia. Uno de los agentes de policía científica dijo que seguramente esa marca sería de Arabia.

Gretel deforma la expresión de su cara en una horrible caricatura. Cuanto más habla con ese hombre, más se sorprende.

—¿Por qué de Arabia?

—Ese policía nos dijo que hay una zona neutral, cuyas siglas en inglés es NT, en la frontera entre Arabia e Irak. Pero me imagino que, si nos pusiéramos a buscar coincidencias, habría tantas que nos sería imposible investigarlas todas. En cualquier caso, al final no se dio con el fabricante del zapato, pero tampoco se creyó que fuese importante. Es como si diéramos con el fabricante del vestido o de la máscara y

resulta que hubiera fabricado miles de piezas iguales. ¿De qué nos serviría?

Gretel se despide de él y, cuando se sube al Renault 5, observa que Ortega ya se ha metido dentro de la casa y ha cerrado la puerta.

—¡Qué manera de perder una mañana! —exclama la inspectora, antes de arrancar el motor del coche y dirigirse a la escena del crimen.

Al apretar el acelerador recuerda, por el dolor, que tiene fracturado el dedo del pie derecho.

26. Demolición

Lunes 15 de abril de 1968

¿Qué te pasa, minino?
Que no tengo adónde ir.
Los músicos de Bremen

Una excavadora sobre orugas de la marca Liebherr aparcó frente a la casa de chocolate, en la calle Hermanos Grimm, la tarde del domingo 14 de abril del año 1968. La máquina se desplazó desde Huesca, donde estaba el almacén, custodiada por un vehículo de la guardia civil. El juzgado de instrucción número 1 autorizó finalmente el derribo de la casa, después de que unos meses antes hubiera decretado oficialmente el fallecimiento de Esmirna, Hipólito y Hansel.

Gretel tenía 17 años y fue informada por Diego y Verónica, pero delegó en ellos para cualquier trámite requerido antes del derribo.

—¿No quieres estar presente? —consultó Verónica, unos días antes de la ejecución judicial.

—No —rechazó Gretel, después de haberlo meditado durante los días anteriores, en el momento en que se lo comunicaron.

La casa había permanecido cerrada todo ese tiempo. El único que la visitaba, de tanto en tanto, era Diego, cuando las compañías que gestionaban el butano, el agua o la luz, necesitaban leer algún contador o realizar alguna tarea. Entonces, Diego, con la copia que tenía de la llave, les abría y se esperaba a que el operario correspondiente hiciese su trabajo. Al principio, durante el año 1961, visitó la casa al menos una vez al mes, para abrir las ventanas durante unos minutos. Quería mantener la vivienda ventilada, por si alguna vez Gretel decidía regresar a Alerre. En el patio trasero habían crecido los hierbajos, la madera se deslució, y algún vecino protestó porque, según dijo, había visto ratas. Pero Diego, en esas visitas esporádicas, procuraba echar matarratas en el interior, para evitar que se reprodujeran.

Ese lunes por la mañana la calle, tradicionalmente tranquila, se llenó de gente. Estaba el operario de la excavadora, dos albañiles que completarían el derribo, un camión volquete, el secretario judicial, el alcalde, el sargento Ortega, el sereno y Verónica. Fue precisamente esta última la que accedió a la casa a primera hora de la mañana y revisó que no quedara nada por recoger. Desde que desapareciera la familia de Gretel, la mujer, en compañía de su esposo, la había visitado en diferentes ocasiones con la intención de retirar cualquier objeto que fuese importante. Pero todos esos objetos, una vez los

revisó Gretel en el piso de Zaragoza, acabaron en la basura. La chica quería desprenderse de su pasado y para hacerlo tenía que empezar por desechar los recuerdos.

—En el trastero de nuestro piso hay sitio de sobra —le dijo Verónica—. No te deshagas de nada que luego, con el tiempo, te arrepientas.

Pero había objetos de su familia que nunca conservaría, como los utensilios que usaba su madre en la cocina. Las sábanas que ella bordó con su nombre. Los mecheros del abuelo o los libros del colegio de su hermano Hansel. Sin embargo, Verónica hizo acopio de otros efectos de la familia que consideró que no ocuparían espacio en el trastero de Zaragoza y que, quizá, con el tiempo fuesen útiles para Gretel. Entre ellos había los dos últimos análisis de sangre de Esmirna, más un informe médico sobre su discapacidad. Varios documentos de la sastrería de Hipólito, junto con su permiso de conducir. Y una radiografía dental de Hansel, que le hicieron a los catorce años, cuando le comenzó a salir una muela del juicio y la tuvieron que extraer porque no salía bien.

Todos estos efectos cabían en una caja de cartón del tamaño de un televisor, que Verónica guardó por si algún día Gretel los necesitaba. Pero Gretel se esforzó en perder todo el nexo con su pasado y Verónica la comprendía, porque sentía una empatía especial hacia esa chica, que ya salía de la adolescencia para entrar en la edad adulta, e incluso estaba convencida de que ella hubiera actuado igual. Gretel no regresó jamás a Alerre, no presenció el derribo de la casa de chocolate, y no conservó ningún recuerdo ni de su madre, su abuelo o su hermano. Diego, en las primeras visitas que hizo a la casa, recogió todos los retratos que había sobre la mesa del salón o sobre las mesitas de noche de las respectivas habitaciones, y se los entregó a Gretel, pensando que ella los utilizaría para adornar su escritorio. Pero nada más alejado, cuando la chica le dijo que podía deshacerse de todos esos retratos con una frase que causó una profunda impresión en el hasta entonces rudo sereno:

—Si se han ido, no quiero nada de ellos.

En cierta forma era como si la desaparición de su familia hubiera sido voluntaria. O como si Gretel creyera que ellos no hicieron nada para evitarla. En cualquier caso, esos recuerdos no la beneficiaban, porque la anclaban a un pasado que quería olvidar.

Los dos albañiles revisaron por enésima vez la estructura de la casa. Querían evitar que el derribo afectara a las casas de al lado o que perjudicara los cimientos. Todo estaba en orden, cuando la excavadora avanzó y fue arrancando pedazos del tejado con la potente pala. Había objetos de la estructura que los propios vecinos quisieron proteger del pillaje, como la veleta en forma de bruja, que alguien se

llevó un mes después de la desaparición. O los adornos en forma de bolas de nieve de las ventanas de la planta superior. O la aldaba de plomo de la puerta principal, que simulaba un gnomo. La casa se fue despedazando como un castillo de naipes azuzado por una ventolera. Con el derribo de la casa de chocolate, desaparecía una seña de identidad de Alerre, un emblema que le dio nombre a la calle Hermanos Grimm, una deshonra del pasado que pesaba como una losa sobre la conciencia de los habitantes de un pueblo que no fue capaz de proteger a una familia que se esfumó como lo haría un sueño al despertar. Ese día hubo silencio. Y miradas de pesadumbre. Lo único que se escuchó, cuando las pesadas orugas de la excavadora se alejaban de la calle, era el llanto desconsolado de Verónica. Esa familia, la de Gretel, había desaparecido, ahora sí, para siempre.

27. La escena del crimen

Mediodía del martes 31 de julio de 1990

¡Padre, estoy en la barriga del lobo!
Pulgarcito

Aprovechando la proximidad de Almudévar con Alerre, Gretel conduce durante veinte minutos hasta que llega al pueblo. Son las doce y media del mediodía y todavía podrá hacer alguna gestión antes de comer. Desde una cabina, que hay en la plaza del ayuntamiento, llama a la comisaría. Abel no está, según le dicen, y le deja el recado de que no regresará hasta la tarde. En ese momento piensa que, la próxima vez, cogerá un vehículo policial equipado con emisora, para poder comunicarse con la central en caso de ser necesario.

Frente a la casa de Federica hay aparcado un Renault 4 de la guardia civil. En su interior solo hay un agente, y está durmiendo. El otro viene caminando desde la plaza, sosteniendo en su mano una bolsa de papel. Cuando llega a la altura de Gretel, ella ve que el agente trae dos bocadillos.

—Buenos días, inspectora —saluda con la voz tan fuerte que su compañero, que duerme en el coche, se despierta de sopetón. Gretel se fija en que tiene dos medias lunas moradas debajo de los ojos, signo evidente de que es bebedor.

—Voy a entrar en la casa —le comenta—. ¿Tienen la llave?

—Sí, claro.

El guardia civil mete la mano en la guantera del vehículo policial y saca un llavero con una única llave.

—Es la de la puerta principal —le dice, entregándosela—. Si cuando salga nosotros ya no estamos désela, por favor, al relevo.

La inspectora se agacha para sortear la cinta policial, que rodea toda la fachada, y abre la puerta con la llave que le ha entregado el guardia civil.

El interior de la casa está recogido, pero permanece el olor a desinfectante por todas partes. Alerre tiene pocos habitantes, pero en 1960 tenía muchos menos. Y la mayoría de los niños de esa época se conocían y habían jugado juntos. Ella estuvo en esa casa cuando tenía siete años, en 1958, por lo que Federica tenía cuarenta y ocho cuando todavía vivía su marido, Guillermo. Conocía a la madre de la chica, Kora, porque tenía su misma edad, treinta y nueve. Recuerda de ella que era muy vivaracha y extrovertida, nada que ver con la mujer derrotada que vio el domingo.

La casa está tal y como la recuerda. La adquirió el marido de

Federica en los años cuarenta, cuando se casaron, y se encargó él personalmente de las pocas reformas que le hizo. Puso suelo nuevo de terrazo, cambió los muebles de la cocina y el baño, y rebozó con yeso algunas de las paredes de ladrillo. Todas las casas, tanto de la calle Hermanos Grimm, como la calle Baja, son muy parecidas y mantienen la misma estructura en su construcción. Son de dos plantas y en la planta inferior hay una salida que lleva a un pequeño jardín o huerto, según lo hayan querido los propietarios. En la planta baja está el salón, la cocina, un baño, una pequeña habitación y un lavadero. El resto de las habitaciones están en la planta superior, además de otro baño completo. En una de las habitaciones, la más grande, hay una salida que lleva a un balcón o una terraza, depende del tamaño de la casa.

Desde el domingo al mediodía, cuando Gretel se hizo cargo de la investigación, hasta el martes, solo había tenido el tiempo suficiente para iniciar el atestado con la descripción del crimen, los datos de la fallecida, los posibles testigos que fueron los últimos en verla con vida y la narración de lo que pudo ocurrir. Por la posición del cuerpo, se podía asegurar que el autor fue una sola persona; algo que coincidía con el crimen de 1980. La adolescente lo conocía, porque la puerta no estaba forzada, y fue ella la que tuvo que darle acceso a la casa. Pero había que tener en cuenta que en los pueblos muchas veces no se cierra con llave, porque los habitantes son más confiados. El forense había dicho, en su informe preliminar, que Araceli murió entre las doce y las tres de la mañana, lo mismo que La Cenicienta. Las piedras ya habían sido analizadas y estaba pendiente de saber de dónde salieron. Aunque quizá no lo llegarían a saber nunca. Contaron un total de diez piedras. No es que esa cifra fuese importante, pero Gretel sabía que, dada la extrañeza del crimen, y el nexo entre el anterior, diez años antes, la obligaba a buscar cualquier concordancia, por disparatada que pudiera parecer. Le abrió el estómago cortándolo con, según dijo científica, un cúter, e introdujo las piedras, como si fuese el lobo del cuento de Caperucita Roja.

Nadie de los testigos, con los que habló, recordaba haber visto a la chica con ese vestido con capucha de color rojo. Su madre, según le contó a la policía, tampoco lo recordaba. Ocurría algo parecido al vestido de La Cenicienta, de 1980, que hasta la noche del baile nadie lo había visto, lo que indicaba que la aportación de los vestidos, o cualquier pieza que convirtiera la escena en un cuento de hadas, era por intervención del asesino. El homicida, pensó Gretel, preparaba los escenarios con el máximo cuidado, para convertirlos en un grotesco cuento terrorífico.

—¡Inspectora! —escucha que la llama alguien desde fuera de la casa.

Gretel se acerca hasta la puerta y la abre, confiada, sabe que solo uno de los agentes es el que puede estar llamándola. Al abrir la puerta se topa de bruces con el guardia civil que le entregó la llave, al lado de una mujer que conoce. El recuerdo que le trae su imagen es tan vívido que casi parece que no haya pasado el tiempo. Se llama Adoración, pero todo el mundo la conoce como Dorita, y es una vecina de poco más de setenta años; aunque nadie sabe verdaderamente su edad. Dicen que nació en el año 1918, pero en esa época pasaban días, incluso semanas o meses, hasta que se inscribían en el registro. Y para entonces ya habían cumplido un año, por lo que es posible que Adoración tenga más de setenta y dos años. Es una mujer pequeña, de poco más de metro cincuenta, con abundante pelo de color castaño que se tiñe ella misma, dejándose las raíces de color blanco. Tiene la nariz pequeña, demasiado para sus facciones delicadas de ojos redondos y tristes. Y siempre viste con el mismo vestido de color gris oscuro, con falda hasta la rodilla, y medias de color carne que surgen de unas zapatillas roídas, pero la mujer dice que no las cambia porque nunca tuvo unas tan cómodas.

—Dorita —murmura tan bajo que nadie puede escucharla.

Gretel se traslada al verano de 1959, cuando solo tenía ocho años, y recuerda la calle Iglesia, la inmediatamente paralela a la calle Baja. Está justo detrás de donde están ellas ahora. Y debe ser la calle menos transitada de todo Alerre. La calle Iglesia y la calle Baja confluyen en la parte izquierda con Hermanos Grimm y en la derecha con una pared de piedra de diez metros de altura que conforma la parte trasera del ayuntamiento. Esa pared es lo único que queda de la montaña donde se construyó la casa consistorial. En la parte izquierda de ese muro, al lado de una fuente que no funciona, hay un boquete lo suficientemente grande como para que pueda pasar una persona. En la actualidad está tapiada con ladrillo, porque el ayuntamiento dijo que era peligroso que estuviera abierto, ya que algún niño que cruzase por allí se podía lastimar. Pero el hueco estuvo abierto hasta el año 1987.

La calle Iglesia es tan estrecha que no puede pasar un coche. La casa de Adoración es la única que sigue entera. La mujer aprovecha las tardes veraniegas, cuando el sol pierde fuerza, para sacar una silla a la calle y sentarse frente a su puerta. Recuerda, con nostalgia, cuando hubo un tiempo en que esa calle se llenaba de gente, todos con sus sillas, y algunos sacaban de sus casas porrones de vino, cerveza y platos que cocinaban para que los vecinos disfrutaran de ellos. Había patatas fritas, croquetas, buñuelos y aceitunas. Fueron varias las ocasiones en que juntaron varias mesas de madera en medio de la calle y cenaron juntos, cuando allí había vida y todas las casas estaban ocupadas.

—Te recuerdo como si no hubiera pasado el tiempo, Gretel —le

dice Adoración, con una voz fuerte y clara.

—Les dejo solas —chasca la lengua el guardia civil.

Gretel no responde y ve como el agente se mete en el Renault 4, donde su compañero sostiene los dos bocadillos.

—Pase dentro, Dorita —le indica Gretel, acercándose hasta ella y cogiéndola por la mano.

La inspectora comprueba que son las manos de una mujer fuerte.

—No sabía que seguía viviendo en la calle Iglesia —le dice mientras la acompaña al interior de la casa—. Aquí estaremos más tranquilas y fresquitas. El calor a esta hora es insoportable.

Adoración traspasa la cinta policial, que Gretel levanta para que ella pueda pasar por debajo, y se centra en medio del salón. Sus ojos pequeños y brillantes peinan la estancia.

—Conocía a Araceli —dice, mientras se suena con fuerza—. Era un encanto de niña. También conocía a Andrea. Hay quien dice que una maldición se ha cebado sobre el pueblo. Y que, sea lo que sea, está en esta parte, aquí, donde se edificaron estas casas. —Gretel la escucha con desasosiego, porque se imagina que Adoración le contará la historia del esqueleto que pulula por las casas en el instante de los crímenes—. Pero eso son paparruchas que quieren manifestar de forma fantasmagórica cosas que se pueden explicar solo observando con los ojos bien abiertos.

—¿Quiere sentarse, Dorita? —le ofrece Gretel, acercando una de las sillas de la mesa del salón.

La mujer la rechaza con un gesto de su mano.

—Me conviene, de vez en cuando, estirar un poco las piernas. Hace diez años, en 1980, estas calles se llenaron de policías —comienza a hablar—. Vi varios guardias transitando por mi calle, de un lado hacia otro. Salieron por la puerta de hierro del patio trasero y fueron caminando hasta la calle de tus padres. Por lo visto, el que mandaba les quería enseñar dónde estaba la casa de chocolate. Pasaron por delante de mí, sin ni siquiera reparar que yo estaba allí, sentada frente a la puerta. Los que nos hacemos viejos tenemos el don de la invisibilidad y nadie se percata de que estamos ahí. Ni nos ven ni nos escuchan. Y, si lo hacen, es para despreciar cualquier cosa que digamos. Si llegas a mi edad, verás que es cierto lo que te digo, porque ser viejo es como desaparecer.

—Pero usted no es vieja, Dorita.

—La vejez no solo son los años, sino los huesos que soportan el cuerpo. Y los míos, créeme, son de vieja.

—Siga con lo que me estaba contando —anima la inspectora.

—Si aquellos hombres me hubieran preguntado, les habría dicho que Andrea pasó por delante de mi casa cuando faltaban unos minutos para la medianoche. En ese instante, yo estaba hablando con Catalina,

su madre, que cada vez que me veía se paraba a hablar conmigo. La chica iba con un vestido azul y se cubría el rostro con una máscara. Pero era ella, no tengo ninguna duda. Había visto decenas de veces corretear a esa niña, cuando surgía del hueco que taparon en la pared del ayuntamiento, y se colaba en su casa por la puerta del patio, para que ni su madre ni sus hermanas la vieran.

Gretel mira hacia la puerta trasera que da al patio.

—La puerta —musita.

Recuerda que todas las casas, tanto de la calle Hermanos Grimm, como de la calle Baja, Iglesia, y las paralelas, disponen de una puerta trasera. Algunos vecinos han hecho allí un jardín. Otros un huerto. Hay quienes lo utilizan de garaje. O un patio, como vio en la casa de Ortega, en Almudévar.

—La calle Iglesia —sigue hablando Adoración—, es paralela a la calle Baja y bifurca con esta, la de los Hermanos Grimm. Se puede recorrer y acceder a todas las casas por la parte de atrás. Andrea pasó cerca de su madre, sin que ella la viera. Luego su madre fue hasta la casa. Y, al cabo de un rato, volvió a pasar en compañía de su hija mediana, Claudia. Y no pasaron ni diez minutos que vi a ese chico…

—¿Un chico? —interrumpe Gretel.

La inspectora tiene miedo de que la memoria de Adoración flaquee y su relato pierda fuerza. Le está hablando de algo que ocurrió diez años atrás, y lo relaciona con unos hechos recientes, que ocurrieron en la casa donde están ahora, tan solo hace unos días. Quizá la mujer se confunde y mezcla historias.

—Sí. Un chico, pero no llegué a verlo bien. Pasó corriendo. Y se cubría la cara con una especie de capucha.

—¿En la calle Hermanos Grimm?

—No. La calle Hermanos Grimm es esta donde estamos ahora, la de tu infancia. Transitó por la calle Iglesia, la paralela a la calle Baja.

La inspectora comprueba que la retentiva de Adoración permanece intacta.

—¿Dice que se cubría la cabeza con una capucha?

—Salió del hueco de la pared del ayuntamiento, ese que taparon hace tres años. Había visto entrar y salir por allí a muchas parejas, cuando querían escurrirse de las miradas de sus padres. Algunas de ellas saltaban las tapias de las casas abandonadas, que hay alrededor de la mía, imagino que para estar solos. Tú eres joven, y sabes a qué me refiero. —Gretel sonríe—. Mi vista no es la que era, como te digo. Y más de noche. Pero casi aseguraría que era un disfraz. Como si vistiera con ropajes de color negro, con rayas blancas.

—¿Una calavera?

—Ya te digo, pequeña Gretel, que no sé qué era. Pero lo que puedo asegurar es que se ocultaba e iba disfrazado. Se apostó en la puerta de

hierro de la casa de Catalina y dio un par de golpes con los nudillos. En menos de un minuto la puerta se abrió.

—¿Andrea?

—Sí, era la única que quedaba en la casa. La chica abrió vestida con lo que parecía un camisón y el chico traspasó la puerta. Luego la cerró.

—¿Cuándo salió?

—Creo que no pasó mucho tiempo, quizá cuarenta minutos, hasta que ese chico asomó la cabeza por la puerta, pero esta vez ya no llevaba la capucha.

—¿Le vio la cara, Dorita?

—Es posible que sí. Pero estaba tan oscura la calle, que no pude distinguir las facciones. Conozco a la gente más por la forma de andar que por el semblante.

—La madre y las dos hijas mayores estuvieron en la fiesta de la plaza. ¿Sabe cuándo regresaron?

—Ahí no te puedo ayudar. Porque entrarían por la puerta principal, que da a la calle Baja.

—Volvamos al chico que vio —la anima Gretel—. ¿Recuerda algo más de él?

—Lo que te acabo de decir.

—¿Es posible que no fuese un chico? Quiero decir, que fuese algo mayor.

—No te entiendo.

—Usted me ha dicho que conoce a la gente por la forma de caminar. —Adoración asiente con la cabeza. Sus ojos muestran cansancio—. Alerre no tiene más de doscientos habitantes en la actualidad. Y creo que el censo no ha variado mucho durante los últimos diez años, por lo que en algún momento ha tenido que ver a cada uno de los vecinos de aquí. Ese hombre, que dice que vio entrar por la puerta de la casa de Catalina, lo tuvo que ver en algún momento por el pueblo.

Adoración continúa negando con la cabeza.

—Ya te digo que no lo había visto nunca.

—Sí. Sí. —Gretel se pone nerviosa—. Pero lo que le pido es que trate de recordar si por la forma de andar lo había visto alguna vez.

—No. No me suena, vaya.

—Vamos a ver, Dorita. Ese chico o ese hombre, o lo que sea, es de aquí, de Alerre. Estoy segura de ello. Y por eso necesito que recuerde, ya que no le vio la cara, si su forma de caminar y moverse en la oscuridad le recordó a alguien que haya conocido antes del pueblo.

—Es posible que sí. Pero a nadie vivo.

Gretel arruga la expresión de su frente con rudeza.

—¿Y muerto?

—Si está muerto, ¿cómo quieres que lo haya visto correteando por el pueblo?

—Porque quizá pensamos que está muerto y no lo está.

28. Un disfraz

Después de obtener la promesa del rey,
la reina cerró los ojos para siempre.
Piel de Asno

—Inspectora —la llama uno de los guardias civiles que custodian la casa, cuando ella y Adoración salen por la puerta—. Nos han comunicado por la emisora que llame, a la mayor brevedad posible, a la comisaría de Huesca.

—Gracias.

Gretel se gira para despedirse de la mujer.

—Me ha alegrado mucho verla de nuevo, Dorita. Y ver que está usted bien. Estos días estaré por aquí, hasta que averigüe quién asesinó a la hija de Kora.

—Cuando quieras, tienes tu casa ahí detrás. —Señala con la mano hacia el callejón que une las dos calles—. Y si algún día te cansas de tanta capital, tanto a la izquierda como a la derecha de donde vivo, hay un montón de casas vacías para que te vengas a vivir. Alerre es un pueblo tranquilo, aunque cada diez años muera alguien. Pero solo hay que ver el telediario para saber que hay otros lugares donde muere gente a diario y a nadie le importa.

Sin tiempo que perder, Gretel se dirige al ayuntamiento, donde espera que le dejen usar el teléfono.

—¡Gretel! ¿Por dónde paras? —le pregunta el subinspector al reconocer su voz.

—Estoy en Alerre, en la casa de Caperucita. He estado hablando con el sargento Ortega, el que llevó la investigación de la desaparición de mi familia y la muerte de La Cenicienta.

—¿Has sacado algo?

—Sí. Un cabreo de mil pares de cojones —profiere con rabia—. Se debe pensar que soy gilipollas y me ha contado una historia de risa.

—¿Qué historia?

—¡Bah! Déjalo, es muy largo de contar. Ya he terminado aquí, en Alerre.

—Pues ya es la hora de comer y estoy muerto de hambre. Si vienes ahora a Huesca, te invito a comer en un restaurante de los Porches de Galicia.

—En veinte minutos estoy ahí —se despide la inspectora, antes de colgar.

En el trayecto entre Alerre y Huesca, Gretel piensa en las dos conversaciones que ha mantenido esa mañana y en la pérdida de tiempo que le ha supuesto la primera. La historia que le ha contado

Ortega no solo es extravagante, sino que posiblemente sea inventada. Ahora incluso duda de que la historia parecida, que le contó Antonio, no sea también una fantasía. Pero Dorita le ha dejado una sensación de esperanza, cuando le ha asegurado que podría identificar al hombre que acompañó a Andrea, en el año 1980.

—Es mejor que nos coordinemos en la investigación —sugiere Abel, mientras se sientan en la mesa del restaurante.

Gretel acepta que su compañero tiene razón.

—Esta mañana he hablado con dos personas. Con la primera, si no hubiera hablado con ella, me habría dado lo mismo. La segunda ha sido más esperanzadora.

—¿Esperanzadora en qué sentido?

—Una vecina asegura que podría identificar al hombre que acompañó a La Cenicienta a su casa.

Abel muestra alegría en la expresión de sus ojos.

—¡No jodas! Eso es estupendo, significa que tenemos un sospechoso. ¿Y quién es esa testigo?

—Una mujer que vive en la calle Iglesia, la que hay detrás de la calle Baja.

—¿Una mujer? ¿De quién se trata?

—Dorita, ya vivía allí cuando yo era una niña. Y la he reconocido porque es de esas señoras que, aunque pasen los años, siguen teniendo el mismo aspecto.

—¿Es una testigo fiable?

Gretel sonríe.

—Fiable o no, es la única, hasta el momento, que me ha dicho algo diferente. He hablado con ella hace un rato y te puedo asegurar que esa mujer tiene la cabeza más clara que tú y yo juntos. ¿Y a ti qué tal te ha ido?

—Pues yo he estado leyendo todos los atestados relacionados desde 1960 hasta ahora. Pero si no los hubiera leído, me habría dado lo mismo —responde el subinspector.

Los dos se ríen al mismo tiempo.

Un camarero, vestido con una camiseta con el nombre del restaurante bordado a la altura del corazón, les deja la carta del menú sobre la mesa.

—Esta mañana —comienza a hablar la inspectora—, mientras recordaba el crimen de 1980, y el de este fin de semana, me he dado cuenta de que hay un detalle que coincide en los dos casos.

—¿Cuál es ese detalle? —pregunta el subinspector, sin dejar de ojear la carta del menú.

—Los disfraces. —Abel levanta los ojos de la carta y los posa sobre su compañera—. La Cenicienta iba vestida de Cenicienta —redunda—, cuando ella no tenía ese vestido. Lo mismo que Caperucita. Y esos

disfraces tuvieron que salir de algún lado.

—Completamente de acuerdo —acepta el subinspector, mientras sirve vino rosado en las dos copas—. Científica está analizando el traje de Caperucita. Respecto al de La Cenicienta, es más complicado. Han pasado diez años y creo que ya no se sabe ni dónde está.

—Supongo que se lo entregarían a algún familiar. Las piezas de convicción de un crimen, una vez ha pasado un tiempo prudencial, se entregan a los familiares —anota la inspectora—. Pero el de Caperucita todavía lo tenemos y hay que hacer gestiones sobre su procedencia.

—Cuando dices que hay que hacer gestiones, así, en tercera persona, ¿entiendo que me estás diciendo que yo tengo que hacer esas gestiones?

Gretel deja la carta del menú sobre la mesa y se aparta el pelo que le cubre la oreja derecha.

—Como bien has dicho, cuando nos hemos sentado —le dice al subinspector, sorbiendo un poco de vino—, tenemos que coordinarnos. Encárgate de indagar sobre la procedencia de ese vestido rojo. Dónde se compró y quién lo compró. Quizá así tengamos una pista del asesino. Intuyo que no se compró aquí, porque sería demasiado fácil dar con él. Y supongo, también, que, si es el mismo que asesinó a La Cenicienta, con los años será descuidado. El criminal es cada vez más viejo, mientras que los investigadores son cada vez más jóvenes. Eso nos da una ventaja sobre él.

El mismo camarero que les entregó la carta, es el que se acerca de nuevo a la mesa para tomarles nota.

—¿Ya saben lo que van a tomar?

—Ensalada y pescado —pide la inspectora.

—Lo mismo —dice Abel.

El camarero recoge las cartas de encima de la mesa y se retira.

—Hay otra cosa que debemos tener presente —habla Gretel—. Y es el día elegido para los dos casos.

—No es el mismo día —rebate el subinspector—. La Cenicienta, 26 de julio de 1980. Y Caperucita, 28 de julio de 1990.

—Sí que es el mismo —insiste la inspectora—. Porque es el último sábado del mes de julio del año correspondiente. Y entre los dos últimos crímenes pasan diez años justos. ¿Por qué diez años?

El subinspector se encoge de hombros.

—Porque es un extranjero que solo pasa por Alerre cada diez años —dice, a falta de una respuesta mejor.

—Si tiene la necesidad de matar, ¿por qué espera diez años?

—¿Por qué dices que tiene la necesidad de matar? —cuestiona Abel.

—Es por decir algo. Porque alguien que asesina, de la forma que lo

hace este, es porque necesita hacerlo. No hay robo, una de las principales causas por las que se asalta una vivienda. Y no hay violación, una de las principales causas por las que se ataca a chicas solas y, en estos casos, menores de edad. Solo queda la explicación de que las mata porque tiene la necesidad de hacerlo.

—Si te centras en la psicología del asesino, nunca daremos con él.

—No creas —cuestiona la inspectora—. Es un asesino en serie y actúa por impulsos. Quizá es el guardia civil que investigó el asesinato de 1980. O el alcalde que gobernó cuando se cometieron los crímenes. Una vez se marca la guía a seguir, puede llegar otro criminal distinto y aprovechar lo andado anteriormente. Imagínate que quieres asesinar a alguien, por el motivo que sea, y aprovechas unos hechos anteriores, ya establecidos, para guiarte por ellos. Sabes que la policía lo relacionará y complicará la investigación, creyendo que se trata de una sola persona. ¿Has pensado en eso? ¿Y si el crimen de 1980 y este último no tienen nada que ver entre ellos, más allá de unos asesinos que han aprovechado las fechas?

—Una secta —expele el subinspector.

—¿Por qué una secta?

—Porque coincidiría, según tu teoría, con el tipo de gente que haría eso. Una secta inspirada en los cuentos de hadas, cuyos miembros se entrenarían para cometer este tipo de crímenes, con las mismas pautas, y con la misma franja cronológica.

Gretel se repantiga hacia atrás en su silla, en el mismo momento que el camarero deja los platos sobre la mesa.

—Pues no es descabellado eso que comentas —le dice al subinspector, en cuanto el camarero se aleja—. Esa hipótesis explicaría muchas cosas.

—Lo explicaría todo —asevera Abel.

—O casi todo —acepta la inspectora—. Otra cosa más.

—¡¿Más?!

—Sí. Ya que vas a mirar lo de los vestidos de las chicas, aprovecha para hacer gestiones de un disfraz de esqueleto.

El rostro del subinspector muestra incomprensión.

—¿De un esqueleto?

—Sí, uno de esos disfraces negros que simulan los huesos del cuerpo humano y la cabeza pintada, como si fuese una calavera. Creo haberlos visto alguna vez en carnaval o incluso en comparsas de Cádiz. Seguramente los venderán en tiendas especializadas de disfraces y no creo que haya muchas en la provincia o, incluso, en la comunidad.

Abel la observa sin perder la sonrisa.

—¿Y no me vas a decir por qué?

—El domingo, cuando te fuiste, se me acercó un tío al que conozco

de cuando era una niña, pero que no había visto desde entonces, era el barrendero de Alerre, y me soltó una historia sobre el día que desaparecieron mis padres. Asegura que vio a un esqueleto en la parte exterior de mi casa. El caso es que hoy, hablando con Ortega, el guardia civil, me ha contado una historia muy parecida, pero en 1980. Dice que estuvo en la casa de los alemanes, la que derribaron en 1981, que la llamo así porque, cuando desaparecieron mis padres, vivían unos alemanes que Verónica… —Gretel deja de hablar—. ¡Joder! Me estoy liando. Escucha, que hay tres personas que aseguran haber visto un esqueleto momentos antes o después de que ocurriera algún desastre en Alerre. Y como, evidentemente, eso es imposible, quiero saber si lo que vieron fue a alguien disfrazado de esqueleto.

—El guardia civil y el barrendero son dos personas, no tres.

—Me ha dicho algo parecido la vecina de la calle Iglesia.

—¿Y no me vas a decir qué te ha dicho esa vecina?

—Más de lo mismo. Un tío disfrazado de esqueleto que aparece donde mueren esas chicas. ¿Te encargarás de la gestión de los disfraces?

—Lo miraré —acepta Abel—. Pero si es cierto que hay alguien que se disfraza de esqueleto, antes de cometer los crímenes, hay que suponer que será el mismo disfraz en todos los casos y, por mucho que mire en tiendas de disfraces, no encontraré nada. No creo que ni siquiera haya tiendas de disfraces tan antiguas.

—En Madrid hay una, que yo sepa, que lleva funcionando desde 1940.

—¡Cincuenta años! —exclama el subinspector—. Si el que buscamos compró el disfraz a finales de los años cincuenta, seguramente ni siquiera viva el vendedor. Y si vive, no se acordará a quién se lo vendió.

—Bueno, Abel. Incluye la gestión del disfraz de esqueleto en la búsqueda de dónde se pudieron comprar los vestidos de Cenicienta y de Caperucita. Además del zapato de cristal. Y las piedras del estómago de Araceli. ¡Y las máscaras! —exclama.

—Okey, Gretel. Me pongo en ello en cuanto acabemos de comer. Pero, por favor, no hablemos más de trabajo mientras comemos.

La inspectora no replica.

¡Soplaré y soplaré y la casa derribaré!
Los tres cerditos

El miércoles 1 de agosto, la prensa regional amanece con el titular que la policía no quería:

«*El regreso del asesino del cuento de hadas*».

—¡Dios! —exclama Gretel, cuando la cita el comisario en su despacho.

—Si algo había bueno en años anteriores —le dice Muñoz—, es que la prensa estaba controlada por el gobernador civil y publicaban lo que nosotros queríamos que publicaran. Estos cabrones han olido la sangre y ahora querrán echar carnaza a sus lectores.

Ese titular, del que sabían que vendrían otros más, entorpecería la investigación. Lo que había ocurrido en Alerre ya había traspasado las fronteras y hasta en Madrid se habían enterado de que había un asesino que cada diez años mataba siguiendo unas pautas relacionadas con los cuentos infantiles. El comisario vaticinó que los periodistas, ávidos de rellenar páginas de sucesos, pulularían por el pueblo buscando cualquier vecino que les dijera algo que les permitiera llenar una página, y mejor cuanto más sensacionalista. Gretel temía que al barrendero le diera por hablar del esqueleto que se arrastraba por las paredes. Y Ortega, en un alarde de protagonismo, corroboraría su historia.

—Esto cada vez se pone más difícil —asegura Gretel, señalando hacia la portada del diario que hay sobre la mesa de Muñoz—. Como empiecen las investigaciones paralelas de la prensa y comiencen a sacar conclusiones, no daremos nunca con el asesino.

—No te preocupes por eso. —El comisario busca tranquilizarla—. En un par de semanas ya nadie se acordará ni de lo que ocurrió ni de Alerre. Los únicos que seguiremos pensando en los crímenes seremos nosotros, la policía, los que nunca descansamos. Estos días tengo una reunión con el teniente coronel de la guardia civil, ya que quieren habilitar un cuartel provisional en el pueblo, en las afueras. Quieren estar, pero que no se les vea mucho, para no asustar a los vecinos. Allí tendrán a una patrulla permanente. En cierta forma buscan tranquilizar a los habitantes de Alerre para que no empiecen a instalar alarmas de seguridad, a comprar perros de presa y, lo que sería peor, adquirir armas de caza. El ayuntamiento me ha asegurado que ha contratado una empresa que colocará cámaras en las calles principales y en la plaza. Esas cámaras tienen una doble función: la de vigilar y la de apaciguar a los vecinos que, con este último asesinato, se han

espantado. No queremos que comiencen a organizar patrullas ciudadanas y se líen a palos con el primer sospechoso que vean. ¿Qué tenemos hasta ahora? —pregunta de repente, para sorpresa de Gretel.

—Poca cosa.

—¿Poca cosa? —interroga Muñoz, apretando los dientes—. El sábado estrangularon a una niña de catorce años, le rajaron el estómago y le metieron diez piedras tan grandes como mis huevos. Estamos a miércoles y me dices que tenéis poca cosa. ¡¿Qué coño habéis estado haciendo todo este tiempo?!

Gretel se retira medio metro hacia atrás, ya que el comisario está tan enfadado que incluso le han salpicado varias gotas de saliva de sus labios, impactando en su blusa.

—He hablado con Ortega, pero como si no hubiera hablado —redunda la inspectora—. Abel está haciendo gestiones con el disfraz de Caperucita, la máscara y las piedras. Científica, de momento, no ha encontrado nada. Y estamos a la espera de un listado del grupo de amigas con las que pudo hablar la chica el sábado por la tarde. Tengo intención de conversar con todas, a ver si alguna vio algo.

Gretel obvia la conversación que mantuvo con Adoración porque, después de hablar con el subinspector, coincide que quizá no es una testigo muy fiable.

—Lo que ocurre en Alerre es algo que escapa de toda lógica policial —habla el comisario con tono más calmado—. Desde este sábado se ha reforzado la seguridad, han aumentado las patrullas itinerantes de la guardia civil y no se mueve nadie en el pueblo sin que lo sepamos. Algo parecido ocurrió en 1980, cuando asesinaron a La Cenicienta. Por aquel entonces también se reforzó la seguridad, se tomaron declaraciones, se identificó a todos los desconocidos que pasaron por las fiestas. El tiempo pasa y lo cubre todo de una espesa capa de polvo, que hace que lo que hay debajo permanezca en el olvido. ¿Has pensado dónde estarás dentro de diez años? —le pregunta a la inspectora, para su incomodidad.

Gretel se sienta frente al comisario. La ventana que da a la plaza Luis Buñuel está abierta de par en par, y el único sonido que se oye es el de la fuente. La emisora de la policía, que tiene el comisario al lado de la máquina de escribir, para enterarse de todos los comunicados de las patrullas, permanece encendida, pero no se escucha nada.

—Pues no lo sé —responde—. Lo que sí sé es que, si sigo viva, tendré cuarenta y nueve años.

—Con toda seguridad no estarás aquí, en Huesca. Y puede que ni siquiera estés en Zaragoza. Yo te veo más en una capital como Madrid o Barcelona. O puede que en Valencia. Y serás inspectora jefa o, quién sabe, comisaria. Abel será inspector o inspector jefe, y tampoco estará aquí. Yo no estaré en la policía y quizá —sonríe—, haya muerto.

Morales no será alcalde. Habrá cambiado la policía y la guardia civil. Alerre y Chimillas. Habrá muerto Ortega. Habrán remodelado la plaza del ayuntamiento de Alerre. Los coches patrulla serán más grandes y cómodos. El color de los Zetas será distinto. Los policías vestirán uniformes diferentes a los de ahora y tendrán otra arma reglamentaria, más moderna y menos letal. Pero el asesino seguirá aquí, entre nosotros. Van pasando los años y vamos acumulando casos sin resolver, que se amontonan en nuestro expediente.

La expresión del comisario se torna triste, como si vaticinara que nunca iban a atrapar al asesino.

—Lo atraparemos —afirma la inspectora, con suficiencia.

—En tres días todavía no sabemos una mierda —protesta el comisario—. Ni un vestigio, ni un rastro, ni una huella, ni un pelo que no estuviera donde debería estar, ni un testigo…

—Estuve hablando con una mujer —lo interrumpe Gretel, removiéndose en su asiento.

—¿Una testigo?

—Algo parecido.

El comisario la contempla con el rostro contraído en una aparatosa mueca. Se pone las gafas, que hay al lado de un cenicero limpio de colillas, y peina alguno de los folios que tiene delante.

—¿Parecido a una testigo? —fuerza una sonrisa.

—Es una mujer con la que estuve conversando ayer, pero no creí importante tomarle declaración por escrito.

—¿Por qué no?

—Hablé con Ortega, el guardia civil que investigó el crimen de La Cenicienta. Usted fue el que me citó con él en Almudévar. —El comisario asiente con la barbilla—. Desde allí se me ocurrió pasar por la casa de Caperucita, para echar otro vistazo. Pensé que, después de tres días, quizá vería algo que no vi antes. Estando allí, en el interior de la casa, uno de los guardias civiles, que había fuera, me dijo que una mujer quería hablar conmigo. La conozco, porque la recuerdo de cuando era una niña, y me contó una historia muy parecida a la que me había contado Ortega momentos antes.

—¿Lo del esqueleto?

—Ah, ya veo que conoce la habladuría.

—Eres una inspectora joven, pero muy despierta. Ya sabes que a las gentes de aquí les gustan estas historias, porque calan en la mentalidad fantástica que todos tenemos. Y luego las recrean y las repiten. El hecho de que todo un sargento de la guardia civil se haga eco de ellas, es representativo de hasta dónde llega la imaginación de quienes han vivido de cerca acontecimientos tan lamentables como los ocurridos en ese pueblo. Intuyo que esa mujer escuchó la historia del barrendero y la de Ortega y se dejó influenciar. Pero no te lo tomes a

mal, aquí de lo que se trata es que hay gente que quiere que lo que ocurre en ese municipio sea obra de entes sobrenaturales. Y en ello se empeñan.

Cuando se despide del comisario, Gretel baja por las escaleras, saltándolas de tres en tres, hasta que llega al vestíbulo principal. El policía de seguridad se queda con la palabra en la boca, cuando va a saludarla. Después de la conversación con Muñoz, sabe que no tardará mucho tiempo en relevarla del caso. Se encuentra molesta porque él tiene razón, en tres días no ha sido capaz de avanzar lo más mínimo en la investigación.

Accede al parque Miguel Servet por la entrada que hay en la calle San Jorge. Su intención es cruzarlo hasta la plaza Navarra y, desde allí, salir al Coso, donde está el apartamento. Mientras camina por el interior, pisoteando la arena mojada, que una máquina del ayuntamiento acaba de regar, piensa en los zapatos de Araceli. Recuerda que, cuando visitó la escena del crimen, los zapatos estaban cerca de la cama, en los pies del vestido. El informe de policía científica indicó que no había ningún rastro del asesino. Ninguna huella. Ni en el vestido ni en los zapatos ni en la máscara. Gretel tiene la experiencia suficiente como para saber que los informes periciales son metódicos, pero no buscan más allá de lo típico que se busca en los restos que puedan quedar en un asesinato. En ese instante, mientras sale del parque, y pisa la acera, dirige la vista hacia sus zapatos y se percata de que chasquean mientras camina. Tuerce la pierna y golpea la acera un par de veces con la punta del zapato derecho. Se desprende un poco de barro, que había arrastrado desde el interior del parque. Y recuerda cuando el policía de científica, que había en el cuarto de Araceli, cogió uno de los zapatos y lo giró para hacerle una fotografía, que adjuntaría al reportaje.

—Había barro —masculla entre dientes—. Barro. Barro —repite un par de veces.

No recuerda si el informe de científica hacía referencia al origen del barro, pero de lo que está segura es que en la calle Hermanos Grimm no había lodo. Cuando ella llegó, el domingo al mediodía, era una calle seca y polvorienta. El barro de la suela de los zapatos de Caperucita tuvo que salir de algún sitio donde la chica estuvo antes de regresar a casa.

Al pasar por delante del bloque, donde tiene el apartamento, sigue caminando hacia la comisaría. Si se da prisa, llegará antes de las dos de la tarde, cuando se van los de científica.

30. Barro

Pero de pronto,
las ratas comenzaron a multiplicarse.
El flautista de Hamelín

Policía científica está al final del pasillo de la primera planta de la comisaría de Huesca. Antes de llegar, Gretel pasa por un despacho donde hay un único policía que está aporreando una máquina de escribir, con tanta fuerza que cree romperá alguna tecla. La piel de su cuello se ve irritada y de color gris oscuro, como si se hubiera excedido afeitándose. De sus labios pende un cigarrillo y el humo obliga a que el chico, que no tendrá más de treinta años, encoja los ojos. En la pared del pasillo penden varios cuadros con edificios emblemáticos de la ciudad de Huesca. Hay uno del Casino, otro de la Catedral y un tercero del parque Miguel Servet. En cada una de las esquinas hay una maceta con una planta, sobre un plato. Las hojas están húmedas, por lo que sabe que han sido regadas recientemente. Es la primera vez que Gretel visita esa zona y la tercera que accede al edificio, pero percibe un ambiente muy familiar, como el de esos lugares donde hay poco trabajo y los policías tienen tiempo de regar las plantas y cuidar la decoración. Algo muy alejado de otras comisarías más grandes, como las de Madrid o Barcelona.

Cuando entra en el despacho de científica ve que solo hay un policía, que en ese momento está de espaldas, leyendo una revista que sostiene en ambas manos.

—Inspectora —la saluda, girándose al percibir que ha entrado alguien.

Viste con una bata blanca. En su bolsillo sobresale un paquete de tabaco, pero no se distingue la marca. Gretel recuerda de haberlo visto en el piso de la calle Hermanos Grimm el domingo, cuando estuvo en la habitación de Caperucita. Es un hombre de unos cuarenta años, tiene el pelo corto y luce un bigote muy cuidado. Aunque no lleva gafas, la marca en el puente de su nariz delata que las utiliza habitualmente. Detrás de él, al lado de un microscopio, hay un cenicero sobre el que se está quemando un cigarrillo que, por el olor, debe ser negro. Por la cantidad de cigarrillos que hay en el cenicero, la inspectora comprende que ese hombre es un fumador compulsivo.

—Buenas tardes —le devuelve el saludo—. Quería hablar con el jefe de científica. ¿Está en la casa? —pregunta, refiriéndose a la comisaría.

El policía mira a su espalda, como si esperase encontrar a alguien. Pero Gretel se da cuenta enseguida de que está bromeando. Deja sobre

la mesa la revista que sostiene en sus manos.

—No hay nadie más que yo —asegura, sin perder la sonrisa cínica en ningún momento—. Soy el subinspector Andrade. —Alarga la mano y coge el cigarrillo del cenicero, le propina una calada y lo deja de nuevo donde estaba—. El otro agente se ha ido a comer y yo no tardaré mucho en hacerlo —dice mirando un reloj de pared que hay al lado derecho de donde están hablando.

—¿El otro agente? —pregunta Gretel, confusa—. ¿Cuántos policías hay en esta brigada?

—Dos —resopla el subinspector, con expresión de fastidio—. Es una comisaría pequeña, de pocos agentes y con poco volumen de trabajo. No necesitamos más policías de científica, de momento. A veces incluso creo que yo sobro. —Y seguidamente se ríe como si tuviera una cigarra alojada en la garganta.

—¿Y el jefe de brigada?

—La plaza está vacante, desde que el inspector jefe que había pidió destino a Alicante. Y la dirección general sigue sin convocarla, por lo que, entretanto, el jefe accidental soy yo. Ejerzo como tal, quiero decir. ¿Está interesada en la plaza?

—De momento, no. Pero todo se andará —responde la inspectora.

Gretel mira hacia el pasillo de la primera planta. Es una comisaría bastante nueva, para lo que se podía esperar de una ciudad como Huesca. Pero recuerda que el domingo, en Alerre, había varios policías de científica que estaban por todas partes, en la casa de la calle Hermanos Grimm. En su memoria puede que llegara a contar hasta seis.

—¿Y de dónde salieron los policías de su brigada, los que había el domingo en Alerre?

—De la brigada solo estábamos Juan Manuel, el compañero que se ha ido a comer, y yo. Lo recordará porque es el que tomó las fotografías. Los demás eran de la comisaría de Jaca, dos, que vinieron de refuerzo. Y varios de Zaragoza. También había algún policía de judicial, que estuvo colaborando con nosotros. El grupo de judicial está en el despacho de al lado y tiramos de ellos cuando necesitamos apoyo.

—Agregados —murmura la inspectora—. Policías agregados, pero que no son expertos en científica. Entonces… ¿el reportaje de la inspección técnico policial de la casa de la calle Hermanos Grimm lo ha confeccionado usted?

—¡Correcto! —exclama ligeramente eufórico, como si se sintiera importante—. ¿Le ha gustado?

Gretel se extrañó de que el lunes, ni veinticuatro horas después de la inspección en la casa de Araceli, policía científica hubiera redactado el informe. No tuvieron ni siquiera tiempo material de cotejar las

huellas o vestigios que hubieran hallado en la escena del crimen. Ni de analizarlos. Al principio le sorprendió esa eficacia, pero ahora duda de que fuese un informe completo.

—¿No encontró ninguna huella?

—Ninguna sospechosa —responde el policía de inmediato—. Seguramente, por la expresión de su cara, piensa que somos una comisaría local y no tenemos mucha idea de nuestro trabajo. Pero llevo en científica desde hace veinte años y tengo los huevos pelados de hacer inspecciones. A simple vista soy capaz de distinguir cuándo una huella dactilar, por la posición que ocupa en el escenario del crimen, es sospechosa o no. Créame, inspectora, sé de lo que hablo. En toda la casa de la calle Hermanos Grimm no encontramos huellas. Ni en la barandilla ni en el salón ni en la cocina ni en la planta de arriba. Y mucho menos en la habitación de la niña. Y no quiero decir que no las hubiera, que las había, lo que quiero decir es que las huellas eran o de la abuela o de la madre o de la niña. Incluso había alguna de una vecina, Olivia, que pasa por la casa de forma habitual. El procedimiento obliga a que antes de recoger huellas del escenario de un crimen, o de un robo, tomamos las que habitualmente deberíamos encontrarnos, para descartarlas como sospechosas. Del asesino, o de los asesinos, no las encontramos porque se pusieron guantes. Es absurdo que, en las puertas del siglo veintiuno, haya delincuentes que no se protejan los dedos. Tampoco había marcas de pisadas en el suelo, porque se protegió el calzado con algún tipo de bolsa de plástico, o algo de ese estilo. Estaba todo limpio.

—¿Y el calzado de la niña?

—¿Los zapatos esos que había al lado del vestido? Nada, tampoco había huellas. Supongo que espera que encontremos un cabello del asesino y gracias a ese pelo sepamos la edad, la altura, el sexo y cómo iba vestido en el momento de cometer el crimen —dice sonriendo—. Pero eso seguramente lo sabrán en Nueva York, aquí seguimos careciendo de aparatos tan sofisticados.

—Había barro —anota la inspectora.

—Sí. Barro seco. Esa niña debió estar por algún sitio donde había tierra y agua.

—¿Por dónde? —inquiere Gretel, con evidente malhumor.

—¡Y yo qué sé! Ni que fuese el teniente Colombo.

Gretel se acerca tanto a él que, si le diera por sacar la lengua, le rozaría la nariz.

—¡Escúcheme! —chilla hasta que casi pierde la voz—. No tengo ni tiempo ni ganas de que me vayan tocando el coño. Llame ahora mismo a su compañero, Juan Manuel, o como quiera que se llame, y dígale que venga inmediatamente para aquí. ¿Dónde están los zapatos de la niña?

El subinspector de científica tuerce ligeramente la cabeza, como si no comprendiera muy bien el motivo del enfado de la inspectora.

—Los tenemos aquí, con el vestido y la máscara. Pero mañana, lo más tardar, los remitiremos al juzgado, junto con el atestado y el informe de la inspección ocular.

—El atestado lo redacto yo. Y aún lo tengo que hacer —protesta la inspectora—. ¿Dónde están los zapatos? —insiste.

El subinspector de policía científica se echa un paso hacia atrás y, con la mano derecha, abre una puerta de cristal donde hay una mesa con una máquina de escribir encima. Al lado izquierdo de la mesa hay un archivador metálico, cerrado con dos hojas altas. Abre la puerta, que emite un chirrido corto y seco, y alarga la mano. Del interior extrae una caja un poco más grande que una de zapatos y la deja, con cuidado, sobre la mesa. Y quita la tapa de encima.

Gretel se acerca y observa los dos zapatos de la niña, envueltos en una bolsa transparente de plástico. Coge uno con la mano. Lo saca de la caja. Lo gira y comprueba que el barro sigue ahí. Afortunadamente, piensa, no lo han limpiado.

—Coja una muestra del barro seco que hay en el zapato y analícelo —le ordena la inspectora—. Con la muestra a buen recaudo, vaya usted y su compañero a Alerre y recoja muestras similares que encuentre alrededor de la casa, en círculos concéntricos. Comiencen en la calle Hermanos Grimm y vayan caminando hasta el camino de la antigua vía del tren, por la parte de la piscina municipal. Y por el otro lado, vayan hasta la carretera. Es una adolescente de catorce años, por lo que no pudo alejarse mucho de la casa de la abuela. No hace falta recoger muestras de tierra cada metro, pero sí cada diez o quince metros. Cuando termine, analice las muestras que hayan recogido y compárelas con la que tiene de los zapatos. —Los señala con la mano —. ¡Tenemos que saber dónde estuvo antes de regresar a casa! Y no me refiero al camino que hizo, porque supongo que eso es un trabajo de chinos, pero sí en qué lugar se manchó los zapatos, porque así podremos establecer parte del recorrido que hizo entre que la dejó su madre en el pueblo, hasta que regresó a casa. Si estuvo con el asesino, y ella se ensució los zapatos, significa que el asesino también se los ensució.

Cuando Gretel termina de hablar, el rostro del subinspector de policía científica se ha convertido en una piedra de granito. Aprieta los dientes y se vislumbra que está ofendido. Esa inspectora de Zaragoza lo trata como si fuese un alumno de policía.

—Eso nos llevará toda la tarde —se queja—. Y es posible que no sirva para nada, si no damos con el sitio donde se manchó los zapatos de barro. Tiempo perdido.

—Posiblemente tenga razón —acepta la inspectora—. De ustedes

depende que se demore más de lo debido. —Gretel mira su reloj de muñeca—. Ahora son las dos y media. Entre reunir los tubos de ensayo para recoger muestras y preparar los maletines, a las cuatro o las cinco, como mucho, podrán estar en Alerre. En esta época del año anochece tarde, por lo que, a las nueve, con un poco de prisa, hasta pueden haber peinado un perímetro respetable de la zona que envuelve la casa en donde apareció el cadáver. No crea que con el calor que hace habrá muchas zonas donde se puedan recoger muestras. Las calles están secas. Y en las zonas ajardinadas solo hay hierba. Otra cosa —dice la inspectora, antes de girarse para salir del despacho—. Hablaré con judicial para que dispongan de dos policías que les echen una mano. ¿Tiene algún inconveniente, subinspector Andrade?

—No. Está bien —acepta de buen grado.

—Si mañana tenemos las huellas cotejadas, hablaré con el comisario Muñoz para que les compense con unos días de más en sus vacaciones de verano, por el esfuerzo de trabajar esta tarde hasta que anochezca. Pero ha de entender que la gestión que le pido es esencial para saber dónde estuvo Araceli antes de que la asesinaran.

El subinspector de policía científica asiente con la cabeza.

31. Disfraces

¿Tú eres Aladino, el hijo del sastre? ¿Verdad?
Aladino y la lámpara maravillosa

Gretel necesita descansar, pero no tiene tiempo para hacerlo. Todavía ha de redactar el atestado del crimen de Caperucita y comenzar a unir piezas del entramado, para dotar el asesinato de lógica, al menos de cara al juzgado. Hay muchas preguntas y ninguna respuesta. Pero confía en que la gestión de Abel, con el vestido, y la de Andrade, con el barro de los zapatos, arrojarán algún indicio que sea esencial para la investigación. Entonces recuerda que entre Huesca y Alerre hay un camino, bordeado por un río, que llega hasta el pueblo. A su memoria aflora la media docenas de veces que transitó por allí en compañía de su abuelo y de su hermano. La primera vez, ella apenas contaba seis años y su hermano Hansel, doce. Hipólito les hizo caminar entre Alerre y la alberca de Chimillas, y desde allí fueron por una pista de tierra hasta Huesca. Caminaron durante casi dos horas, al paso que marcaba ella, con sus piernas cortas y sus zapatos de tela. Su padre había muerto recientemente y el abuelo se llevaba a los niños para que Esmirna pudiera descansar del trasiego que da mantener a dos retoños de corta edad. Esmirna tenía entonces treinta y tres años y había recibido un duro golpe con la muerte de su esposo, quedándose a cargo de sus dos hijos, por lo que el abuelo se esforzaba en colaborar todo lo que podía. Y no solo en las tareas del hogar y en el cuidado de los niños, sino en el sostenimiento económico. Gretel sabía que Hipólito era el que les compraba la ropa, la comida y los libros del colegio.

En esas caminatas, el abuelo les hablaba de su trabajo como sastre. Les contó que se había dedicado al oficio durante los últimos cuarenta años y que lo aprendió de su padre, el bisabuelo de Hansel y Gretel, que lo ejerció durante otros cincuenta años antes. Tenía a sus espaldas la tradición de casi un siglo de sastres. Gretel lo escuchaba con la misma emoción que ponen los niños ante las historias de sus mayores, pero sin ningún apasionamiento que las cincelara en su recuerdo infantil. El abuelo hablaba y hablaba sin parar, mientras ellos dos caminaban haciendo círculos a su alrededor.

Su hermano Hansel se llenó de piedras los bolsillos de su pantalón, que fue recogiendo en la orilla de la alberca, ante la mirada censuradora del abuelo.

—No es necesario —le dijo—. Porque el sendero de vuelta lo conocemos. Y las piedras son para cuando no se conoce el camino.

Parecía como si el abuelo quisiera que los niños se distanciaran de

la obsesión enfermiza que tenía Esmirna con los cuentos. Pero Hansel no le hacía caso en casi nada de lo que Hipólito decía y fue desperdigando esas piedras a medida que caminaba, ante las risas espléndidas de Gretel, que veía divertido todo lo que hacía su hermano. Se giró y vio como había una ristra mal delineada de piedras blancas, que se extendían por el camino de tierra.

La inspectora decide comprobar si todavía existe ese atajo, que circula paralelo a la carretera que une Huesca y Alerre. Desde la comisaría se dirige a la carretera de Ayerbe, en las afueras, y tuerce a su derecha, siguiendo las indicaciones de su memoria, por donde recuerda que estaba el camino. Ve, con sorpresa, que sigue ahí, como siempre. Es el mismo camino que recorría con su abuelo y su hermano.

Justo inicia el recorrido, que le llevará a Alerre, que recuerda, por el dolor que le sube del pie derecho, que tiene el dedo meñique fracturado. Tiene que caminar despacio y, si sus cálculos no le fallan, llegará en una hora y media. Para entonces el equipo de policía científica ya estará recogiendo muestras de barro y ella habrá tenido tiempo de profundizar en los recuerdos de su infancia.

De su abuelo Hipólito mantiene el vívido recuerdo de que regentó una sastrería en Zaragoza hasta finales del año 1958, cuando se trasladó a vivir a Alerre. Entonces él tenía cincuenta y tres años y Gretel piensa en por qué se jubiló tan pronto, si no tenía necesidad de hacerlo. Por lo visto, según dijeron siempre, el negocio de la sastrería iba viento en popa. Es quizá una de las primeras preguntas que la atormenta. Hipólito era un hombre muy vital y rejuvenecido para su edad. Había heredado la sastrería de su padre y tenía dos empleados que colaboraban con él. Gretel nunca visitó esa sastrería, pero le consta que su hermano sí lo hizo, al menos una vez, porque lo escuchó hablar de ese viaje que realizó con sus padres, cuando ella todavía no había nacido y Hansel tendría entre cinco y seis años. Fueron pocas las ocasiones en las que la inspectora escuchó hablar a su abuelo del oficio, por lo que ahora intuye que no le causó una profunda melancolía abandonar la sastrería que, según supo después, vendió a los dos empleados que estuvieron a su cargo durante los últimos años. O quizá no quería hablar, porque hacerlo le producía dolor y el motivo de ese abandono fue trasladarse a Alerre a cuidar de su hija y de sus dos nietos. Esta segunda opción concordaba más con lo que recordaba de él. Era un hombre bueno y conoció lo que supuso para su hija la pérdida de su esposo. Y decidió dejarlo todo y volcarse en su cuidado.

En su recuerdo, Hipólito se había sentado en un balancín que tenían en el patio trasero de la casa de chocolate y se balanceaba mientras se fumaba un cigarrillo de liar. Habló de su oficio, el de

sastre, y dijo que requería de cuatro momentos claves en la creación de las prendas: las medidas del cuerpo, la confección, la prueba y el resultado.

—¿Un disfraz? —le preguntó Hansel, mientras deslizaba un coche pequeño de plástico sobre el terrazo del patio.

—¡No! —exclamó Hipólito—. Un traje es una obra de arte y un disfraz es un insulto —sentenció.

Luego contó cómo había vestido a muchos hombres en su boda y cómo lucieron felices el traje que la sastrería de Hipólito les confeccionó.

Tiempo después, al año siguiente, el abuelo le regaló a Hansel un tebeo de Pulgarcito, donde venía la historieta de Mortadelo y Filemón. Al hermano de Gretel le gustó tanto, que le dijo al abuelo que cuando volviera a viajar a Zaragoza le comprara otro número. Los dos, abuelo y nieto, como si fuesen los mejores amigos del mundo, se morían de la risa mientras leían el tebeo, sentados alrededor de la mesa del patio. Gretel no comprendía como unos dibujos les podían hacer tanta gracia.

—Abuelo —chillaba Hansel—, a mí me gustaría ser un detective como esos dos —decía refiriéndose a Mortadelo y Filemón.

—Espero que no —sonreía Hipólito.

Cuando Gretel cumplió los ocho años, y Hansel los catorce, recorrieron ese mismo camino por última vez. Por aquel entonces las notas del último año del colegio fueron pésimas para su hermano. Su madre explotó en un arrebato de ira cuando las vio.

—¡No serás nada en la vida! —le dijo.

Hipólito la quiso tranquilizar, pero Esmirna no atendía a razones. Para ella, una mujer criada en el ámbito rural, la educación era lo más importante a lo que podía aspirar un niño. Sin estudios, siempre lo dijo, uno no era nada en esta vida.

—No quiero que acabes como tu padre o como yo —masticó las palabras, para la incomprensión de Hansel.

Su hermano estaba en la peor edad de un adolescente, la que va desde los trece a los quince años. Cuando se transforma, tanto física como intelectualmente. Hansel era un niño distinto. Más alto. Más grueso. Y la expresión de su mirada se había agudizado de tal forma, que mostraba ira de forma constante. Era como si a su madre le enfureciera que su hijo mayor dejara de ser un niño y se transformara en un hombre. Nunca lo dijo, pero Gretel sabía que ella había proyectado la melancolía de Peter Pan en Hansel, quien comenzó a odiar el mundo de los adultos.

Esos días fue cuando Gretel oyó hablar, por primera vez, de los alemanes. Hasta entonces ni siquiera sabía de su existencia.

—¡No quiero que vayas a esa casa! —le ordenó Esmirna a su hijo

—. No quiero que te juntes con esa gente. Porque ellos han vivido el horror de la guerra. Y quienes han vivido la guerra no conocen el miedo. Porque ellos son el miedo. De la misma forma que para comprender a un ladrón, has de convertirte en ladrón. Ellos son ahora lo que temían, porque es la única forma que han encontrado de superarlo.

Para Gretel, la casa de la vía del tren, donde vivían los alemanes, contrastaba con su casa, la casa de chocolate. Era como si hubiera una línea divisoria entre el bien y el mal, como ocurría en los cuentos que su madre les repetía una y otra vez, incidiendo en la parte buena: hadas, magos y duendes. En contraste con la parte mala: lobos, brujas y demonios. Como ocurría con la medianoche, que daba paso a un tránsito de penumbra hasta el día siguiente.

—Aléjate del mal —le dijo el abuelo a Hansel—. ¿O no has oído el dicho que reza dime con quién andas y te diré quién eres? Tu madre tiene razón, y es mejor que no te juntes con esa gente.

Su hermano negó con la cabeza, porque con catorce años la rebeldía empujaba desde dentro y era imparable.

—Yo sé con quién ando —fue su respuesta.

A Hipólito también le parecía poco recomendable que su nieto visitara tan a menudo la casa de los alemanes, a los que apenas conocía.

—Mira, Hansel. Esa gente no viene aquí buscando, viene huyendo. Y el que huye desarrolla unos mecanismos de supervivencia distintos a los que podemos tener la gente normal, como nosotros. Hace unos días vi una patrulla de la guardia civil delante de la casa de la vía del tren. Seguramente solo estaban comprobando su documentación, pero, si algún día ocurriera algo, y los guardias entraran en la casa para llevárselos, ten por seguro que arrastrarían a todos los que estuvieran allí, con ellos. Fuesen o no culpables. Y tú tienes una edad muy complicada, aunque te pese que te lo diga. Solo te queda un año para que seas, penalmente, un adulto. A los quince ya te pueden detener. Y te llevarían a un internado. Los llaman así porque el gobierno se esfuerza en suavizar lo que son, pero realmente son campos de concentración para menores de edad. Reformatorios en los que proliferan los castigos, los abusos e, incluso, las violaciones. Allí estarías en compañía de niños vulnerables, provenientes de familias desunidas, y acabarías como ellos.

Hansel, lejos de aceptar las palabras del abuelo, montó en cólera y comenzó a vaciar las piedras, que llevaba en los bolsillos de su pantalón, lanzándolas contra los árboles que se cruzaba en el camino. En la expresión de sus ojos había odio.

Y en los de Gretel, miedo.

Nunca había visto a su hermano tan enfadado, ni a su abuelo tan

inquieto. Es el momento en que todo niño se da cuenta de que la vida no es un cuento de hadas. El instante en que perciben que en la realidad que les envuelve hay maldad y pesadumbre. Hasta esa edad, los seis años, todo es como un cuento donde nada de lo maléfico ocurre de verdad. Donde las brujas y los lobos son derrotados por las hadas madrinas y los magos. El movimiento de una barita, un haz de luz que se eleva desde el centro de un corazón luminoso, y todo se soluciona. La bofetada de la realidad que nos atrapa en este mundo, el real, del que no podemos escapar, donde no existe ni el bien ni el mal, sino un estado que amoldamos a la necesidad diaria, según nuestras expectativas. Hipólito y Hansel discuten frente a una niña atemorizada, que contempla como las dos personas que pueblan el cuento, que es su vida, se transforman en dos seres opuestos y debe decantarse por uno. Si apoya al abuelo, traiciona a su hermano. Y lo mismo sucede si se decanta por Hansel.

—¡Callad! —grita—. ¡Dejad de discutir!

Y se echa a llorar, impotente.

32. El cementerio

Dentro de aquel recoveco
había un curioso animal,
parecido a una gallina,
pero mucho más grande.
El ganso de oro

El paseo por el camino le ha traído reminiscencias del pasado, que no han hecho más que confundirla. Pero entre todo el amasijo de recuerdos, hay uno que le aporta una duda: y es la pasión de su abuelo y su hermano por los disfraces.

Pasan unos minutos de las seis de la tarde, cuando Gretel llega hasta Alerre. Cruza la carretera que viene desde Chimillas y se adentra en la calle Hermanos Grimm. El dolor del dedo del pie parece que se ha camuflado, como si el hecho de estar tanto rato caminando le hubiese ido bien. Siente un cosquilleo imparable, que le recorre todo el cuerpo, cuando frente a ella se dilata el terreno donde hace treinta años estaba la casa de chocolate. Sus recuerdos son cada vez más frescos y ya ha comenzado a enlazar un hecho del pasado con uno del presente, lo que le acerca de forma irremisible a su primer sospechoso. Pero se fuerza en un poderoso ejercicio mental en desterrar esa idea. No puede ser que alguien de su pasado haya sobrevivido y sea el causante de los dos crímenes que se extienden durante una década.

—No puede ser… —tartamudea.

Frente a la casa de Caperucita está la patrulla de la guardia civil, que custodia la calle. Detrás de ellos, casi tocándose, hay dos vehículos. El primero es la furgoneta blanca de policía científica. Detrás de ella hay un coche sin distintivos, pero Gretel sabe que es de policía judicial.

Sobrepasa los vehículos y observa la espalda de dos policías que visten chalecos amarillos. En ese instante están cerca de la piscina municipal. Más allá hay un conjunto de tres casas seguidas, separadas por un seto. Después, el camino se bifurca en dos tramos, pero ambos se unen de nuevo en el terreno donde estaba la vía del tren. En el tramo de la izquierda está el cementerio municipal de Alerre. En el derecho, el sendero que lleva a la antigua casa del vigilante del paso a nivel, donde vivieron los alemanes. Ahora está vallado y en el interior el terreno está limpio y llano. Gretel ve la silueta de varios policías, tanto de científica, como de judicial, que están recorriendo ambos caminos. Siente cierta satisfacción al comprobar que le han hecho caso y están recogiendo muestras de barro, para compararlas con las que hay en las suelas de los zapatos de Caperucita. Después de todo,

medita, la bronca con el subinspector de policía científica fue provechosa. Recuerda cuando el inspector jefe Lucas le dijo que los jefes, a veces, tienen que soliviantar a los que dependen de ellos con discusiones que aviven la pasión por el trabajo. Una discusión no tiene que ser una afrenta, sino que también es un aliciente para que los que se supone inferiores se sientan importantes y sepan que su labor se valora lo suficiente como para que el jefe discuta con ellos.

La inspectora lleva todo el día sin hablar con Abel. Piensa que quizá debería relacionarse más con él, ya que los dos son los encargados de investigar el crimen de la calle Hermanos Grimm. No quiere inferir en su forma de trabajar, porque ella, cuando empezó en la policía, también rechazaba a esos jefes insufribles que siempre están encima, diciendo cómo se tienen que hacer las cosas. Sabe que el subinspector tiene su propio método de trabajo y que la unión de las dos formas de investigar finalmente dará sus frutos.

Regresa sobre sus pasos, deja a los policías de científica y judicial recogiendo muestras de barro, y se dirige al ayuntamiento. Son las seis y media y las puertas permanecen cerradas. En los arcos de la calle, al lado de la puerta de madera, hay una única cabina telefónica. Introduce una moneda y llama a la comisaría de Huesca. Le atiende un hombre con la voz ronca. Se identifica y pregunta por Abel. El policía le dice que lo ha visto entrar en la comisaría, y que no lo ha visto salir, por lo que estará en el edificio.

—¿Puede avisarlo? —consulta—. Necesito hablar con él.

—Un momento…

Mientras espera, introduce un par de monedas en la ranura, pues acaba de pitar y sabe que en medio minuto se cortará la llamada. En su caminata por el sendero, que une Huesca y Alerre, ha tenido un recuerdo que quiere compartir con su compañero. Es solo una sospecha, pero es bien sabido que la gran mayoría de las investigaciones se han resuelto gracias a presentimientos de los investigadores. Como cuando buscan en una dirección y no en otra, y aciertan.

—¡Gretel! —exclama Abel, nada más ponerse al aparato.

—Estoy en Alerre, en el ayuntamiento. Han venido dos agentes de científica y, apoyados con otros dos de judicial, están peinando los caminos que rodean el pueblo. Los zapatos de Araceli tenían restos de barro seco y quiero saber dónde estuvo antes de regresar a casa. ¿Y tú, qué estás haciendo?

—Estoy en la comisaría de Huesca, pero por poco tiempo. Ahora salgo hacia Zaragoza.

—¿Qué vas a hacer allí?

—Quiero visitar tres tiendas de disfraces que he buscado en las Páginas Amarillas. Intentaré averiguar algo del vestido rojo y la

máscara.

—Creo que el asesino adquiere los disfraces en Madrid.

El rostro del subinspector se demuda, pero Gretel no puede verlo a través del teléfono.

—¿Hay algo que deba saber?

—Es una corazonada. Pero esta tarde he ido a Alerre, donde estoy ahora, caminando por un sendero que circula paralelo desde Huesca, y he tenido un recuerdo de mi abuelo.

—¿Qué clase de recuerdo? —se interesa el subinspector.

—Mira, es algo que no puedo hablar por teléfono.

—Espera, que me acerco hasta dónde estás y hablamos.

—¡No! —rechaza Gretel—. Continúa con la gestión que tenías que hacer con las tiendas de disfraces de Zaragoza, por si sonara la flauta.

—¿Por qué crees que los disfraces los compra en Madrid? —insiste Abel.

—En la calle de Bordadores hay una tienda muy antigua, creo que lleva funcionando desde el año 1943. En sus inicios era una zapatería, pero luego fue ampliando a vestidos de ballet y también vendía calzado de danza. La tienda se llama NaTy. La ene y la te se escriben en mayúscula.

—Mira, Gretel, como hemos hablado estos días, tú eres la jefa, pero sigo pensando que estamos dando palos de ciego. ¿Qué te hace pensar que el asesino compró los disfraces en esa tienda?

—Ya te digo que solo es un pálpito, pero mi abuelo regentó una sastrería durante cuarenta años. Y era tan aficionado a los disfraces que incluso leía tebeos de Mortadelo y Filemón. He tenido varios recuerdos de él hablando de los disfraces y en uno de ellos he revivido cuando dijo que la mejor tienda de España era esta que quiero que visites, la de NaTy.

—Disculpa mi insistencia, Gretel, pero… ¿Qué tiene que ver tu abuelo con los disfraces?

—¡Uf! —resopla la inspectora—. Me gustaría que no me atosigaras con preguntas que hacen que me sienta como una estúpida. A mí todo esto me da mucha vergüenza, pero creo que mi abuelo sigue vivo.

Abel se silencia un instante, dando tiempo a que Gretel reflexione sobre lo que acaba de sugerir.

—¿Cuántos años tenía tu abuelo cuando desapareció?

—Cincuenta y cinco. Por lo que ahora, en caso de vivir, tendría ochenta y cinco años.

—Ochenta y cinco años —murmura Abel—. ¿Te das cuenta de lo que estás hablando? Un anciano de esa edad, faena tiene para aguantarse los pedos sin hacerse daño. ¿Me quieres decir que tu abuelo es el que ha estrangulado a Caperucita con sus manos, le ha abierto el vientre con un cuchillo y se lo ha llenado de piedras?

La inspectora comprende que quizá Abel tiene razón y se ha precipitado con su intuición. Ciertamente su abuelo era un hombre fornido, pero con ochenta y cinco años es imposible que haya hecho tales atrocidades.

—Mi abuelo era una persona muy fuerte, no tendría problema para ahogar a una adolescente de catorce años.

—Escucha, Gretel. Sé que estás sometida a mucho estrés con todo esto. Me imagino lo que supone para ti el hecho de tener que viajar hasta el pueblo donde desapareció toda tu familia, treinta años después. Y la presión que supone investigar un crimen como este, como el de Caperucita. Sobre todo, cuando lo enlazamos con el de hace diez años, el de La Cenicienta. Y todo junto se te está haciendo una bola. Te comprendo. ¡Te juro que te comprendo! Pero, por favor, no desvaríes. Y te lo digo desde el cariño.

—Haz las gestiones con las tiendas de disfraces de Zaragoza —le dice la inspectora, forzando la voz—. Pero ya te digo que mi abuelo compró esos disfraces en Madrid.

—Está bien —acepta el subinspector—. Haré esa gestión y mañana, si te parece, quedamos para comer y me cuentas lo que has hecho tú en Alerre y los avances con el barro de los zapatos de la chica.

—Gracias, Abel. Mañana nos vemos y me informas del resultado. Si, por lo que fuera, la gestión es positiva, pide que te entreguen fotocopia de cualquier recibo que tengan.

Cuando interrumpe la comunicación con el subinspector, justo la cabina telefónica se ha tragado la última moneda que quedaba en la ranura. Gretel observa a lo lejos como el subinspector Andrade, de policía científica, se acerca hasta ella haciendo aspavientos con uno de sus brazos.

—Inspectora —la nombra cuando llega a su altura—. Hemos encontrado una coincidencia con el barro de las suelas de los zapatos de la adolescente.

—¿Dónde?

—En el cementerio. La composición es idéntica a la que hay en la tapia que da a la antigua vía del tren. Araceli estuvo allí la noche del sábado, antes de ir a su casa.

—¡De puta madre! —exclama Gretel.

El ruiseñor cantó deliciosamente,
y las lágrimas llegaron a los ojos del
emperador y rodaron por sus mejillas.
El ruiseñor

Gretel camina con paso apresurado hacia donde le ha dicho el subinspector Andrade, mientras él trota con torpeza detrás de la inspectora.

—¿Lo han analizado? —pregunta, perdiendo el resuello.

—Sí, en el equipo portátil de la furgoneta lo hemos comparado con la muestra de una porción de barro seco que extrajimos de los zapatos, y coincide al noventa por cien. Hay un policía de judicial en el punto exacto, para proteger la zona de pisadas.

Gretel acelera el paso y se distancia del subinspector varios metros. Al fondo ve la cabeza de dos policías.

—¡Espero que no pisoteen! —protesta la inspectora, cuando faltan unos metros para llegar.

El cementerio está cerrado con una verja metálica que protege la única puerta de acceso. Desde fuera se ven los nichos del interior y los pinos que hay enfrente. El conjunto está protegido con una tapia cuadrada de color blanco, de unos veinte metros de profundidad por otros tantos de ancho. En la parte izquierda están los dos policías, esperando a que la inspectora llegue hasta ellos. Detrás del cementerio, entre la tapia y el camino donde estaba la casa de los alemanes, hay un tractor que está arando el campo. Por suerte, medita Gretel, todavía no ha llegado hasta donde están ellos, porque hubiera borrado cualquier huella.

—¡Andrade! —lo llama, girándose—. Dígale al tío del tractor que ni se le ocurra acercarse hasta aquí.

El subinspector se desvía hacia su derecha y le hace una señal con los brazos al conductor del tractor. El hombre se detiene y se baja, al darse cuenta de que ellos son policías.

—¿Es aquí? —consulta Gretel a uno de los policías que hay al lado de la tapia del cementerio.

—Aquí es —responde.

El subinspector Andrade llega detrás de ella, después de hablar con el conductor del tractor.

—Aquí hemos encontrado la coincidencia del barro —corrobora.

—¡Acordonen la zona! —ordena la inspectora—. Extienda cinta policial en todo el perímetro, desde los contenedores de basura que hay frente a la verja, hasta unos diez metros más allá de la tapia, en

todos los flancos. Y dejen señalizaciones para que a ningún tractor le dé por arar el campo que hay alrededor.

Uno de los policías se dirige a la furgoneta de científica a buscar más cinta policial, mientras el otro se queda en la esquina de la tapia.

—Protejan todas las marcas del suelo —sigue ordenando la inspectora—. Si ella estuvo aquí, habrá más pisadas alrededor. No sabemos si se adentró campo a través, ni hasta dónde llegó.

—Es un trabajo de chinos —protesta Andrade—. En la puerta principal es imposible extraer huellas fiables, porque es mucha la gente que pasa por aquí. No le discuto que, alrededor de la tapia, sea más sencillo cotejar cualquier huella que encontremos, pero no solo es difícil observarlas, sino que nos será complicado sacar muestras.

La inspectora no lo está escuchando, ya que se ha acuclillado y está observando toda la zona que hay alrededor.

—¿Qué son esas marcas que hay al lado de la tapia? —pregunta señalando hacia el suelo.

Pegado a la pared se observa la tierra ligeramente aplanada. Frente a ella hay dos huellas, que bien pueden ser de los talones de unos zapatos.

—Parecen marcas de zapatos —responde Andrade.

—Coja una muestra —dice la inspectora.

Andrade y los dos policías se miran de reojo.

—¿Una muestra de qué?

—Creo que Araceli estuvo ahí, sentada —afirma la inspectora, sin dejar de señalar hacia las huellas del suelo—. Apoyó la espalda en la tapia y recogió las piernas sobre sus rodillas, como si tuviera frío. ¿Ve lo que le digo? —le pregunta al subinspector de policía científica.

Andrade se acerca hasta donde le indica Gretel y mira hacia el suelo. Luego contempla la expresión alarmada de la inspectora.

—Sí, tiene razón —asiente—. Parecen las huellas de dos zapatos. Pero… ¿cómo sabe que son del asesino?

—No lo sé —niega la inspectora—. Pero es una deducción aproximada. Usted me ha dicho que el barro de los zapatos de la adolescente coincide con este punto, lo que me lleva a pensar que ella estuvo aquí la noche que la mataron. ¿Qué hace una chica de catorce años sentada al lado de la tapia de un cementerio? —pregunta.

Andrade se encoge de hombros.

—¿Lamentarse?

—¡Exacto! —exclama Gretel—. Era una chica solitaria. Se burlaban de ella porque no era atractiva. Y, según he podido saber, no se relacionaba con las otras muchachas del pueblo. Son las fiestas, donde todo el mundo se divierte, pero ella no quiere divertirse ni ir a las fiestas con las otras, por lo que se refugia aquí, en el cementerio. ¿Qué mejor lugar para sentir la soledad?

—Pero no estaba sola —comenta el subinspector.

—Vino aquí sola, pero alguien sabía que ella estaría aquí y se acercó. Con toda probabilidad no era la primera vez que Araceli venía al cementerio y se sentaba al lado de la tapia. Y su asesino lo sabía, porque la habría observado en otras ocasiones.

—Parece lógico —acepta el subinspector.

—¿Disponen de moldes? —interroga la inspectora.

—¿Moldes para qué?

—Moldes para hacer una copia de las huellas de los zapatos del asesino.

El subinspector de policía científica sonríe cariñosamente.

—Inspectora, ¿conoce alguna comisaría en España que disponga de ese material? —pregunta a su vez.

—¡No me toque los cojones, Andrade! Solo hay que echar yeso en el hueco, esperar a que se seque y recoger la pieza. No quiero saber la marca de los zapatos, ni el material con el que están hechos, ni si el tío tenía juanetes o llevaba las uñas largas, solo quiero saber el tamaño del pie.

—¡Bah! Eso lo podemos saber ahora mismo —dice, extrayendo un flexómetro de acero del bolsillo de su bata—. A ver, a ver… —profiere, mientras mide el tamaño de la huella del suelo—. Veintiocho centímetros y medio. Eso, si no me fallan los cálculos, es un pie del número 45.

—¿Cuarenta y cinco? —repite la inspectora—. ¿Está seguro? Mire que es un pie muy grande. Ni que nuestro hombre fuese un jugador de baloncesto.

—En esta huella —la señala con la mano—, no hay duda. Quizá en aquellas de allí —apunta hacia otro conjunto de huellas que hay separadas un par de metros de la tapia—, podría sospechar que el número del zapato no está bien tomado. Es posible que al pisar resbalara el pie y creyéramos que es más grande de lo que es. Pero en esta, como le digo, la pisada es firme y le puedo asegurar que ese es el número. Además, es una huella vertical, de arriba abajo, y la medición es exacta. Si hubiera sido una huella de alguien corriendo, por ejemplo, no me la jugaría, porque es imposible saber el tamaño exacto. Pero en esta, como le digo, no hay duda alguna.

—Eso reduce el número de sospechosos —comenta la inspectora—. No creo que haya muchos hombres que calcen un 45.

—A mí no me mire —sonríe Andrade—. Yo tengo un 43. ¡Eh! —grita—. ¿Alguno de vosotros calza un cuarenta y cinco?

Los policías se giran hacia donde están ellos, sin entender muy bien por qué hace esa pregunta. Pero, uno a uno, van respondiendo su número de pie. Y todos están por debajo de 44.

—Ella estaba ahí, sentada —comienza a elucubrar la inspectora—.

Llegó sola. Se sentó y apoyó la espalda en la tapia del cementerio. Le gustaba sentir el sonido del silencio, la tranquilidad, el fresco que se respira aquí por la noche. El canto lejano de los grillos que pueblan el campo que va hasta la antigua vía del tren. Recogió las piernas, agarrándolas con sus manos, y apoyó la barbilla sobre sus rodillas. Porque así la introspección es mayor. Sintió como las pulsaciones del corazón le recorrían todo el cuerpo. El hombre sabía que ella solía venir aquí y que lo hacía sola. Se acercó y aprovechó su vulnerabilidad. Es un hombre mayor y no tiene prisa. Sabe hablar y escuchar. Su voz pausada atrae a esa chica que necesita que la escuchen, que le hagan caso. No hay ningún rastro de violencia —dice mirando alrededor—. Entiendo que los dos estuvieron conversando el tiempo suficiente como para que las huellas de él se marcaran en el barro. Es un hombre corpulento, porque la marca que dejó es profunda. Luego —dice mirando hacia la derecha de la tapia—, salieron de aquí juntos. Los dos llegaron a la casa de la calle Hermanos Grimm. Él subió con ella hasta su habitación. Y allí la estranguló. ¿Qué es esa marca tan ancha de ahí? —pregunta señalando hacia una de las esquinas del cementerio.

Andrade se acerca hacia donde le indica la inspectora y mira el suelo con detenimiento.

—Mmmm, es algo pesado. Puede ser una mochila.

—¿Por qué una mochila? —requiere la inspectora.

—Por el grosor. Una mochila de senderista apoyada en el suelo dejaría una marca parecida. Aunque desconozco por qué es tan profunda la huella.

—Las piedras —susurra la inspectora—. El hombre llevaba una mochila con piedras.

—Pero no fueron juntos, como sugiere usted —interrumpe Andrade—. Allí —señala con la mano hacia el camino de tierra—, las huellas se separan.

Gretel observa que las huellas de los zapatos son más profundas, porque él estuvo caminando, cargando la mochila con las piedras.

—¿Podemos seguir el rastro hasta la casa? —pregunta.

—¡Imposible! —exclama el subinspector—. A partir de los contenedores de basura es un camino de mucho tránsito, que une la ermita de Loreto con Alerre. Por aquí pasan cientos de personas, y mucho más en verano. Y, teniendo en cuenta que la semana pasada fueron las fiestas, nos sería imposible discriminar las huellas de ambos. Y encima, el terreno que hay pasados los olivos ya es pista, por lo que las huellas no se habrán marcado.

—Entiendo —acepta la inspectora.

¿Me compra usted una caja de cerillas?
Le decía a toda la gente que pasaba.
La pequeña cerillera

Son las tres de la tarde del jueves 2 de agosto de 1990, cuando Gretel y Abel se sientan en la mesa del restaurante de los Porches. La inspectora hizo la reserva en la planta superior, porque faltaba una semana para las fiestas de San Lorenzo de Huesca y la población prácticamente se había duplicado; quería estar a solas, ya que la conversación derivaría en asuntos profesionales.

—¿Qué tal por Zaragoza? —le pregunta nada más sentarse.

—Hace un calor de mil demonios —responde Abel.

—¿Más que aquí?

—Creo que sí.

—Bueno, vamos al grano —apresura Gretel, antes de que el camarero deje las cartas del menú sobre la mesa—. ¿Qué has averiguado de los disfraces?

—Nada.

—¿Nada?

—Nada de nada. He visitado tres tiendas y, si bien en dos de ellas venden vestidos de Caperucita y Cenicienta, no son los que buscamos.

—¿Y el zapato de cristal?

—Nada —responde Abel, balanceando la cabeza de forma negativa —. Por cierto, me tienes que decir por qué crees que el asesino compró los disfraces en una tienda de Madrid.

—Te lo digo ahora —interrumpe la inspectora—. Mi abuelo, como te he dicho, era sastre. Y también era un aficionado a los disfraces. Como te conté, hasta le gustaban los primeros cuentos de Mortadelo y Filemón. Ya son varios testigos los que me han confesado que, inmediatamente después de que ocurriera algún desastre en Alerre, vieron un esqueleto en las inmediaciones de las casas. —Abel la escucha sin interrumpirla—. Evidentemente no existen los espíritus, por lo que la única explicación lógica es que ese esqueleto es alguien disfrazado. De niña, un año antes de que desaparecieran mis padres, mi abuelo se disfrazó del señor del Monopoly en las fiestas de Alerre, el juego de mesa ese donde hay que comprar casas. El disfraz estaba tan logrado, que casi todo el mundo lo felicitó. Hipólito se estuvo paseando la noche del sábado por la plaza, vestido con un traje de etiqueta con corbatín y un sombrero de copa. Se rellenó el estómago para simular la barriga del personaje y se maquilló con el bigote blanco característico. A mi madre no le gustaba que su padre fuese tan

infantil. Y mucho más cuando solo hacía un año que había fallecido su marido, mi padre, por lo que rechazaba su conducta en las fiestas del pueblo. El lunes 3 de agosto, de 1959, el abuelo nos dijo que se iba de viaje y que regresaría al día siguiente, el martes. Según nos contó a todos: a mi madre, a mi hermano y a mí, se iba a Madrid a devolver el disfraz que alquiló para las fiestas, el del señor del Monopoly. Yo tenía entonces ocho años y recuerdo que estuve en la habitación de mi abuelo cuando empaquetó el disfraz. Y recuerdo perfectamente sus palabras. Me dijo que lo iba a devolver a la tienda NaTy de Madrid. Resulta que el martes estuve hablando con ese guardia civil, Ortega, que investigó la desaparición de mi familia y el asesinato de La Cenicienta. Y, cuando estaba a punto de irme, el tío me detuvo en la puerta y me dijo que había una cosa que me quería comentar, referente al zapato de cristal que encontró en la escena del crimen, y es que en el tacón estaban grabadas las letras NT.

—NT —repite el subinspector.

—Sí, eso me dijo. Al principio no supe relacionarlo, porque Ortega me habló de que creyó que eran las siglas de Nuevo Testamento, y me habló de otras posibilidades, que estuvieron barajando en su día. Pero he caído en la cuenta de que NT es el acrónimo de NaTy.

—No sé, Gretel. Me parece poco peso para una sospecha tan grande. ¿Estás insinuando que tu abuelo es la persona que estamos buscando? En ese caso… ¿por qué viajó a Madrid para alquilar un disfraz que podía haber alquilado en Zaragoza, por ejemplo? O, como me has dicho, si su oficio era el de sastre, ¿por qué no se confeccionó el disfraz él mismo? Una persona con esa habilidad solo necesita tela, aguja e hilo. No tiene que ir a ningún sitio a comprar nada.

—Esa es la cuestión que lleva dando vueltas en mi cabeza desde ayer por la tarde. Pero lo importante es que me consta que mi abuelo viajó a Madrid para alquilar un disfraz. Entonces, atando cabos de quién podría disfrazarse de esqueleto, me dio por pensar en él. Como te dije, tenía cincuenta y cinco años cuando desapareció. Ahora tendría ochenta y cinco años. Y ya sé que una persona a esa edad es demasiado vieja como para ir dando saltos por ahí, pero… ¿por qué no? Los crímenes a los que nos enfrentamos ya son de por sí lo suficientemente extraños como para que no nos sintamos retraídos de elucubrar sobre las hipótesis más extravagantes.

—¿Han decidido ya qué van a tomar? —los interrumpe el camarero.

—Sí. —Gretel coge la carta por primera vez, desde que la dejó sobre la mesa—. Ensalada y de segundo el pollo al chilindrón.

—Lo mismo —dice Abel.

El camarero recoge las cartas y se retira.

—Ya sabes lo que pienso de todo esto —habla el subinspector—.

Creo que si contactas con los de judicial de Madrid, para que visiten esa tienda, no conseguirás nada.

Gretel se echa para atrás en el asiento y muestra expresión de enfado.

—No solo habría que hacer gestiones en NaTy, sino en todas las tiendas de disfraces de España —dice.

—Una locura —comenta Abel.

—Todo esto es una locura, pero los disfraces es el único hilo del que podemos tirar.

—Esos disfraces son bastante comunes —anota el subinspector—. Los pueden haber comprado en cualquier tienda. Y no necesariamente tienen por qué acordarse los vendedores de a quién se los entregaron.

—¿Y el zapato de cristal?

—¡Por Dios, Gretel! Es un zapato de cristal. Lo pueden haber encargado en cualquier vidriería o comprar uno hecho. Ni siquiera es necesario que sea de aquí, de España, igual lo trajeron de otro país. Esas siglas, NT, pueden ser cualquier cosa. Un nombre: Nicasio Tadeo. Un compuesto químico: Nitrato. El nombre de un país y una casa de coches: Noruega Toyota.

La inspectora lo mira con cierta vergüenza en sus ojos.

—Puede que tengas razón y me haya dejado arrastrar por mis recuerdos. Pero cuando acepté dirigir esta investigación, me dije que no renunciaría a ninguna hipótesis. Unos crímenes así, como ya hemos comentado, necesitan de una mente abierta si queremos atrapar al asesino.

—¿Vamos a indagar en todas las tiendas de disfraces del mundo? ¿En todas las casas de coches de Toyota que haya en Noruega? ¿En todos los fabricantes de Nitrato?

—Supongo que no —acepta la inspectora.

—No nos podemos permitir dar palos de ciego y perder el tiempo en gestiones que no nos acercarán al asesino, en todo caso nos alejarán. Porque, mientras nos dedicamos a buscar fantasmas de tu pasado, él sigue ahí afuera, escondido.

—Tengo otra pista —refunfuña la inspectora.

Abel llena las dos copas de vino.

—¿Qué pista?

—Ayer por la tarde apareció una huella de sus zapatos.

—¿En la casa de la calle Hermanos Grimm?

—No. Le dije al subinspector de científica que hiciera gestiones con los restos de barro que había en los zapatos de Caperucita. Siguiendo mis indicaciones, rastreó los alrededores de la casa, hasta que localizó la misma composición de barro en la tapia del cementerio de Alerre.

—¿Y eso lo hizo ayer por la tarde?

—No sabes lo rápido que puede ir uno cuando se enfrenta a una

inspectora cabreada —sonríe—. Lo vi tan relajado que me alteré y le dije que se pusiera las pilas. Con otro más de científica, y la colaboración de los policías de judicial, peinaron la zona hasta que dieron con el lugar exacto donde estuvo la chica antes de ir a casa. Y también había el rastro del asesino que estuvo con ella unos minutos antes.

—¡Joder! Eso es una de las mejores noticias que he oído desde el domingo.

—De momento sabemos que el tío calza un 45 de zapato y que llevaba una mochila, o algo parecido, donde llevaba las piedras que le introdujo en el estómago.

—¿Todo eso lo han sacado con las huellas?

—La del pie, sí, porque, una vez localizado el sitio exacto, donde estuvo sentada Araceli, al lado de la tapia del cementerio, hemos podido contrastar las marcas de un objeto pesado, con forma de culo de mochila, que había cerca. Lo que nos llevó a deducir que se trababa de la mochila con las piedras, por las marcas profundas que dejó.

El camarero los interrumpe, dejando los platos que han pedido sobre la mesa.

—¿Algo más? —pregunta.

—Está bien —rechaza Abel con un gesto de su mano.

El camarero se aleja y los dos se quedan solos, ya que ninguna de las mesas de alrededor está ocupada. Son las tres y media de la tarde y la mayoría de los comensales se han retirado. De la planta de abajo llega el barullo de algunas mesas que comienzan a levantarse para marcharse.

—Creo que hay algo que me ocultas —comienza a hablar el subinspector—. No es que desconfíe de ti, pero… ¿qué crees que ocurre en el pueblo?

—¿La verdad?

—Por favor.

—Creo que, en el año 1960, la tarde del sábado 30 de julio, mi abuelo enloqueció y asesinó a mi madre y a mi hermano. La suerte quiso que yo no estuviera en casa y llegara tarde, porque en caso contrario hubiera corrido idéntica suerte. Hipólito tenía problemas mentales, por eso se jubiló antes de la edad que le correspondía, con cincuenta y tres años, y se fue a vivir con nosotros. Lo recuerdo como un hombre infantil, sumergido en los tebeos, y entristecido por la deriva de su hija, mi madre. Esmirna no estaba bien de la cabeza y todo a su alrededor se había convertido en un fantasmagórico cuento de hadas. Los cuentos lo eran todo para ella y nadie, de los que pudieron poner remedio, hizo nada. Ni el médico, Guillermo, que no la trató. Ni el alcalde, Alonso, que no echó a los alemanes de la casa de la vía del tren. ¿Has oído eso de que la enajenación mental se

hereda?

—Sí. Algo he oído.

—Pues mi madre estaba como una puta cabra. Las cosas como son y hay que llamarlas por su nombre. Una mujer que vive en los cuentos de hadas es una mujer cuya mente flaquea. Y esas cosas se heredan, por lo que ella las heredó de su padre, mi abuelo. Apenas recuerdo a Hipólito, porque, como ya sabes, yo tenía nueve años, pero estos días me han venido a la memoria fragmentos de conversaciones suyas, cuando paseábamos con mi hermano, y creo que estaba peor que mi madre, pero de otra forma.

—¿Y qué ocurre con esos alemanes de los que tanto hablas?

—Esos alemanes se habían instalado en una casa abandonada, que ahora no existe, y mi hermano se hizo muy amigo de ellos y los visitaba constantemente. Él tenía entonces quince años y, según nuestro abuelo, era una edad muy peligrosa. Hipólito tenía miedo de que Hansel se metiera en líos y acabara en un correccional. Eso sería un mazazo irreparable en la frágil mentalidad de mi madre. Eran continuas las referencias a que en esos sitios se entrenaba a los delincuentes. Estoy casi convencida de que Hipólito es el que se cargó al alcalde Alonso, en 1977, en el accidente de tráfico de la carretera que va de Huesca a Ayerbe. Ese coche robado, el Chrysler 180 que impactó contra el Seat 131 de Alonso, lo robó él con el único fin de provocar el accidente. Y lo mató para castigarlo por no haber hecho nada por mi madre. Luego, tres años después, asesina a su hija menor, La Cenicienta, en la espantosa recreación de un cuento de hadas. En 1977 mi abuelo tenía setenta y dos años. Y en 1980, cuando asesinó a La Cenicienta, tenía setenta y cinco años. Con la vitalidad necesaria para cometer esos crímenes. En 1978 se despeña por un barranco del Pico del Águila el entonces médico de Alerre, el doctor Guillermo. Su nieta, Araceli, es la última asesinada. ¿No lo ves, Abel? Mires hacia donde mires, el perfil de mi abuelo es el que destaca. Él asesinó a mi madre y a mi hermano y luego hizo lo mismo con el alcalde y el médico de Alerre, y con las chicas: su hija y su nieta, respectivamente. Ahora tiene ochenta y cinco años y debe de estar cerca. Si no en Alerre, sí en un pueblo cercano. ¿No has visto a Jack Palance en la película Raíces profundas? En la actualidad sobrepasa la setentena y mira lo fuerte que está.

El subinspector suspira con fuerza, después de escuchar a Gretel. Le parece increíble que su abuelo, un hombre que en la actualidad tendría, de estar vivo, ochenta y cinco años, sea el que está detrás de los crímenes. Si fuese así, ¿dónde se oculta? Se pregunta. Localizar a un anciano, por mucho que se camufle, tendría que ser una tarea sencilla. Y cómo es posible que ese hombre engañe a adolescentes para colarse en su casa y luego asesinarlas. Pero todo lo demás, la

historia del asesinato de su familia, y las muertes posteriores del alcalde, el médico, y su hija y su nieta, son una completa locura.

—Yo, la verdad es que…

—El sargento Ortega me dijo que investigaron los robos de vehículos de la noche que desapareció mi familia. —Gretel continúa hablando, interrumpiendo a Abel—. Un Citroën 2 CV, un Renault Dauphine, un Citroën DS y un Volkswagen Escarabajo. Los cuatro los encontraron días después aparcados en diferentes calles de Zaragoza. Mi abuelo, después de asesinar a mi madre y a mi hermano, robó un coche y huyó a Zaragoza. Desde ahí viajaría en tren, o con otro coche robado, hasta Barcelona o Madrid. Desconozco si tenía dinero ahorrado, porque nunca nos habló de ello. Pero, habiendo regentado una sastrería durante tantos años, y teniendo en cuenta que no era un hombre de excesos, seguramente tendría suficiente como para ocultarse un tiempo. En esos años, los sesenta, era relativamente sencillo cambiar de identidad. Puede que ahora tenga otro nombre, otro documento y hasta otro aspecto.

—¿Y los cuerpos? —interrumpe el subinspector.

—No tienen que estar lejos —responde Gretel—. En algún tramo entre Alerre y Zaragoza se deshizo de ellos. Quizá los arrojó a un río o los enterró en una cuneta. O puede que… —se detiene mientras habla.

—¿Qué?

—La casa de los alemanes. —Se suena la nariz con una servilleta de papel, que coge de encima de la mesa—. En esa casa había un pozo de agua de unos treinta metros de profundidad. El sargento Ortega me dijo que ese pozo lo cegaron cuando derribaron la casa, pero estoy convencida de que nadie comprobó el interior. Mi abuelo sabía de la existencia de ese pozo…

—¿Y tú, Gretel? ¿Lo sabías?

—Sí. Visité esa casa una vez, con mi hermano, y vi el pozo en la parte trasera. Le pregunté al sargento Ortega por él, y me dijo que lo habían cegado con cemento. Mi abuelo, después de asesinar a mi madre y a mi hermano, pudo arrojar los cuerpos allí. Por eso, en el año 1981, antes de que derribaran la casa, Ortega vio al esqueleto en el interior, porque Hipólito regresó para sacar los cuerpos antes de que la guardia civil los descubriera. O para asegurarse de que hubieran desaparecido. El sargento me contó que ese pozo era ilegal, como muchos de la zona, porque se comunican entre ellos y unos roban el agua de otros. Los cuerpos pudieron viajar a treinta metros de profundidad entre un pozo y otro y perderse. Antiguamente, los ganaderos arrojaban allí las reses muertas, para evitar enterrarlas. ¿Quién nos dice que no estén ahí los cuerpos de mi madre y de mi hermano?

Abel se sirve un poco más de vino. Se lleva la copa a los labios y

propina un sorbo.

—Si lo que dices es cierto, después de tanto tiempo habrían aparecido los cuerpos. Aunque estuvieran a treinta metros de profundidad, en algún momento alguien los habría visto. No se pueden ocultar dos cadáveres en un pozo, así como así.

—Puede que los hubiera enterrado en algún lugar donde la tierra sea blanda. Mi madre era una mujer pequeña, de menos de un metro sesenta. No necesitaría cavar un agujero muy profundo para sepultarla. Entre Alerre y Zaragoza hay cientos de kilómetros de campo, bosques, terrenos… Podía haberse detenido con el coche en cualquier tramo, cavar una zanja, y arrojar sus cadáveres dentro.

—¿Y tu hermano?

—Era más fornido, pero piensa que solo tenía quince años. Lo podía haber arrojado en el mismo pozo donde tiró a mi madre, o en la misma zanja donde la enterró.

—¡Caso resuelto, entonces! —exclama el subinspector—. Solo hay que localizar a tu abuelo y habremos resuelto tres desapariciones y dos asesinatos. Si quieres, puedo comenzar a buscar en las residencias de ancianos.

—¡Imbécil! —recrimina, pero sin que se le note enfadada—. Ríete todo lo que quieras, pero sigo pensando lo mismo.

—¿Desean algo de postre? —les pregunta el camarero, al ver que los platos ya están vacíos.

—¿Tienen carta de postre? —se interesa el subinspector.

El camarero se retira hasta una pequeña barra que hay en la planta de arriba y regresa enseguida con dos hojas plastificadas, que deja encima de la mesa.

—Para mí un brownie de chocolate —pide Abel.

—Yo quiero un flan de la casa —solicita Gretel.

El camarero recoge las hojas de los postres y se retira hasta el mostrador, donde otro camarero atiende su petición.

—Qué raro que no hayas pedido manzanas asadas al horno, con canela y almendras, es tu postre preferido —chasca los labios Abel.

—No he visto que estuvieran en la carta —comenta la inspectora.

—Sí, casi al final. Si hubieras seguido leyendo lo habrías visto.

—Prefiero el flan de la casa —insiste la inspectora.

Durante el postre apenas hablan. Y rechazan tomar café, porque Gretel le dice que quiere echarse un rato en la cama de su apartamento y después irá a comisaría, para repasar el informe que policía científica realizó el día anterior, en el cementerio de Alerre, por si se le hubiera escapado algún detalle. Planea revisar todas las fotografías que tomaron. Abel, por su parte, ha quedado con el alcalde Morales, ya que le tiene que entregar el listado de amigas de Araceli, con las que tenía contacto cuando iba al pueblo, por si alguna de ellas

la vio con algún sospechoso.

¡Ya estoy harto de gemidos!
El tesoro dorado

Después de comer, Gretel llega al apartamento. En el trayecto, de apenas diez minutos, se ha preguntado en qué momento, desde que conoció a Abel, le dijo que su postre preferido eran las manzanas asadas al horno, con canela y almendras. Hacía treinta años que no probaba ese plato, desde que desapareció su madre, porque ella era la única que sabía prepararlo a su gusto. La receta la copió de su abuela, la mujer de Hipólito, que falleció cuando su madre era una adolescente. En la memoria de la inspectora todavía subsisten aquellas tardes que su madre se pasaba en la cocina, pelando las manzanas reinetas, grandes, redondas, y empapando con su aroma agridulce toda la casa. Mezclaba la mantequilla, el azúcar moreno, la canela y las almendras, que ella misma laminaba.

—Estoy preparando un postre digno de cuento de hadas —sonreía.

Gretel la admiraba desde la introspección de una niña solitaria, sentada en la silla de madera que había al lado de la ventana, disfrutando de la felicidad de una madre cuyo mundo eran los cuentos y todo lo que los envolvía.

Abel no conocía ni a Verónica ni al sereno. Y, según le dijo, no conocía a nadie que hubiera tenido relación con su familia. No recuerda, tampoco, que nadie del pueblo, como Dorita, hubiera comentado ese detalle, al menos estando él delante. Su madre las preparaba de forma asidua, especialmente para ella. Recuerda que Hansel no las quería, porque sentía aversión hacia la canela y rechazaba su sabor. Y el abuelo no las comía, o nunca lo vio haciéndolo.

«*Qué raro que no hayas pedido manzanas asadas al horno, con canela y almendras, es tu postre preferido*».

En su cabeza repite varias veces las palabras de Abel, para estar segura de que lo ha escuchado bien.

«*Es tu postre preferido*». «*Es tu postre preferido*».

—¿Cómo coño sabe que las manzanas asadas al horno, con canela y almendras, es mi postre preferido? —gruñe como si fuese un animal acorralado.

Se sienta en la cama y se pasa varias veces la mano derecha por el pelo, como si buscara tranquilizarse. Hace tanto calor que su espalda y sus brazos se han humedecido. Y siente que su instinto la está hundiendo en una espiral que la atolondra de tal forma que tiene miedo de seguir los pasos de su abuelo y de su madre. Debe

tranquilizarse y pensar con claridad, si quiere resolver los crímenes, por un lado, y no enloquecer, por el otro.

«*Qué raro que no hayas pedido manzanas asadas al horno, con canela y almendras, es tu postre preferido*».

Por más que lo recuerda, le parece imposible que sea eso lo que ha escuchado. Quizá Abel dijo otra cosa, y ella lo recrea en su mente de una forma distinta. O puede que sí sea lo que ha dicho, pero porque alguien, no puede saber quién, se lo dijo. Pero una y otra vez escucha a Abel asegurando que las manzanas asadas al horno, con canela y almendras, es su postre preferido. Jamás, desde que era una niña, le había dicho a nadie que ese fue su postre preferido. Y no lo había hecho porque cuando se fueron y la dejaron sola, pasó a odiar ese postre. Fueron muchos los recuerdos de su infancia que pasaron de ser buenos a malos. Y ese era uno de ellos.

Se desviste, dejando la ropa encima de la cama. Necesita una buena ducha, porque el calor de ese segundo día de agosto es insufrible. Tiene que refrescarse. Y no solo físicamente, sino que también debe aclararse las ideas. Teme que sus pensamientos la traicionen e inicie una vorágine que lleva un par de días esforzándose por rechazar. El mismo foco que puso sobre su abuelo, es el que ahora apunta hacia Abel.

Hay un recuerdo recurrente que la asalta y la atemoriza, y es cuando habló por primera vez con el subinspector, el domingo, cuando los dos accedieron a la primera planta de la casa de Federica y vieron el cuerpo de su nieta tumbado en la cama. Entonces, y lo recuerda perfectamente, en la descripción del asesinato, Abel le dijo que en el interior del estómago había diez piedras. Ella incluso se lo preguntó, para estar segura, y el subinspector le dijo que esa información se la había facilitado policía científica. El jefe accidental de científica es el subinspector Andrade, y él, y también lo recuerda bien, le dijo que el informe de las piedras lo facilitó el forense, ya que ellos, como policía, no pueden hurgar en el interior de los cadáveres.

—Científica no pudo facilitar la información del número de piedras que había en el estómago de Araceli —murmura, mientras el agua escurre por el pelo y por la espalda.

Seguidamente busca una lógica a esas palabras y piensa que quizá Andrade, contraviniendo los principios de actuación del gabinete de científica, introdujo la mano en el estómago de la adolescente y una a una fue contando las piedras. Luego, en una confidencia solidaria entre policías, se sinceró con Abel y le dijo que esa era la cantidad de piedras que había en el interior del estómago.

Gira el grifo de la ducha y el chorro se detiene. Descorre la cortina para dejar que el vapor se escampe. Gretel comienza a hiperventilar, el aire no llega a sus pulmones y siente que se está ahogando. Está

desnuda, pues acaba de salir de la ducha, pero abre la ventana del balcón de par en par. No le importa que alguien de la calle mire hacia arriba y la vea. Luego corre hacia la mesita de noche y coge un paquete de tabaco que dejó allí para las emergencias.

Y.

Ahora.

Tiene.

Una.

Enciende un cigarrillo con el fuego automático de la cocina. Inhala una calada tan profunda, que hasta le duelen los pulmones. La expulsa e, inmediatamente, inhala otra. Y una tercera que le produce un dolor profundo en el pecho.

—Las migas de pan —reniega en voz baja—. ¡Las putas migas de pan las dejó él allí! Solo Hansel podía haberlo hecho, porque es su misión principal en el cuento: esparcir migas de pan.

Gretel sabe que todos esos mensajes de los crímenes, en especial el de Caperucita, están dirigidos a ella. El bizcocho de chocolate y las migas de pan son tan esenciales, que sin ellos no hay cuento.

—Mataperros, mataperros… —repite un par de veces.

Recuerda que la primera vez que habló con Abel, en la calle, mientras esperaban que la morgue retirara el cuerpo de Caperucita, ella le contó la historia que ocurrió en 1960, cuando desapareció su familia. Hubo un momento que el subinspector se refirió al sereno con el mote de «mataperros». En ese instante Gretel no cayó en la cuenta, pero a Diego lo conocían con ese remoquete desde que en 1958 mató a un perro de un disparo de escopeta, cuando estuvo a punto de agredir a una niña en la piscina municipal. Algunos testigos dijeron que ese perro era inofensivo, pero la madre de la niña se había asustado y gritó, alertando al sereno, que vivía justo enfrente. Accedió a la piscina armado con una escopeta de caza y, sin pensárselo dos veces, disparó sobre el perro, que murió en el acto. El dueño, un adolescente de Chimillas, se desesperó y acusó a Diego de asesinato y durante un tiempo los chicos lo llamaron así: mataperros. Abel no podía conocer ese mote, a no ser que fuese del pueblo y hubiera estado en aquella época.

El lunes por la mañana el subinspector accedió al despacho que le prestaron a Gretel en la comisaría de Huesca y le entregó el informe preliminar de policía científica. La inspectora recuerda que él la sorprendió mientras estaba distraída. Entonces, Abel le preguntó si la había despertado. Ella le respondió que no, que estaba pensando. Y el subinspector dijo una frase que, de tan repetida, no le echó cuentas:

«*El jefe no duerme, piensa*».

A continuación, Abel le comentó que esa frase era una broma de un familiar, que decía que los jefes no duermen, meditan. Esa frase, tal

cual, se la había escuchado varias veces a su abuelo Hipólito.

Después tuvieron una discusión, referente a que el subinspector amenazó a Gretel con que, si no estaba contenta con él, tendría que solicitar su traslado. Le dijo que llevaba en la policía desde los veintinueve años, la edad máxima a la que uno puede acceder al cuerpo. Pero un rato después, en otra conversación, Gretel le preguntó si él ya estaba en España en el año 1980, cuando asesinaron a La Cenicienta, y él respondió que llegó dos meses después, en septiembre de ese año, para presentarse a las pruebas de la policía nacional. Si llegó a España en 1980, para acceder a la policía, entonces tenía, si es cierto que en la actualidad tiene cuarenta y dos años, treinta y dos, por lo que no podía presentarse. Lo que significa o que mintió con la fecha o con su edad, ya que tuvo que llegar al menos cinco años antes.

Gretel llama por teléfono a la comisaría de Huesca. Le atiende el funcionario que está en la oficina de denuncias. Reconoce su voz, ya que habló con él el lunes por la mañana, cuando accedió a la comisaría por primera vez y se entrevistó con el comisario.

—Soy la inspectora Gretel —se presenta.

—Buenos días, inspectora. Sí, la he reconocido por la voz. ¿En qué puedo ayudarla?

—He visto que en el vestíbulo de la comisaría hay una cámara de seguridad.

—Correcto. La instalaron hace un par de años.

—¿Qué graba exactamente?

—Pilla desde las escaleras de acceso hasta la puerta del ascensor. ¿Por qué quiere saberlo?

—¿Graba?

—¡Claro! No tendría razón de ser si no lo hiciera.

—¿Y dónde graba?

—En el mostrador de seguridad hay un reproductor de VHS que recoge las grabaciones en una cinta.

—¿Se guardan las cintas?

—Durante una semana. El policía de seguridad las va reemplazando, conforme se llenan. Y cuando pasa una semana, más o menos, empieza a grabar de nuevo.

—¡Bien! —chasquea la lengua la inspectora—. Dígale que no borre ninguna de esas cintas hasta que yo las revise.

—¿Qué está buscando?

Gretel mira el reloj y comprueba que son las seis de la tarde.

—Estaré ahí en media hora —dice antes de colgar.

Desde el apartamento, hasta la comisaría, apenas hay diez minutos caminando. Pero antes tiene que hacer una gestión, para aligerar lo que tiene que hacer esa tarde, en cuanto tenga la cinta que busca. Llama al teléfono del ayuntamiento de Alerre. Sabe que la guardia

civil tiene allí una patrulla y que los agentes disponen de un cuarto donde pueden comer, cuando lo necesitan, además de usar el aseo o llamar por teléfono. Mientras suena el tono, cruza los dedos para que en ese instante haya algún guardia cerca del teléfono y lo oiga.

—¿Sí?

—Buenas tardes —saluda—. Soy la inspectora Gretel, de la policía nacional.

El guardia civil reconoce su voz, ya que es uno de los agentes que le entregó la llave el martes, cuando visitó la casa donde asesinaron a la adolescente.

—Dígame, inspectora.

—Necesito saber si disponen de un reproductor de vídeo VHS.

El guardia civil mira hacia su derecha y contempla un televisor pequeño. Al lado está el reproductor de vídeo, que usan ellos alguna noche para ver películas.

—Sí, hay uno.

—¿Funciona?

—Ayer por la noche funcionaba —responde.

—¡Bien! Necesito que localice a Adoración, la mujer que vive en la calle Iglesia. ¿Sabe a quién me refiero?

—¿A la señora que estuvo el martes hablando con usted en la casa de Caperucita?

—Esa misma. Vive detrás de la calle Baja, en la única casa que hay habitada. Vaya allí, ya que esa mujer no sale nunca, y acompáñela hasta el ayuntamiento, donde está usted ahora. En media hora, como mucho, estaré ahí.

—¿El motivo?

—¿Qué motivo? —interroga Gretel.

—La mujer me preguntará con qué motivo me tiene que acompañar.

—No le diga nada. Solo que quiero hablar con ella y que llegaré enseguida.

Cuando corta la comunicación, con el guardia civil de Alerre, la inspectora se viste con la misma ropa que llevaba cuando comió con Abel, coge el bolso, con la pistola reglamentaria dentro, y sale a la calle, dirección a comisaría.

36. La grabación

El abeto permanecía muy quieto y pensativo:
nunca los pájaros del bosque
habían contado cosas parecidas.
El abeto

Gretel llega a la comisaría de Huesca a las seis y media de la tarde del jueves. El policía de la oficina de denuncias la espera en el mostrador de seguridad, sobre el que ha dejado varias cintas de vídeo VHS, tal y como ella le pidió por teléfono.

—Aquí las tiene todas —le dice a modo de saludo.

Gretel las coge con los dos brazos.

—¿Dónde hay un reproductor de vídeo?

—En la primera planta, en el despacho de judicial tiene uno. Y en la tercera planta, donde están las habitaciones de la residencia, hay otro; que usan los policías para ver películas.

—¿Hay alguien arriba, en la primera planta?

—No. Deben estar en la calle, haciendo gestiones.

Gretel se monta en el ascensor y pulsa el botón de la tercera planta con el codo. Antes de ir al despacho de judicial, en la primera planta, quiere comprobar una cosa.

Cuando se abre la puerta del ascensor, deja las cintas de vídeo sobre una mesa recibidor que hay antes de entrar en el pasillo de la residencia. En esa planta están las habitaciones donde duerme, entre otros policías, Abel. Es un pasillo largo con cinco habitaciones, tres a la derecha y dos a la izquierda. Al final del segundo cuarto, de ese lado, hay una pequeña sala con una nevera y un televisor, donde los policías pueden relajarse cuando les apetezca. En ese momento, y dado la hora que es, no hay nadie. Del interior de una de las habitaciones llega el sonido estentóreo de unos ronquidos. Piensa que quizá alguno de los policías, que duermen allí, ha prolongado en exceso la siesta, porque posiblemente tenga que entrar de servicio en el turno de noche. En la puerta, pegado al lado derecho, hay unos zapatos. La inspectora sabe que las habitaciones son tan pequeñas, y están tan mal ventiladas, que los policías que duermen allí dejan su calzado fuera, para que respire. No sabe cuál es la habitación de Abel, pero la de esos zapatos seguro que no es, porque recuerda que, cuando estuvieron comiendo en el restaurante de los Porches de Galicia, él vestía unos mocasines marrones, sin cordones. Y esos de ahí son unos zapatos negros de horma ancha, que se corresponden con los del uniforme de la policía nacional. Entonces, sin encender la luz del pasillo, para no alertar de su presencia, observa que, en la última

habitación de la izquierda, la que está tocando a la sala de descanso, hay unos mocasines en el suelo, al lado de la puerta. No tiene ninguna duda de que son los suyos.

Se acerca.

Coge uno.

Lo levanta.

Mira la suela.

Lee el número: 45.

—Cuarenta y cinco —masculla con la voz apagada.

Y lo deja al lado del otro.

Desanda sus pasos hasta que regresa a la entrada del pasillo. Recoge las cintas de vídeo. Y se mete en el ascensor, que no se ha movido de esa planta.

Cuando llega al despacho de judicial, localiza el reproductor de vídeo encima de una de las tres mesas. En la pared, al lado de la ventana, está colgado un televisor tan pequeño, que puede que solo tenga catorce pulgadas. Introduce una de las cintas de vídeo. Enseguida salta la imagen, donde se ve el vestíbulo de entrada de la comisaría. Hay un agente apoyado en el mostrador, fumando un cigarrillo y, a través del cristal esmerilado de la puerta, se ven pasar vehículos por la calle, de forma intermitente. Gretel pulsa el botón de avance rápido y ve cómo las imágenes pasan a toda velocidad. Entra y sale gente. Los coches patrulla aparcan en la puerta. El policía de seguridad se mueve de un lado hacia otro. Accede el comisario. Inspectores del grupo de judicial.

Uno a uno abre los tres cajones de la mesa donde está el reproductor, sin dejar de mirar la pantalla, hasta que localiza un paquete de tabaco rubio, abierto. Al lado, un mechero de gas. Coge un cigarrillo y lo enciende. La cinta sigue pasando rápido, mientras la inspectora ni siquiera pestañea. De repente pulsa el botón de *stop*. Tira unos segundos hacia atrás. Detiene el vídeo. Tira hacia delante, despacio.

—¡Aquí te tengo! —exclama.

Coge un papel y un lápiz, que hay sobre la mesa, y anota los minutos y segundos exactos en los que se inicia la grabación que estaba buscando. En ella se ve al subinspector Abel accediendo a la comisaría por la puerta principal. Saluda al policía de seguridad y se dirige hasta la puerta del ascensor. Son solo unos pocos metros, pero la grabación tiene la calidad suficiente como para que se le vea con claridad durante los cinco segundos que camina.

Guarda esa cinta en su bolso y las otras las devuelve al policía de la oficina de denuncias.

—Me he quedado una de las cintas —le dice—. Luego se la devuelvo.

—No hay problema —acepta el policía, con aire de indiferencia—. ¿Ha encontrado lo que estaba buscando?

—Todavía no lo sé. ¿Ha llegado el comisario?

—No está en la casa —responde—. Por lo general no viene por las tardes, a no ser que tenga que hacer algo. Pero lo puede localizar en su mensáfono.

Gretel lo mira con incredulidad.

—¿Qué es eso?

—Es un aparato a través del cual se le pueden enviar mensajes. El comisario tiene uno y, cuando necesitamos localizarlo, llamamos a un número de teléfono y le dejan un mensaje. En cuanto lo recibe, nos llama.

—¡Qué moderno! —exclama la inspectora—. Tengo que hacer una gestión y, si es positiva, lo llamaré. ¿Me puede anotar el número del aparato ese?

El policía se introduce dentro del despacho y sale a los veinte segundos con un papel en la mano, que le entrega a la inspectora. Ella lo coge y se lo guarda en el bolsillo de su pantalón vaquero.

Viaja en el Renault 5 hasta Alerre, donde espera que el guardia civil ya haya localizado a Dorita. Y la mujer la esté esperando en el ayuntamiento. Al llegar, comprueba que así es.

—Me han dicho que me estabas buscando —le dice, cuando llega Gretel.

—No la entretendré mucho, Dorita.

Gretel deja el bolso en la misma mesa que está el reproductor de vídeo y saca la cinta VHS que cogió en la comisaría. La introduce en el reproductor, ante la mirada expectante del guardia civil, que se ha quedado al lado de la puerta.

—Nos deja solas, por favor —conmina Gretel, mirándolo de soslayo.

El guardia civil sale a la calle, cerrando la puerta.

—Mire, Dorita —comienza a hablar la inspectora, cuando las dos se han quedado solas—. Quiero que vea la grabación de una persona mientras camina. Son apenas cinco segundos, pero el otro día, cuando hablamos en la casa de Federica, usted me aseguró que conocía más a la gente por la forma de andar que por las caras. —La mujer asiente, balanceando la barbilla—. Solo quiero que identifique a esta persona que le voy a mostrar y me diga si es la misma que usted vio entrar y salir de la casa de Andrea, en el año 1980.

Adoración contrae el rictus de la cara, como si se sintiera contrariada.

—Lo intentaré.

Gretel pulsa el botón de *play*. La imagen de la pantalla hace la característica fluctuación, cuando la cinta comienza a desplazarse, y

enseguida se ve la puerta del vestíbulo de la comisaría. Se abre. Abel la traspasa y camina, después de saludar al policía, hacia el ascensor. La inspectora detiene la cinta y observa con dedicación la expresión de Dorita.

—Lo cierto es que se parece mucho. Pero no podría aventurarme a asegurar si es él o no. Para estar segura, tendría que verlo caminar por la calle.

Gretel se pasa la mano por la barbilla, como si sintiera un picor imposible de mitigar.

—Voy a pasarla otra vez —le dice—. Mírela bien, sin prisa. Puede verla las veces que crea necesarias. Solo quiero saber si esa persona es la misma que estuvo en la casa de La Cenicienta.

Adoración asiente con la cabeza.

—Se parece, sí —dice después de ver la grabación de nuevo—. Pero ya te digo que no lo puedo asegurar, si no lo veo en persona. ¿No tendrás otra grabación?

—¿Con esta no es suficiente?

—Es que lo veo de frente. Y, para reconocer a una persona por sus andares, hay que verlo caminar de espaldas.

Gretel, tan nerviosa que sus manos se han mojado, pulsa el avance rápido de la cinta de vídeo. No la ha visto entera, pero espera que en esa misma grabación se vea cuando el subinspector sale de la comisaría. En ese caso, la imagen de la cámara lo captará de espaldas, desde que sale del ascensor, hasta que llega a la puerta del vestíbulo. Entretanto, Adoración no le quita la vista a la sucesión de imágenes que se ven en el televisor.

—¡Vamos! ¡Vamos! —exclama la inspectora.

Pasan unos minutos, en los que a saltos se ve la imagen de gente entrando y saliendo de la comisaría de Huesca. Caminan como si fuesen los actores de una película de cine mudo, lo que arranca una sonrisa a la mujer que parece se está divirtiendo.

—¡Ahí está! —grita Adoración, señalando con su mano hacia la pantalla.

La inspectora se había distraído en sus pensamientos y justo en ese momento había dejado de prestar atención. Si no es por la mujer, se le hubiera pasado el momento en el que Abel sale de la comisaría.

Pulsa el botón de retroceso, hasta que en la pantalla se ve al subinspector. Seguidamente le da al botón de *play* y se ve como Abel camina en línea recta desde la puerta del ascensor hasta la puerta del vestíbulo. La abre, sale a la calle, y se cierra a su espalda. Gretel detiene el vídeo y mira a Adoración, que se ha quedado muda, con los ojos tan abiertos como dos platos.

—¿Y bien? —interroga.

Ella le devuelve la mirada.

—Sí. Ese hombre es el mismo que estuvo con Andrea en su casa, en el año 1980.

—¿Está segura?

—Segurísima.

37. La tienda de disfraces

Hace tiempo que tu hermanastra
se ha hecho merecedora de morir.
El amadísimo Rolando

El guardia civil, bajo petición de la inspectora, acompaña a Adoración a su casa, mientras que Gretel envía un mensaje al mensáfono del comisario Muñoz, desde el teléfono del ayuntamiento de Alerre.

«Estoy en Alerre».

«Sé quién es el asesino».

«No hable con Abel».

Mientras espera que Muñoz se ponga en contacto con ella, llama por teléfono al número del inspector jefe Lucas. Sabe que esa llamada lo descolocará, sobre todo después de casi diez años que hace que no habla con él. Pero es el único al que puede acudir. Solo espera que no responda ni su mujer ni ninguna de sus hijas. Aunque, si lo hicieran, diría que es una llamada de comisaría. En cierta forma, no estaría mintiendo.

Al tercer tono, responde él.

—Diga.

—Lucas —lo nombra, con voz huidiza.

—Gretel —repite su nombre, como si acabara de escuchar a un fantasma.

—Siento llamarte ahora —se disculpa—. De verdad que siento llamarte, después de estos años en que nunca me he atrevido a descolgar el teléfono. ¿Puedes hablar?

—Claro. ¿Estás bien? Te noto alterada.

—Estoy en Alerre.

—Alerre. ¿El pueblo de tus padres?

—Sí. El domingo me llamó el comisario de Zaragoza para que viniera hasta aquí a investigar un crimen.

—¿Qué clase de crimen?

—El sábado por la noche estrangularon a una menor de catorce años en su habitación.

—Como en 1980, cuando mataron a aquella chica de dieciséis años.

—Sí. Y con la similitud de que aquí también recrearon un cuento de hadas.

—¿Por qué te han enviado a ti?

—No tengo tiempo de hablar, Lucas. No puedo explicarte todo lo que ha ocurrido desde que llegué aquí y todo lo que he averiguado.

Necesitaría más de una llamada telefónica. Este último crimen, el de 1980, y la desaparición de mi familia, están relacionados.

—¡¿Ya sabes quién es?!

—Sí, al cien por cien. Ahora estoy reuniendo las pruebas para acusarlo formalmente, pero necesito una última gestión que solo puedes hacer tú.

—No estoy en ninguna unidad operativa —se disculpa—. Actualmente me dedico a la docencia y preparo opositores para el acceso a la policía.

—¿Ya no estás en la policía?

—Estoy en segunda actividad desde que cumplí los cincuenta y ocho.

—Para lo que necesito no hace falta que seas policía. Es una gestión muy sencilla, pero eres la única persona que conozco en Madrid de la que me puedo fiar.

—Dime lo que sea y veré qué puedo hacer.

—En la calle de Bordadores hay una tienda de disfraces muy conocida. Se llama NaTy, la ene y la te se escriben en mayúscula.

—La conozco —interrumpe Lucas.

—Necesito que vayas hasta allí y hagas una gestión.

—¿Qué clase de gestión?

—Tienes que preguntarle al dueño si alguna vez vendió un zapato de cristal con las letras NT marcadas en la suela. Si vendió un vestido de color azul y, más recientemente, uno rojo. Y si ha vendido dos máscaras venecianas, como las que se usan en los carnavales. Es una tienda con mucha solera y estoy segura de que tendrán registradas todas esas compras. Ah, y una cosa más, si recuerda si a esa misma persona le vendió un disfraz de esqueleto humano.

—Escucha, Gretel —habla con voz pausada, como si le costara expresarse—. Hace diez años que no sé nada de ti y ahora me llamas un poco alterada, pidiendo cosas extrañas. ¿No me estaré metiendo en un lío?

—¿No te fías de mí?

—Yo te tengo en gran estima, pero solo quiero saber para qué quieres que haga esas gestiones en persona. ¿Has llamado a la tienda por teléfono?

—No. No lo he hecho, porque sabes tan bien como yo que ningún comercio facilita información de sus clientes por teléfono. Pero a ti, cuando te identifiques como policía, te darán lo que pidas.

—Está bien, está bien —acepta el inspector jefe—. Veré si puedo sacar algo. ¿Entiendo que esos vestidos, el zapato de cristal y las máscaras, tienen relación con los crímenes que estás investigando?

—No te lo puedo explicar hasta que tenga los resultados. Ya te digo que es una historia muy larga. Hasta a mí me cuesta entenderla.

Pero tienes que confiar en mí.

—No te preocupes. Mañana, viernes, me acerco a la tienda y te hago esa gestión.

—¡No, Lucas! ¡Tiene que ser ahora! —Eleva tanto la voz, que el auricular del teléfono chasquea.

El inspector jefe se silencia unos segundos, en los que Gretel no habla. La inspectora sabe que está pensando, ya que su petición, ella misma lo reconoce, es extraña.

—Son las ocho y diez. Seguramente la tienda habrá cerrado y no habrá nadie.

La inspectora mira su reloj y comprueba que Lucas tiene razón.

—Con un poco de suerte, esa tienda cerrará a las nueve.

—¿Y si ya ha cerrado?

—¡Joder, Lucas! Esas tiendas, cuando cierran las puertas, los trabajadores todavía se quedan un rato más dentro, cuadrando cuentas, ordenando género y limpiando. ¡Estás perdiendo un tiempo precioso hablando conmigo! ¡Necesito esa gestión, ahora!

—¡Está bien! —acepta finalmente—. Me visto en un momento, ya que estoy en bata de andar por casa, y voy a la tienda de disfraces. Creo que solo tengo cuatro paradas de metro. Con un poco de suerte, si cierra a las nueve, llegaré antes de que lo haga.

—Llámame desde allí, por favor. Anota el teléfono donde me podrás localizar.

—¡Adelante!

Gretel lee el número de teléfono que figura debajo de donde se cuelga el auricular.

—En cuanto sepas algo, me llamas enseguida —se despide la inspectora.

Al colgar, se gira y se topa con el rostro impertérrito del guardia civil, que ha regresado de acompañar a Adoración a su casa.

—¿Todo bien, inspectora?

La tez de Gretel está completamente mojada. Su pelo se ha encrespado del sudor. La camisa se le ha salido de la cintura. Y sus ojos desprenden un brillo tan fuerte, que parece como si estuvieran idos.

—Sí. Sí. Gracias por preguntar. ¿No tendrá un cigarrillo?

—Negro.

—Sí, me fumaría cualquier cosa ahora —emite una especie de sonrisa, pero que se transforma en una mueca horrible.

El guardia civil alarga el paquete de Ducados y Gretel coge un cigarrillo, enseguida moja la boquilla con sus dedos. Lo enciende con un mechero Zippo, que le acerca el agente. Propina una calada tan fuerte, que le duele la cabeza. Se sienta en una de las sillas de la sala, cerca del reproductor de vídeo. A través de una de las dos ventanas,

que dan a la calle, se cuela uno de los últimos rayos de sol de la tarde, tan brillante que impacta contra una estantería de madera donde hay desordenados varios libros. Se da cuenta de que se ha quedado sola, ya que el guardia civil ha salido a la plaza.

Cuando se acaba el cigarrillo, sale y lo apaga en un cenicero que hay pegado a la fachada del ayuntamiento. Enfrente están los dos agentes, conversando. No hay nadie más. Entonces mira hacia la plaza. Ahí es donde se inició todo, aquella noche de 1960, cuando desapareció su familia. Y la noche de 1980, cuando asesinaron a La Cenicienta. Y la noche del sábado anterior, cuando asesinaron a Caperucita. Esa plaza es el centro de todo. Siente como si al mismo tiempo que el asesino avanza, también avanzara su hecatombe. Y sus sospechas se están confirmando, de la misma forma que su facilidad para hilar coincidencias. En su mente repasa todo lo que tiene hasta ahora. Todas esas pistas que apuntan en la misma dirección. Es como el cuento de Caperucita, donde la abuela tiene los ojos, las orejas, las manos, la nariz y los dientes grandes y, finalmente, la niña sabe que no es su abuela, sino el lobo. Gretel sabe que el asesino se inspira en los cuentos de hadas; que a ella le gustan las manzanas asadas al horno, con canela y almendras; que las piedras que había en el estómago de Araceli eran diez; que a Diego lo llamaban el mataperros; que calza un 45 de pie; que dice que el jefe no duerme, piensa, como decía su abuelo Hipólito; y que camina como un asesino, según el testimonio de Dorita.

—¡Hansel, qué dientes más grandes tienes! ¡Son para comerte mejor!

—Decía algo, inspectora —le pregunta uno de los guardias civiles, que sigue conversando en la plaza.

—Hablaba sola.

—Eso es de personas inteligentes —anota el agente, para sorpresa de la inspectora.

Le agradece su comentario con una amplia sonrisa.

Los dos agentes se retiran unos metros hacia la derecha, cerca de donde tienen aparcado el vehículo. Gretel mira el reloj y ve que faltan diez minutos para las nueve de la noche, por lo que intuye que van a cenar un bocadillo, antes de que llegue el relevo, que los sustituirá hasta el día siguiente. Calcula que Lucas ya ha tenido que llegar a la tienda de disfraces, porque le dijo que solo tenía cuatro paradas de metro, eso son unos diez minutos. Y la pregunta que tiene que hacer es tan sencilla, como sencilla es la respuesta.

Se acerca hacia donde está el teléfono. La puerta sigue abierta, ya que el guardia civil dejó la llave puesta y le dijo que ella la cerrara y le entregara la llave a la patrulla que estuviera en el coche, que es donde la custodian, igual que las de la casa de Caperucita. Mira el

teléfono, como si con su mirada sonara antes. Si hubiera algún bar cerca, sin dudarlo compraría un paquete de tabaco. En ese momento se fumaría uno detrás de otro, hasta que se le secara la garganta y le dolieran los pulmones. Vuelve a mirar el reloj. Ya son las nueve y cuarto y se pregunta cómo es posible que el tiempo pase tan rápido.

—¡Lucas, cojones! ¿Dónde estás?

Y.

Suena.

El.

Teléfono.

Descuelga tan rápido que el auricular casi se le escapa de su mano sudada.

—¿Lucas? —pregunta, porque no espera que llame otra persona.

—Soy yo, Gretel. Estoy en la tienda de disfraces NaTy, de la calle de Bordadores. Estoy con el dueño, don Ramón, que me ha atendido con mucha amabilidad. Tengo todos los datos que me has pedido.

Gretel resopla con tanta fuerza, que el inspector jefe piensa que le ha ocurrido algo.

—¿Estás bien?

—Estoy que me va a estallar el corazón de un momento a otro. ¿Cómo es que has conseguido los datos tan rápido? ¿Ese hombre se acuerda de todo?

Lucas se ríe con energía.

—Lo que pasa es que don Ramón es un hombre moderno. —Por la forma de hablar, Gretel sabe que el dueño de NaTy está cerca de Lucas y escucha lo que él dice—. Ha equipado su tienda con sendos ordenadores Amstrad, de última generación, y lo tiene todo organizado electrónicamente. Me ha sacado lo que le he pedido a golpe de tecla. Y hasta te lo puedo enviar por fax, si tienes donde recibirlo.

Gretel mira a su alrededor, pero no ve nada que se le parezca a un receptor de fax.

—Tendrías que enviarlo a comisaría, pero tiene que ser cuando esté yo para recogerlo. No quiero que esa información ande por ahí, suelta. ¿Me lo puedes avanzar por teléfono?

—Mira, el vestido azul, el rojo, y las dos máscaras, tenías razón, los compró la misma persona.

—¿Quién? —interrumpe Gretel, impaciente.

—Se presentó como Pedro, y no dio más datos. Pero don Ramón me ha dicho que recuerda que era un chico de unos treinta y cinco años, fuerte físicamente, y se cubría la cabeza con un sombrero elegante. En el año 1979 adquirió el vestido azul, la primera máscara y un zapato de cristal. Me ha dicho que el fabricante inscribió en el tacón la marca de la casa, las letras NT. Pidió pagarlo en negro, por lo

que no hay factura de la compra, pero en la contabilidad de la tienda figura el importe. Don Ramón no me quería dar esos datos, porque dudaba de que yo fuese un inspector de Hacienda. Al final lo he convencido y se ha mostrado colaborativo. Lo que sí recuerda es que, ese mismo hombre, regresó hace unos meses y adquirió un vestido rojo, con capucha, y una máscara parecida a la de 1980. El dueño creyó que esas compras serían para algún tipo de fiesta de disfraces.

—Oye, ya que lo tienes ahí contigo, pregúntale por el disfraz de esqueleto.

—¿Qué esqueleto?

—Sí. Antes te dije que, junto a los vestidos, las máscaras y el zapato de cristal, le preguntaras por un disfraz de esqueleto humano. Esos que, si se ve alguien disfrazado de noche, parece que sean los huesos del cuerpo.

—Un momento…

Mientras espera la respuesta, Gretel mira por la ventana para ver si siguen ahí los guardias civiles, ya que les pediría otro cigarrillo. Pero, por lo visto, deben estar en el coche, cenando.

—Me dice que no lo recuerda, ya que ese disfraz es muy vendido y es imposible saber cuántos y a quién los vendió.

—Gracias, Lucas. Te prometo que en unos días te llamo y te lo cuento todo.

—Para lo que necesites, Gretel.

38. La duda

El joven comprendió que,
el viejo Simbad,
lo había conseguido todo
a base de riesgo y esfuerzo.
Simbad el Marino

Frente a la plaza del ayuntamiento aparca el Peugeot 405 del comisario Muñoz. Gretel lo ve a través de la ventana y comprende que finalmente escuchó el mensaje que le envió por mensáfono. Distingue que hay alguien en el asiento del copiloto, pero desde esa distancia no lo puede ver bien. La inspectora sale y le hace una señal con el brazo, pero su mano se encoge cuando distingue que su acompañante es el sargento Ortega.

Los dos agentes de la patrulla de la guardia civil, al ver que quien ha llegado a Alerre es el jefe de la policía, se acercan hasta la plaza. Falta poco para que sean las diez de la noche de ese primer jueves del mes de agosto. Hace mucho calor y la plaza está desierta desde el domingo por la mañana, cuando se descubrió el asesinato de Araceli. De las cuatro farolas que les alumbran, una chasquea de forma intermitente. Amenaza que en no demasiado tiempo terminará por fundirse.

—Inspectora —la nombra el comisario—, me ha llegado un mensaje muy extraño, donde aseguras que ya sabes quién es el asesino. De camino hacia aquí me he acercado hasta Almudévar y he recogido al sargento Ortega. Espero que no te importe que nos acompañe.

Gretel distribuye la mirada entre Muñoz, Ortega y los dos guardias civiles de la patrulla fija que se ha establecido en el pueblo. En ese instante, allí, frente a la puerta del ayuntamiento, solo hay desconfianza.

—Sí. Ya sé quién es el asesino que lleva treinta años asolando Alerre. El que se deshizo de mi madre y de mi abuelo. El que estranguló a La Cenicienta y el que tan solo hace unos días hizo lo mismo con Caperucita. Es un apasionado de los cuentos de hadas, que los vive desde niño, y los recrea, pero transformándolos de forma cruel. Un psicópata con un trastorno de la personalidad que no distingue entre el bien y el mal e ignora los sentimientos de los demás, incluso los de su familia.

—¿Está detenido? —requiere el comisario.

—En breve —afirma la inspectora. Y seguidamente mira a Ortega.

La expresión del comisario Muñoz se demuda de tal forma, que su

frente contiene una única arruga enorme. Seguidamente observa al sargento de la guardia civil con expresión calmada. Ortega encoge la mirada, como si no comprendiera qué es lo que está ocurriendo.

—¿Qué ocurre aquí? —pregunta el comisario.

—Soy consciente de que pensarán que estoy loca —comienza a hablar Gretel—. Pero les ruego que no me interrumpan hasta que no termine de hablar.

—Es mejor que vayamos dentro —ofrece el comisario, al comprobar el rostro de conmoción de la inspectora.

Los tres acceden al interior del ayuntamiento. Gretel rodea la mesa y les pide al comisario y al sargento que se sienten frente a ella. Muñoz y Ortega cogen cada uno una silla y se acomodan al lado del teléfono y el reproductor de vídeo.

—¿Qué es eso tan importante que nos quieres decir, inspectora? —anima el comisario.

Gretel comprueba que los dos guardias civiles, que había en la plaza, se distancian hacia donde tienen aparcado el coche.

—El subinspector Abel no es quien dice ser —comienza a explicar —. Su verdadero nombre es Hansel.

El comisario ladea la cabeza ligeramente y observa el rostro sudado del sargento. Seguidamente esboza una especie de sonrisa irónica en sus labios, que incomoda a la inspectora.

—¿Es una broma?

—Por eso les he pedido que se sienten, y que me escuchen hasta el final, para que comprendan que ni estoy loca y que no bromeo con lo que les voy a contar.

El comisario hace un gesto con la mano para que Gretel siga hablando.

—Como les digo, no se llama Abel. Su verdadera identidad es Hansel, mi hermano. Y no tiene cuarenta y dos años, como asegura, sino cuarenta y cinco. Entre él y yo hay seis años de diferencia y ha reducido su edad en tres años para evitar la sospecha de algo que ahora ya sé: hace treinta años asesinó a nuestra madre y a nuestro abuelo.

—¡Ya es suficiente! —exclama el comisario, poniéndose en pie.

—¡Siéntese! —grita la inspectora—. Si no me escucha ahora, nunca lo hará. Y tiene que comprender que lo que les estoy explicando está fundamentado. No estoy loca —repite— y quiero que me escuchen, para disipar cualquier duda que puedan tener.

—Gretel, tú, al igual que yo, conoces el procedimiento. Nos has pedido que nos sentemos a escucharte, como si estuviéramos en un teatrillo y fueses una comedianta y nosotros unos espectadores aburridos con ganas de pasar un buen rato. Pero ya sabes que en la policía las palabras se las lleva el viento y lo que queda es lo que se

escribe. Te recomiendo que vayas a comisaria, pidas una máquina de escribir, y redactes un informe como Dios manda, en vez de hacer el ridículo ante mi colega y ante mí. No nos avergüences, por favor. Y, lo más importante, no te ridiculices tú misma. ¡Vámonos! —le dice al sargento, que sigue sentado en la silla.

—Oigámosla, a ver qué nos cuenta —dice con expresión inmutable el guardia civil—. Quizá le sea más sencillo hablar que escribir —sugiere—. La escuchamos primero. Y, si lo que nos cuenta no tiene sentido, desechamos que sea cierto. Pero, si lo tiene, que redacte el informe y aporte las pruebas que dice tener.

El comisario gira sobres sus pies, a regañadientes, y se sienta de nuevo.

—Venga, Gretel —dice alargando la primera vocal—, cuenta lo que tengas que contar.

—Gracias, sargento —dice la inspectora, mirando a Ortega—. Como les digo, Hansel asesinó a nuestra madre y a nuestro abuelo, hace treinta años. Se deshizo de los cuerpos y huyó a Argentina, donde estuvo hasta que, gracias al convenio de doble nacionalidad con España, regresó para presentarse a las pruebas de la policía nacional. Cuando le pregunté por su acento tan característico, me dijo que su familia era de Rosario. Desde el primer día que lo vi supe que había algo especial en él. Se habrá operado las orejas de soplillo, se habrá cambiado algunos rasgos faciales, pero no puede ocultar sus ojos. Durante estos días lo he observado con la certeza de que lo conocía. ¡Y claro que lo conocía! ¡Es mi hermano!

—Un momento, un momento… —interviene Muñoz, sin dejar de repartir la mirada entre Gretel y el sargento de la guardia civil—. Esta acusación que haces es muy grave. No puedo dejar que continúes, si no aportas pruebas de lo que dices.

—Él es mi hermano —insiste la inspectora, con los ojos desorbitados—. Y estoy segura de lo que digo, porque antes de que el forense dictaminara en su informe que dentro del cuerpo de Araceli había diez piedras, él ya me lo dijo. Solo el asesino podía conocer ese dato y con tanta precisión. Aseguró que había diez piedras dentro del cuerpo de la chica —repite—, antes de que nadie lo hubiera analizado.

—Pudo ser una intuición —contraviene el comisario—. Quizá hizo un cálculo aproximado por el grosor de la barriga de Caperucita en el momento del hallazgo del cuerpo. No veo que sea una prueba contundente para asegurar que el subinspector Abel es el asesino.

—No es el subinspector Abel —corrige la inspectora—. Es Hansel, mi hermano.

El comisario se silencia, para que Gretel siga hablando.

—Mi postre preferido son las manzanas asadas al horno, con canela y almendras. Nadie lo sabe, a excepción de los que me

conocieron cuando era una niña. ¿Usted lo sabía, sargento? —le pregunta a Ortega, mirándolo directamente a los ojos.

El sargento balancea la cabeza, negando, al mismo tiempo que muestra incomprensión en su mirada. Ninguno de los dos, ni el comisario ni el sargento, saben a dónde quiere ir a parar la inspectora.

—No. No lo sabía —responde de forma distraída, como si ese detalle no fuese importante.

—No lo sabe porque nadie lo sabe —redunda la inspectora—. Porque era el postre que preparaba mi madre y dejé de comerlo desde que desapareció. Mi hermano me preguntó, después de comer en el restaurante de los Porches, por qué no había pedido mi postre preferido, refiriéndose a las manzanas asadas al horno, con canela y almendras. ¿Me pueden explicar cómo sabe él que es mi postre preferido? —interroga, repartiendo la mirada de manera histriónica.

—Ese postre al que haces referencia —habla el comisario—, es un postre típico de la comarca. Que el subinspector haya sugerido que a ti te guste, es como si te hubiera dicho que la trenza de Almudévar o que el pan de Santiago son tus postres preferidos. Vamos, Gretel, no es más que un guiño hacia tu procedencia. Él sabe, como nosotros, que naciste aquí, que eres de esta tierra, y con su comentario solo ha querido dar a entender que los que son de aquí sienten pasión por la repostería típica.

—Me estuvo hablando de Diego, el sereno —sigue hablando Gretel, ajena al comentario del comisario—, y se refirió a él con el mote con el que lo conocían los chavales de entonces: mataperros. ¿Usted sabía que lo llamaban así? —le pregunta al sargento.

El guardia civil asiente con la barbilla.

—Todos los de aquí conocíamos la historia del sereno cuando mató a un perro en la piscina municipal —explica—. Y si la conocemos todos, también es factible que el subinspector la conozca. No veo nada sospechoso al hecho de que se haya referido a él con su mote.

—Está bien, está bien… —refunfuña la inspectora, pasándose la mano por el pelo de forma maniática—. En los pocos días que hace que conozco al subinspector, le he escuchado frases que decía nuestro abuelo.

—¿Qué tipo de frases? —pregunta el comisario, sonriendo.

—Frases —redunda la inspectora—. Frases que solo decía mi abuelo.

—Sí. —acepta el comisario—. Pero… ¿qué tipo de frases?

—Pues… —masculla la inspectora— la frase que el jefe no duerme, piensa.

—¿Qué frase es esa? —pregunta el comisario, con retintín.

—Una frase que decía mucho mi abuelo —persiste la inspectora—. Abel. Quiero decir, Hansel, la dijo el otro día y a continuación añadió

que era una frase de un familiar.

—Por favor, Gretel —expresa el comisario—. Estás exaltada. Hasta ahora, y ya llevamos un rato aquí, escuchándote, solo estás diciendo sandeces. O aportas algo más que vaguedades, o terminaré ordenando que te detengan por falsa acusación contra un agente de policía. Y estoy hablando muy en serio —dice, mirando al sargento y buscando su aprobación.

Ortega permanece en silencio, con el rostro pétreo.

—El gabinete de policía científica ha encontrado una huella del pie del asesino, junto a la tapia del cementerio, donde estuvo la noche anterior con Caperucita —señala con la mano hacia la izquierda— y son del número 45. ¡El número de su pie! Lo he comprobado. Sí. Sí. Me pueden mirar como si creyeran que estoy loca, pero esto que les estoy diciendo solo son indicios, pero tengo pruebas.

—Muestra las pruebas que tienes, inspectora, antes de seguir hablando. Hasta ahora solo has expresado elucubraciones. Y todas sin sentido. El subinspector Abel tiene sus documentos en regla, porque, en caso contrario, no podría haber accedido a la policía nacional. Es totalmente imposible que un subinspector de la policía nos haya estado engañando durante todos estos años, sin que nadie se haya dado cuenta antes. Sé que proviene de Rosario. Y entre Argentina y España hay un tratado de doble nacionalidad que lo habilita para obtener la nacionalidad española y presentarse, como hizo, a la oposición de la policía nacional. Todo está correcto.

—¡Ha falsificado sus documentos! —chasca la lengua la inspectora —. Y se ha inscrito con el nombre que le ha dado la gana. —Gretel habla como si estuviera poseída—. En Argentina lo pudo conseguir sin demasiado esfuerzo y llegó a España con una identidad nueva. Seguramente, si hicieran gestiones con la embajada, y forzaran a que la policía argentina lo investigara, averiguarían más cosas de él.

—Llevas rato asegurando que tienes pruebas —interviene el sargento de la guardia civil, que hasta ese momento había escuchado a Gretel con atención—. ¿Las puedes mostrar?

—El martes estuve hablando con una vecina de la calle Iglesia, Dorita. La mujer me confesó que, en 1980, cuando asesinaron a La Cenicienta, vio a un hombre que accedió a la casa de la calle Baja por la puerta trasera. Y que la adolescente fue quien le abrió. Por lo que, con toda seguridad, era el asesino. Adoración me dijo que no le vio la cara, ya que cree que la tenía cubierta con alguna especie de capucha, pero que reconoce a las personas más por la forma de caminar, que por el rostro. Y esta misma tarde le he mostrado una grabación de la cámara de seguridad de la comisaría de Huesca, donde se observa a Abel caminando de espaldas, y Asunción me ha asegurado que es él, el mismo hombre que acompañó a Andrea la noche del sábado de 1980.

—¿Y la declaración de una lugareña es fiable? —pregunta el comisario.

—Adoración tiene la cabeza clara y si dice que vio al asesino, es que lo vio. Y si lo reconoce por la forma de caminar, es que lo reconoce.

El rostro del comisario Muñoz muestra conmoción, como si no supiera cómo convencer a la inspectora que todas esas pruebas que dice tener no son más que conjeturas infundadas.

—Hay una prueba irrefutable que nos dirá si el subinspector es en realidad Hansel, el hermano de Gretel. —El comisario y la inspectora se quedan mirando al sargento Ortega, esperando a que siga hablando.

—Hable, por favor —anima el comisario.

—El martes estuve hablando con la inspectora. Y me quedé inquieto cuando se fue, porque lo cierto es que esta última muerte está relacionada con la anterior, por lo que el autor es el mismo. —Comienza a hablar el sargento Ortega—. Entonces, dándole vueltas a esa idea, hice una gestión por mi cuenta, antes de que esa prueba desapareciera. —Ortega se apoya en la mesa donde está la tele, su rostro muestra cansancio—. Recordé el día que derribaron la casa de chocolate. Yo estuve allí, junto a Diego y Verónica. En el interior de la casa había muchos recuerdos de la familia de Gretel, que ella no quiso. No se lo reprocho, ya que tiene derecho a hacer borrón y cuenta nueva y empezar de nuevo, después de lo que sucedió. Pero entre esos recuerdos, que rechazó, había informes médicos tanto de Esmirna, Hipólito y Hansel. De Hansel, en especial, Diego conservó una radiografía dental que le hicieron a los catorce años, cuando le comenzó a salir una muela del juicio y la tuvieron que extraer porque no salía bien. El miércoles llamé por teléfono a Verónica y le pregunté por esa radiografía. Me dijo que la conservaba, porque no había tirado nada de lo que recogió de la casa de chocolate. Viajé hasta Zaragoza y me la entregó. Esa radiografía dental es una prueba irrefutable, en caso de ser positiva, de que el subinspector es, como afirma Gretel, su hermano Hansel.

—Una radiografía dental de hace treinta años tiene el mismo valor probatorio que una mierda —exclama el comisario—. Hacen falta más pruebas para acusar formalmente a un subinspector de policía. Ningún juez aceptaría una radiografía tan antigua como prueba pericial, porque no se puede certificar la autoría.

—¿Qué hacemos? —le pregunta el sargento Ortega al comisario Muñoz, buscando un cigarrillo en el bolsillo de su camisa.

—Seguiremos el procedimiento —responde mirando a Gretel—. Redacta una denuncia con todo lo que nos has dicho y aporta las pruebas que creas necesarias. La remitiremos al juzgado de guardia para que se inicie una investigación. El subinspector Abel tiene el

mismo derecho a defenderse, que tú a culparlo. ¿Qué opina, sargento?

—¿Quiere la verdad?

—Se lo ruego.

—¿Confía en mí?

—¿Y por qué no habría de hacerlo? Esta tarde, en cuanto Gretel me ha enviado un mensaje diciendo que sabía quién era el asesino, lo primero que he hecho es avisarle a usted y pasar por su casa a recogerlo. ¿Es señal suficiente de confianza?

—Hoy es jueves, pero el sábado haré un viaje y, con un poco de suerte, el lunes estaré de vuelta con algo que responderá todas las preguntas.

—¡Vaya! ¿Y no me puede avanzar algo ahora?

—En cuanto lo tenga —replica el sargento, encendiéndose el cigarrillo que balancea inquieto en sus labios—. Pero antes, y es un requisito indispensable —dice mirando a la inspectora—, me tienes que prometer que no harás ni dirás nada a nadie, y mucho menos al subinspector, hasta que yo regrese.

—¿Qué trama, Ortega? —indaga Muñoz.

—Ya sabe lo que dicen, comisario: la mejor arma de un policía es su intuición. Y yo tengo una, que espero no me falle.

—Pues me ha dejado usted intrigado —admite el comisario—. Esperaré a que regrese, de donde sea que tenga que ir, y me saque de dudas.

—Hasta entonces usted tampoco tiene que decirle nada al subinspector. Si lo hace, lo pondrá en alerta. Y si es, como dice Gretel, el chico que desapareció hace treinta años, volverá a desaparecer y nunca más podremos atraparlo. Y si no lo es, entonces sabremos que la acusación de la inspectora es infundada.

Los dos, comisario e inspectora, aceptan.

Sábado 4 de agosto de 1990

¿Quién eres tú?
Pregúntame quién fui.
Cuento de Navidad

Ortega se baja del avión con una maleta de viaje en la mano derecha. Es tan pequeña, que ni siquiera ha sido necesario facturarla. En Rosario son las seis de la tarde, pero la descompensación horaria le indica que debería haber comido. Su intuición le ha llevado a gastarse parte de los ahorros de su jubilación en ese viaje. Al que debe sumar el hotel donde se alojará esa noche y la del domingo. Pero, si está en lo cierto, ayudará a una persona a cerrar una herida profunda que la lleva persiguiendo toda su vida. En sus cuarenta y cinco años dedicados a la guardia civil, gran parte de ellos como investigador, se ha visto en muchas situaciones. Pero ha sido capaz de resolver la mayoría, dejándose llevar por su instinto. De lo que lleva andado en la desaparición de la casa de chocolate, más los dos crímenes posteriores, todo relacionado, sumando lo que hablaron el jueves por la noche en Alerre, ha llegado a la conclusión de que en Rosario hallará la respuesta que todos están buscando.

Si la hipótesis de Gretel es cierta, lo primero que se pregunta Ortega es cómo puede viajar solo un menor de quince años en un vuelo internacional. Enseguida recapacita y piensa que quizá, en esos años, los controles no eran como los actuales. A nadie se le escapa que los tiempos han cambiado en algunas cosas para bien, y en otras para mal. Pero lo de que un menor de edad viaje solo le parece imposible, aunque fuese en 1960.

A la salida del aeropuerto le espera un Peugeot 504, pintado con los característicos colores negro y amarillo, que ha reservado mientras se tomaba un café en el bar. Ortega no ha sido previsor y no ha tenido en cuenta que allí están a cuatro grados sobre cero, temperatura muy alejada de los más de treinta grados que hay en Alerre. Ni siquiera cogió un abrigo, por lo que tendrá que conformarse con la americana gris oscuro, que echó en la maleta.

—¿Adónde, señor? —le pregunta el conductor, un hombre más cerca de los sesenta que de los cincuenta, que viste con camisa y corbata.

—A la avenida Ovidio Lagos, 5250.

—¿A la Jefatura de Policía?

—Sí —asiente Ortega.

Durante el trayecto de media hora, aprovechando que el taxista es poco hablador, el sargento va tejiendo en su cabeza todo lo que pudo ocurrir desde aquella tarde de julio de 1960 hasta la fecha. Y, de su hipótesis inicial, con la que partió desde Alerre, ahora hay dos posibilidades. O, mientras lo medita, puede que tres. Pero solo una será la correcta. Es como aquella frase que le dijo una vez un capitán, referente a un principio de una navaja, no recuerda el nombre, que, en igualdad de condiciones, la explicación más simple suele ser la más probable. Pues esa explicación que ha venido a buscar a Rosario es la más simple de todas.

El taxi le deja en la calle de enfrente del enorme edificio de la jefatura de Rosario. El primer paso que tiene que dar es quizá el más difícil, convencer a alguien de que está buscando a una persona. En España sería más sencillo, tan solo tendría que contactar con algún compañero de cualquier comandancia o cuartelillo y enseguida accedería. El corporativismo es una seña de identidad del oficio de policía y una garantía ante cualquier injusticia que venga de fuera. Pero ahí, en un país extranjero, en una policía desconocida, su carné de guardia civil jubilado puede que no tenga ningún valor. Aun así, intentará no regresar con las manos vacías. Y más, cuando está convencido de que su olfato de investigador no le traiciona.

Le atiende un agente que tendrá unos sesenta años, diez menos que él. Su aspecto es de bonachón. Luce unas gafas de leer, que penden de su cuello, y tiene una barba blanca bien arreglada, lo que hace que a Ortega le recuerde la imagen icónica de Santa Claus. Es sábado y la comisaría, al igual que ocurre en España, está a medio gas. Hace frío y no ha visto, en el trayecto del taxi, mucha gente en las calles por donde han pasado. El policía que le ha dado paso, a donde se encuentra quien lo atiende, lo ha tratado con mucho respeto, lo que le indica a Ortega que ese agente es muy querido. Y alguien que es querido por los compañeros, también lo tiene que ser por la ciudadanía. En cualquier caso, Ortega cruza los dedos cuando se sienta frente a él.

—¿En qué puedo ayudarle, señor? Me ha dicho el policía que es usted un agente español y que lleva una investigación extraoficial. A nosotros, esa palabra, la de extraoficial, nos suena a ilegal. Pero intuyo que, si ha viajado tantos kilómetros, será por una buena causa.

—Gracias por atenderme, señor… Lautaro —lee su nombre en la chaqueta del uniforme—. Le podría contar una historia que nos llevaría horas. O, incluso, puede que días. Pero, créame, es mejor que le diga lo que necesito y usted ya me dirá si me puede ayudar o no.

—Dígame qué necesita, primero, y yo le diré si le puedo ayudar.

—Estoy buscando a una mujer cuyo nombre de nacimiento es Esmirna. Ahora, de seguir viva, tendría sesenta y cinco años. Emigró

desde España en 1960, cuando tenía treinta y cinco, en compañía de su hijo, un menor que entonces contaba quince años.

Lautaro anota lo que le dice el sargento Ortega en un folio que ha dejado sobre la mesa. En cuanto el guardia civil se detiene, él se detiene también.

—¿Qué más?

—Nada más.

—¿Solo eso?

Ortega asiente con la barbilla.

—Solo eso.

—¡Uf! Me lo pone usted muy difícil. Mire que es mi intención ayudarle, pero con esos datos es imposible. ¿Ha probado a contactar con la Embajada? Quizá ellos podrán hacer más gestiones.

—La madre y el hijo de los que le hablo, tuvieron que llegar como inmigrantes y, me consta, se quedaron a vivir aquí. El niño, que ahora tiene cuarenta y cinco años, se llamaba, originariamente, Hansel. Convendrá conmigo que Hansel y Esmirna son nombres poco comunes.

—Lo cierto es que sí. De hecho, es la primera vez que escucho tanto uno, como el otro.

—No sé cómo funcionan aquí los permisos de trabajo y residencia, pero en algún momento se les tuvo que documentar y, aunque luego se los cambiaran, debe figurar en algún sitio el nombre de nacimiento. Esos nombres son mi única baza para que usted pueda ayudarme —insiste el sargento Ortega—. De hecho, si se llamaran María y Pedro, seguramente yo ni siquiera hubiera hecho el viaje.

Lautaro levanta la vista y clava la mirada en un reloj que hay en la pared de su derecha, cerca de un retrato de Carlos Menem.

—Espero que esté. —Y coge el auricular del teléfono, que hay sobre la mesa, y marca un número, girando el disco varias veces.

—Luis Alberto —dice cuando su interlocutor descuelga. La expresión de Ortega permanece inamovible—. Sí, mira, necesito que me busques algo muy antiguo. Del año sesenta. Sí, lo sé, pero son unos nombres muy peculiares. ¿Podrías mirarlo en el archivo? Bueno, no creas que tanto. Son una madre de treinta y cinco años, que tenía entonces —dice mirando las anotaciones que hizo cuando se lo contó el sargento de la guardia civil— y un menor de quince. Ella, Esmirna. Él, Hansel. Sí, Hansel, como el niño del cuento. A mí también me ha parecido extraño, pero ese es el nombre. Tuvieron que llegar en avión desde Barcelona o Madrid, que eran entonces los aeropuertos internacionales. ¿Escalas? Pues no sé qué decirte. Igual sí, pero llegaron a Rosario en el verano de ese año, de 1960. ¿De cuánto tiempo estamos hablando? Vale, de acuerdo. Espero tu llamada. Hasta lueguito —se despide antes de colgar.

Observa a Ortega con quietud. Son muchos años en la policía, como para saber con una sola mirada si ese hombre miente o no.

—¿Y bien?

—He llamado a un viejo conocido de la Dirección Nacional de Migraciones. Tengo mucha amistad con él y no es la primera vez que nos hacemos algún favor. He perdido la cuenta de si soy yo el que le debo uno o es él el que me lo debe a mí, pero me ha respondido que intentará decirme algo.

—¿Hoy? —pregunta el sargento, agitado.

—En cuanto lo sepa. Puede que hoy. Mañana. O nunca.

—Entonces…

—Entonces espere aquí, conmigo, tomándose un café. Y a ver si tenemos suerte y llama antes de que sea la hora de irme a casa.

Ortega mira a través de la ventana y ve que ya es noche profunda, y eso que solo son las siete y media de la tarde. Hace frío y el hotel que ha reservado no parecía muy cómodo. Pero ahí es donde está la única oportunidad de encontrar a Esmirna. Ni siquiera sabe si sigue viva. Ni dónde pudo estar el tiempo que convivió con Hansel. Tampoco sabe si su intuición no es más que una quimera absurda y la historia que contó Gretel es una locura. Pero debe comprobarlo, antes de regresar con las manos vacías.

—Se lo agradezco —le dice a Lautaro, después de casi medio minuto con los ojos en blanco.

—Entretanto, cuénteme esa historia que dice que le llevará días.

—Ya le digo que es muy larga.

El policía argentino mira de nuevo el reloj de pared.

—Tenemos tiempo.

—¿Cuándo termina su jornada?

—A las siete de la tarde.

—Pasan dos minutos.

—Pero en casos excepcionales, como este —sonríe—, prolongo mi servicio hasta las diez.

—Se lo resumiré lo mejor que pueda.

—Se lo ruego.

—En 1960 desapareció una familia sin dejar ningún rastro: madre, hijo y abuelo. Solo quedó una niña, de nueve años. La madre se llamaba Esmirna. Hipólito el abuelo. Y los hijos de quince y nueve años, Hansel y Gretel. La madre era una apasionada o, mejor dicho, una enferma, de los cuentos de hadas. De ahí que sus hijos se llamaran así. Viuda, vivía en una casa de color marrón, con una veleta en el tejado, en forma de bruja, a la que todos los vecinos de ese pueblo la conocían como la casa de chocolate. Ni una pista. Ni nada que me permitiera seguir el rastro de a dónde fue esa familia. Veinte años después, en 1980, y con esa mancha en mi expediente, me tocó

investigar el crimen atroz de una adolescente de dieciséis años. El crimen recreó el cuento de La Cenicienta. Ya sabe, vestido azul, máscara y zapato de cristal, que apareció en la habitación de la chica. El asesino la estranguló. La familia del primer caso vivía en una calle que se llamaba Aragón, pero la mujer, antes de desaparecer, había solicitado que esa calle se llamara Hermanos Grimm. Al año siguiente le cambiaron el nombre, en su honor. Y el crimen de La Cenicienta se cometió en una prolongación de esa calle, la calle Baja. Diez años después, en 1990, justo el sábado pasado, estando yo jubilado, se comete otro crimen, esta vez en la calle Hermanos Grimm, donde desapareció la familia de 1960. Mismo modus operandi, que el de diez años antes, una adolescente de catorce años es estrangulada y le llenan el estómago de piedras, diez en total. El asesino recrea el cuento de Caperucita. Lo mismo, vestido rojo con capucha, máscara y en la casa aparecen unas migas de pan y un bizcocho de chocolate, que deja claro que es una representación, una vez más, de un cuento de hadas.

Ortega deja de hablar y Lautaro se da cuenta de que se le ha secado la lengua.

—¡Qué descortés soy! Le he prometido un café, pero no se lo he traído. Un momento… —dice, poniéndose en pie y abriendo una puerta de madera que hay detrás de él.

Ortega ve que es un cuarto pequeño, donde hay una mesa con una cafetera eléctrica encima, al lado de una nevera. El policía argentino regresa al poco con dos tazas de café, un azucarero y una botella de agua de plástico, que le entrega al guardia civil. La abre y le propina un prolongado sorbo de agua, para aclararse la garganta.

—Póngase el azúcar que desee —le dice Lautaro.

—¿Se puede fumar?

—Claro.

Y saca un cenicero de cerámica del cajón de la mesa y lo deja delante de Ortega.

—Hay más cosas en esta historia apresurada que le he contado. —El guardia civil se enciende un cigarro—. En 1977 falleció en un accidente de tráfico el padre de La Cenicienta. Y el año siguiente se accidentó en una ruta de montaña el abuelo de Caperucita. Y la guinda de todo, y es por lo que estoy aquí, es que, en este último crimen, el de la chica de catorce años de la calle Hermanos Grimm, lo investiga una inspectora de policía que se llama Gretel, que es la niña que se salvó en 1960. Y su ayudante es un subinspector que se llama Abel que, y eso nos ha desbordado a todos, es posible que sea Hansel, el chico que desapareció con quince años, junto con su madre y su abuelo.

Lautaro se echa hacia atrás en su silla y cruza las manos por

delante de su pecho.

—Porque me lo está contando usted, y debo creerle, pero es la historia más rocambolesca que he escuchado jamás.

—El caso es que este jueves, delante del comisario de Huesca, la ciudad más grande y capital de provincia, próxima a Alerre, el pueblo donde ocurrió todo, Gretel nos desveló sus conjeturas respecto a lo que estaba ocurriendo. Según sus suposiciones, Hansel asesinó a su madre y a su abuelo. Luego se deshizo de los cuerpos y se fugó a Rosario, donde ha estado viviendo hasta ahora. Pero yo, guiándome por mi intuición, creo que el chico no pudo huir solo, sino que lo hizo en compañía de su madre, después de asesinar al abuelo. Ella, como le he dicho, tendría en la actualidad sesenta y cinco años, por lo que es una mujer joven. Y su hijo, Hansel, ha regresado a España y se ha metido en la policía, lo que facilita que dé rienda suelta a sus perversiones. Estoy convencido de que ese chico es un psicópata, que asesinó al médico y al alcalde que había en el pueblo. Igual que los dos crímenes que le he contado antes, el de las adolescentes.

El policía argentino mira el reloj de la pared. Sorbe un poco de café. Y observa el cigarrillo de Ortega, que se consume en su mano.

—Esperaremos hasta las diez para saber algo. Y, si no ha llamado mi contacto, déjeme una dirección y un teléfono, porque en cuanto sepa algo le llamo.

Ortega no tiene tiempo de decir nada, porque suena el teléfono.

Lautaro.

Descuelga.

—Sí. ¿Hansel? Quince años. Sí. En 1960. Espera que tome nota. Dime. En avión. En la oficina de inmigración. Alegaron que eran perseguidos por la dictadura de Franco. Entiendo. Sí. Vale. Cuatro meses. Escolarización. En el barrio de Belgrano. ¿Cuánto tiempo? Entiendo. Vale. ¿Y la mujer? ¿En serio? No, él me ha dicho otra cosa. Sí, claro. —Lautaro levanta los ojos y observa a Ortega, que permanece en silencio, con el rostro pétreo—. ¿Algo más? Muchas gracias, Luis Alberto. Te debo una. Bueno —sonríe—. Dos o tres. Nos vemos un día de estos.

Cuando cuelga el teléfono, el corazón de Ortega palpita tan fuerte que parece que se le va a salir del pecho. Contiene la respiración, en espera de que Lautaro le diga qué sabe de Hansel y de su madre.

—Luis Alberto está, como le he dicho, en inmigración, y tiene acceso a los expedientes. Tenía usted razón, Ortega, buscar un nombre tan poco común como Hansel ha sido relativamente sencillo. Pero el chico no llegó en 1960 en compañía de su madre, llegó en compañía de un hombre de cincuenta y cinco años, que se inscribió como Hipólito. Por lo que me ha contado usted antes, es su abuelo.

—El abuelo —murmura con fuerza el sargento Ortega—. El hijo de

puta huyó con el abuelo.

—¿Y sabe lo mejor de todo? —Ortega lo mira en silencio, a la espera de que Lautaro siga hablando—. Que ese hombre tiene en la actualidad ochenta y cinco años y vive.

—¿Hipólito, vivo?

Lautaro coge un trozo de papel y, con un bolígrafo, escribe una dirección.

—Tenga, Hipólito está en una residencia de ancianos de la calle Mendoza, en el número 3753. Hoy ya es tarde —dice mirando el reloj de pared—, y no le atenderán. Pero mañana, sí. Su intuición ha funcionado a medias —sonríe—. Ciertamente ese adolescente viajó a Rosario, pero en compañía de su abuelo.

Domingo 5 de agosto de 1990

¡Aparten sus trompas de mi bebé!
Dumbo

Amanece un día tan frío que Ortega no tiene el valor de fumar el primer cigarrillo de la mañana, en el reducido balcón de la habitación del hotel. No ha dormido. O no recuerda haberlo hecho. Durante toda la noche no ha parado de dar vueltas en la incómoda cama, de un lado para otro.

—¡El abuelo de los cojones! —exclama eufórico.

Eso da un vuelco de ciento ochenta grados a la historia. Solo espera que ese hombre siga en sus cabales y le pueda relatar qué ocurrió aquel sábado por la tarde del 30 de julio de 1960. Mira el reloj, nervioso. Le han dicho que las visitas de la residencia, el domingo, son a partir de las diez de la mañana. Comprueba en la maleta que echó la grabadora Philips y un par de cintas de casete, de una hora cada una.

El Peugeot 504 le deja en el 3753 de la calle Mendoza. Paga la carrera y se baja con un maletín rígido de color negro, en cuyo interior transporta la grabadora. Está tan irritable, que se fuma dos cigarrillos seguidos en la puerta, antes de decidirse a acceder a la residencia.

—¿Qué desea? —le pregunta una chica joven, de unos veinticinco años, vistiendo una bata de color azul con el nombre de la residencia en el bolsillo.

—Quiero visitar al señor Hipólito.

—¿Es un familiar?

—Un amigo.

La chica le indica que siga recto por el pasillo que hay a su derecha, ya que los mayores de ochenta años están en esa planta, porque pueden acceder con más facilidad a los jardines. El primer escollo, el de entrar en la residencia, lo ha sorteado sin problema. Mientras camina, piensa en lo que se va a encontrar. Desconoce el estado de Hipólito y cómo de intacta está su memoria. Quizá, medita, es un viejo loco que no conoce ni en qué día vive. O puede que esté en sus cabales, pero no quiera hablar. Tampoco sabe si mantuvo contacto con su nieto, desde que se fue a España, y le ha mantenido al corriente de todo lo que ha ocurrido allí.

En la habitación, donde le ha indicado la recepcionista, hay tres camas. No hay nadie, y las camas están hechas. Enfrente observa una

cristalera enorme, que da salida a un jardín abierto, donde en ese momento hay un hombre de espaldas, en una silla de ruedas. Su cuerpo es tan diminuto, que parece que se vaya a escabullir de un momento a otro por el espacio que hay entre la silla y el respaldo. Lleva el pelo corto, blanco, y sus orejas son enormes, como si fuesen las de un hombrecillo de un cuento. Traspasa la puerta entreabierta de la terraza y se acerca, sigiloso.

Una cuidadora, que pasa cerca de un seto, observa a Ortega con una sonrisa en los labios.

—¡Hipólito, tienes visita! —grita.

El abuelo se despereza, como si acabara de despertar de un sueño. Con la mano izquierda remueve el aro metálico de la silla de ruedas, se gira con intención de ver al hombre que hay a su espalda.

—¿El señor Hipólito? —pregunta con voz suave el sargento de la guardia civil.

—¿Es usted español?

—De Alerre.

—Alerre —balbucea el anciano.

—Soy guardia civil. Investigué la desaparición de la casa de chocolate.

El abuelo sonríe, mostrando sus encías blanquecinas.

—Guardia civil. Hacía tiempo que no escuchaba ese nombre. ¿No es usted algo mayor?

—Estoy jubilado —responde Ortega.

—Jubilado y ha cruzado medio mundo para hablar conmigo —cuestiona—. Debe ser muy importante lo que sea que lo ha traído hasta aquí, para hacer tantos kilómetros.

—Busco la verdad.

—¿La verdad de qué?

—De lo que pasó en el año 1960.

—Si fue usted el que lo investigó, ya sabe lo que pasó.

—Si supiera qué es lo que pasó, no estaría aquí —se defiende Ortega.

—¿Cambiarán las cosas el saberlo?

—Para usted, no. Porque nada de lo que diga o haga será importante. Pero sí para sus nietos.

Hipólito abre los ojos de par en par.

—¿Qué pasa con mis nietos?

—Están juntos.

—Juntos… —musita, como si no terminara de creérselo—. Llevo treinta años sin ver a mi nieta. Y ahora usted me dice que ella y Hansel están juntos. ¿No se habrán casado?

—No —fuerza una sonrisa el guardia civil—. Cuando digo juntos me refiero a que se conocen.

—¿Saben que son hermanos?

—Lo sospechan.

—En los cuentos de hadas la gente no muere de verdad, algo que sí hacen en la vida real —dice sollozando—. Mi hija era muy buena, pero no tuvo suerte con su cabeza. Ya de pequeña hacía y decía cosas que demostraban que no estaba bien de aquí —se señala la frente con un dedo de su mano derecha. Ortega aprovecha para abrir el maletín y sacar la grabadora, que deja en una mesa redonda que hay al lado de donde están hablando—. La vida, lamentablemente, no es un cuento de hadas —suspira—. Yo lo supe aquella tarde de 1960, ahora ni siquiera recuerdo el día, pero sé que era el final de las fiestas de Alerre. ¿Se siguen celebrando?

—¿Las fiestas de Santiago? Sí, claro. Hace una semana se celebraron, como cada año. ¿Le importa que grabe la conversación? Tengo muy mala memoria y luego no me acuerdo de lo que hablo con la gente.

—Está bien —acepta Hipólito, sin inmutarse—. ¿Supongo que lo que hablemos no saldrá de aquí?

—Claro —afirma el sargento, mientras acerca una silla que hay en otra mesa y se sienta frente al anciano.

—Como le iba diciendo —sigue hablando Hipólito—, mi hija era muy buena, desde pequeña, pero no tuvo suerte con su cabeza, que no la acompañaba. ¿Para qué me ha dicho que va a grabar lo que hablemos?

—Es porque me olvido rápido de las conversaciones y así las recuerdo después, cuando las escucho.

—Usted debe pensar que soy un viejo estúpido. ¿Verdad? —El tono de voz del anciano se ha recrudecido—. Usted me ha dicho, en cuanto ha llegado aquí, que es un guardia civil, aunque jubilado. ¿Cómo quiere que me crea que va a grabar lo que hablemos, para recordarlo después, si no fuese porque quiere saber qué ocurrió en 1960, cuando desaparecimos todos de la casa de chocolate, y obtener una confesión?

Justo termina de hablar y levanta la cabeza, clavando los ojos en los de Ortega. Es una mirada viva, con brillo, que se mantiene firme debajo de unas cejas tan blancas que parecen pintadas.

—Me ha mentido —asegura, sin apartar la vista de los ojos del guardia civil—. Usted quiere que yo aporte pruebas para acusar a mis nietos.

Ortega carraspea levemente. Hace tiempo que salió del hotel y nota como si tuviera la garganta reseca. Mira hacia atrás y ve que en la habitación del anciano hay un baño.

—Un momento —se disculpa, poniéndose en pie.

Regresa al cabo de un minuto, con dos vasos de plástico llenos de agua.

—No —niega con rotundidad—. Lo que usted me cuente es para satisfacer mi curiosidad. Investigué la desaparición cuando estaba en activo. Y ahora, ya jubilado, es algo que me reconcome por dentro y no me deja vivir. Necesito saber qué ocurrió.

El anciano busca en su mirada algún indicio que le indique que el guardia civil dice la verdad.

—¿Lo que le cuente quedará entre usted y yo?

—Usted está oficialmente muerto para las autoridades españolas y, por mi parte, seguirá muerto.

—¿Me da su palabra?

—Se la doy —repone sin vacilar el sargento.

—¿Y la grabación?

Ortega alarga la mano y apaga la grabadora. La coge y la introduce de nuevo en el maletín.

—No hay grabación.

Ese gesto apacigua a Hipólito, que se siente más libre de hablar.

—Como le iba diciendo, mi hija era una buena mujer y mejor madre. Todo su mundo giraba en torno a los cuentos de hadas. Tanto, que hasta hizo construir una casita de chocolate y les puso a los niños los nombres de Hansel y Gretel. La vida no era fácil en esos años, y más para una mujer con problemas psiquiátricos, que había perdido a su marido, el bueno de Tomás, que murió de cáncer cuando solo tenía treinta y ocho años. Entonces, decidí dejar mi vida en Zaragoza, donde tenía una sastrería, para trasladarme a Alerre, a sustituir al marido de mi hija. Una casa sin un hombre no es una buena casa. Los hijos crecen, en especial el varón y, sin la severidad de un padre, se tuercen. En su momento consideré que abandonar mi vida para volcarme en la de mi hija y mis nietos, era una obligación. Fui consciente de la hilaridad que produciría en los vecinos el hecho de que un hombre de cincuenta y tres años, que son los que tenía por aquel entonces, se mudara a vivir a una casa de chocolate, con una veleta de una bruja en el tejado, con una mujer desequilibrada y dos hijos, que se llamaban Hansel y Gretel. Pero a mí lo único que me importaba era la tranquilidad de los míos. Con los ahorros de la venta de la sastrería, y una buena administración, sabía que podríamos vivir todos holgadamente, aunque sin excesos. Gretel tenía entonces nueve años, y era una niña muy despierta. A esa edad ningún niño da problemas, porque son maleables e inocentes. Creen en los cuentos. Y van adónde tú les dices que tienen que ir. Pero no ocurría lo mismo con Hansel. Era un niño difícil, con un carácter complicado e indomable. Había cumplido los quince años y ya se le veía en la mirada que había dejado de creer en los cuentos. A su hermana la veía como a una mocosa. A su madre como a una loca. A mí como un estorbo. A los adolescentes, cuando son conflictivos, todos los demás les entorpecen.

Dejó de escucharme, mis consejos ya no le servían. Ya no iba adónde yo le decía que tenía que ir. Y cualquier palabra que le dijera suponía una afrenta, que lo soliviantaba. Comenzó a frecuentar malas compañías…

—Los alemanes… —interrumpe Ortega, en las primeras palabras que han salido de su boca desde que el anciano empezó a hablar.

—¿Regresaron?

—No. Se fueron unos días antes de que desaparecieran ustedes y nunca más se supo nada de ellos. Volvieron a Alemania, a su ciudad.

—Eran unos desarrapados que huían de la guerra o de las consecuencias de la guerra. Advertí a Hansel de que no eran buena compañía. No sabíamos si huían de los aliados que liberaron Berlín. O de los nazis a los que vencieron. Con el tiempo he llegado a pensar que quizá solo eran unos pobres diablos que buscaban lo que buscamos todos, un lugar donde vivir tranquilos. A Hansel le gustaba visitarlos, porque en cierta manera le recordaban la familia que nunca tuvo. Por lo visto, ese hombre, el alemán, nunca supe su nombre, era un buen conversador. Y dejaba que Hansel fumara, algo que tanto su madre como yo le habíamos prohibido. Ahora, después de estos años, me he dado cuenta de que no hay nada más estúpido que prohibirle a un hijo algo, porque todo lo que le prohíbas es lo que él querrá hacer. ¿Tiene usted hijos?

—No —niega Ortega con la cabeza—. Ni siquiera llegué a casarme. Bueno, me casé con mi trabajo.

—Creemos que todos estamos preparados para tener hijos, pero eso es la gran mentira del ser humano. Nadie, y escuche bien lo que le digo, nadie está preparado para tener hijos. Queremos que sean como nosotros, o mejor que nosotros, pero en realidad lo que hacemos es convertirlos en unos infelices que no tienen su propia vida. Que no tiene que ser ni peor ni mejor que la nuestra, solo diferente. Los hijos han de ser como animales, que nacen en libertad y luego se desarrollan de forma salvaje, con sus propios instintos. Nosotros queremos protegerlos y no hacemos otra cosa que decirles por dónde tienen que ir, cómo han de pensar, con quién se pueden juntar, y aplacamos ese instinto que, como le digo, no tiene que ser bueno o malo, solo que es el que llevan ellos dentro, cuando nacen. Hay que dejarlos que crezcan y se desarrollen, en libertad. —Ortega asiente con la cabeza, en señal de conformidad—. Los alemanes se fueron, nunca supe por qué. Se subieron a bordo de esa furgoneta vieja con la que llegaron al pueblo y desaparecieron. Hansel se sintió decepcionado, porque ellos eran sus amigos, y no entendía que se hubieran ido sin despedirse. Yo lo tranquilicé y le dije que por eso no se despidieron, porque eran sus amigos, y los amigos jamás se despiden. El viernes visitó varias veces la casa de las vías del tren.

Apartó el tablón que protegía la puerta y se coló dentro. Lo hizo por la mañana. Regresó por la tarde. Y, antes de que anocheciera, volvió otra vez. Me dijo que estuvo paseando por la casa, buscando el motivo por el que se fueron sin despedirse. Quizá una nota. Pero su decepción fue en aumento porque la casa estaba igual de destartalada que antes de que ellos llegaran. La noche del viernes, cuando había oscurecido, Hansel regresó con una bolsa de plástico en su mano. Mi hija estaba en la cocina y Gretel estaba en el patio trasero, leyendo un cuento. ¿Qué llevas ahí? Le pregunté. Mi nieto abrió la bolsa y sacó un aerosol.

—¿Un espray?

—Sí. Era un bote pequeño, como si fuese de desodorante. Pero no tenía ni marcas ni etiqueta de ningún tipo. Hansel me dijo que lo había encontrado en uno de los armarios de la cocina. Pero que estaba oculto, como si los alemanes no quisieran que nadie lo encontrara. Luego lo agitó delante de mí e hizo el ruido característico de cuando el envase está lleno. Eso es un matamoscas, le dije. Un insecticida que usarían los alemanes para matar bichos. Sabíamos que la zona de la vía del tren era campestre y que estaba llena de todo tipo de insectos, por lo que no era de extrañar que los alemanes utilizaran un producto para matarlos. Hansel me entregó el espray y yo lo dejé debajo del fregadero, junto con los productos de limpieza. Al día siguiente, el sábado al mediodía, después de comer, Hansel y Gretel salieron de casa. Esa noche era la fiesta final y el pueblo estaba lleno de gente que venía a disfrutar del baile y de la música. Mi hija y yo nos quedamos solos en casa. Ella se metió en la cocina, a recoger la vajilla y a preparar la cena, ya que a las nueve nos iríamos todos a la plaza. Y yo salí al patio trasero a fumar un cigarrillo. —Hipólito traga saliva con tanta fuerza que hace el mismo ruido que haría el agua colándose por el sumidero de un lavabo—. Escuché un golpe, como el que haría un saco de harina cayendo al suelo. Apagué el cigarrillo en el cenicero que tenía en el patio y entré en la cocina, siguiendo la estela del ruido que había escuchado. A través del cristal esmerilado de la puerta, que estaba cerrada, vi a mi hija tumbada en el suelo. A su lado, cerca de su mano, estaba el bote de espray que mi nieto cogió de casa de los alemanes. La ventana exterior estaba abierta de par en par. Cogí todo el aire que pude, me tapé la boca con un pañuelo de tela, y abrí la puerta de la cocina. La agarré por los sobacos y la arrastré hacia el salón, y cerré de nuevo la puerta. Acerqué mi oído a su pecho y luego le busqué las constantes vitales. Estaba muerta —susurra—. Fuese lo que fuese, tenía que ver con ese bote de espray. Enseguida comprendí que no era un insecticida, sino que sería algún tipo de veneno que esos alemanes conservarían en su casa como protección. Tiempo después, y buscando información en la biblioteca de Rosario, deduje que ese

espray contenía ricino, un polvo inodoro e insípido que es mortal si se inhala o se consume. Esmirna lo roció en la cocina, pensando, seguramente, que era un matamoscas, y se envenenó, muriendo al instante. No alerté al médico, porque mi hija ya había muerto y no se podía hacer nada por ella. Y tampoco avisé a la guardia civil, porque la muerte fue provocada por el espray que Hansel cogió de casa de los alemanes. El mal ya estaba hecho. Mi hija había muerto y cuanta menos gente supiera lo que había ocurrido, mejor. Pensé que detendrían a Hansel, pues ya había cumplido los quince años. Lo culparían de la muerte de su madre y lo ingresarían en un correccional. Para un adolescente problemático era lo peor que le podría pasar. Acabaría convirtiéndose en un delincuente, porque se juntaría con otros delincuentes. ¿Qué ha ocurrido? Escuché que me preguntó alguien, a mi espalda. Levanté la cabeza y vi que Hansel estaba allí, en la puerta de la casa de chocolate. Me contempló con una mirada hiriente, como si no supiera qué hacía yo de rodillas, al lado del cuerpo de su madre. Le conté lo que había sucedido. Le dije la verdad, que ese bote de espray contenía algún tipo de veneno. Que Esmirna lo usó como si fuese un matamoscas y pulverizó la cocina, seguramente para matar una avispa, a las que temía. ¿Está muerta? Me preguntó mi nieto, con una voz tan pausada, que pensé que no había tenido tiempo de asumir lo que había ocurrido. Sí, Hansel, tu madre ha muerto. En ese instante de zozobra, sin saber qué hacer, vislumbré que toda nuestra vida, en especial la de mis nietos, iba a cambiar. ¿Dónde está tu hermana? Le pregunté. Me dijo que no lo sabía, pero que seguramente estaría en el parque, jugando con sus amigas. Tenemos que deshacernos del cuerpo, dije en voz alta. Hansel me miraba con expresión divertida, como si todo lo que estaba ocurriendo fuese una obra de teatro y nosotros unos comediantes. Creo que seguía sin ser consciente de la gravedad de lo que acontecía en nuestra familia. Seguramente, usted, sargento, habría actuado de otra forma. Pero eran los años sesenta, había una dictadura, vivíamos en un pueblo pequeño, mi hija no estaba bien, mi nieto era problemático y mi nieta solo era una niña, que seguía creyendo en los cuentos de hadas. Sin saber ni qué hacer ni cómo reaccionar, lo primero que se me ocurrió fue deshacerme del cuerpo. ¿No son ustedes los que dicen que si no hay víctima no hay asesinato? —Ortega asiente con la barbilla—. Con ayuda de Hansel subimos el cuerpo de mi hija en el Fiat 1800, que tenía aparcado en una calle lateral. Era un coche muy espacioso, que había comprado un año antes, y que apenas tenía kilómetros hechos. A esa hora, las cinco de la tarde, no había nadie en la calle. Los vecinos estaban en la sobremesa o en la siesta, ya que, como le he dicho antes, era noche de fiesta. Hansel se disfrazó de esqueleto, para que, si lo vieran, nadie

supiese que era él. Lo mismo que yo, que me vestí como si fuera un anciano, protegiéndome la cabeza con una gorra de labriego. Conduje hasta la casa de los alemanes y arrojamos el cuerpo en el pozo, cubriéndolo después con la tapa de madera. Los que nos hemos criado allí, sabemos de la existencia de esos pozos ilegales que se reparten por varias casas y cuya veta de agua subterránea comunica unos con otros. Los ganaderos acostumbraban a arrojar las reses muertas allí, para evitar que la zona se llenase de buitres. Después aparqué el coche en el mismo sitio donde estaba y dejé las llaves en el bolsillo de mi chaqueta, que había colgada detrás de la puerta. Recogimos la casa lo mejor que pudimos, mientras esperábamos a que Gretel regresara. Pero mi nieta no llegaba y le prohibí a Hansel que saliera en su búsqueda, porque nadie nos podía ver ni a él ni a mí, para no levantar sospechas. Salimos por la calle trasera y caminamos hasta la carretera. En todo momento albergué la esperanza de que veríamos a mi nieta. Entonces, como solo era una niña de nueve años, la cogería por la mano y le diría que nos íbamos de viaje. Le mentiría y le aseguraría que su madre vendría más tarde. Pero no la volvimos a ver. Unos metros más adelante robamos un Volkswagen Escarabajo, que conduje hasta Zaragoza, donde lo aparcamos y nos subimos en el primer vuelo que había hacia Argentina. El resto de la historia, supongo que ya la conoce.

La felicidad no siempre es
la mejor forma de ser feliz.
Donde viven los monstruos.

—No le voy a reprochar nada, porque no he venido aquí para eso —habla el sargento Ortega—. Seguramente le diría que de todas las cosas que podía haber hecho, la tarde del sábado de julio de 1960, hizo la peor de todas: huir. Le creo cuando me dice que lo hizo para proteger a su nieto, pero se olvidó de su nieta, sobre la que también tenía una responsabilidad. Y mayor, porque ella solo era una niña. ¿No pensó en cómo sería su vida cuando llegara a casa y viera que su familia había desaparecido? He conocido, por desgracia, muchas familias de desaparecidos, y le puedo asegurar que nada supera ese dolor. La gente muere y se la entierra, pero los desaparecidos ni están muertos ni enterrados, por lo que la herida de su pérdida no cicatriza. Con su inconsciencia creó una mujer resentida de su pasado y un monstruo que perdió el miedo al miedo y lo que usted quiso evitar, fue, precisamente, lo que alentó. Hansel es un asesino, porque por sus venas corría, desde que era un niño, sangre hostil hacia todos los que le rodean. Pero usted lo encubrió y lo animó a que creciera en su capacidad de delinquir.

Mientras el sargento Ortega habla, observa la expresión de Hipólito y percibe que él sabe de qué le está hablando.

—Solo quise protegerlo. Tiene usted razón en lo de que quizá cogí el peor camino, pero tampoco tenía mucho margen de maniobra. Ya sabía lo que ocurriría si nos quedábamos allí. Hansel sería siempre conocido como el chico que asesinó a su madre, aunque no lo condenaran, aunque lo exculparan, aunque dijeran que fue un accidente. Pero usted, mejor que yo, sabe que los niños que son tratados como criminales acaban convirtiéndose en unos criminales. Allí solo le esperaba el horror de saberse culpable de que su madre muriera. Toda su vida se preguntaría qué hubiera pasado si no hubiera ido a casa de los alemanes, si no hubiera cogido el espray, si no lo hubiéramos dejado debajo del fregadero. Preguntas que lo hubieran transformado en un hombre atormentado. Y los que se atormentan, acaban por lo general atormentando a los demás. Todo eso son conductas aprendidas en la infancia. Sufren y, por lo tanto, hacen sufrir a los que les rodean.

—Eso que dice no tiene ningún sentido, señor Hipólito, porque esas mismas preguntas se las ha tenido que hacer aquí, en la lejanía. Y reconozca que tengo razón, porque en cuanto ese monstruo, que usted

protegió, ha crecido, ha regresado a saldar cuentas. ¿Entiende de lo que le hablo?

El anciano coge el vaso de agua que hay sobre la mesa y bebe un par de sorbos cortos.

—Hansel siempre afirmó que la culpa de todo, en el fondo, fue de los vecinos de Alerre que no ayudaron a su madre. Alonso, el alcalde, que no quiso echar a los alemanes, cuando Esmirna se lo pidió. O Guillermo, el médico, que se reía de ella cada vez que lo visitaba. Los locos y los viejos nos parecemos, porque nadie nos quiere y todo el mundo se burla de nosotros.

—O sea… ¿justifica que los hubiera asesinado?

—¡No! —El anciano pierde la voz cuando eleva el tono—. Solo digo lo que Hansel pensaba. Él quería ser un hombre justo y por eso, desde que cumplió los veinte años, no hablaba de otra cosa que de ser policía. Me dijo que regresaría a España, su tierra natal, y se prepararía para acceder a la policía nacional. El día que me explicó que había encontrado a Gretel y que ella también era policía, me dio un vuelco el corazón. ¿Ha oído hablar de la genética común de los hermanos? Los dos se han criado por separado, a miles de kilómetros uno del otro. Ella creía que su hermano había muerto, pero sin embargo tienen las mismas inquietudes y los dos terminan siendo policías. Y, por lo que me dijo, Gretel había ascendido, algo que él también hizo.

—¿Ha mantenido contacto con su nieto? —interrumpe Ortega.

—Hace una semana que no sé nada de él, pero suele llamarme con regularidad.

—¿A qué regularidad nos estamos refiriendo?

—Cada mes y medio, aproximadamente. Me llama a la residencia y las enfermeras me traen un teléfono para que pueda hablar con él.

Hipólito se remueve en la silla de ruedas y la manta que le cubre las piernas se ladea ligeramente, lo que deja al descubierto que carece de las piernas desde la parte inmediata del muslo, justo encima de la rodilla.

—¿Sabe lo que pasó en Alerre en 1980?

—Sí. Aunque no sé si lo que yo sé es lo que pasó o lo que me contó Hansel. —El abuelo enfoca la vista hacia donde está mirando el guardia civil—. Una tromboangitis que nunca se curó fue la culpable de que perdiera las piernas.

—No lo sabía. Lo siento.

—No se disculpe. Hasta hace unas horas ni siquiera sabía que yo estaba vivo —fuerza una sonrisa en su tez ajada—. Me confesó que había asesinado a la hija del alcalde.

—¿Y le contó cómo lo hizo?

—No, claro que no. Esas cosas no se cuentan. Me dijo que lo había

hecho, y nada más.

Ortega aprieta tanto la mandíbula que le duelen dos muelas sueltas de la parte derecha.

—Es usted alguien despreciable —profiere conteniendo la voz, para que ninguna de las enfermeras o residentes que circulan por el jardín lo puedan escuchar—. Me ha relatado lo que ocurrió cuando falleció su hija y la rocambolesca aventura de su salida de España, después de robar un coche, pasando por el instante que arrojó el cuerpo de Esmirna al pozo. Al principio, mientras hablaba, tenía la sensación de que usted era un pobre abuelo que no supo solucionar un problema sobrevenido cuando su nieto provocó un accidente con resultado de muerte. Pero ahora, escuchándolo, me doy cuenta de que Hansel y usted son iguales. Fueron los dos los que asesinaron a Esmirna. Es mentira que Hansel dejara el espray con el ricino en la cocina por error. Lo dejó usted, porque sabía que ella lo confundiría con un matamoscas. Luego quiso que Hansel se sintiera culpable y le ayudara a desprenderse del cuerpo. Un viaje a Rosario no se planifica de la noche a la mañana, Hipólito. Ese viaje ya lo tenía usted preparado mucho tiempo antes. Es fácil viajar con un adolescente de quince años, que comparte su psicopatía. Pero no lo sería con una niña de nueve años. ¡Una niña normal! —eleva la voz.

—Y si ya sabe lo que ocurrió, ¿por qué ha venido aquí a hablar conmigo?

—No sabía nada de lo que había ocurrido cuando salí de España. Ni siquiera sabía que usted vivía, pensé que la que se salvó fue Esmirna. Y que huyó para proteger a su hijo. Pero, escuchando cómo justifica lo que hizo Hansel, me he dado cuenta de que los dos son iguales. Su nieto estranguló a una adolescente de dieciséis años en 1980, en la habitación donde vivía con su madre y sus dos hermanas, en la calle Baja de Alerre. Recreó un cuento de hadas, el de La Cenicienta. Previamente le entregó un vestido azul, unos zapatos a juego y una máscara veneciana, para que pudiera asistir a la fiesta de la plaza, sin que nadie la reconociera. Y antes de irse dejó un zapato de cristal entre los muslos de la joven. Tiempo después, un día que visité la casa de los alemanes, antes de que la derribaran, vi lo que parecía un esqueleto. Pero ahora sé que era Hansel, disfrazado, y que estuvo allí porque le preocupaba que, en el derribo de la casa, hallaran el cuerpo de Esmirna. Fue a comprobar que todo estaba en orden. ¿Sabe qué creo? —pregunta cuando ha terminado de hablar.

—¡Sorpréndame!

—Que usted, junto a su nieto, cometieron el asesinato de Esmirna. Llevaban tiempo planeándolo, lo mismo que la huida a Argentina. Originariamente pensaban asesinar a Esmirna y a Gretel, para luego irse ustedes dos y hacer creer a la policía que habían desaparecido los

cuatro. Pero algo falló, porque Gretel estuvo ausente durante toda la tarde y, cuando regresó a la casa de chocolate ya había pasado demasiado tiempo, por eso la dejaron con vida. Los asesinatos, porque fueron unos asesinatos, del alcalde Alonso y, al año siguiente, del médico Guillermo, fue un ajuste de cuentas de Hansel hacia los que tuvieron poder en el pueblo. Lo mismo que esas muertes relacionadas con los cuentos de hadas, recreando La Cenicienta y Caperucita. ¿Me equivoco?

Hipólito se tapa el hueco de las piernas con la manta, ya que comienza a hacer frío.

—¿Sabe qué es lo que les pierde a ustedes, los investigadores? —interroga el anciano—. Que creen que todo tiene un motivo. Por eso buscan y reúnen pruebas, vestigios, y confeccionan perfiles criminales de los autores, profundizando en por qué actuaron de una forma y no de otra, por qué hicieron esto y no aquello. Son ustedes de un patético enfermizo. Hansel no asesinó a esa adolescente porque buscara venganza. Ni provocó el accidente que mató al alcalde. Ni empujó en la montaña al médico, para que se despeñara en el precipicio. —Ortega comprende que Hipólito todavía no sabe que Hansel asesinó a la nieta del médico de Alerre, Araceli—. Mi nieto hizo todo eso porque disfruta con ello. ¿Lo entiende? Se operó las orejas y la mandíbula para regresar sin que nadie lo reconociera. Falsificó su documentación y viajó a España, aprovechándose del tratado de doble nacionalidad, para ingresar en la policía y formar parte de la investigación, para reírse de todos ustedes. Son cuentos, sargento. Cuentos infantiles que durante siglos nos han hecho creer que siempre acaban bien. Brujas, magos, lobos, elfos, hadas madrinas… Todo son paparruchas de mentes enfermas que nos muestran un mundo irreal. El mundo real, en el que vivimos, es el de Hansel. Se pasea por sus comisarías, por las calles de sus pueblos, por las casas abandonadas, sin que nadie sepa que él es el lobo. El demonio. El espíritu de la noche, que se introduce en nuestros sueños y no nos muestra lo mejor o lo peor de nosotros mismos, sino que nos muestra como somos. No solo sé lo que ha hecho Hansel estos años, sino que he disfrutado cuando me lo ha contado. E imagino que finalmente también pudo acabar con la vida de la nieta del médico de Alerre, aunque todavía no me ha llamado para explicármelo.

—¡Ya es suficiente! —habla alguien saliendo de la habitación.

Dos hombres se acercan hasta donde están ellos. Uno es el policía que lo atendió el sábado por la tarde, Lautaro. El otro es un hombre de unos cincuenta años, que luce un bigote muy cuidado. Hipólito no lo conoce, pero es el nuevo fiscal de Rosario. Lautaro introduce la mano en el maletín que había dejado el sargento Ortega sobre la mesa, y pulsa el botón de *stop* en una pequeña grabadora de la marca Sony.

Seguidamente rebobina unos segundos y pulsa el botón de *play*. Escuchan las últimas palabras, con claridad, de la conversación de los dos hombres.

—¡Correcto! —chasca la lengua.

Hipólito muestra expresión de desconcierto, ya que no sabe qué está ocurriendo.

Desconoce que Ortega y Lautaro estuvieron hablando el sábado por la noche. El guardia civil le contó sus sospechas respecto a lo que ocurrió en Alerre en 1960, 1980 y 1990, y la relación con el anciano que había en la residencia de Rosario. Después de una amigable charla, entre colegas, fue Lautaro el que le dijo que iba a poner estos hechos en conocimiento del recién estrenado fiscal de Rosario, un hombre joven para su cargo, y del que tenía muchas referencias. El fiscal, después de escuchar la historia que le contó el sargento de la guardia civil, aceptó que, en la visita que tenía que hacer el domingo a Hipólito, ocultara una grabadora para testimoniar todo lo que ese hombre contara tanto de los crímenes de España, como la falsificación de documentación de Argentina. Fue Ortega el que sugirió que en un inicio utilizaría una grabadora que había traído él, pero que se lo desvelaría a Hipólito y, una vez desconectada, él se confiaría y contaría la verdad, sabedor de que no le estaba grabando. Lo que desconocía es que dentro de ese maletín había una segunda grabadora, que autorizó el Fiscal, por lo que esa grabación tenía el carácter de prueba pericial.

***

—¿Comisario Muñoz? —pregunta Ortega, cuando escucha su voz al otro lado del hilo telefónico.

—Sí.

—Soy Ortega.

—¿Dónde está?

—En unas horas partiré de Rosario hacia Madrid y contactaré con usted en cuanto llegue a Huesca. No se creerá lo que he averiguado.

—¿Rosario? ¿Qué hace usted en Rosario?

—Como le dije, tenía una intuición. Y he viajado hasta aquí siguiendo mi instinto. He encontrado al abuelo.

—¿Qué abuelo?

—Hipólito. El abuelo de Hansel y Gretel.

—¿No me diga que vive?

—Así es. Vive en Rosario.

—¿No desapareció?

—No. Se fugó con su nieto, Hansel.

—El subinspector Abel —masculla entre dientes el comisario.

—Así es.

—¿Ha podido hablar con él?

—Sí. Y le he sonsacado qué ocurrió en Alerre el último sábado de julio del año 1960.

—¿Y la madre?

—Murió. Y también sé dónde podemos encontrar el cuerpo.

—¡Joder, Ortega! No me fuerce a hacerle preguntas y cuénteme más cosas.

—Mire, comisario, me espera el taxi para ir al aeropuerto. Le prometo que en cuanto llegue contactaré con usted para ponerle al corriente de todo lo que he averiguado aquí.

—¿Me puede avanzar algo?

—Hipólito y Hansel asesinaron a la madre de Gretel y huyeron a Argentina.

—¡Joder! Espero que tenga pruebas de lo que afirma.

—¿Confía en mí?

—Ya sabe que confío en usted, Ortega. No es necesario que me lo pregunte cada vez.

—Pues ordene la detención del subinspector Abel, que en realidad es Hansel. Y, en cuanto regrese, le detallaré con pelos y señales una historia que no se creerá. Y encima, gracias al fiscal de Rosario, tengo la confesión grabada en una cinta.

***

Otros títulos del autor

Medianoche
La cuarta memoria
La suerte del debutante
Un año de prácticas
El altruista
Rock Island
Verdugos
Natasha
El ajedrecista
La rubia del Tívoli
El cónsul infiltrado
El apagón
Penumbra
La marca del pentágono
El club de la élite
Una historia de policías
Ángeles de granito
La gárgola de Otín
Diez días de julio
La puerta vacía
Los crímenes del abecedario
La noche de los peones
Los ojos el escritor
Los fresones rojos
El buen padre
El reactor de Bering
La casa de enfrente